

An aerial photograph of a historic city square, likely in Spain, showing multi-story buildings with red awnings and a central open area with people. The image has a textured, aged appearance.

ANTONIO
CAVANILLAS DE BLAS

LA DAMA DEL ARMIÑO

Lectulandia

Un apasionante relato que narra la intensa vida de Cecilia Gallerani en su Siena natal, su paso por la corte de Lorenzo el Magnífico, en Florencia, su estancia en Lucca y Milán y por fin, tras sus avatares como amante a los dieciséis años del duque Sforza, sus relaciones con Leonardo da Vinci, personaje que retrata a nuestra protagonista en la obra *La dama del armiño* y en el cual, al lado de la protagonista, se centra la novela. Tras abandonar la corte milanese al matrimoniarse Ludovico el Moro con Beatriz D'Este, se repasa la vida de casada de Cecilia con el conde Ludovico Carminati, sus conexiones con las cortes de Mantua y Ferrara (los Gonzaga y Este respectivamente), para terminar sus días, ya condesa viuda, en el castillo de San Giovanni in Croce y contar sabrosas experiencias donde salen a relucir las figuras más destacadas de una época fantástica e irrepetible, desde Miguel Ángel, Tiziano y Donatello a Alejandro VI, César y Lucrecia Borgia, Andreas Wessel y su hijo Andrés Vesalio, Ascanio y Caterina Sforza, Gonzalo Fernández de Córdoba y los Reyes Católicos, Carlos VIII, Luis XII y Francisco I de Francia, el emperador Maximiliano de Habsburgo, su nieto Carlos V y Martín Lutero, por citar solo a los más notables. La novela describe la gestación de los retratos del inmortal Leonardo, que únicamente pintó a mujeres, haciendo hincapié en *La Dama del Armiño* y en la *Gioconda*, con un atractivo apéndice relativo al reciente descubrimiento en el madrileño museo del Prado de una segunda versión —que no copia— del retrato de Lisa Gherardini, la célebre Mona Lisa del museo del Louvre.

Lectulandia

Antonio Cavanillas de Blas

La dama del armiño

ePub r1.0

Titivillus 02.04.16

Título original: *La dama del armiño*
Antonio Cavanillas de Blas, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Kirsten, mi sufrida amiga, esposa y musa

Natura fece bellezza per essere ammirata, non toccata.

LEONARDO DA VINCI

Leve introito

La dama del armiño es la historia novelada de Cecilia Gallerani (1473-1536), amante del duque de Milán Ludovico Sforza, el Moro; más tarde condesa de Brambilla, que fuera retratada por Leonardo da Vinci en un célebre lienzo que da nombre al relato y se halla en el Museo Czartoryski de Cracovia (Polonia).

Castillo de San Giovanni in Croce, Cremona, a 2 días de julio del año del Señor de 1536

Odio el verano y lo que representa: días largos que no terminan nunca, calor húmedo y esa luz cegadora, tan deslumbrante que no te deja ver. Las noches suponen un martirio añadido, pues al sofoco hay que sumar las picaduras de legiones de mosquitos hambrientos. Completan esta balada trágica mis achaques de vieja, pues me siento una anciana recién cumplidos los sesenta y tres años: estoy perdiendo oído, un velo blanquecino cubre mis ojos y en mi boca un día radiante hay más huecos que dientes. Me duele todo el cuerpo. Girar el cuello, algo tan natural, supone un dolor insufrible y mil chasquidos, como si a las vértebras, lo mismo que a los goznes de una puerta herrumbriente, les faltara aceite. Mis rodillas se encuentran inflamadas, deformes, y dar un simple paso representa un trabajo ciclópeo. Me da miedo mirarme al espejo: de mi cara, la misma que una vez desquiciara a los hombres, apenas quedan ya los ojos mortecinos. Del resto, puerca miseria: la piel seca y arrugada de una pasa, la nariz ganchuda, los pómulos descarnados, la frente ajada y gachas las orejas. De mi pelo sedoso color caoba, del que presumí tanto, permanecen tres hilachas macilentas escondidas detrás de la peluca y los postizos.

Mis hijos y nietos viven lejos. Solo aparecen por aquí si buscan algo, normalmente dinero, pero topan con roca pues hace tiempo que decidí no dárselo. Los jóvenes únicamente miran a los viejos si son ricos: si la esperanza de heredar es lo que los mantiene amables y despiertos, no quiero que se amodorren por mi culpa. Por Pascua Florida, en Navidad o el día de mi onomástica, fechas en las que nunca faltan, observo cómo miran los cuadros, los vasos de alabastro, las esculturas, los tapices flamencos y las alfombras persas, el mobiliario antiguo, las joyas, calculando su precio y esperando un prorrateo que tarda ya en llegar. Estoy segura de que si les repartiese en vida lo que tengo, no volverían. Hay un cuadro, entre todos, que todos ambicionan: el retrato que me hiciera Leonardo da Vinci llevando en los brazos un armiño. Tenía por entonces diecisiete años. Recuerdo que me dolían los pies mientras posaba, pues el duque Ludovico, mi amante, me había regalado un calzado de cuero que me estaba pequeño. No sé ni cómo tenía ganas de sonreír... Ludovico hacía gestos y visajes desde atrás, a espaldas del pintor, y ello me provocaba regocijo. De vez en vez, arrostrando las regañinas y malas caras de Da Vinci, se acercaba, me quitaba los zapatos, masajeaba mis pies y los besaba despacio, con unción, por el haz y el envés, dedo por dedo. Era una sensación maravillosa, tanto que, derretida, devolvía a mi amor las caricias, lo besaba en la frente, en la boca, en el pelo, en todo lo que puede besarse en el rostro que adoras.

El collar de cuentas que veis en la pintura, también regalo de él, es de negro

azabache. Era muy largo, tanto que sin doblarlo llegaba a la cintura. Ni que decir tiene que lo conservo, como las buenas cosas de aquel tiempo. Me lo pongo muy poco y casi siempre dándole tres vueltas. Solía utilizarlo en primavera, cuando vestía trajes largos de colores claros o blusas de gasa fina y blanca. Quizá os preguntéis por el armiño. Se trataba de un curioso animal capturado en una cacería en los Alpes Dolomitas cuando aún era una cría. Se cuenta y no se cree: la alimaña, una de las más fieras y agresivas que pueblan nuestros bosques, se había convertido sin adiestramiento en algo más dócil que un perrito. Bimbo, que era su nombre, obedecía sobre todo mi voz, pues yo era la encargada de darle de comer y bañarlo. Era macho, de pelaje tan suave como el de la garduña, animal parecido que, en la barriga, atesora la piel más sedosa que existe. Su trato debía ser delicado, pues, como los gatos, podía sacar las uñas. De hecho lo hizo una vez, lastimándome la piel de un antebrazo. Cuando Ludovico vio el leve arañazo y preguntó la causa la oculté, pues, de haberla sabido, habría sacrificado al animalucho sin dudar. ¡Ah!, il Moro... Siempre decía que no existía piel tan delicada, perfumada y tierna como la mía y que mataría al que osara tocarla.

La delgada cinta que contempláis sobre la frente —hablo del cuadro— es terciopelo. La utilizaba para sujetar el velo que cubría mi melena e impedir que se moviese con la brisa. Mi amante pretendía que el velo me cubriese el rostro siempre que hubiese extraños, pues afirmaba que solo él podía contemplar mi belleza, pero yo me negué de manera rotunda. Todos en la Lombardía lo conocían por *el Moro*, pero pocos sabían la verdadera causa de aquel apelativo: sus celos, mayores que los de un sultán de la Sagrada Puerta. Siendo de tez morena, ojos árabes y melena negra como el alma de un turco, algunos justificaban el mote por aquellos rasgos. Otros lo achacaban a que su nombre completo era Ludovico Mauro Sforza, viniendo Moro de aquel Mauro, y no faltaban los que lo atribuían a que en sus inmensos predios y posesiones el arbusto predominante era el *gelso* o morera, que en lenguaje lombardo se traduce por *moron*.

Mi distracción favorita durante mi interminable decadencia consiste en sentarme delante del retrato y observar atónita hasta qué punto puede arruinarse un ser humano. Lo hago todos los días al tiempo del crepúsculo, cuando se va la claridad de la jornada, nacen las sombras y enmudecen los pájaros. Coloqué el óleo en un testero preferente del salón de música, frente a la chimenea, de forma que lo iluminase la luz del alba, esa grisalla pálida, indecisa y por fin verdiazul que viene de Venecia. Si estoy muy triste, cierro los ojos e imagino que vivo otra vez aquellas fechas, rodeada de placer, envuelta en el amor de un hombre, codeándome con la flor de la sabiduría milanesa, lombarda y hasta de Italia entera: Leonardo da Vinci, Josquin Desprez, Marsilio Ficino, Andreas Wessel, Bramante, Maquiavelo, Brunelleschi, Lorenzo Lotto, Pietro Bembo, Pico della Mirandola o Ascanio Sforza, hombres de ciencia, pintores, músicos, arquitectos, poetas, médicos, literatos y cardenales de la Iglesia, con el mundo a mis pies.

En este apartado lugar de la Padania esperaré la muerte cuando llegue. Mi vida es sencilla y rutinaria. Me levanto tarde, pues duermo mal y adoro trasnochar. Desayuno ligero, igual que las calandrias del jardín: leche tibia y un bizcocho del vecino convento de las monjas. Tras asearme, paseo por el parque acompañada por Amedeo, un zagal hijo de mis guardeses que me ayuda cuando doy un traspíe, habla conmigo y me maravilla con el fulgor de su mirada bruna. Me detengo ante la jaula de los pájaros para saludar a las cotorras, tucanes de las Indias, papagayos o cuervos indostánicos. Los cuervos asiáticos se entienden entre sí, dialogan en toscano o responden a mis preguntas si son simples. Es un misterio que no entiendo, que quisiera que Da Vinci estuviese aquí para explicarme. Si la mañana es limpia, como suele, tomo los rayos del sol bajo las pérgolas que entretejen rosas y buganvillas, pues sé de buena fuente que filtrados de esa forma no hacen daño a la piel.

En la terraza grande, hasta la hora del *pranzo*, a la sombra de un parasol de seda blanca, leo prosa y poesía: Platón, Ovidio, Cicerón, Horacio, Marcial, Petrarca, Ariosto y Omar Khayyam llenan mis horas. A veces declamo mi propia poesía ante la expectación de mis criadas y doncellas, a falta de público selecto. La comida es ligera: verduras, pescado que viene desde Chioggia conservado en hielo, pocas veces carne y jamás caza. Nunca duermo la siesta. Aprovecho ese rato para escribir esta especie de memoria de mi vida, empeño inútil, pues dudo que pueda interesar a nadie. Los jueves no festivos celebro una tertulia para mis pocas pero escogidas amistades, gente llana. No es el deslumbrante salón de Porta Giova, sede de la corte milanese, pero es lo que hay y debo conformarme. Son tertulianos fijos Porcio Santacroce, alcalde del lugar; Vincènzo Poncini, cirujano-barbero; Bruto Daneleschi, el boticario, y Anibal Spagnolo, el terrateniente más rico y mujeriego de la región; todos con sus esposas: Teresa, Antonella, Maria y Anna respectivamente. De cuando en cuando aparecen Mario Malaspina, comerciante de maderas; Tomaso Bontempi, el cura párroco, y Ambrosio Bruneletti, maestro de escuela, todos solteros y pasados de fecha, pero interesados en el arte y la cultura. Mi salón es abierto y sencillo, pudiendo hablarse de todo y por su orden, pero priman poesía, literatura y música.

Después de merendar se inician las charlas, casi siempre pacíficas. Se discute del último suceso interesante de la localidad: un mal parto, la inesperada muerte de un vecino o la esperada barriga de la panadera, una atractiva joven, antes de pasar a comentar libros inéditos, otros conocidos, y declamar odas y versos. Por fin, de noche ya, llega el concierto que, dirigido por mí, ejecuta la orquestina que he formado. Teresa Santacroce toca la tiorba; Antonella Poncini, la espineta; Vincènzo, marido de Antonella, pulsa el salterio; Mario Malaspina tañe el laúd; Anibal Spagnolo el rabel, y yo soplo la flauta dulce o la travesera sin dejar de llevar el compás con la cabeza. Son movimientos suaves, pues de otra forma se resiente mi dolorido cuello. Además, mis músicos me conocen tan bien que entran o salen de la melodía con mover una ceja. Interpretamos un repertorio cada vez más variado: aires del Véneto, *frottole*, madrigales, villotas y *strambottos*, obras de autores conocidos como Bartolomeo

Tromboncino o Marchetto Cara, y aún más famosos, como Josquin Desprez, mi viejo amigo de los buenos tiempos. Cuando estaba en Milán, el músico flamenco me dedicó una *frottola* antes de retornar a su país: *El grillo*. Esta y *Scaramella*, una villota tambiénailable del mismo autor, no faltan nunca en nuestras serenatas. Yo no puedo danzar a estas alturas, pero lo hacen por mí mis tertulianas, todas más jóvenes. Antonella, la pícara, baila más tiempo del debido con Mario, el maderero. ¿Andarán en cuestiones de sábanas? Bendito sea Dios si es para bien. Y el bien, en lo sensual, llega seguro cuando no media la malicia. Si Antonella se cansó de su Poncini y está harta de soportar los aullidos de los pacientes cuando se hallan bajo su escalpelo, que se organicen como quieran sin llamar la atención.

Voy muy poco por Cremona. Me agota el traqueteo de la diligencia las cuatro leguas que la separan de San Giovanni in Croce. Por lo demás, la villa tiene poco que ver: el Duomo siempre en obras, la plaza Mayor y el edificio del Comune. Compró lo que me lleva a la ciudad: perfume, telas y cosas de mujeres, algún regalo para Amedeo, los deliciosos pastelillos de avellana y vuelvo a mi lugar. Además no soporto el olor que define a la urbe: esa mezcla picante a los ojos de colas y barnices que emplean los artesanos constructores de laúdes y tiorbas en talleres innúmeros. La única ventaja de Cremona es que allí soy una desconocida. En San Giovanni todos me conocen: para la mayoría soy la «*donna con l'ermellino*», pero algún desvergonzado me llama *sotto voce* «*la vecchia putana dal Moro*».

* * *

Me llamo Cecilia y soy la más pequeña de seis hermanos. Imaginad lo que supone ser la benjamina de una familia grande, el ingenio que hay que derrochar, las broncas primigenias o residuales que alcanzas o las tarascadas que debes evitar para no ser literalmente laminada, engullida por la vorágine que supone un clan como los Gallerani en un inmenso caserón donde convivían nunca menos de catorce personas, sin contar caballos, yeguas, gatos y perros. Pasaré revista a los humanos. Fazio, mi padre, tenía al nacer yo treinta y dos años. Aunque era el jefe nominal de la familia, quien mandaba en realidad era mi madre. Se trataba de un hombre apuesto, alto, guapo hasta llamar la atención, moreno claro, con la luz de la Toscana en su mirada verde agua. Tenía un puesto importante en la administración de la República de Siena, ciudad que me viera nacer, pasando gran parte de la jornada en el Palazzo Pubblico, sede del Comune, en la plaza del Mercado que algunos llaman *del Campo*. Sus padres y abuelos, mis ancestros, eran terratenientes, viejos cristianos pertenecientes si no a la nobleza más antigua, sí a la clase más alta de entre la burguesía: militares, abogados, comerciantes y banqueros de fuste. Paraba poco en casa, pues comía fuera y nunca regresaba antes de anochecer. Tenía fama de puntual y escrupuloso en su labor. Dedicaba las mañanas al trabajo en la administración,

papeleo, dictámenes y consultas en el palacio del Gobierno con el cónsul, máximo responsable de la ciudad-estado. Las tardes eran suyas y las consagraba a montar a caballo, cortejar a las mujeres y jugar a los dados y cartas, lo normal entre las clases altas sienesas. Se comentaba que tenía una amante que lo recibía en un nido de amor que habían buscado en un lugar discreto, detrás de la plaza del Mercado, junto a la muralla, pero el chisme nunca se confirmó de forma fehaciente. Ello habla sin palabras de su prudencia y juicio, virtudes importantes en un hombre, pues de ellas depende muchas veces el honor de una dama. Sabía cuándo llegaba a casa por los rumores del caserón, que se apagaban como las candelarias de aceite sopladas por el viento.

Margherita, mi madre, era muy guapa a los veinticinco años, cuando me trajo al mundo, y lo siguió siendo hasta su muerte, no hace tanto. Hija de Casto Busti, el abogado más famoso de la ciudad, era mujer educada, discreta, culta, dispuesta y hogareña. Precisaba las dos últimas cualidades para sacar adelante una casona tan inmensa como la nuestra, un viejo palacete en el callejón de Curtidores, muy cerca de la iglesia de San Domenico. Siempre de buen humor, pendiente de sus hijos y de que nada faltara en nuestro hogar, sufría con resignación las veleidades de su señor esposo, algo tan normal en la Siena de entonces que lo raro era encontrar parejas que se guardaran la fidelidad prometida un día ante el altar. Estoy por afirmar que Margherita Busti era la mujer más cultivada de Siena y su entorno. Sabía de historia, geografía, astrología, ciencias y matemáticas. Además del toscano hablaba y escribía en francés y en el dialecto véneto, pues era veneciana. De la Ciudad de los Canales traía cierto aire oriental en la mirada y el afán de saber, de superarse. También de Venecia, supongo, le nacía la ciencia culinaria que dominaba cual redivivo Marco Gavio Apicio, el *cuoco* de Augusto y de Tiberio. Nadie como ella le daba el punto exacto al *riso nero con la sepiá* o al tiramisú, platos venecianos por excelencia.

Era por ello que las veladas musicales-gastronómicas en mi hogar de niña eran las más apetecidas de la urbe. Se juntaban allí para charlar, discutir, escuchar música, hacer calceta a veces y hablar de las maldades de los hombres las damas más ilustres y empingorotadas de la vieja Siena. Mi padre, tras saludar, pues nunca fue un erizo, se encerraba en su despacho por no oírlas. No era raro que alguno de mis hermanos, hermanas o yo misma fuéramos requeridos de las junteras para comprobar cómo crecíamos, lo guapos o guapas que éramos, lo listos y simpáticos. Conmigo, a partir de los diez años, se deshacían en zalemas.

—Esta niña te ganará pronto en belleza, querida Margherita —decía Isabel Testi, la mujer de un rico hacendado.

—Cecilia se está convirtiendo en un bocado exquisito —aseguraba Victoria Visconti, de la poderosa familia milanese de origen romano.

—La mocosa será pronto una beldad que dará guerra —afirmaba Favia Catalani, una dama famosa precisamente por sus dotes guerreras, pues tenía amante fijo.

Belleza, exquisitez y guerra, cosas que no entendía, pues a los diez años jugaba

con muñecas y creía todavía en la Befana y en los regalos que nos dejaba el seis de enero, la santa Epifanía. Fazio, el mayor de mis hermanos, me llevaba nueve años. Cuando yo tenía cinco me parecía un hombre grande, inalcanzable. Antonio, el segundo, era distinto, más íntimo y cordial, mi mejor amigo de la infancia, con la humildad y ternura de su patrón el santo lisboeta. Andrea, la mayor de las niñas, con cinco años más que yo, no era afortunada en lo físico. Era demasiado morena, de pelo ensortijado y rasgos agitanados, misterios de la herencia en los que lo prudente es no entrar. De ignorar las virtudes de nuestra madre, cualquier observador habría jurado que era espuria. Yo ni juro ni dejo de jurar: solo afirmo que la mujer más fiel no está a salvo de un percance de colcha y que la carne es débil. Nicolo, el cuarto, era un encanto de niño, travieso como él solo, juguetón, siempre en pos de una chanza o una broma, convertido tras despuntarle el bozo en un depredador de féminas a la altura del padre. Paola, mi hermanita anterior, tenía ocho años cuando yo cumplía siete. Era y sigue siendo guapa, con el cuerpo juncal y las facciones clásicas, pero le falta un no sé qué o le sobra algo que desmerece, quizá su gesto adusto y un mal humor que le surge de dentro y no supo ni sabe moderar.

Y aquella era mi familia de sangre. El resto lo componía Sahíz, Soraya y los demás sirvientes. Sahíz era un esclavo que mi padre compró recién casado, en Nápoles, para que cuidara de mi madre y de sus hijos si él no estaba. Se trataba de un mocetón alto y robusto, negro como noche sin luna, fuerte como un león de la Nubia, que era su tierra, noble, bueno como el que más y sin dobleces. Adoraba a sus amos y a los hijos de sus amos, a mi padre con cariño entreverado de respeto y temor, a mi madre con veneración idolatrada casi, y a nosotros de manera rendida, desprendida, más que perruna. Por mí mostraba un fervor equiparable al que siento yo por la Madonna. Me dio miedo cuando era chiquitina, hasta los seis años, pues su negrura, la mole descontrolada de su cuerpo y sobre todo el labio leporino me imponían.

—¿Por qué tienes el labio de arriba partido en dos, Sahíz? —le pregunté una tarde que bajé a la cochera, donde dormía.

—No lo sé, amita —aseguró—. Nací así.

—¿Te duele?

—Tan solo me avergüenza, amita Cecilia —dijo.

El pobre. Nos acompañaba a las niñas a la escuela y nos recogía a la salida, a mediodía, por orden expresa de mi padre. Hasta que me trasladé a Milán, a los dieciséis años, jamás se separó de mí cuando iba de merienda a casa de otras niñas, si salía hasta tarde —léase las nueve de la noche— en la fiesta del Palio o iba de compras al mercado. Su presencia imponente alejaba de mis proximidades a cualquier moscón. Recuerdo aquella vez, tenía yo trece años, que me detuve ante un escaparate admirando un pañuelo de seda de un color que iba bien con mi piel. Sahíz me vigilaba a prudente distancia, pues le había pedido que así lo hiciese para no llamar demasiado la atención ni espantar a la gente. Un joven apuesto y distinguido, vistiendo jubón de hilo de holandas recamado en los puños, coleteo de piel de anta,

calzones acuchillados, medias de seda y esca-pines de gamuza amarilla, armado con daga de hermosa empuñadura, me interpeló.

—Me alegras la mañana, bella moza —dijo.

Me hice la loca, pero sentí un leve rubor quemándome los pómulos.

—Solo por contemplarte merece la pena ver amanecer... —insistió el petimetre.

Parecía un mozo educado, de buena cuna, dotado de cierto estro poético y del valor que se requiere para abordar a una mujer bonita —en este caso, niña— en la vía pública. Todo ello me predispuso a su favor.

—No le conozco, caballero —dije exagerando, pues no aparentaba más de diecisiete años.

—Si me permite acompañarla un trecho, me conocerá pronto —dijo llamándome de usted, algo a lo que no estaba acostumbrada y que me hizo sentir mayor.

Miré con disimulo a la otra acera y vi a Sahíz ligeramente inquieto, igual que el jabalí que pezuñea en la hojarasca antes de arremeter contra el cazador que lo importuna.

—Deberá ser hasta aquella esquina —dije señalando la que formaban la calle de Especieros y la Nueva—. Mi padre suele merodear por allí y me mataría si me ve hablando con un desconocido —añadí inmersa en un placer inédito, diferente, fruto del proporcionado por aquella conquista.

—Soy su esclavo, deliciosa damita —dijo el barbilindo—. Permítame —añadió cogiendo de mis manos un paquete en el que llevaba mis compras: un par de zapatos y varios pesados libros y poemarios.

Lo del paquete, supe después, no fue la causa. El motivo que hizo intervenir al bueno de mi siervo-mastodonte fue que el pisaverde, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, me cogió del brazo. Sentí que me abrasaba el gozo: era la primera vez que un hombre, y guapo, me galanteaba de esa forma, pero las órdenes que tenía Sahíz eran tajantes: ningún varón de más de doce años podía rozarme. El nubio se abalanzó sobre el infortunado, lo cogió por el pescuezo con la mano derecha y lo levantó del suelo un palmo.

—¡Qué es esto!... —aulló el galán pataleando en seco.

—No tocar señorita, buen hombre —dijo mi protector en su toscano peculiar antes de soltar a su presa al lado de un cajón de basura.

Luego me llevó a casa. Yo, roja como la grana, me escondía las veces que tropezaba en las calles con el pobre muchacho enamorado. Una tarde ventosa, en la azotea, pedí explicaciones al negrazo.

—Estuviste demasiado violento, Sahíz —aseguré—. El mozo aquel tan solo pretendía conocerme para entablar, quizá, una amistad.

—Hombres y mozos todos malos. Ninguno tocar amita Cecilia. Son órdenes del amo —dijo aquel pedazo de carne con ojos—. Si alguno hacer daño a amita, Sahíz matar —añadió.

Me quedé helada. Por no comprometerlo, no volví a cambiar palabra con varón

alguno de barba apuntada. Si alguno me preguntaba en la plaza del Campo por cualquier seña, me hacía la muda. Con Sahíz integraban el servicio de mi casa Dorotea, una especie de ama de llaves, tres doncellas y una esclava, Soraya, mujer de edad incierta, heredada, pues fue comprada en Alejandría por Vincènzo Busti, mi abuelo materno, en un viaje que hizo para ver las pirámides y demás monumentos del pasado egipcio. Soraya, de alguna parte de la Cirenaica, era un ser especial, bondadoso, con esa sabiduría natural que da el desierto que la viera nacer.

Haré un inciso para ahondar en la naturaleza de la esclavitud, ese mal necesario. La servidumbre eterna, la detestable condición que pone a un ser humano bajo el arbitrio o la voluntad de otro, se me hace odiosa. Sé que es algo normal, que ocurre en todas partes, pero diré a favor de la República de Siena que allí la esclavitud se parecía poco a la del resto de Italia, Roma incluida. En mi patria, siguiendo las leyes del Senado, el esclavo ganaba la libertad por el solo hecho de casarse si lo hacía después de los treinta años. La esclava cinco menos: a los veinticinco. Los castigos corporales estaban rigurosamente prohibidos. A Tiburcio Galante, un aristócrata que se pensaba un patricio en tiempos de Calígula, el cónsul lo desterró a ciento treinta leguas de la ciudad por azotar a un esclavo, acusado de robo, hasta despellejarlo. En mi casa los esclavos, en número decreciente y en franca decadencia, eran tratados con total respeto. Tan es así que ninguno quiso manumitirse, incluso ofreciéndoles la libertad. Soraya me va a sobrevivir y a Sahíz lo heredé a la muerte de mi anciano padre, hace unos años. Fue una herencia obligada, pues fue el esclavo quien me eligió como dueña. No podía rechazarlo. Jamás olvidaré el día que me lo entregó mi hermana Paola: era un anciano negro de pelo blanco, de tan delgado transparente, tan consumido que solo le reconocí por el labio hendido de las liebres. Le ofrecí la libertad, pero la rechazó llorando y echándose a mis pies como un perrillo chico.

Soraya era otra cosa. Tenía fundamento. Siendo la más pequeña y debiendo defenderme por mí misma, fue quien me espabiló. Había nacido en un aduar cercano al oasis de Siwa, en el desierto libio. Preñada por su padre o un hermano, no lo sabía de fijo pues ambos se sucedían en el catre, huyó escondida en un carro integrado en una caravana que iba a Cirene. De la que fuera capital de una pentápolis griega pasó a Alejandría andando o en carros campesinos. Poco antes de llegar abortó. Cuando la compró mi abuelo tendría trece años. Su imagen se halla grabada en mis recuerdos infantiles con más nitidez que la de mi madre. Aparece bonita, con su color de piel canela en rama, espigada, descalza desde mayo a noviembre, oliendo a espliego, envuelta en sus blancos ropajes morunos que mi madre consentía, la cara descubierta, siempre risueña y haciendo algo: lavar la ropa, planchar, ordeñar a las cabras del alpendre o limpiar el polvo en los salones de la planta baja. Soraya me desveló los misterios de la menarquia, imponiéndome en los secretos de la belleza femenina, las mañas y habilidades de los hombres y la mejor manera de enamorarlos y desquiciarlos.

Guardo el mejor recuerdo de mi niñez. Mis compañeros de juegos infantiles

fueron Paola y Nicolo, mis hermanos más próximos en edad, y Flavio, un niño que tenía mis años, hijo de un cosechero con bodegas propias que vivía en una casa colindante, muro con muro. Nuestros mejores lugares de juegos eran precisamente la bodega y el caserón, lleno de mil rincones excitantes y oscuros. Disponía de tres plantas, sótano y azotea. El sótano era un lugar delicioso para jugar al escondite. Se trataba de una cripta de origen etrusco de techo abovedado, tan bajo que a veces, incluso siendo niño, tenías que agacharte para no lastimarte la cabeza. Se bajaba por una escalera curva desde la cocina, y allí se conservaban, lo mismo que en la mejor fresquera, las sacas de harina, las de legumbres, sal y especias, los barriles con tasajo de cerdo de la última matanza, las tinajas de aceite, los pellejos de vino y distintos embutidos toscanos colgando del techo como estalactitas: chorizos, morcillas de sangre, salchichones y aromáticos perniles curados. En la planta baja, traspasando un zaguán con las puertas de roble, estaban las cocinas, el dormitorio del servicio, el lavadero, las cocheras —dominio de Sahíz— y el patio. Dormía el negro en un chamizo al lado de la puerta, de forma que era imposible para un ser humano traspasarla sin enfrentarse a su genio y manazas. Disponíamos de varios caballos, dos yeguas y tres pares de mulas como tiro de los distintos carruajes: la panzuda diligencia de viajes largos, usada por ejemplo para bajar a Nápoles los veranos, una carroza ligera que servía para ir a Roma, Florencia o la cercana Pisa, y la calesa de dos plazas, de capota desarmable, ideal para pasear por la ciudad. Los equinos eran felices en la cuadra, cepillados a diario por Sahíz, mimados, durmiendo sobre lechos de paja renovada, comiendo heno y pulpa recental.

En la primera planta, a la que se accedía por una escalera de mármol, se encontraban varios salones comunicados por puertas correderas, el comedor de gala, el de diario y la sala de estar. Arriba se hallaban los dormitorios, el principal para mis padres, el de invitados y uno para cada hijo. Disponíamos de dos lavabos al fondo del pasillo, con aguamanil, espejo giratorio y un mueble para las toallas y las cosas de aseo. El único retrete ventilaba al exterior. Contaba con cajón para los excrementos, fijo, de vasija portátil. Tirando de un cordón se accionaba una campanilla en el cuarto del servicio y aparecía un criado para llevarse las deyecciones a un pozo negro.

También era comunal el cuarto de baño, un amplio lugar con suelos y paredes de mármol donde estaba la tina de cinc. El baño, diario y obligatorio, me entusiasmaba. Siempre me ha gustado sentir sobre la piel la acariciante sensación del agua, incluso fría. Rodeada de plantas, helechos y palmeras enanas, me figuraba estar nadando en una selva virgen. Mi padre conseguía de Ragusa y Venecia sales de baño y jabones especiales de olor, de limón, sándalo, rosa o jengibre, que dejaban la dermis perfumada, fresca y tersa. No conocí los masajes hasta que llegué a la corte milanesa.

Jugaba a las muñecas con mis hermanas, una pasión que nunca me abandonó. Es hoy, con un pie en la otra vida, y aún lo hago con las dos favoritas de aquella época, que conservo. No son lujosas, de porcelana con los ojos de jade o cristal veneciano, ni tienen brazos y piernas articuladas, como tantas de mi colección. Son de humilde

trapo, rellenas de vulgar estopa, vestidas de forma sencilla: Silvia, en traje de campesina del Véneto, regalo de mi madre, y Amelia, llevando el atavío popular corso que una vez comprara yo misma en un puesto del mercado. Me enamoré de ellas entonces, de su llaneza, y sigo enamorada. Están aquí, a mi lado, mirándome. Precisamente ayer les lavé sus ropitas y les cambié las bragas, pues, como bebés que son, pueden llagarse y llorar si su aseo no es perfecto.

Desde los cinco años jugábamos al escondite, a las prendas, novios o bodas en la azotea, en el sótano a la luz de un candil o en la bodega de Flavio. A partir de los ocho, siempre bajo la vigilancia de Sahíz, nuestras correrías eran temidas en toda la ciudad, ámbito de las mismas. Penetrábamos en el recinto de la universidad, algo prohibido, para allí impregnarnos de la anciana sabiduría que destilaban sus aulas. Famosa por sus facultades de Derecho y Medicina, con ciento cincuenta años de antigüedad a sus espaldas, tenía la sensación de hallarme en un lugar de culto, maravilloso, prohibido a las mujeres. Si alguna vez deseé ser hombre fue por poder sentarme en los bancos donde lo habían hecho los grandes pensadores y científicos que había producido la República. Nos colábamos en el Palazzo Pubblico, donde nos consentían «por ser vos quien sois». Allí nos extasiábamos ante el mural de *El buen gobierno*, del artista sienés Ambrogio Lorenzetti, un arte rígido y medieval que apuntaba ya los inicios del Renacimiento que iban a protagonizar muy pronto Miguel Ángel, Brunelleschi, Botticelli, Ficino o Leonardo da Vinci. Veían nuestras andanzas la plaza del Mercado, el pórtico del Agua y las callejas laterales donde trabajaban los artesanos de mil clases. Penetrábamos por fin en el gueto hebreo, donde vivía una compañera de la escuela: Daniela Conti, delicada niña de nueve años, sabia para su edad, muy femenina, frágil, que nos enseñaba su extraño hogar y nos colaba de rondón en la sinagoga, algo tan prohibido como la universidad, de donde nos echaba un rabino colérico.

Diré cuatro palabras sobre Siena, la mágica ciudad que alumbrara mi vida. Según una antigua leyenda, fue erigida por Asquio y Senio, hijos de Remo, el mítico fundador de Roma junto a Rómulo, sobre tres colinas. Fue súbdita imperial con el nombre de Sena Julia: es por ello que si vais por allí, veréis por todas partes el emblema de la ciudad, una loba amamantando a los hermanos gemelos. Con Roma no prosperó, al no estar atravesada por calzadas, pero a raíz de la invasión lombarda, ya con el cristianismo, cruzando Siena las nuevas vías y carreteras que permitían el paso de cientos de peregrinos hacia la Ciudad Santa, se inició el progreso. Las familias aristocráticas más antiguas de mi ciudad se remontan a Carlomagno, monarca galo al que se rindieron en el 774. Se produjo la fusión entre los francos y los nobles sieneses, fundándose abadías y estableciéndose el poder feudal bajo dominio de los Canossa. A la muerte de la condesa Matilde Canossa, en 1115, surge el primer burgo autogobernado de la Toscana, preludio de la República de Siena.

La prosperidad surgió con la nueva administración, el comercio de la lana y el uso cotidiano del préstamo. Ciudad de gobierno episcopal, como tantas en el norte de

Italia, fue la primera en reemplazarlo por la nobleza, que inicia un proceso que culmina cuando, en 1167, la comuna de Siena declara su independencia del control del obispo y redacta una constitución escrita. El siglo XIII contempló la construcción de la catedral, de los edificios más notables y la progresiva disminución del poder de la nobleza en detrimento del poder burgués y urbano. La lucha entre la nobleza y el partido popular consagró por fin el advenimiento de la República con el triunfo del pueblo.

Asumida ya la libertad, se produjo una lucha mayor: Siena se enfrentó a su gran rival tradicional, Florencia. Los güelfos florentinos, partidarios del papa, iban tristemente a reñir con sus hermanos gibelinos de Siena, partidarios del emperador del Sacro Imperio. El 4 de septiembre de 1260 los sieneses derrotaron a los florentinos en la batalla de Montaperti. Veinte mil soldados de Siena se disponían a luchar contra un ejército superior en número, treinta y tres mil combatientes, por lo que, días antes, la ciudad entera se encomendó a la Virgen María. El comandante de los gibelinos, Bonaguida Lucari, caminó descalzo y con dogal alrededor del cuello hasta la catedral. Le seguía en procesión la población entera. Al pie de la escalinata del templo lo esperaban el obispo y el clero. Religioso y militar se abrazaron para mostrar la unidad entre Iglesia y Estado. Bonaguida ofreció a la madre de Dios la ciudad y su *contrade* o distrito al que pertenecía. Ya en la batalla y según la leyenda, una nube blanca bajó sobre el campo, nubló la vista de los florentinos y protegió a los de Siena, que resultaron vencedores en la lid. Casi la mitad de los efectivos güelfos, quince mil hombres, fueron muertos. Incluso hoy, dos siglos y medio después, cuando sieneses y florentinos compiten en los juegos atléticos, de remo o de pelota, nunca falta alguno de Siena que grita desde la tribuna: ¡Recordad Montaperti!

La peste negra que devastó el norte de Italia en 1348 afectó de manera especial a mi ciudad. Después la población se alzó y suprimió el gobierno de los *Nove*, que pasó a *Dodici* y más tarde a *Quindici* reformadores. Por fin, para frenar el expansionismo florentino, se entregó el señorío de la ciudad a Gian Galeazzo Visconti, el prócer milanés. De aquella forma, Siena formó parte unos años de Milán, la poderosa ciudad-estado gobernada por los Visconti. En 1404, expulsados los Visconti, se volvió al gobierno de los diez priores en alianza esta vez con Florencia y Nápoles. En 1472, un año antes de mi nacimiento, la República de Siena creó el banco del Monte dei Paschi, primera institución de préstamos y créditos en toda la ancha Europa, como prueba de su poderío económico. Los Petrucci tomaron el control de la urbe, favoreciendo las artes y las letras y defendiéndola de César Borgia. El último Petrucci, Fabio, fue arrojado de la ciudad hace ahora trece años. El actual emperador, Carlos I de España y V de Alemania, se aprovechó de la caótica situación para ocupar la ciudad y anexionarla al Milanésado, estacionando en Siena un poderoso ejército.

Os preguntaréis, quizá, qué hace una poetisa dando clases de historia. La respuesta es muy simple: amo la historia. Me la hizo amar mi preceptor, Alvisè Manfredi, un docto y respetable veneciano que trajo desde la Serenísima mi madre.

Mi educación y la de mis hermanos fue una obsesión constante en mi familia, pero fui yo la que, según Manfredi, reunía las mejores dotes para adentrarme en el complejo mundo del aprendizaje y la sabiduría. Desde los cinco años, cuando aprendí a leer, devoré cualquier cosa que caía en mis manos. Las clases tenían lugar en la biblioteca, al lado de una bola del mundo. Los alumnos éramos únicamente dos: Paola y yo, pero pronto mi hermana quedó atrás mientras yo progresaba a un endiablado ritmo. Todo mi afán era saber, conocer el porqué de las cosas, tratar de penetrar en su sustancia. Inicié los estudios de lengua toscana y francesa, matemáticas, música, historia, geografía, astrología, religión, latín y griego. Mi facilidad para los idiomas era tal que en dos años y medio dominaba el latín y el francés, además del toscano natal y el dialecto véneto, que hablaba con mi madre.

Sin dejar mi formación con Manfredi por las tardes, a modo de preceptor, inicié mis estudios en la escuela pública a los ocho años. Cuando llegué, el profesor se maravilló hasta el extremo de informar a mis padres de mi superior conocimiento con respecto a los demás alumnos y comunicarles su intención de pasarme a un curso superior. Siempre fui la primera de la clase. Mi capacidad de atención era poco corriente, bastándome echar una ojeada a un escrito para empaparme de él o escuchar la lección para aprendérmela. Mi cerebro virgen absorbía la ciencia, el arte o la literatura como el agua una esponja marina. Al tiempo descubrí que poseía la innata facilidad de rimar. Fruto quizá de la lectura diaria de las odas de Horacio, mi poeta favorito, descendía sobre mí la inspiración en forma de pareados, odas, cuartetas y sonetos. En la primavera de mis nueve años, en un concurso poético organizado por el cabildo catedralicio para la juventud de Siena, fui galardonada con la Gardenia de Oro. Era la única mujer y también la participante más joven. El premio no era en absoluto baladí, pues, amén del prestigio que conllevaba, se trataba de una flor de oro fino con rubíes engastados. Podía utilizarse como broche, pero nunca lo hice. La tengo ahora delante. Verla me produce todavía más emoción que contemplar a mis muñecas. Un buen carpintero fabricó para ella un estuche de madera de ébano con tapa de cristal, de forma que el trofeo pueda verse y se libre del polvo. Dentro, a un lado, escrito en pergamino con tinta púrpura, va el *Carpe diem*, la oda de Horacio que me sugirió el soneto ganador. Ya sé que es muy conocida, pero no me resisto a publicarla:

No pretendas saber, pues no está permitido, el fin que a ti y a mí, Leucónoe, nos tienen asignados los dioses. Mejor será aceptar lo que venga, ya sean muchos los inviernos que Júpiter te conceda o sea este el último. No seas loca, filtra tus vinos y adapta al breve espacio de tu vida una esperanza larga. Mientras hablamos, huye el tiempo envidioso. Vive el día de hoy. Captúralo. No fíes del incierto mañana.

Una vez más, al leerla, he vuelto a emocionarme. Lo siento... Siempre fui

impresionable y de lágrima fácil. Procuré adaptarme a las normas de Platón en lo concerniente a mi modo de vida y cumplí fielmente los consejos de Horacio: filtré mi vino y mis pensamientos, apuré hasta las heces el placer cuando llegó en los días claros, nada quise saber de augurios ominosos y capté lo mejor de cada hora, de cada instante. En aquel verano se produjo la noticia que iba a alterar mi vida: en septiembre de 1482 mi padre fue designado embajador de la República de Siena en la Florencia de los Medici.

* * *

Antes de cumplir diez años, Florencia me hizo mujer. Florencia... La claridad es distinta allí, más melancólica; las luces son intensas, anaranjadas, pareciendo integrar la ciudad, formar parte del viejo caserío de rojizas techumbres. Sobre el riel de plata fundida de su río se reflejan las torres y las cúpulas, los muros blancos de la catedral y el gris del *campanile*. La bruma matinal que cría el Arno da paso poco a poco a un aire transparente, el mismo que ilumina la inspiración de sus artistas. Los florentinos son más serios que los sieneses, casi adustos, como si temieran que los visitantes capturasen la esencia de su ciudad y se la llevaran. La sede de la legación de Siena estaba en la Piazza della Signoria, pero nosotros, la gran familia Gallerani con la prole completa de criados, perros, pájaros, tortugas, gatos y caballos, nos acomodamos en una villa de la ribera izquierda del río Arno, en alto, con una espléndida panorámica de la ciudad y el PonteVecchio. El caserón era inmenso y el jardín, mejor parque, todavía mayor. Rodeado por un muro erizado de pedazos de vidrio para disuadir a ladrones y vagabundos, que atraídos por la prosperidad de la urbe pululaban por doquier como hormigas, se hallaba poblado de grandes árboles, plantas nuevas para mí y flores todo el año. Sahíz cambió de ubicación: mi padre ordenó construir junto al portón de entrada de la finca una especie de garita de guardia y allí se acomodaba día y noche, dejándola tan solo cuando acompañaba a las pequeñas *signorinas* Gallerani a pasear por la plaza o el mercado viejo.

Pinos los de Florencia. Son altos, de copa redondeada y uniforme, elegantes, muy olorosos, poblados de pájaros pequeños. Cuando pasa la brisa las agujas de sus ramas repiquetean de forma alegre y ruidosa, murmullo que supera la mejor de las músicas fascinando los sentidos y el alma. Es sonido distinto del que causa el aire en las hojas del olmo, árbol esbelto pero al tiempo gregario, más humilde. Eran las melodías de mis despertares. La luz dorada y vaporosa se reflejaba en el haz de las hojas de los álamos y en el envés, más claro, hasta hacerme entender sin palabras la riqueza cromática de la paleta de los pintores florentinos. También mejoró mi estro poético. Los versos fluían de mi pluma con más facilidad que en Siena, como si Erato y Calíope, mis musas, habitasen allí.

Recorrí extasiada la ciudad, a caballo y a pie, muchas veces, pues con una no

basta. Su belleza es distinta a la de Siena, más sensual y aristocrática. No la describiré, pues seguro que todos la conocéis muy bien. Además, a mí me interesaba más la parte antigua presidida por el *mercato vecchio*, la judería y el viejo puente, antes que la nueva con sus palacios, la gran plaza y el Duomo. El mercado antiguo, que anclaba sus raíces en la fundación de la urbe, nada tenía que ver con el nuevo. No era un lugar abierto, como el mercado de mi ciudad, sino un conglomerado de callejas estrechas, oscuras, tortuosas al modo árabe, donde vivía el enigma, reinaban los olores e imperaban la luz y la anarquía. Con mi hermana Paola y Sahíz como segura salvaguarda, recorrí sus rincones envuelta en la magia del zoco y el aroma de los cientos de especias que llenaban sacos, banastas y bandejas en centenares de mostradores al aire libre. Muchos de los vendedores eran islamitas, por lo común sirios, turcos o libios. Pregonaban sus géneros antes de pesarlos en balanzas preparadas, pues, tras ceder en el precio en feroz regateo, robaban en el peso. Había peluqueros rapando en la vía pública, zapateros manejando la lezna con maestría en sus tabucos, sacamuelas ejerciendo su sanguinario oficio detrás de una sábana sórdida y tatuadores decorando con alheña manos y tobillos no solo a las pocas mujeres árabes, sino a las cristianas. El callejón de los ropavejeros, habitado por judíos de la diáspora, era apasionante. Conjurando a Paola y a Sahíz para que no me delataran, compraba allí chalecos de colores chillones, bragas morunas y zarcillos de cuentas de cristal, incienso de jazmín, ropa y baratijas que utilizaba en la soledad de mi dormitorio para soñarme en el Oriente, en algún lugar de Damasco, Jerusalén o la Sagrada Puerta. Más de una vez vi consultar la cábala a un florentino en un zaguán oscuro: un mago hebreo, que parecía ciego, leía con los dedos las aupadas letras de un manuscrito tan viejo y amarillento como él mismo.

La lonja del pescado era el dominio del olor nauseabundo y de las moscas. Pasábamos por allí de puntillas para evitar los charcos, los dedos ocluyendo la nariz, contemplando la variedad de peces que ofrecía el Arno y, desde el invierno, la pesca que llegaba del Tirreno, mal conservada en hielo de los neveros apeninos. Los carniceros voceaban su mercancía, los fruteros la suya y los demás sus géneros en un concierto matinal que era más un guirigay grotesco. Mis lugares favoritos eran las joyerías, las humildes bisuterías y las tiendas donde vendían libros usados y manuscritos. Adoraba comprar con mis ahorros pequeños dijes de oro de baja ley, abalorios de cristal veneciano de colores y pendientes de plata, pero el desiderátum era enredar en la trastienda de Salomón Bensur, un semita simpático que poseía verdaderas rarezas bibliográficas. El invento de Gutenberg era reciente, apenas cuarenta años, y los libros impresos muy raros, por lo que palidecí de gozo al topar con una *Divina comedia* escrita en toscano, el idioma que utilizó Dante Alighieri para pensarla y escribirla. Venía editada en la imprenta de Romulo Guicciardini, en el 16 de la calle de los Albarderos, en la misma Florencia, en fecha de febrero de 1461, y estaba más sobada que un breviario. Mucho me costó leerla, pero no pude digerirla pues no entendí nada.

En el otoño, cumplidos ya diez años y de la mano de mis padres, fui llevada al palacio del señor de Florencia, el todopoderoso Lorenzo de Medici, conocido entre sus paisanos por el Magnífico. Treinta y tres años tenía a la sazón aquel mecenas de las artes, diplomático, banquero, poeta y filósofo, perteneciente a la familia Medici Caffagiolo, hijo de Pedro el Gotoso y nieto de Cosimo, uno de los hombres más ricos de Italia, si no el más. Estaba casado con Clarice Orsini, de aristocrática y antigua familia romana, bellísima señora y madre prolífica, pues en total dio a la estirpe de su marido siete hijos vivos. Siguiendo la senda de su abuelo Cosimo, Lorenzo combinaba la administración del Banco Medici con el gobierno de la República. Su madre, Lucrecia Tornabuoni, era poetisa, discípula de figuras de la talla de Luigi Pulci y Angelo Poliziano.

Lorenzo era un varón de rostro complicado y difícil: nariz grande achatada por la caída de un caballo en su juventud, ojos de color caramelo tostado que eran su rasgo más pasable, boca adusta de dientes revoltosos campando cada cual por sus respetos, pómulos a lo tártaro, tez morena que negreaba en la barba y el pelo largo, lacio y negro como el alma del carbón de antracita. Considerado el más inteligente de sus hermanos, era gran deportista, amigo de justas y torneos, cetrería, caza, cría de caballos y un buen jinete, competidor más de una vez en el Palio de Siena, nuestra gran fiesta. Educado en Venecia, fue enviado como embajador a Milán con diecinueve años y, un año después, a la muerte de su padre el Gotoso, hubo de tomar las riendas de su ciudad-estado. Hábil diplomático, partidario antes del *dietro-front* que de la lucha armada, alcanzó la paz con Nápoles tras declararle la guerra el rey de aquel reino, Fernando I. El *dietro-front* es algo muy italiano que, en esencia, supone el saber echarse atrás, no tener reparo alguno en desdecirse e incluso pedir disculpas al rival, todo antes que llegar a las manos. No ignoro que en países de sangre más caliente ello es desdoro y hasta cobardía. Tengo amigos franceses y españoles que a la menor ofensa se acaloran, lanzan palabras gruesas y sacan la espada del tahalí, manteniendo sin enmienda la palabra dada. No es el caso común en Italia. Somos una vieja raza curtida en mil lances guerreros y nadie puede darnos lecciones de valor. Tras victorias y derrotas sin cuento, hemos llegado a la conclusión de que la vida es más importante que la honra y que todo puede repararse menos perderla.

Muchos tenían a Lorenzo el Magnífico por un déspota, pero, según mi padre, era solo un severo mantenedor del orden en una época convulsa en la ciudad. Enfrentado a los Pazzi, la otra familia florentina predominante, tuvo que hacer frente a varios atentados, el más notable cuatro años antes de mi llegada a Florencia, un domingo de abril, al salir de misa en Santa María dei Fiori. Varios sicarios dispararon sus saetas desde una terraza cercana. Lorenzo salió indemne de milagro, pero su hermano Giuliano murió de un certero flechazo que le traspasó el pecho. Prendidos los asesinos y torturados, descubrieron una conjura en la que intervenían no solo los Pazzi, sino el papa romano. Era demasiado para un espíritu conciliador y hasta romántico: los sicarios fueron descuartizados en la plaza pública y varias decenas de

florentinos sospechosos ahorcados, pero Baroncelli, el cabecilla, consiguió huir a Venecia y pasar a Constantinopla en una nave. Por una vez funcionó la diplomacia: el fugitivo fue extraditado, trasladado a Florencia y colgado de una soga con sus ropajes turcos frente al baptisterio del Duomo, meses después de la conjura. Leonardo da Vinci, en escalofriante dibujo a punzón de plata, inmortalizó la escena. Iacopo Pazzi fue desterrado y se declaró la guerra al obispo de Roma.

Un mediodía de mi primer otoño florentino, de forma inopinada, se presentó en la villa mi señor padre. Venía a caballo. Saludó a mi madre y, en su presencia, se dirigió a mí.

—El príncipe quiere conocerte, Cecilia —aseveró.

Yo jugaba en aquellos momentos con mis muñecas. Las vestía y perfumaba tras el baño diario. Dedicaba especial atención a sus ropitas íntimas, que lavaba y planchaba personalmente.

—¿A mí? —dije asombrada.

—De alguna manera llegó a sus oídos tu hazaña poética, hablo de la flor de oro, y desea conocer de primera mano tu nivel artístico, pues tanto él como su madre son poetas.

Mi madre escuchaba atenta la conversación.

—¿Vendrán mamá y Paola? —pregunté.

—Mamá, desde luego. Paola no está invitada. Estarán más personas, artistas, científicos y literatos de la corte que se reúnen casi todas las tardes en el palacio Viejo, donde habitan los Medici.

Conocer la nueva no me produjo la menor impresión. Si acaso un extraño prurito vanidoso: el saber que iba a codearme con personas mayores, letradas y hasta sabias.

—Habrá que ir elegante... —dijo mi madre.

—No más de lo habitual en cualquier reunión distinguida —aseguró el autor de mis días—. He asistido a más de una de esas tertulias y el primero en modestia es el príncipe.

—¿Cuándo será? —quise saber.

—Esta misma tarde. Poneos guapas pues partimos enseguida.

Mi debut ante la sociedad y los hombres de mayor prestigio artístico y cultural de Florencia, quizá de toda Italia, se desarrolló sin incidentes. El Palazzo Vecchio, en la Piazza della Signoria, es un bello caserón de tres plantas, edificado en piedra de cantería revestida de mármol, material que también recubría suelos y paredes del salón principal, donde nos reuníamos. Como si de verdad fuese una dama, Lorenzo el Magnífico besó mi mano y me presentó a los asistentes: su madre, Lucrecia, una señora de unos sesenta años bien conservada, que usaba impertinentes pues era prósbita, con el recordatorio de su antigua belleza en los ojos brillantes, sesgados, grandes y negros; Clarice Orsini, su esposa, atractiva mujer vestida con elegancia, de mirada glauca y pelo rubio, cuya única ostentación era una gruesa esmeralda a juego con sus ojos prendida en una gargantilla; Sandro Botticelli, el pintor de cámara del

mecenas, un hombre cercano a los cuarenta años, alto, de facciones marcadas, piel rosada, muy rubio y de ojos zarcos; Leonardo da Vinci, un joven de treinta años de estructura maciza, pobladas cejas y ojos grises que taladraban todo lo que miraban; Giuliano da Maiano, un arquitecto de mediana edad, tirando a grueso, con la cara de felicidad del hombre bien alimentado y sin deudas; Marsilio Ficino, un pensador, filósofo, astrólogo y como tal un poco mago, hombre de unos cincuenta años, de rasgos acusados, muy viriles; Bertoldo, el escultor oficial de la corte, discípulo del gran Donatello; Giovanni Pico della Mirandola, escritor y poeta de apenas diecinueve años, guapo y distinguido, pensador en ciernes y, por fin, Angelo Poliziano, el secretario privado del Magnífico, un prodigio humano de veintiocho años que hablaba español, francés, alemán, árabe clásico, latín y griego además del toscano, traductor de la *Ilíada* a los dieciocho años, moreno claro, de larga y rizada melena, dotado de un encanto irresistible. Podéis imaginar cómo me sentía de pequeña al escuchar aquellos nombres, algunos de los cuales sonaban ya por la categoría de sus obras.

—Entonces tenemos entre nosotros a esta encantadora personita, Cecilia, que a pesar de su edad rima con gracia —dijo Lorenzo a modo de presentación para todos.

—No sé si con gracia o sin ella, señor, pero con toda el alma —respondí orgullosa y sin cortarme—. La poesía me sale de muy dentro y sin esfuerzo. En cuanto a su bondad o maldad, no soy la más indicada para juzgarla.

La asamblea estaba pendiente de mis palabras. Soraya me había compuesto con esmero: escarpines de raso y tacón alto, de niña rica, vestido largo también de seda y el pelo recogido en dos trenzas. Llevaba los labios pintados rosa pálido, las uñas a juego y las mejillas maquilladas con polvo de coral. Perfumada de manera discreta, había prendido en la blusa a la altura del pecho, liso y plano, mi áureo trofeo poético. Miré a mis padres, huecos y esponjados como palomos zureando, y vi el orgullo brillando en sus pupilas.

Nació una charla distendida y general en la que, por supuesto, no intervine. Merendamos cosas ligeras y exquisitas servidas por camareras en platos de porcelana fina, sentado cada cual en su asiento. Yo probé pechuga de faisán en gelatina, palominos duendos y un medallón de langosta de las bocas del Po, pero hubo quien, como Da Vinci, se despachó con siete u ocho medallones del crustáceo, saltimboca a la romana con su salvia, un cuarto de faisán y *scampi* hervidos, léase cigalas, con salsa vinagreta a discreción. No hubo postre, pues hicieron de tal las diferentes intervenciones de los comensales y la mía propia. Se habló de política, guerras y economía, temas sobre los que me quedé *in albis*, de pintura, arquitectura, escultura, literatura y medicina, cuestiones en las que abrí el oído, y por fin Lucrecia, la madre de Lorenzo de Medici, declamó con delicada voz poesía de su factura y de Luigi Pulci; siguió Leonardo versando con limpieza poemas propios, de gran belleza; hizo después de vate el príncipe para entonar una oda escrita por él mismo: *Quante bella giovanezza*, de estrofa tierna que no pegaba nada con la voz ni el rostro del poeta,

pues más que trovador parecía, Dios me perdone, un orangután africano cazando mariposas. Cuando finalmente me llegó el turno me alcé de la silla y, con un dominio que me sorprendió a mí misma, entoné de memoria los versos de la oda en tercetas que me supuso la Gardenia de Oro: *Il canto degli uccelli*. Aquellas doctas, excelentes y generosas gentes premiaron mi actuación con aplausos y besos. Lorenzo el Magnífico, sobre todos, ponderó mi inspiración y virtudes declamatorias. Solo Leonardo da Vinci, sin torcer del todo el gesto, puso educados reparos a mi incipiente poesía.

—Desde luego es meritorio que una niña agraciada, el esbozo de una mujer preciosa si se me permite, rime con tal facilidad —dijo en tono afectuoso—. Encuentro en su poesía algún defecto, pero también el germen de una lira que, si es capaz de volar sin la ayuda de Horacio, en el que bebe, llegará lejos.

Callé. Sentí un sofoco oprimiéndome el pecho, mi primer sofoco. Aquel hombre de mirada profunda había adivinado que no eran Ovidio, ni Marcial, ni Virgilio mis poetas preferidos, sino Horacio.

—Maestro Leonardo —intervino mi padre—, hasta donde yo sé, es Horacio, en efecto, el poeta favorito de Cecilia. Tal vez si hiciese para ella de profesor y guía, podría encauzarla en la senda correcta.

—No es eso, por favor... —dijo Da Vinci—. Horacio es la mejor de las sendas pues no hay poeta mejor. Se trata de dar al verso un tono propio. Nada sería para mí de más agrado que modelar a Cecilia, siempre que ella esté de acuerdo —añadió.

—Para mí sería un gran honor —aseguré envuelta en un rubor que quemaba mi rostro.

—Traedme a la muchacha a mi taller, aquí en palacio, a partir de las ocho de la mañana. Aprenderá a rimar todavía mejor, y más cosas.

—No podrá ser a aquellas horas, maestro —intervino mi madre—, pues son horas lectivas.

—Cierto —contestó Leonardo—. Siendo así tendrá que ser a media tarde.

En ello se quedó. Antes de despedirnos, el Magnífico nos mostró su galería de arte, en la planta alta. Siendo ya noche cerrada, la enorme estancia se hallaba iluminada por arañas de cristal donde lucían centenares de cirios. Un cerero por lámpara se ocupaba de reponer las velas, conseguir que la cera derretida no cayese al suelo y evitar incendios. Olía a cera quemada y al barniz de los cuadros, varios de ellos de factura reciente. Lorenzo aseguró que la belleza de las pinturas era mayor a la luz del día, cuando la claridad penetraba a raudales desde la colindante plaza de la Signoria. El propietario de la pinacoteca iba describiendo las obras según pasábamos ante ellas. En un éxtasis mudo contemplé maravillas de Simone Martini, los dos Lorenzetti, Gentile da Fabriano, Masaccio, Fray Angelico, Cimabue, Filippino Lippi, Piero Della Francesca, Domenico Veneziano, Pollaiuolo, Sandro Botticelli, Pietro Perugino, Ghirlandaio, Andrea Mantegna, Andrea Cioni —conocido por *el Verrocchio*— y su discípulo dilecto, Leonardo da Vinci, del que vi la *Anunciación* y

el *Bautismo de Cristo*, que nos explicó al detalle su autor. El mecenas, además de asalariar a sus artistas favoritos y darles techo, a algunos como Da Vinci en su propio palacio, retribuía sus obras con generosidad. Botticelli, por ejemplo, se edificaba una villa en las afueras de Florencia con el producto de sus obras.

Vi también esculturas griegas, romanas de los imperios Bajo y Alto y otras más recientes de Donatello, esculpidas en mármol blanco de las toscanas minas de Carrara. Eran las once de la noche pasadas cuando volvimos a la villa. Aquella noche no dormí, desvelada, dando vueltas y vueltas en el lecho. Dos veces me asomé al balcón que daba al parque. La luna, no sé si creciente o menguante, se acostaba sobre sí misma exhibiendo su desnudez impúdica. Me mareaban el aroma de las madreselvas, los jazmines y el dondiego de noche. Tenía la sensación de interpretar la historia, de habitar un lugar donde moraban el arte y la sabiduría, no existía el dolor y todo lo presidía la belleza.

* * *

Pasé varios meses recibiendo lecciones de Leonardo. El de Vinci, pequeño lugar cercano a Anchiano, cerca de Florencia, imponía por su aspecto majestuoso y saber fuera de lo común. Era hijo natural de un notario, Piero da Vinci, y de una campesina, Caterina, pero nunca convivió con sus padres pues el escribano se casó el mismo año de su nacimiento con una joven noble, Albiera de Giovanni Amadori, y Caterina con un repostero, Accatabriga del Vacca. Me confesó que, desde que tenía conciencia, siempre estuvo rodeado de libros, no haciendo otra cosa que leer, estudiar, polemizar y volver a leer, dejando un texto todavía caliente de sus manos para coger otro. Además del toscano, su lengua materna, griego, latín y hebreo —era un *homo trilinguis*—, dominaba el francés, alemán y árabe clásico. Sin llegar a escribirlas, comprendía las lenguas española e inglesa. En su juventud hizo de todo, desde tocar el laúd en las calles de Florencia pasando después la gorra, a camarero y cocinero en un mesón, pues amaba los fogones, quizá herencia materna. Era un excelente poeta y vate, dominando los secretos de la métrica. Cuando le conocí trabajaba al tiempo en distintos proyectos que plasmaba en el pergamino a carbón o plumilla con maestría poco vista. Me mostró algunos —los seleccionaba en cartapacios marcados por letras o números—, pero no entendí nada o casi nada. Eran máquinas hidráulicas o guerreras, artefactos musicales, aparatos relacionados con la metalurgia, la química, la cocina, la industria del cuero o la carpintería. Cuando pintaba elaboraba sus propios pigmentos y colores siguiendo técnicas del Verrocchio, que fuera su maestro, y si esculpía, lo hacía en madera, yeso, cerámica, hierro, bronce y mármol. Todo lo hacía bien. Sus conocimientos sobre la historia del mundo eran apabullantes. Sabía lo ocurrido en el planeta desde el diluvio universal. Conocía al dedillo lo acontecido en Japón, China, India, Persia, Babilonia, Grecia, Egipto —declinaba las dinastías

faraónicas como los escolares la tabla de sumar—, Roma y Europa con las balbucientes naciones que alumbraba. Todo lo explicaba con naturalidad, sin afectación, condescendiendo a revelar a una niña de apenas once años los secretos del mundo. Referente a poesía, arte que me llevó a su lado, decía disfrutar y alababa mis versos. Yo nunca le creí, pues siempre fui reacia a la lisonja. Opino, mejor, que eran mi apostura juvenil, el aroma a jazmín que desprendía mi piel y la belleza de mis pocos años lo que lo encandilaba.

—El estro o inspiración armónica es importante para rimar con gracia, pero no lo es todo —aseguró una tarde—. Las musas intervienen en la poesía de forma decisoria, pero sin técnica la hacen palidecer. A ti te falta pulso, ritmo, pero lo cogerás si no desmayas.

Con ejemplos de su propia factura me explicó los secretos del verso, el adecuado tamaño o longitud de la estrofa y la elegancia que la rima proporciona a un soneto.

—¿Por qué hay tan pocas mujeres poetisas, maestro? —le pregunté una vez—. ¿Es verdad que los hombres son más inteligentes que las mujeres?

Quedó pensativo un momento, quizá eligiendo las palabras, pues como hombre sabio era parco en ellas.

—Mujeres poetisas ha habido siempre, y grandes, como Sapho, griega de Mitilene en la isla de Lesbos —respondió—. Otra cosa es que sus obras hayan trascendido. Y en cuanto a inteligencia, te diré lo que sé: como investigador del cuerpo humano en innumerables disecciones cadavéricas, puedo afirmar que el cerebro humano es idéntico en todas las razas, no existiendo diferencias por el sexo. Varían los tamaños, pero el aspecto macroscópico es el mismo.

—¿Qué es macroscópico, maestro?

—Es término griego referido a lo que puede observarse a simple vista. Lo microscópico sería lo visto con lentes de aumento, lo que el ojo no puede discernir. Puedo asegurarte que la inteligencia en la fémina es exacta a la del varón. Ocurre que el hombre emplea la fuerza bruta, os sometemos y os hacemos creer que valéis menos que nosotros desde el punto de vista intelectual, engañifa tan burda que se cae por su peso. Son cientos los ejemplos de mujeres sabias en el mundo. Hipatia de Alejandría era tan docta en matemáticas como Tales de Mileto, y la reina de Saba, negra por cierto, gobernaba con la sabiduría de diez reyes.

No mucho tiempo atrás había ocurrido un suceso que alteró el diario acontecer del maestro. Tendría él veinticinco años cuando cierto denunciante lo acusó a un juez, en denigrante carta anónima, de practicar la sodomía tanto activa como pasiva con Jacopo Saltarelli, uno de sus modelos habituales en el taller del Verrocchio. El mozo, de diecisiete años, un hermoso efebo de cabellera rubia y ojos claros, posaba al tiempo para el Perugino, Lorenzo di Credi y Sandro Botticelli, en sus desnudos, al lado de distintas modelos femeninas. Nunca pudo probarse la afirmación del desconocido acusador, pues la negó el propio Saltarelli, que aseveró tener novia formal, a la que amaba. Además, lo anónimo de la acusación la hacía odiosa, por lo

que el juez sobreseyó la causa. No tenía yo edad de valorar ciertos aspectos del amor carnal, pero había oído decir a Manfredi, mi preceptor, que la sexualidad debe ser libre. Abundando en ello, mi padre aseguraba que los casos de bisexualidad no son tan raros. Leonardo mismo podría ser un ejemplo. Casi al tiempo en que era acusado de pederastia mantenía relaciones con una de sus bellas modelos, Ginevra di Benci, joven de la mejor sociedad florentina, poetisa, alquimista, educada en ambientes humanistas y libérrimos, cuyo retrato recién ultimado me mostró.

Un día festivo, en medio de mi asombro, Da Vinci vino a recogerme a nuestra villa en su coche de caballos. Pidió a mi padre permiso para llevarme a navegar por el Arno, y tal sería la confianza que inspiraba que el autor de mis días se lo dio. Ya iba Sahíz a subir al carruaje para acompañarme, cumpliendo viejas órdenes de su amo, cuando este, con una seña, lo impidió.

—¡Qué agradable sorpresa, maestro! —dije ya en la calesa.

La mañana era radiante. Hacía un calor que el aire de levante evaporaba. Las nubes, gordinflonas, empujadas por la brisa, se inflaban, adelgazaban, se aguzaban y terminaban disolviéndose en el éter. Los caballos braceaban airosos haciendo sonar sus cascabeles. Leonardo callaba. Llevaba en las manos un grueso cartapacio.

—¿Me dejarás nadar? —pregunté tuteándolo, pues era cariñoso y hacía varios meses que nos conocíamos.

—Los ríos son peligrosos para nadar, señorita preciosa —respondió—, pues en el agua dulce el cuerpo apenas flota y se va al fondo con más facilidad que en una playa.

—¿Cuál es la causa, maestro? —pregunté.

—Sin ninguna duda la proporción de sal y minerales que contienen las aguas. Las del mar son saladas, y dulces las de ríos y lagunas. Además las corrientes en el Arno son traicioneras. No, querida niña, te aprecio demasiado para permitir tu baño —aseguró—. Te enseñaré otras cosas.

Llegamos a un embarcadero en la orilla del río más cercana a la plaza de la Señoría. Un barquero nos esperaba en una embarcación propiedad de Lorenzo el Magnífico, pues llevaba grabadas en las amuras las armas de Florencia y enarbolaba en el único mástil la bandera y las insignias de los Medici. Zarpamos. La embarcación, de vela latina, se deslizó por el centro del río como un ánade. Los rayos del sol, zigzagueando entre las nubes altas, iluminaban la espléndida jornada. El barquero era experto, pues sorteaba con habilidad otras barcas, botes y chalupas que faenaban llevando pasajeros río abajo o arriba, cruzándolo, pescando o trasportando mercancías. La luz, limpia y tornasolada, se reflejaba en las cúpulas de palacios e iglesias y moría en el agua verdosa. La gente de la orilla saludaba a grandes voces y destocándose a Carduccio, como sin duda se llamaba nuestro fluvial marino, que debía ser muy popular. Leonardo estaba muy gracioso en traje florentino, con calzones de lona gruesa a rayas, sandalias de esparto y jubón listado de al menos diez colores: del rojo rutilante al violeta. Soraya me había vestido con sencillez: un traje

de hilo fresco, blanco y verde, que dejaba ver mis tobillos, y una pabela de paja entretejida, al modo campesino.

—¿Tú crees que puede navegar un barco hecho de hierro? —me preguntó Da Vinci.

—Pues no lo sé —respondí—. Lo veo difícil, salvo que andéis tú y tus inventos por medio.

—El invento no es mío. Arquímedes, el sabio de Siracusa, ya demostró siglos antes de Cristo que todo puede flotar dándole la debida forma. Yo pretendo corroborar sus teorías y al tiempo confirmar que el hombre puede navegar bajo las aguas.

—Eso no me lo creo ni viniendo de ti —dije—. Ningún ser humano es capaz de caminar por el fondo de un río. ¿Cómo respiraría?

—No se trata de caminar, pequeña, sino de gobernar un ingenio flotante que al tiempo sea sumergible. El artefacto, cerrado de manera hermética, contendría el aire suficiente para una inmersión que bastara para explorar los fondos marinos o fluviales.

—Me hablas en chino.

—Llegará el día —añadió como si no escuchara— que el hombre surcará el fondo de los mares y también los cielos, pues podrá volar.

Yo estaba atónita, pensando si el visionario aquel había perdido el juicio.

—Mira —dijo abriendo el cartapacio y enseñándome un precioso y detallado dibujo a punzón y tinta china—: mi teoría aeronáutica se basa en los principios de Arquímedes —aseguró.

El pergamino mostraba a un hombre con unas enormes alas que parecían de lona atadas a los brazos abiertos. En sucesivos dibujos, accionando los brazos y las piernas, el tipo aquel conseguía elevarse del suelo. Todo estaba detallado en el documento: el tamaño y forma de las alas, los materiales de construcción e incluso el vestuario del intrépido: descalzo y con un simple taparrabos por razones de peso. Aquello me pareció tirando a simple, pero no dije nada. Veía estúpido que una niña tonta, por muy poetisa que fuese y tan inocente como una lagartija, opinase en temas de mayores, tanto más si el mayor era aquel hombre impar e imponente que era anatomista, arquitecto, escultor, cocinero, botánico, alfarero, científico, pintor, escritor, poeta, filósofo, ebanista, físico, ingeniero, marino, agricultor y urbanista. La barca había dejado atrás Florencia y se acercaba a Lastra, *paesino* a una legua de la ciudad. Se veían ya sus casas cuando Carduccio dirigió la nave hacia un embarcadero en la margen izquierda del río. La barca topó contra un desvencijado muelle de madera con un sonido hueco y fue amarrada a un poste. Descendí a tierra ayudada por mi galante y sabio amigo. Me condujo a un pequeño arsenal de ribera, a tres pasos, donde varios carpinteros trabajaban en distintas barcas. A un lado de ellas, sobre una plataforma hecha de tablas, se hallaba un extraño artilugio ovalado o, mejor, achaparrado, como un enorme barril de mosto con ventanas, pues tenía dos,

redondas, con cristales gruesos como losas de pizarra. Los operarios saludaron al inventor quitándose las gorras. Algunos se afanaban en calafatear el intersticio entre las costillas del artefacto, duelas gigantes de un tonel hueco con capacidad para tres mil azumbres de vino de la última cosecha en las viñas de Lorenzo el Magnífico. Mi mentor asomó la cabeza por un agujero en la parte de arriba del ingenio, cubierta por un opérculo a modo de escotilla, e hizo patente su satisfacción.

—Veo que las cosas marchan... —dijo a modo de saludo.

—Ya casi se halla listo, señor —sostuvo el que parecía ebanista o carpintero jefe—. En pocos días acoplaremos los depósitos accesorios, colocaremos el timón y podrán iniciarse las pruebas —aseguró.

Yo estaba perpleja ante lo que sin duda era el sumergible que había ideado Leonardo. Tendría el tamaño de un carro mediano y ofrecía un curioso aspecto extraterrestre.

—Puedes meterte dentro —me animó—. No tengas miedo —añadió haciendo con una mano el ademán invitatorio.

No era miedo, pero sí curiosidad morbosa. Ascendí por una escalilla de cuatro peldaños y, tras inspeccionar desde arriba el interior, me introduje en el aparato apoyando mis pies en gradillas metálicas ancladas a un fleje vertical, también de hierro. Olía raro. Allí cabía malamente un hombre no muy grande. Me senté en una especie de taburete e inspeccioné el cubículo. Tenía varias manivelas de función ignota y un mando circular parecido a la rueda que gobierna el timón en los buques. Fuera, a través de una de las ventanas, veía a los hombres riendo felices, embromándose y haciéndome visajes. Alguien cerró la trampilla de arriba. El sonido de sus voces se amortiguó tanto que apenas los oía. Cuando tuve la sensación molesta, le dicen *claustrofobia*, que se siente al estar en un lugar cerrado y demasiado estrecho, agité una mano. El mismo Leonardo abrió la escotilla y me ayudó a salir.

—¿Qué te parece? —preguntó ufano.

—Pues no sé qué decir... Es curioso. Supongo que se trata de tu navío submarino.

—Lo he bautizado *batiscafo*, del griego *bathus* o profundo y *skaphos*, que significa «barca».

—¿Y cómo se supone que navegará?

—Mi prototipo no puede navegar, pues no encuentro el modo de propulsarlo bajo el agua, pero podrá descolgarse desde un navío para explorar el fondo de los ríos y mares.

—No lo entiendo —dije—. Siendo una esfera hueca y cerrada, flotará.

—Exacto. Veo que aprendes rápido. La única forma de que pueda hundirse será instalando a ambos lados sendos depósitos metálicos que puedan llenarse o vaciarse de agua a voluntad. Son aquellos —dijo señalando dos largos y anchos cilindros de cobre—. Desde dentro del batiscafo, manejando las válvulas, se consigue la entrada o salida del líquido y con el volante se dirige el timón.

Callé. Desde luego era ingenioso, pero no quisiera estar dentro de aquel armatoste

el día de su inauguración, cuando se echase al agua.

—¿Cómo harás para que el tripulante pueda respirar? —quise saber.

—No lo tengo resuelto del todo, *ragazza* —afirmó—. Sin aporte exterior de aire, ya hemos hecho las pruebas y nadie resiste más de tres cuartos de hora. Una manguera rígida, de caña de bambú por ejemplo, aportaría aire inspirando por ella, pero limitaría la inmersión a pocos codos. De momento me conformo con el tiempo citado, que me permitirá ver la vida marina. Sé que es un primer paso, pero la ciencia progresa precisamente a pasos cortos.

Me enseñó, mientras él aceptaba un vaso de vino de los operarios, los planos y bocetos de su batiscafo. Tan solo los dibujos eran una obra de arte. Regresamos a la villa, donde Leonardo me entregó a mi madre sana y salva. Mi progenitora lo invitó a comer y él aceptó sin hacerse de rogar pues estaba hambriento. Mi padre estaba en la ciudad, cumpliendo sus funciones de embajador, por lo que mis hermanos que se hallaban en casa disfrutaron a lo grande de la conversación y el ingenio de aquel superdotado. Antonio sobre todo, el más guerrero, abrió mucho los ojos cuando Da Vinci aseguró que, con su batiscafo, sería posible algún día atacar una fortaleza desde el mar sin ser visto, aprovechando la sorpresa.

* * *

Quedando poco para cumplir once años, mis padres me llamaron a capítulo. Era cosa que hacían cuando tenían algo importante que decirnos, por ejemplo un compromiso matrimonial. Lo habían hecho antes con mis hermanos, y faltábamos Paola y yo. Supe que era mi turno por la expresión seria de mi padre y el gesto adusto de mamá, como si desaprobara aquel futuro enlace. Además había algo que no encajaba: Paola era mayor que yo, casi año y medio, y debía ser ella la siguiente en casarse en su día y, por tanto, la candidata al pretendiente en cuestión.

—¿Qué pasa, padre? —pregunté.

—Pasa que te hemos buscado marido, querida mía —dijo—. Tu madre y yo estamos seguros de que es el mejor partido posible, el hombre que te conviene.

Aquello me asustó. Un hombre... Desde la corta perspectiva de mis escasos once años un hombre era algo muy serio, Leonardo da Vinci, por ejemplo, o Sandro Botticelli, seres grandes y altos, peludos, circunspectos, de voz grave, cuando no recia y áspera. Si hubiera dicho «Te casarás con un joven» o «Hemos encontrado a un mozo que se ha prendado de ti», lo hubiese entendido.

—¿Y Paola? —pregunté con la esperanza de que se tratase de una confusión y el deseo de endosarle al hombre.

—Stefano Visconti te prefiere a ti —dijo mi madre—. Ya le hablé de Paola, pero afirma que se interesa exclusivamente en tu persona.

—¿Hablasteis? ¿Cuándo fue? —pregunté.

—Sabes que estuvimos en Milán la semana pasada.

—¿Qué edad tiene ese hombre? —inquirí de nuevo presa de la aprensión.

—Lo ignoramos con certeza —dijo mi padre barriendo para casa—. Alrededor de los cuarenta.

—¿Cómo es? —quise saber, cada vez más inquieta.

—Alto, moreno, simpático...

Enmudecí. Aquellos desalmados, mis propios padres, querían casarme con un viejo moreno, alto, simpático y feo como una rata de agua, pues, de ser agraciado, mi madre, que no sabía mentir, lo habría dicho. Tragué saliva.

—Pero... No lo conozco y, que yo sepa, él no me ha visto nunca.

—Sin duda le ha hablado de ti alguien —intervino mi padre—. Habrá llegado a sus oídos tu fama de poetisa y también, por qué no, el pregón de tu belleza aún sin pulir, pero que se acentúa por momentos. Para nosotros es un honor tal enlace. Serías condesa.

Callé. Ignoraba exactamente quién era Stefano, pero pertenecía a la poderosa familia Visconti, gibelinos de pro, tantos años duques de Milán, dueños de media Lombardía y engastados en su gobierno con el apoyo del Imperio. ¿Qué iba a alegar? Nada de fundamento. Decidí adoptar la postura del camaleón, es decir, camuflarme inmóvil y simular obediencia hasta que escampara o, en todo caso, conociese al hombre que se interesaba por mi cuerpo todavía tierno.

—¿Cuándo sería la boda? —pregunté de nuevo, ya repuesta.

—No mucho después de tu edad núbil —dijo mi padre—. Andrea fue mujer a los trece años. Paola imagino que seguirá sus pasos y contigo sucederá lo mismo. Calcula dos, dos años y medio...

No entendía muy bien lo que significaba que una mujer fuese mujer, pero sabía por mi madre que existía la menarquia. Os parecerá insólito, pero muchas dudas me las había resuelto Leonardo da Vinci en varias de sus tardes culturales. Me explicó lo que era la hemorragia menstrual y, gráficamente, me instruyó en la disposición del aparato genital del hombre y la mujer. En un dibujo del útero, aseguró que la semilla del hombre se plantaba allí llevada por el miembro viril para esperar al femenino óvulo producido en los ovarios. Añadió que el embarazo solo es posible tras la menarquia. El resto me lo enseñó Soraya.

—El periodo, también llamado *menstruo*, es un azote que manda Alá para esclavizar a las mujeres al arbitrio del hombre —aseguró la sierva—. Es por ello que yo, pudiendo hacerlo, jamás me casaré. La hemorragia llega puntual todos los meses con su cohorte de escozores, desánimo, suciedad y dolor de cabeza, pero es peor si no viene, pues significa que estás embarazada. ¿Tú, amita Cecilia, querrás casarte a los trece años?

—No lo sé. Depende del marido que me busquen, pero presiento que Stefano Visconti, amén de viejo, es un adefesio. En todo caso no sería antes de poder tener hijos.

—Pues prepárate, amita. En cuanto sangres, todo el norte de Italia sabrá que eres mujer y tu futuro aparecerá por aquí a uña de caballo para preñarte tras llevarte al altar. A no ser que...

—¿A no ser qué?

—A no ser que utilicemos la cabeza.

—Explícate.

—Hay una solución para el caso de que el marido que te han buscado no te guste —afirmó Soraya—, pero requiere discreción, pues, de enterarse los amos, me despellejarían.

—Habla —dije.

—Es muy sencillo —sostuvo la esclava—: el día que te baje la regla nadie tendrá por qué enterarse.

—¡Claro! —exclamé—. No diremos nada. Lo ocultaremos. ¿Harías eso por mí?

—Haré lo que me pidas, amita, si es por tu bien. Odiaría que te encadenaran a un hombre al que no amas, pero la treta no podría prolongarse más de dos años, pues de lo contrario sospecharían. La menstruación puede retrasarse, pero viene siempre. No quiero exponerme a una azotaina si llegan a enterarse.

—Sabes que mis padres son incapaces de hacer daño a nadie. Y además, si se enteraran de alguna forma, negaré que estuvieras en el ajo y juraré que todo fue idea mía.

Prometimos guardar nuestro secreto cuando llegara el caso. Proseguí mi formación pegada a mi maestro como hiedra al muro, estudiando, oyendo a Marsilio Ficino y los demás en las tertulias en las que Lorenzo de Medici solicitaba mi presencia. Mientras tanto observaba inquieta la metamorfosis que se obraba en mi cuerpo. Era como si mil duendecillos traviesos trabajasen mi piel, le diesen brillo, al tiempo que brujas montadas en escobas redondeaban las aristas de mis huesos, embellecían los rasgos de mi cara, agrandaban mis ojos, coloreaban mis pómulos, cincelaban la nariz y modelaban a la perfección mi boca y dientes. Con once años y medio comenzaron a auparse mis senos. Apenas era nada, el promontorio que muestran las gacelas o las ciervas del bosque cuando celan, pero la elevación se acompañaba de un cambio de color en las areolas y, sobre todo, de un erizar convulso en los pezones. En las axilas, frente al espejo, vi cómo nace el musgo, una grisalla herbácea y aromática que iba a más. Pero la verdadera conmoción estaba en el empeine. Una mañana clara, tras el baño, aprecié que mi monte de Venus se esponjaba como si lo insuflasen mientras una pelusa imperceptible, casi cabello de ángel, lo decoraba con el mismo arte que Botticelli el sexo de su Afrodita. Como preludio de mi propia sinfonía, una noche de truenos y relámpagos me despertó el aullido de mi hermana Paola desde su habitación. Cuando llegué ya estaba allí Soraya, quien, cumpliendo órdenes de mi madre, dormía en un jergón en el pasillo para vigilar nuestros sueños y consolarnos si teníamos fiebre o pesadillas. Había encendido el fanal de petróleo.

—¿Qué tienes, amita Paola? —preguntó solícita.

—Creo que estoy sangrando —respondió mi hermana lívida de pavor, mostrando la yema de un dedo tinto en sangre—. Un líquido viscoso y caliente me corre por los muslos —añadió.

—No tengas miedo —la tranquilizó Soraya—. Déjame ver —añadió apartando las sábanas.

El camisón de Paola estaba empapado en sangre roja, lo mismo que las bragas. La esclava la despojó de ambas prendas. Pude ver el sexo de mi hermana casi desarrollado y su montículo pubiano recubierto por una mata de pelo negro tan rizado como la testuz de un novillo. Soraya le separó las piernas para dejarme ver un hilillo de sangre surgiendo de su vulva ya formada, con sus labios dispuestos para recibir al miembro varonil. El clítoris era largo, recordando a una lombriz de tierra, retorcido en sí mismo como hojaldre cuando sale del horno, pidiendo guerra.

—Ya eres mujer —dijo Soraya—. Tu padre se volverá loco de contento y te buscará novio.

—Lo dudo —respondió Paola lloriqueando—. Unas tanto y otras tan poco... —añadió mirándome—. Cecilia tiene un pretendiente que no quiere y de mí nadie se acuerda.

—Si quieres te lo cedo —dije.

Paola ahogó un sollozo. La naturaleza había sido cicatera con ella. No era fea de cara, pero el cuerpo, fofo, rechoncho y desmadejado, no acompañaba. No tenía por dónde asirse como no fuese por las nalgas opulentas. Soraya preparó con gasas y algodón, en un instante, una compresa que, tras enjabonar vulva y lo demás, colocó en la zona y sujetó con una braga limpia.

—¿Quieres que me meta en tu cama? —pregunté solícita, aunque no era mi sueño favorito.

—No hace falta, hermana —denegó—. Duerme. Me las arreglaré.

Volvimos Soraya a su catre y yo a mi lecho. Año y medio me quedaba para pasar por sobresalto idéntico, calculé. Pensé que, después de tanto, no iba a ser complicado ocultar la hemorragia contando con la complicidad de la esclava. Para empezar no pensaba gritar, llorar, hacer aspavientos ni lanzar el gemido más chico. Me limitaría a avisar a mi cómplice, con sigilo, y a utilizar compresas los días que durase la dichosa regla. El problema —la sangre es escandalosa y delatora— serían las sábanas y prendas que manchase, pero seguro que Soraya lo resolvería con astucia y solvencia.

Fueron tiempos de silencios si me dejaba caer con la pretensión de conocer, o al menos de ver de lejos, a mi futuro esposo. La mudez era plena si trataba de contemplar siquiera fuese un camafeo con su efigie o allegar algún dato sobre su persona: el color de sus ojos, el tinte de su dermis o la disposición y armonía de sus miembros. Resignada, dejé correr el tiempo aprendiendo español y francés, pues eran los idiomas de las potencias que se disputaban el dominio de Italia y, antes pronto que tarde, tendría que conocerlos. Mejor sería, pensé, si llegado el momento y para

librarme de sobresaltos me entendiera en ambos a la perfección. Mi profesor de idiomas fue Angelo Poliziano. Siendo lenguas latinas, fue muy fácil. Al tiempo que mejoraba en galo y castellano, mi cuerpo terminaba de pulirse y transformarse: en menos de un año gané un palmo, se estilizó mi figura, me crecieron las tetas de forma prodigiosa y las nalgas dibujaron su cósmica silueta planetaria en mis vestidos. Las caderas, como de ciencia infusa, redondearon mi pelvis hasta hacerla deseable y materna.

—Cada día estás más guapa, Cecilia —aseguró Poliziano en medio de una clase—. ¿Qué edad tienes?

—He cumplido ya trece —dije.

—Envidio al hombre que se case contigo. Oí decir que será un Visconti.

—Se trata de un desconocido y viejo Visconti, en efecto. ¿Y por qué lo envidias? Nunca podrías casarte conmigo. Eres casado.

—Si no te gustara el carcamal que te han buscado y me aceptaras, podría divorciarme —aseguró con su sonrisa pícara.

—Te tomo la palabra —dije muy seria—. Si todo sale mal, te buscaré.

Reímos de buen grado. Mi comentario no era del todo descabellado, pues Angelo era un hombre guapo y gallardo de treinta y dos años que haría feliz a cualquier mujer. Tras las risas festivas mi profesor se quedó pensativo, dibujando con el punzón sobre el pergamino curvas y rectas crípticas.

—Soy feliz con mi mujer —afirmó al fin—. Si dije aquello fue porque admiro la belleza.

—No tienes que justificarte. No sabes lo que agradezco tu interés.

Fue a poco de cumplir los trece años cuando vi mi primera regla. Llegó también de noche. Estando como estaba sobre aviso, no me sorprendió. Sentí correr la sangre por los muslos y las bragas heladas, pegadas a la piel. Toqué y palpé una masa pastosa y pegajosa, que era la sangre coagulada. Debía llevar tiempo sangrando sin darme cuenta. Dominando asco y escalofríos me levanté y, a tientas para no hacer ruidos que alertaran a Paola, desperté a Soraya. Ella, sin necesidad de palabras, comprendiendo de qué iba, se alzó de su humilde esterilla y me siguió al dormitorio. Allí, tras cerrar la puerta y encender una bujía, me enjabonó a conciencia, fabricó con algodón y gasa una compresa, recogió los ensangrentados ropajes y sábanas y los escondió en lugar seguro para lavarlos sin ser vista. Ella me facilitaba los apósitos que precisaba durante los tres días que duraba el sangrado. Cuando suponía que iba a llegar la menstruación —siempre fui muy exacta—, dormía con una compresa puesta para evitar ponerlo todo perdido. Procedimos siempre de igual modo hasta que, casi al año, se descubrió el pastel.

Fue el caso que, con motivo de mi catorce cumpleaños, invitado por mi padre tras mucho insistir, se presentó en Florencia mi futuro marido. Fue una sorpresa, y grande, pues nadie me avisó de su llegada. Media hora antes de la cena, en la villa, me enteré de que Stefano Visconti se sentaría a la mesa. Soraya me compuso en su

honor y en el de Leonardo da Vinci y Angelo Poliziano, también invitados por ser mis profesores. Al mirarme en el espejo no me reconocí: peinada de aquella forma, perfumada, estrenando un vestido que marcaba mis curvas, maquillados los ojos con kohl azul celeste y altos tacones, parecía una mujer auténtica.

Conocer al que mi mala suerte me destinaba por esposo, más que asombro, fue un susto mayúsculo. Nada de cuarenta: Stefano Visconti era un anciano de cincuenta y cinco años que apenas se sostenía en pie, pues los tofos gotosos se lo impedían. De su cara envejecida destacaban sus ojillos de roedor de cochinería, el bello caído y babeante, un pegote por nariz y la boca deformada, de batracio, queriendo esbozar una sonrisa que se quedaba en mueca. Era conde e inmensamente rico. Nos presentó mi padre. Sofocando las náuseas cuando besó mi mano, traté de dominarme y le concedí un voto de confianza. Tal vez era un varón preclaro, versado en las ciencias y las artes, dotado de oratoria y don de gentes, amante de la música y la filosofía o un gran bardo, pensé. Por fortuna para mí lo sentaron enfrente, pues le cantaba el aliento. Mirándole me vino a la memoria aquel mozo bigardo que me abordara en Siena, el que espantara Sahíz, y tuve que reprimir el llanto. Durante la cena habló largo y tendido y todo mal. Ya fuese del paisaje toscano o lombardo, de lo caro de las subsistencias o de un callo en un pie que lo martirizaba por entonces, cualquier cosa que dijese chirriaba. Aseguró que añoraba a su mujer —era viudo—, muerta de repente hacía cinco años. Seguro que la pobre se había suicidado con veneno por no aguantar al pelma, discurrí. Metía la pata si se hablaba de pintura, desbarraba si el caso era poético y era un pedante pues, sin venir a cuento, disertó sobre arte etrusco cuando charlábamos del tiempo, inusualmente caluroso para ser mayo. En el colmo de la estulticia más cerril, se permitió disentir de Da Vinci en un tema científico y de Poliziano sobre la etimología de una palabra toscana: *spogliare*. Leonardo, el rey sin corona de los científicos, y Angelo, monarca coronado de los filólogos, sonreían displicentes. A los postres, en medio de mi pasmo perplejo, me entregó un estuche de piel que contenía una sortija de pedida con un pedrusco deslumbrante, gordo como un *fagiolo* de la Basilicata, feraz tierra donde crecen las judías o habichuelas más grandes y sabrosas de nuestra península.

—Esperaba dártelo cuando fueses ya núbil, amada mía —manifestó—, pero veo que la cosa se retrasa.

—Los primeros sorprendidos somos nosotros —dijo mi madre—. Sus hermanas y yo misma fuimos mujeres a los trece años, y hoy, que Cecilia cumple catorce, es el día que su menstruación no quiere aparecer.

—Molesto contratiempo —continuó Stefano—. Es curioso —añadió—, la regla suele retrasarse en muchachas pálidas y cloróticas, mal alimentadas, pero Cecilia está como una rosa, si se me permite. ¿Estás segura, prenda mía, de que nunca te vino la hemorragia periódica? Tal vez te termina estos días de bajar...

Recuerdo que enrojecí como una párvula y es que, casualmente, estaba manchando. Da Vinci y Poliziano sonreían. Mi padre se sintió obligado a intervenir.

—Amigo Visconti, estimo que el tema no es apropiado para una sobremesa. Recuerda que tu prometida cumple hoy catorce primaveras.

—Perdón —se apresuró a decir el impertinente—. Tan solo sugería que Cecilia, tal vez, debiera ser examinada por un físico. Sé de muy buena tinta que los retrasos en la maduración de las muchachas se corrigen con ciertos cocimientos de hierbas.

—Como preceptor de Cecilia los tres últimos años, tiempo en el que la vi crecer y madurar, puedo asegurar que su desarrollo físico y mental es óptimo —sostuvo Leonardo da Vinci—. Ella es una mujer y a la vista está. La presunta ausencia de menarquia es de otra etiología.

Hubo un silencio tan espeso como la crema de zanahorias que degustábamos, una especialidad de mi madre. Mi padre carraspeó y cambiaron de tema. No recuerdo de qué hablaron, y es que estaba entre aterrorizada y descompuesta solo de pensar que aquel hombre pudiese tocarme con sus manos. La sobremesa fue muy corta pues Visconti madrugaba para retornar a Milán en diligencia, ya que no cabalgaba. Besó mi mano, que alargué todo lo que pude para no olfatearlo, y se despidió. Al día siguiente tuve dos largas charlas encontradas: una distendida y fructífera con Leonardo y otra tensa y también productiva con mi padre.

—A mí no podrás engañarme, pequeña y encantadora *strega* —dijo Da Vinci—. ¿Qué te traes entre manos?

—No soy ninguna bruja —contesté—. ¿A qué te refieres?

—Sabes perfectamente que me refiero a ti, a tu delicioso cuerpo ya casi modelado, a tus mañas de mujer y a que dejaste atrás la infancia.

Tras la diaria lección paseábamos por el parque del palacio de Lorenzo el Magnífico, que todos conocían como el Jardín de Esculturas, pues las había bellísimas del gran Donatello, de su aprendiz Bertoldo y de los jóvenes alumnos de este, Ghiberti y Torrigiano. Una desnuda Venus, copia quizá de la que para Cnido esculpiera el inmortal Praxíteles, parecía acecharnos. Nos envolvían la luz de la tarde que se iba y el silbo de los pájaros.

—No comprendo... —dije sonriendo, mi arma letal, que sabía infalible pues a ella se doblegaban mis padres y cualquiera con quien me tropezase en el mercado o en la plaza.

—Apuesto media hora de mi vida a que eres mujer desde hace por lo menos un año. Sabes que puedes confiarme tu secreto, pues nada saldrá por esta boca, lo juro. No comprendía lo que pasaba hasta que lo entendí de golpe anoche, viendo a tu prometido Visconti.

Sin poder evitarlo estallé en una carcajada nerviosa, delictiva, que le contagié.

—Me descubriste —dije ya serena—. Pretendía retrasar mi matrimonio ocultando mi menarquia y lo conseguí.

—No hace falta que me digas la causa. Stefano Visconti no tiene la culpa de ser poco agraciado y viejo prematuro, pero sí es responsable de su idiocia.

—Por mí puedes explayarte lo que quieras: mi presunto futuro marido es todo eso

y además tonto y pegajoso.

—Ignoro a quién sale, pues los Visconti tienen fama de habilidosos e inteligentes —sostuvo Leonardo—. Hablaste de retrasar tu boda. Por mí no será, pero cuando se descubra el engaño me temo que vendrán a buscarte para llevarte a rastras al tálamo. Vi al Visconti nervioso, desazonado, babeando no sé si de amor o de lujuria, contando las horas que faltan para hacerte suya. Los hay con suerte.

—Por mí puede babear siglos y siglos, pues no me tocará.

—Muy decidida te veo. ¿Vas a enfrentarte a tu padre? Yo lo meditaría.

—A mi padre y al papa si hace falta. No pienso casarme con ese engendro. Solo de pensarlo me dan náuseas.

—Puedes actuar de forma inteligente...

—Pero cínica. No sigas. Cuando me case será por amor o al menos con un hombre al que, algún día, pueda llegar a amar.

—El cinismo y las dobleces funcionan en nuestra sociedad —prosiguió Da Vinci—. Hay hombres que se casan y tienen a otro hombre, mujeres casadas que mantienen un amante, homosexuales con vida oculta y lesbianas con hijos de un esposo al que detestan. Tú podrías casarte sin necesidad siquiera de simular amor. Serías condesa e inmensamente rica y poderosa. Con lo preciosa que eres, te saldrán amantes a carretadas y podrás solazarte con ellos en las narices de tu marido sin el menor inconveniente. Los hijos no serían problema, pues se los endosarías. En el norte de Italia las cosas del amor se ven de forma diferente que en Sicilia.

—Entonces debo ser siciliana —intervine—. Mi idea del matrimonio no pasa por el adulterio. Aspiro a fundar un hogar cristiano, como el de mis padres, y tener hijos que sepa que son de mi marido.

—Cambiarás, querida Cecilia. La vida, desgraciadamente, te hará cambiar. Pero me agrada que intentes ser fiel a unos principios.

—Ignoro lo que me deparará el futuro. Hoy me atengo a lo inmediato: esta misma noche hablaré con mis padres.

Cumplí mi palabra. Fue una charla tirante que terminó a gritos. Encerrados los tres en el salón, la inició mi madre.

—Hemos investigado —aseguró—. Acosada a preguntas, Soraya ha confesado. No la culpes: antes de delatarte lloró tanto como una plañidera. ¿Cómo se te ocurrió ocultar algo tan peregrino?

Callé. Sería peregrino para ellos, pero no para mí. Decidí ir al grano.

—Jamás me casaré con Stefano Visconti —dije con voz firme—. Me engañasteis con su edad y con su físico. Mentisteis. No sé cómo habéis podido prometerme con un hombre así.

—Los hombres somos todos iguales —sostuvo mi padre—. Stefano te quiere y, a poco que te dejes querer, te hará feliz.

—Y rica, y condesa, y poderosa, ya lo sé, y desgraciada... —reproché—. Feliz no sería nunca, ni en diez mil años.

—Pues tendrás que conformarte. Di mi palabra y solo tengo una —afirmó el autor de mis días.

—Me temo, padre, que deberás poner en marcha el *dietro-front*. Tú mismo me enseñaste que saber desdecirse es una virtud y que de sabios es reconocer los errores y rectificar.

—La niña tiene razón —intervino mi madre—. Te avisé, querido, de que ese hombre no es el más apropiado para Cecilia.

—¡Basta! —chilló mi padre golpeando la mesa con el puño—. Cecilia se casará con quien yo diga, en este caso un hombre que le conviene, un varón bueno, acaudalado, religioso, de antigua y noble estirpe.

Aún resonaba en el artesonado la exclamación cuando me levanté, imagino que pálida como una muerta pues mi piel estaba helada, y sacando de un bolsillo de la enagua el estuche con la sortija de pedida, dije:

—Devolved esto a Stefano Visconti. Si mi propio padre quiere matarme en vida, prefiero hacerlo yo: no volveré a comer ni a beber hasta que la ruptura de mi compromiso matrimonial sea anunciada.

Y tras esta amenaza me encerré en mi habitación. Mi madre vino a verme antes de acostarse, como solía, para besarme y arroparme.

—No puedes hacer eso que dices, mi cielo... —aconsejó—. ¿Quieres matarme a mí? Voy a tratar de convencer al asno de tu padre para que se desdiga.

—Lo que dije no es broma, mamá, y voy a cumplirlo.

—No me asustes, pequeña.

Lo cumplí, pero no a rajatabla. Estuve día y medio echada sobre el lecho sin probar bocado, pero bebiendo a hurtadillas agua que me traía Soraya, que me comprendía. Tenía tanta hambre que me comía los puños, pero resistí pensando en el espantajo con quien querían casarme. Sabía por la esclava que mi madre no paraba de llorar y suplicar piedad a mi pobre padre, culpable de ser fiel a sus ideas ancladas en viejas y caducas tradiciones medievales. Por fin, al tercer día, se presentó en la alcoba mi progenitor.

—Come, pequeña testaruda —ordenó—. Un mensajero termina de salir para Milán con el anillo de pedida y una carta en la que pido disculpas a Stefano Visconti. Si exige otra reparación se la daré, aunque dudo que con aquel barrigón quiera batirse.

—Gracias, papá —dije deshecha en un llanto convulso—. Te quiero...

Habían preparado en la cocina sopa de sémola, a la que mi madre achacaba efectos nutritivos milagrosos, y de ella me atiborré a cucharones. Caliente y espesa, como a mí me gustaba, terminé dos platos hondos a rebosar y rebañé con pan. Casi dos días sin comer es mucho tiempo, probad y lo veréis. Seguí con algunas tajadas de fiambre de carne, dos muslos de pollo y pan tostado a discreción untado en manteca de vaca y mermelada de frambuesa. Si no bebí medio azumbre de leche, no bebí nada. Medio muerta, tan aletargada como una serpiente pitón tras tragarse un macho

cabrío con los cuernos, dormí catorce horas seguidas y me levanté nueva, distinta, más delgada, con mejor tipo, algo que reconforta el ego incluso de una niña.

Un pequeño disgusto enturbió la paz de aquellos días: Leonardo da Vinci, mi mentor, partió para Lombardía llamado por Ludovico Sforza, el hombre que en la sombra gobernaba los destinos de Milán. Corría el otoño de 1487. Se trataba de esculpir en bronce una gigantesca estatua ecuestre de Francesco Sforza. Lorenzo el Magnífico se disgustó mucho, pero su corte disponía de suficientes estrellas rutilantes y seguía siendo la más selecta y exclusiva de Italia. No pudimos disfrutar mucho más de ella, pues, sin terminar el año, la República de Siena confió a mi padre la embajada en la cercana República de Lucca.

* * *

Lucca es una vieja ciudad etrusca, un diamante tallado en la muralla y engastado entre los rubíes y granates de la roja techumbre de su caserío. Fue ciudad episcopal, como casi todas en el norte de Italia, antes de ser república. La urbe huele a la flor del moral, sabe a queso de oveja y suena a mandolina, pues si existe un lugar donde se ame a la música ese es Lucca. Completamente amurallada, la población ha conservado intacto el núcleo de fundación romana, la cuadrícula de sus viejas callejas, el viejo foro y el templo de Saturno, dios romano, hoy iglesia de San Miguel. Paseando por aquel intrincado vericuetto, siempre vigilada por Sahíz, me parecía respirar el mismo aire que Craso, Pompeyo y Julio César cuando se reunieron allí en el 56 antes de Cristo. La ciudad acuñó sus propias monedas al final del Imperio, por auspicios de su primer duque, todavía bajo dominio lombardo. Al comienzo del segundo milenio rivalizaba por la pureza de sus sedas con Valencia, Palmira y Bizancio. Después la gobernó un margrave que dependía del Imperio Romano Germánico, pues Lucca fue y sigue siendo gibelina. Tras la muerte de la condesa Matilde de Toscana, una mujer ilustre de caletre en la línea de las preconizadas por mi amigo Da Vinci, la ciudad se independizó. Dante Alighieri, gloria de nuestras letras, escogió la ciudad para su exilio florentino y, parece ser, hizo aquí correcciones y añadidos a su *Divina comedia*. Llegó por fin la tiranía. A Ugucione della Faggiuola, ya en 1314, sucedió Lucchesi y a este el condotiero Castruccio Castracani, maestro de tiranos, que llevó Lucca a la cúspide en el centro de Italia en dura pugna con Florencia y Siena. En efecto, en septiembre de 1325, en la batalla de Altopascio, venció a los florentinos y fue investido duque por el emperador Luis IV el Bávvaro. A la llegada de los Gallerani a la orgullosa ciudad reinaba un duque, pero puedo decir sin apenas rubor que Cecilia, la poetisa, una preciosa hembra cercana a cumplir quince años, lo relevó en tal cargo. Sería el cambio de aires, la dicha que supone la libertad recién ganada o los duendes que habitaban mi piel, el caso es que me convertí de golpe en una *signorina* codiciada, la *bella figlia del ambasciatore*. Mis

sonoros pasos por la plaza del Mercado, el viejo anfiteatro romano o los soportales de la iglesia de San Miguel in Foro, siempre vigilada por mi fiel esclavo nubio, eran seguidos con expectación general, suspiros audibles en los hombres y murmullos de envidia en las mujeres.

A pesar de saberme bonita, no me engré ni se me subió a la cabeza. Acudía a diario a la escuela, aunque en muchos aspectos sabía más que los profesores. Las tardes las dedicaba a estudiar y a recibir clases de música en una academia famosa, pues de ella habían salido importantes artistas. Pulí mi estilo con las flautas dulce y travesera y aprendí a pulsar el laúd. No descuidé la rima, siendo de la época de Lucca, aquellos casi dos fecundos años, mis mejores poemas. Cuando asistía a las reuniones culturales de mi casa, quincenales, me lucía declamándolos siempre a petición insistente, pues odio a esas niñas cursis que se visten de largo y se adornan el pelo con guirnaldas de flores para recitar infames versos sin venir a cuento.

Conocí a Pompeo Civitale en la academia de música. Tenía diecisiete años. Era un mozo delgado, alto, moreno y de mirada clara. Su prenda más bonita era el pelo, largo, negriazul, resuelto en bucles. Su delgadez era tan pronunciada que parecía que podía troncharlo una racha de viento. Tocaba el laúd como el más consumado maestro. El rasgo que le caracterizaba era la timidez, tanto que, si me dirigía a él para cualquier cosa, por ejemplo para indicarle que afinara su instrumento con el mío, enrojecía lo mismo que un gambón hervido o cien mil amapolas. Tartamudeaba si era él quien se dirigía a mí, hasta el punto de inspirar un sentimiento mixto de ternura y lástima. Al salir de las clases, llevando el mismo camino, íbamos juntos hasta nuestras casas, muy cercanas, junto a la plaza del Anfiteatro. Durante más de un mes lo hicimos en silencio, pues Pompeo se mostraba incapaz de abrir la boca. Me miraba callado, igual que en las clases, con una adoración que era la misma que los anacoretas estilistas dedican a nuestro Salvador desde lo alto de sus columnas pétreas. Tal vez le imponía la presencia de Sahíz, siempre a la zaga, pero no podía ser, pues el negrazo no accedía a la academia, y esperaba en la puerta. Por fin me decidí y, al mes y medio, lo interpele en plena calle.

—¿Te gusta el refresco de zarzaparrilla? —le pregunté al pasar frente a un negocio donde lo preparaban perfecto, frío, en su adecuado punto de dulzura.

Enrojeció tanto que pensé que le daba un soponcio.

—Mi..., mi madre lo hace..., mi madre lo hace muy bueno —logró decir.

—Dejaré que me invites —dije risueña, con la malicia de la que se sabe dominadora de la situación.

—Por supuesto, Ce..., Cecilia. Te invitaré a lo que quieras —añadió de un tirón.

Entramos. Había bastante gente. Sahíz se sentó en un barril de mosto que estaba a la entrada y nos observó curioso. Seguro que, conociéndome, pensaba en mil maldades, en que iba a divertirme con Pompeo, a devorarlo si ese era mi gusto.

—Te veo siempre muy solo —observé—. ¿No tienes por ahí alguna *fidanzata*?

El rubor ahora le cubrió las orejas. Echaba humo.

—Nunca la tuve. Ni podría tenerla desde...

—¿Desde?

—Lo sabes muy bien, Cecilia. Desde que te vi no soy capaz de sosegar, ni duermo, ni me alimenta lo poco que como. Lo diré de una vez y después moriré si hace falta: mi única novia serías tú, el ser más bello que existe bajo la capa de los cielos, la mujer de mis sueños, a la que adoro día y noche.

—Para, para... —le corté—. Pensaba que eras tímido. No te suponía capaz de decir cosas tan bonitas a una niña. Seguro que exageras. No merezco tan hermosos requiebros.

—Te mereces el mundo y yo te lo daré si me permites cortejarte. Puedo hablar con tu padre.

—No hará falta. Puedo elegir a mis amigos y eso es lo que serás, por el momento. Soy muy joven.

Aquello se me ocurrió de pronto. Me asediaban los hombres por las calles si iba sola o incluso con Sahíz, a cualquier hora, y quise procurarme acompañante, una especie de escudero que me protegiera, hiciese compañía y formase dúo con el laúd que tañía con maestría poco corriente. Fue lo que hice. Pompeo, de familia burguesa acomodada, me seguía a todas partes igual que un perro fiel, cabalgábamos juntos y éramos tenidos como novios. Una tarde de luna diurna, grande y amarillenta, junto a la muralla, con Sahíz a prudente distancia siguiendo instrucciones malévolas, permití que besara mi boca. En realidad fui yo la causante del beso, pues él no se decidía a pesar de situar mis labios a escasa media pulgada de los suyos. Fue una caricia tosca por ambas partes, propiciada por mí, pues quería saber qué se sentía. No sentí nada. O apenas nada: su lengua belicosa en la boca entreabierta y un regusto en su saliva extraño, que no fui capaz de definir. Él parecía estar en el séptimo cielo: no quería terminar, abría cada vez más la boca y pugnaba con su lengua que parecía un apéndice móvil y musculoso investigando y tratando de numerar dientes y muelas. Temblaba y más cuando con una mano me palpó las tetas por encima de la blusa. Ahora sí noté algo especial, inédito, referido curiosamente no a mis senos, sino más abajo, como un calor, picor quizá, naciendo en la cintura y despeñándose por la espalda abajo. Miré con disimulo por encima de su hombro: todo estaba desierto. Sahíz nos observaba en la distancia, presto a intervenir si me juzgaba en peligro o hacía algún gesto. Lanzada ya a la aventura, como el alquimista que busca la piedra filosofal, apreté mis caderas contra las suyas. No sé los alquimistas, esos pobres ilusos, pero yo sí encontré la recompensa: sentí contra mi empeine su dureza viril, noté cómo crecía igual que fermentada por una levadura prodigiosa y aprecié su desazón en aumento. Hasta le cambió el tono de la voz, que se hizo ronca. Cuando empezó a hilvanar las necedades que sueltan los amantes, el delirio que sale por sus bocas cuando gozan, los «te adoro», «eres mi diosa», «amor de mi vida», «vivo o muero por ti», etcétera, corté.

—Aligera que llego tarde a casa —lo exhorté.

Tardó en reaccionar unos segundos, pues no estaba en la tierra. Me besó los ojos y las manos y pretendió regresar ciñendo mi cintura, pero no le dejé.

—Pueden vernos... —alegué a modo de excusa.

Pompeo Civitale fue mi mejor amigo de esa época. Quise hacerlo pasar por mi *fidanzato* en casa, pero no coló.

—Qué te traes, Cecilia... —dijo mi padre mirándome—. ¿Dónde vas tú con ese pánfilo?, ¿a quién quieres engañar?

No contesté, limitándome a fingir enfado. Llegué a formar con mi galán un dúo de laúdes meritorio, actuando un año durante las fiestas de San Martín, patrono de la urbe. En la primavera de 1489, a punto de cumplir dieciséis años, terminé los estudios del bachillerato, máximo escalafón para una mujer. Justo entonces, finalizando mayo, un correo de Milán trajo a mi padre noticias de Ludovico Sforza: el futuro duque de Milán, gobernador de facto de la Lombardía, deseaba conocerme. Andaba buscando artistas y poetas para su corte. Supuse que Leonardo da Vinci le habría hablado de mí, como así fue. Habiendo bajado a Génova para resolver ciertos asuntos, Ludovico el Moro nos esperaba el día 30 en Monastero Nuovo, no lejos de Carrara.

* * *

Aquel día madrugamos. En la diligencia grande, cómoda, dotada de ballestas, un reciente invento que hacía más llevaderos los baches del camino, fuimos mi padre y yo acompañados por Soraya y Sahíz, como grandes señores. Ignorante del asunto que el Sforza se traía entre manos, el embajador Gallerani quería impresionar al lombardo o al menos tratar de recordarle que, en cuanto a buena cuna, no envidiaba a nadie. La esclava vestía sus ropajes de gala, un caftán verde esmeralda, babuchas de seda y un *altam* que le cubría el rostro al modo de las tribus del desierto. El gigante negro se trajeaba a la turca, como cuando en mi casa recibíamos gente de compromiso: pantalones bombachos de color rojo sangre, zapatones de cuero en idéntico tono, un jubón de hilo azul bordado en cuello y mangas y el *tarbush*, similar al fez moruno, pero sin borla. Comimos en una venta del camino, poco antes de Carrara, y a las seis de la tarde llegamos al monasterio. Ludovico Sforza nos esperaba allí.

Yo había aprovechado las horas de viaje para conocer la vida publicable del personaje, pues en Italia cualquiera de relieve la tiene oculta. Venía en mi ayuda mi propio padre quien, por su oficio, era quizá la persona mejor informada de la Toscana. Ludovico era el cuarto hijo masculino de Francesco I Sforza y Blanca María Visconti, de antiguas y nobles familias milanesas. Al no ser ni siquiera el segundón, sus probabilidades de acceder al trono de Milán eran pequeñas, no obstante lo cual, su madre, Blanca, que debía ser prudente, se encargó de que su educación fuese tan completa como la del primogénito, Galeazzo Marìa, recibiendo bajo la tutela de buenos profesores y tutores, como el humanista Francesco Filelfo, la mejor formación

en leyes, lenguas muertas —léase árabe clásico, griego y latín—, pintura, escultura y letras, además del arte del gobierno y la guerra. Cuando su hermano mayor, Galeazzo María, fue asesinado en el 76, la corona ducal pasó a Gian Galeazzo, hijo del muerto, de siete años de edad por entonces. Aquel asesinato trajo cola en media Italia, por lo que, queriendo conocer detalles del magnicidio y de la vida del duque muerto alevosamente, pregunté a mi padre.

—Poco se perdió al desaparecer el quinto duque de Milán —sostuvo—. Galeazzo María fue tan buen mecenas de artistas y músicos como depravado, cruel y despótico tirano, famoso por su vida lasciva y carecer de escrúpulos. Bajo su dirección y financiación, logró reunir la mejor capilla musical del norte de Italia, con buenos compositores flamencos, alemanes e italianos, pero al tiempo era un déspota sin entrañas, un mujeriego impenitente que, tras gozar a todas las hembras que se le antojaban y ya harto, las cedía como ropa usada a sus cortesanos. En una ocasión ordenó ejecutar a un cazador furtivo haciendo que se tragara la liebre que había cobrado, tal cual, incluida la piel.

—Eso es imposible —sostuve.

—Todo es posible para la mente humana cuando es depravada —respondió mi padre—. Su vesania llegó al extremo de clavar a un pobre hombre, que al parecer le había contestado de mala manera, a un ataúd para enterrarlo vivo.

—No puede ser verdad —me resistí—. Ni el diablo sería capaz de cometer atrocidad tan grande.

—Galeazzo, en algunos aspectos, era peor que el diablo. Conocí a un amigo de uno que presencié los hechos. Al parecer, los bramidos del desgraciado se escuchaban en una legua alrededor e iban amortiguándose según las paletadas de tierra cubrían el féretro. A un sacerdote que le llamó la atención por sus maldades y le predijo un breve reinado lo castigó a morir de hambre.

—Es increíble. No me extraña que lo asesinaran —dije.

—Era tan cruel que, cuando lo mataron, ni siquiera protestó su madre. Él mismo se labró su desdicha al crearse demasiados enemigos. Hubo tres implicados en el crimen: Carlos Visconti, Gerolamo Olgiati y Andrea Lampugnani, todos distinguidos cortesanos, gente de bien. Lampugnani, de noble familia, había sido arbitrariamente desposeído de parte de sus tierras; Olgiati era un republicano idealista y medio loco, y Visconti quería vengar la deshonra de su hermana, violada por el facineroso. Los tres, tras estudiar los movimientos del duque, lo acecharon en el templo de San Estéfano, donde el Sforza asistía a misa. Lampugnani llegó donde él y, sin mediar palabra, lo apuñaló repetidas veces en el pecho. Olgiati, Visconti y un sirviente de Lampugnani se le unieron y se cebaron con su cuerpo a machetazos hasta convertirlo en un guiñapo sanguinolento.

—Tuvo el fin que demandaban sus fechorías. Quien a hierro mata, a hierro muere —apostillé—. Imagino que habría testigos.

—La iglesia estaba llena —aseguró el autor de mis días—. Los asesinos

escaparon a la carrera perseguidos por algunos ciudadanos, pues, curiosamente, el sátrapa tenía sus partidarios. A Lampugnani, que tropezó en una alfombra de la iglesia y cayó al suelo, lo capturaron y degollaron. Llevaron el cuerpo del Sforza al castillo para ser amortajado, no así los restos de Lampugnani, que fueron arrastrados por las calles hasta la puerta de su casa y allí colgados boca abajo, lo mismo que una res en el matadero. Al día siguiente hubo un juicio popular, simbólico, donde condenaron al cadáver del pobre hombre a ser decapitado tras cortarle la mano derecha, la mano pecadora, que pasearon por la ciudad antes de quemarla en un brasero como a los condenados por la Inquisición.

—¡Qué horror...! ¿Y qué fue de Visconti y los demás? —pregunté.

—Actuó la justicia, pues nadie debe tomársela por su mano ni para eliminar al mayor de los monstruos —mantuvo mi padre—. Olgiate y Visconti fueron capturados, juzgados y ejecutados, lo mismo que el sirviente de Lampugnani, y sus cuerpos expuestos en la plaza para alimento de los cuervos. Todos coincidieron, tras ser sometidos a tortura en el potro, en que el inductor del crimen había sido Nicola Montano, un humanista que había abandonado Milán meses antes y que guardaba rencor al duque Galeazzo por haber recibido una paliza en público algunos años antes. No hace mucho un viajero me informó de que han visto a Montano vagando por Sicilia y que no tiene la menor intención de volver por aquí.

—Lo entiendo —contesté, sintiendo un escalofrío que me obligó a arrojarme en la manta de viaje.

La diligencia iba a buena marcha por un camino llano y bien apelmazado, entre dos filas de álamos. Lloviznaba. Soraya y Sahíz dormitaban en la imperial, la parte de atrás del vehículo, entre los maletines de viaje.

—¿Y en cuanto a Gian Galeazzo? —pregunté.

—El hijo de Galeazzo María, sexto duque de Milán, cumple estos días veinte años. Yo le conozco personalmente y puedo asegurarte que es una nulidad. Se dedica a la caza, a comer sin medida, a emborracharse y a perseguir doncellas y cualquier cosa con faldas, pues ha heredado la libidinosa pasión de su padre. Se ha anunciado su boda con Isabel de Nápoles, de la española casa de Aragón, para este mismo año.

—Entonces, ¿no gobierna?

—Yo creo que no es apto para ello y así lo reconoce la nobleza milanesa que apuesta por su tío Ludovico, mil veces más capaz. Tras el asesinato del duque, su viuda Bona de Saboya ejerció una especie de regencia, entregando el poder a Simonetti, otro inepto, hasta la mayoría de edad de Gian Galeazzo.

Hablando se hizo corta la ruta. El recibimiento de que fuimos objeto por parte de Ludovico Sforza fue cordial en extremo. Me impresionó muy favorablemente su aspecto. Lo imaginaba un ogro feo y fiero y resultó ser un hombre agraciado y encantador. Contaba a la sazón treinta y siete años, era de elevada estatura, piel morena, pelo negro y lacio, cuerpo proporcionado y cara redondeada, sin aristas. No era guapo con propiedad, pero emitía un algo muy viril que llamaba la atención de las

mujeres. Conmigo estuvo atento, sonriente, besando mi mano que retuvo más tiempo del que permitía la etiqueta, pues no la soltaba. Mientras yo admiraba el claustro monacal, él y mi padre conferenciaron más de una hora paseando por el parque. Luego, tras solicitar permiso a mi progenitor para hacerlo conmigo, me llevó al fondo del jardín, entre los pinos. La tarde se iba ya lo mismo que el canto de las cigarras y los pájaros.

—De modo que eres la famosa *signorina* que se dedica a menospreciar a los Visconti —dijo sonriente.

—No era mi intención menospreciar a nadie, señor —observé—, y si hubo menoscabo fue tan solo a un Visconti, no a todos. El hombre que me pretendía podría ser mi abuelo.

—Me encanta...

—¿Qué le encanta, señor?

—No me llames señor, te lo ruego, me haces viejo. Y tutéame. Simplemente llámame Ludovico.

—No has respondido a mi pregunta, Ludovico —insistí.

—Me encanta que los zurren, hablo de la familia de mi madre. Son antiguos, prepotentes, despóticos y parece que mearan vino dulce en vez de orina pestilente.

—Pero tú eres también Visconti...

—Reniego de mi sangre Visconti. Soy un Sforza. Pero hablemos de ti. ¿Cómo se puede ser tan guapa?

Creo que enrojecí. No me esperaba un ataque tan directo.

—Seguro que ya sabes de mí más de una cosa —terminé por decir.

—Alguna cosa he oído, cierto, pero eres mil veces más bonita de lo que dicen.

—¿Quién lo dice?

—Se nombra el pecado, pero no el pecador —sostuvo Sforza.

Quedamos un segundo en silencio. La campana del monasterio tocó llamando a vísperas.

—¿Cómo está Leonardo? —pregunté.

—¿Te refieres a Da Vinci? Él está bien. Deseando volver a verte. No te andes por las ramas y cuéntame de tu preciosa personita.

—Hay poco que contar.

—Habla. ¿Es cierto que eres una buena poetisa?

—No soy quién para juzgar de mi modesta obra. Solo sé que amo la poesía.

—Por eso quería verte y conocerte. Te diré lo que quiero de ti, Cecilia. Ya lo hablé con tu padre. Busco para mi corte lo mejor en cada parcela artística o científica y también sangre joven. Tengo excelentes músicos, científicos, artistas y poetas como el propio Leonardo, pero busco una buena poetisa. Vivirías en palacio, donde culminarías tu formación en la rama del arte o las ciencias que prefieras. Tendrías completa libertad para moverte por Milán. Si lo deseas, teniendo como tienes edad para ello, encontrarás o te buscaré, como gustes, un marido adecuado a tu rango.

—No tengo ninguna prisa por casarme —aseguré.

—Dichosa tú. A mí me buscaron mujer y estoy comprometido.

—¿Quién es ella?

—Beatriz d'Este. Apenas una niña. Ni siquiera la conozco.

—Pensé que eras casado. Edad tienes de sobra.

—¿Quién te dijo mi edad?

—Aseguraste que no se nombra al pecador. Contesta.

—¿Qué quieres saber?

—La causa de que sigas soltero.

—No encontré la mujer adecuada. El poderoso gobernante de Milán no puede casarse con cualquiera ni con quien quiera.

Hubo un nuevo silencio. El reluz de un crepúsculo tintado en bermellones y violetas ponía la nota melancólica.

—Bien, ¿qué me dices? —preguntó.

—¿Qué opina mi padre?

—Él hará lo que digas. Parece como escaldado del sofoco que te hizo pasar cuando quiso casarte con el cretino de Stefano.

—¿Cómo está tu pariente?

—Continúa tan escocido como el culo de un simio. No lo ha superado y, viéndote, lo entiendo.

—Me halagas.

—Por otra parte hubiera sido un disparate. ¿Casarte tú, una ninfa digna del emperador del Sacro Imperio, con ese zote viejo y apestoso?

—Sobre todo apestoso.

—No se ha hecho la miel para la boca del puerco —subrayó Sforza.

—Gracias, Ludovico —dije envuelta en un rubor quemante.

Quedamos callados otra vez. Yo estaba muy tranquila, pero a él se le veía inquieto.

—Bueno... ¿Qué decides? —preguntó.

—¿Tengo que contestarte ahora?

—Me gustaría, pero puedo esperar algunos días. Pocos...

—La idea es sugestiva y todo lo que has contado me seduce, mi señor, pero prefiero consultarlo con la almohada.

—De acuerdo, *signorina* Cecilia, esperaré, pero ahora que te conozco no me resignaría con un no. Si te niegas a bendecir mi corte y mi existencia con tu belleza y poesía, te raptaré.

Lo dijo poniendo énfasis, de un modo que me provocó una risa que le contagié. Cuando murió la hilaridad me cogió de ambas manos y las besó. Sentí un latido pulsátil en las sienes y, bajando por la espalda, la conocida sensación placentera y el picorcillo de aquella vez en Lucca. Nos despedimos. Me gustaba aquel hombre. Él retornó a Milán y nosotros cenamos y dormimos en la hostería que regentaban los

monjes, regresando a casa al día siguiente tras oír la primera misa. Lo decidí durante el viaje: me instalaría en Milán y, si me lo proponía, sería la amante de Ludovico Sforza.

San Giovanni in Croce, a 19 días de julio de 1536

Termino de regresar de Padua. Fue un viaje desagradable, como cualquiera en diligencia por esas bacheadas carreteras llenas de fango y charcas en invierno, secas y polvorientas de mayo a octubre. Iba buscando a Andrés Vesalio, un médico que a pesar de su juventud es catedrático de Anatomía en la Universidad paduana, una de las más antiguas de Italia. Siendo como fui amigo de su padre, físico en la corte de Ludovico el Moro, le había escrito y me esperaba en su casa de la pequeña localidad de Abano Bagno, famosa por sus aguas termales, a un cuarto de legua de Padua. Me abrió la puerta una anciana doncella que me condujo a su despacho. Aproveché la corta espera para echar un vistazo. Había una camilla de exploración protegida por un biombo, varias sillas de diferentes madres, alguna desvencijada, una mesa auxiliar con extraños cachivaches, otra llena de resmas de papel, libros, documentos e infolios en desorden y un cajón para recado de escribir con plumas, tintas, lacres, goma arábica y polvos secantes. Lo presidía todo, colgado en la pared, un pergamino bellamente enmarcado que afirmaba en francés que Andreas Wessel había cursado sus estudios en la Sorbona, la antigua universidad de París, donde se había licenciado en 1534. Admiraba un curioso instrumento, un delgado fleje de cobre con un espejito diminuto en la punta, cuando apareció el personaje.

—Buenos días, señora condesa —dijo—. Es un placer saludarla. Tiene en las manos un espéculo laríngeo, aparato que permite a los médicos observar la laringe y lo más recóndito y profundo de la cavidad bucal.

Besó mi descarnada mano mientras le observaba. No parecía hijo de su padre: Andreas era alto y delgado y Andrés fornido y mediano de estatura; el padre era rubio y el hijo moreno bronceado; el viejo era poco agraciado de rostro, destartalado de figura, y el joven guapo y armónico de miembros. Por supuesto no comenté nada. En los misterios de la herencia lo prudente es no hurgar, creo que ya lo dije. ¿Quién puede afirmar que el cura de la aldea no es su padre? Me dio por pensar que la madre del recién licenciado, posiblemente una opulenta fémina flamenca, no guardaba quizá, y como es debido, las ausencias de su viajero esposo.

—Al veros no puedo dejar de evocar a vuestro señor padre, un excelente médico. ¿Vive? —pregunté.

—Lleno de achaques, señora, pero en Nimega está.

—¿Nimega?

—Nuestro lugar, en la raya entre Güeldres y Alemania. Tengo noticias recientes de él, pues nos carteamos. Cuidado por mi madre, va trampeando. Debo añadir que el autor de mis días no era médico titulado, pues nunca pasó por la universidad.

—Pues demostraba la sapiencia de Hipócrates —aseguré—. Mi primer hijo me lo

sacó del vientre con tanta maestría como la más consumada partera. Noto que habéis españolizado nombre y apellido —añadí.

—Mi padre terminó como cirujano-barbero del emperador y rey de España y yo aspiro a emularlo. Estoy escribiendo un tratado anatómico que pienso dedicarle. ¿Qué os trae por aquí, señora?

Enumeré al joven licenciado mis problemas: el dolor de riñones, la hinchazón y el crujido en las rodillas, las molestias en el cuello y cierta calentura que me despertaba antes de amanecer empapada en sudor. Me preguntó por cosas relativas al dolor, su intensidad, cadencia y si cedía al avanzar el día o con el movimiento articular. Contesté a todo mientras él, meticoloso, anotaba los datos en una libreta. Luego ordenó que me desnudara tras el biombo, me tendiese en la camilla y me cubriese con una sábana que me facilitó. Jesús, qué cosas... Esto de la anamnesis y los escrúpulos debe ser materia nueva. En mis tiempos los galenos apenas preguntaban, no usaban libreta ni tampoco sábanas. Vesalio me reconoció de arriba abajo, pudoroso, descubriendo cada vez la parte que examinaba. Comprendo que lo hiciera despacio, pues ver de golpe lo que queda de mí debe ser patético. Palpó y percutió mi cabeza, movilizó brazos y piernas hasta los meñiques, auscultó con trompetilla mis pulmones, miró con sus espéculos dentro de los oídos, nariz y boca, tentó las vértebras hasta numerarlas, metió el dedo en mis orificios naturales buscando no sé qué e indagó con cuidado en mis tetas, tristes y arrugadas cual pasas de Corinto. Cuando carraspeó pensé que había acabado, pero aún quedaba.

—Orine en esta batea, señora —me pidió.

Lo hice mientras él aguardaba tras el biombo. Recuerdo que me sonrojé: a pesar de intentarlo, no logré evitar el bisbiseo que origina en la mujer el líquido excreticio al fluir por el meato urinario.

—¿Puedo vestirme ya? —pregunté alargándole el recipiente con la orina sacando una mano por encima del biombo.

—Sí, por favor —respondió.

Cuando salí había vertido el pis en una redoma de cristal. Lo miró al trasluz, agitó el frasco y, en medio de mi asombro, dio un sorbo que me pareció largo. Sabía que los galenos cataban la orina de sus pacientes buscando diagnosticar por medio del sabor, pero ignoraba que pudieran hacerlo con delectación. A Vesalio le faltó chascar la lengua, como hacía el salvero del duque de Milán cuando probaba el vino. Lo hubiese entendido de ser yo una tierna doncella de dieciséis años, edad que tenía cuando me desfloraron, un momento en el que, siendo bonita, despiertas en el hombre corriente cualquier clase de apetito. Uno que yo me sé me hubiera comido enterita, con las uñas.

—Tiene usted, señora, lo que llamamos *reúma*, que no es sino la alteración del tejido que conecta y gobierna los órganos internos y tapiza las grandes coyunturas, caderas, rodillas, etcétera —aseguró Vesalio—. Estos días el morbo se halla en fase activa, pues evoluciona mediante crisis, de ahí la fiebre nocturna que presenta. Por lo

demás, sus cinco sentidos están bien, el corazón late con ritmo, los pulmones captan sin esfuerzo el espíritu vital, sus senos son normales, no presenta flujos vaginales ni hemorroides y el resto es uniforme.

Soltó la larga parrafada con voz campanuda y doctoral, engolada, como si estuviese en su cátedra y ante sus alumnos. Al fin tenía nombre la enfermedad que iba a matarme, pero no por ello estaba más contenta.

—¿Puede hacerse algo? —pregunté con apagada voz.

—Desde luego, señora. Investigo desde hace cinco años con un producto que viene del Oriente, de China exactamente, la raíz de un arbusto de aquellas latitudes que, sometida a adecuado cocimiento en agua destilada, obra buenos efectos en pacientes reumáticos según mi experiencia. Le proporcionaré dos frascos.

—¿Cuál es la dosis?

—Una cucharada pequeña tres veces al día coincidiendo con las comidas, lo mismo da antes que después.

Tras dedicar un recuerdo a su padre y abonar la consulta —me cobró seis carlines de plata, moneda napolitana con la efigie del emperador equivalente a dos piastras venecianas—, el médico me acompañó al carruaje y volví a Padua. Al día siguiente partí de vuelta a San Giovanni. Como suelo hacer si regreso de Padua o Venecia, me detuve en Mantua. Mi cuerpo no podía con el traqueteo de la diligencia y además me agradaba ver de nuevo a mis buenos amigos los duques. Los Gonzaga y los Carminati, la familia de mi difunto esposo, eran parientes. En vida de mi marido pasábamos temporadas en Mantua invitados por los entonces marqueses y, muerto él, su viuda era bien recibida en el castillo de San Giorgio.

Aquella vez no fue así, pues me alojaron en el palacio del Té, reciente posesión de los Gonzaga a las puertas de Mantua que reservan para sus invitados especiales. No conocía el palacio, pues las veces que pasé por la ciudad en mi juventud no existía y en otras posteriores estaban levantándolo. Paseé renqueante por el parque, vi la galería de pinturas y, del brazo del duque Federico, recorrí la Sala di Psiche, un espacio que empezaba a ser nombrado pues no existe nada comparable en rareza, originalidad y extravagancia en toda Italia. Es tanta que merece la pena describíroslo. De suelo y frisos de tarima de roble, las paredes y el techo están decorados por artistas del taller de Rafael Sanzio para escenificar el amor físico en una exaltación pagana, libre de inhibiciones, como solo es posible encontrar en mi tierra. Admiré perpleja los frescos, pues no pensé que pudiera plasmarse tal procacidad de forma tan hermosa, si es que la obscenidad pudiese serlo. Magistralmente pintadas aparecen ninfas desnudas copulando con jóvenes ardientes, demonios con cuernos caprinos y falos deformes seduciendo a vírgenes, sátiros ardorosos penetrando con colosales vergas a damas oferentes, mujeres despatarradas mostrando sin pudor sus vergüenzas, donceles de rubia cabellera amando contranatura a jóvenes y viejos y, en fin, cualquier aberración que se os ocurra en el ya viejo arte de la coyunda. Todo ello lo preside la escena central: Cupido y Psique bañan y preparan para el amor a Marte y

Venus. El rostro de Marte me recordaba al del duque Federico con veinte años menos, pero el de Venus nada tenía que ver con el de la duquesa, su mujer. Tras leve indecisión me atreví a preguntar:

—Por Marte no indagaré, pero ¿quién es Venus?

Federico Gonzaga tardó en contestar. Tenía conmigo suficiente confianza, pues su madre y yo somos amigas íntimas desde hace cuarenta años y de niño lo tuve en mis rodillas. Por fin se decidió.

—Sabes más de la vida que yo, querida Cecilia, y podrás guardarme el secreto. Ella era Isabella Boschetto, una famosa cortesana veneciana, muerta ya, que fuera mi amante de soltero.

La duquesa Leonora, el duque Federico y su madre Isabel d'Este me acogieron con la cordialidad de siempre. Federico II padecía molestias parecidas a las mías además de podagra, por lo que iniciamos juntos el tratamiento con raíz de China que preconiza Vesalio. Cuando, nueve días después, ya que los duques no consintieron otra cosa, retorné a San Giovanni, la medicación hacía su efecto. Volví a disfrutar de la quietud de Mantua, de la perspectiva del río Mincio rodeando la ciudad y de las pinturas de la Camera degli Sposi, la ya famosa Camera picta de Andrea Mantegna.

* * *

En el otoño de 1489, cinco meses después de mi encuentro con Ludovico Sforza, me dirigí a Milán. Había cumplido ya dieciséis años. Mi padre quiso que me acompañara Sahíz, pero yo preferí que lo hiciera Soraya, que además de compañía podría darme consejos. De nada me valdría ya mi negro nubio, pues el futuro duque sería mi valedor y de ciertas protecciones me cuidaría yo misma. Viajé en dos diligencias, igual que una gran dama: delante Soraya conmigo y Cicerón, mi perrito faldero, y detrás el carruaje de respeto abarrotado de equipaje, pues no os imagináis cuántos baúles integran el bagaje de una *signorina* presumida y de buena familia, la cantidad de cosas que precisa para poder vivir. En la milanese Puerta de Génova me esperaba un enviado de Ludovico, a caballo, y él condujo a la comitiva al castillo de Porta Giova, donde tenía su corte el gobernador efectivo de la Lombardía, pues el duque, su sobrino Gian Galeazzo, un mozalbete de veinte años, era un mero comparsa. Menos mal que alguien nos aguardaba, pues en el endiablado laberinto que conformaban las calles y plazas de la ciudad no hubiera sido fácil dar con el castillo.

En efecto, Milán era ya la ciudad más grande de Italia, Roma incluida, poblada por más de cien mil habitantes, a la altura de Sevilla, Barcelona o Lisboa y únicamente superada en Europa por París y Londres. Explicaba tan densa población el hecho de que la terrible epidemia de peste que asoló Italia en 1348, el vómito negro que dejó atrás llanto, muerte y desolación, respetó a la ciudad gracias a la rápida y acertada acción del obispo, que ordenó tapiar las primeras casas del suburbio en el

que se inició. Es verdad que los atrapados en su interior, setenta u ochenta entre hombres, mujeres, niños y viejos, sanos o enfermos, murieron de la peste o de hambre en medio de espantosos bramidos, pero, visto con frialdad, la decisión fue la correcta. En la cercana Torino, donde el obispo tuvo menos reflejos, murieron de la epidemia veintiséis mil personas.

Me impresionó la belleza del antiguo burgo, seiscientos años anterior al nacimiento de Cristo. Su privilegiada situación, en una encrucijada de caminos en la zona del alto Po, propició su desarrollo en la época romana. En el siglo IV de nuestra era, siendo obispo Ambrosio y emperador Teodosio I, se convirtió durante cierto tiempo en la capital del Imperio romano de Occidente, y fue saqueada por los hunos de Atila en el 450. A la caída del Imperio ocuparon la urbe hérulos y ostrogodos, descendientes de aquellas tribus bárbaras del norte que cruzaron los limes germánicos en tiempos de Trajano y Adriano. Durante las guerras entre bizantinos y ostrogodos, el jefe Uraia saqueó la ciudad y arrasó las murallas, esclavizando a su población. Narsés, el general bizantino, la reconstruyó para, finalmente, ser conquistada por los lombardos, quienes la mantuvieron en su poder hasta que, en el 774, pasó a manos de Carlomagno.

La ciudad fue recuperando su antigua prosperidad de la mano de los arzobispos que, poco a poco, fueron perdiendo poder en beneficio de la nobleza. La bonanza llegó a la cúspide con la Liga Lombarda y bajo el poder de los Visconti, amos de la ciudad y su entorno desde 1277 hasta 1447, cuando los Sforza tomaron las riendas del gobierno. Francisco I Sforza y su hijo Galeazzo María fueron los primeros duques de Milán, una nobleza de designio imperial, y a la muerte de Galeazzo María se hizo cargo de la situación Bona Sforza, la viuda, durante la minoría de edad del hijo de ambos, Gian Galeazzo. Ludovico el Moro, con la ayuda de su hermano Sforza María, trató de oponerse a la arbitraria regencia de Bona. El ducado estaba aquellos años en manos de Cicco Simonetta, consejero de confianza de la viuda Sforza, al que trataron de vencer con las armas los hermanos sin conseguirlo. Desterrados ambos, Sforza María murió envenenado en Varese mientras Ludovico languidecía en Pisa. Un año permaneció en Pisa el Moro, lo que tardó en mover con astucia sus fichas y hacerse con la voluntad de la nobleza y el alto clero de Milán. Tras regresar en olor de multitud, se reconcilió con Bona e hizo condenar a muerte a Simonetta en venganza, acusándolo de la muerte de su hermano. Al año siguiente obligó a Bona a dejar la ciudad y la encerró en el castillo de Abbiate. Al parecer Simonetta había pronosticado a Bona lo que iba a suceder tras la vuelta del Moro: *«Io perderò la testa, ma voi lo stato»*, dejó escrito.

Tal era la situación lombarda a mi llegada a Milán. Maximiliano I de Habsburgo era rey de romanos, Carlos VIII de Valois reinaba en Francia y los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, lo hacían en España y se aprestaban a conquistar Granada, último bastión nazarí en la península ibérica. Ludovico Sforza me recibió con mucha cortesía en la puerta de su palacio, cercano a la plaza del Duomo, una bellísima

catedral de cantería de piedra que se pensaba revestir de mármol blanco, en el centro de la urbe. Porta Giova, conocida también como el *Castello Sforzesco*, era una elegante fortaleza de tres plantas, cuadrada, con cuatro torres, el espacioso patio de armas y un bonito parque posterior, amurallado, de frondosa vegetación. El castillo, levantado en roca de cantera, estaba decorado con un gusto exquisito. Dos soldados uniformados hacían guardia en el portón de entrada, que daba al patio, y un tercero los imitaba en un portillo escondido del jardín, junto a un murete alfombrado de hiedra, escape que, supe más tarde, utilizaban las amantes de los Sforza para eludir ser vistas al entrar o salir.

La planta baja del palacio constaba de diferentes salas y salones comunicados entre sí, todos con los suelos de tarima o mármol, frisos de nogal, paredes con valiosos cuadros, tapices flamencos y franceses y techos pintados al fresco o con ricos artesonados de cedro libanés. En el ala derecha estaba la biblioteca, importante lugar para mí, pues siempre fui un ratoncillo de ellas, surtida de manera tan espléndida que si no había nueve mil selectos volúmenes no había ninguno. Abarcando todas las ramas del saber, estaban mal ordenados o sin clasificar, por lo que me propuse catalogarlos haciendo de bibliotecaria, una labor que me entusiasma, pues vives con los libros, los disfrutas, hueles, sientes o padeces cuando los afecta el bichillo o sus lomos de piel precisan nueva encuadernación o algo de grasa.

En la otra parte estaba la capilla, pequeña, recoleta, dedicada a San Ambrosio, gobernada por un fraile agustino de un cercano convento de su orden que los domingos cantaba misa allí. Estaban también el comedor de gala, para ciento treinta invitados sentados a la única mesa, el salón de baile y el de música. En el salón de espejos, que era el mayor, se reunían casi todas las tardes las personalidades del mundo del arte, la cultura y la ciencia que formaban la corte de Ludovico el Moro, un hombre que no podía respirar si no tenía a su lado lo mejor en cada una de aquellas parcelas. El salón contaba con una galería acristalada, llena de plantas exóticas, que daba al parque. En el sótano se hallaban las cocinas, cocheras, lavandería y dependencias del servicio —más de cincuenta personas— y de la guardia, al menos treinta soldados que se sucedían en los turnos de vela o protegían de un posible atentado al poderoso Sforza.

En la segunda planta se ubicaban las habitaciones privadas de los Sforza: las de Ludovico el Moro, su sobrino el duque Gian Galeazzo y otros miembros de la familia, como algunas viejas tías viudas o solteronas y dos sobrinas, Blanca María y Ana Sforza, hermanas pequeñas de Gian Galeazzo. Eran en realidad apartamentos independientes, cada uno con su dormitorio, vestidor, sala de estar y retrete con agua corriente. Varios lacayos se ocupaban de la limpieza de vasijas y orinales, cuyos desechos iban a una cuba metálica de la lavandería, portátil, que diariamente se vaciaba en el Lambro, el río milanés afluente del Po. La tercera planta albergaba a los miembros de la corte que preferían vivir allí: Leonardo da Vinci, Giovanni Ambrogio de Predis, Donato D'Angelo Bramante, Bernardo Bellincioni, Niccolò da Corregio,

Bernardo Castiglioni y Luca Pacioli, o que estaban de paso en la ciudad como Josquin Desprez o Andreas Wessel. El apartamento que me correspondió era, de entre los de invitados, el más amplio y cómodo. Disponía de una espaciosa alcoba, un gabinete de trabajo, la salita de estar, el aseo completo incluyendo bañera y dos cámaras más pequeñas. Una la utilizaba Soraya y la otra la reservaba para otros fines. De hecho me sirvió como cuarto infantil cuando nació mi hijo Cesare. La alcoba tenía además un acceso secreto: por una puerta oculta tras un repostero se accedía a una escalera de caracol que comunicaba con las habitaciones de Ludovico Sforza.

El parque palaciego merece tres palabras. Ancho y profundo, crecían en él árboles de mil clases, plantas, arbustos y flores desde la primavera. Varios jardineros se ocupaban de arreglarlo, podar las ramas viejas y regar si hacía falta. Contaba con un kiosco donde, si el tiempo acompañaba, había música. Diferentes estanques sembrados de lotos, otras plantas lacustres, percas del Oriente y ranas cuyo croar era audible en cualquier parte, comunicaban entre sí por canalillos. Eran varias las fuentes que alegraban la vista y el oído con el perenne fluir por sus pitorros de agua clara y riente. La jaula de los pájaros, construida con caña de bambú traído de China, era, por su tamaño, casi una casa. Albergaba en ruidosa confusión petirrojos, garzas reales, aguilucho, milanos, gavilanes, mirlos, pinzones, alcotanes, azores, halcones reales y peregrinos, cardenales de moño rojo y una curiosa variedad de cuervo indostánico que podía hablar. Eran dos y formaban pareja. Se aprendieron mi nombre y lo anunciaban desde que me veían aparecer por la larga vereda de piedrecillas blancas. Al fondo, junto a un portón para entrada y salida de carruajes, se encontraban las cuadras atendidas por un ejército de palafreneros, cocheros y postillones, pues los caballos de pura raza árabe y las finas yeguas andaluzas, más de cien, dormían en pesebres sobre paja reciente, comidos, cepillados y atendidos como odaliscas del sultán de Damasco.

El inmenso jardín era dominio de Cicerón, mi perrillo, de Bimbo, el armiño cautivo, de algún gato intruso que saltaba los muros del vergel, de seis u ocho tortugas del Peloponeso y de varias familias de erizos, curiosos animales que se disputaban la leche que ponía para ellos en un cuenco que me facilitaban en la cocina. No me temían. Me esperaban al pie del recipiente, miraban de reojo y bebían con tanta confianza como el recién nacido del pezón materno. Todos los animales de aquella singular república se llevaban bien. Los pájaros libres, que a cientos cantaban en las ramas de los árboles, observaban a sus hermanos presos tramando quizá planes para liberarlos. Los gorriones, intrépidos, habían hallado un hueco en alguna parte del enrejado y se colaban en la jaula para disputar miga de pan y alpiste a sus correligionarios privados de libertad. Pero lo más notable era la forma en la que habían congeniado Bimbo y Cicerón. La cría de armiño, capturada como ya dije en una cacería hacía varios años, vivía en una casita de madera, como la del perro, a un lado de la jaula de los pájaros. Se acomodaba allí, en una cesta tapizada con un retal de manta cuartelera, y dormía toda la noche lo mismo que un lirón. De día brujuleaba

por el jardín en busca de sustento, en realidad de mejorar su dieta, pues lo alimentaban las cocineras con leche y restos de comida. Acechaba a las calandrias y gorriones en las ramas bajas dando funambulescos saltos de delfín para tratar de capturarlos, siempre sin resultado, pues la comodidad o una vida sin el aliciente que supone conseguir el alimento diario mata el estímulo. Cicerón jugaba con el armiño, se enseñaban los dientes como los florentinos a los de Siena tiempo atrás; el perro ladraba, Bimbo emitía una extraña jerga a mitad de camino entre maullido y titear de perdiz, y terminaban confraternizando al modo canino: olfateándose y lamiéndose el uno al otro.

Entre el armiño y yo floreció una amistad infrecuente. Se dejaba mimar y acariciar como si fuese un muñeco de trapo, permitía que rascase su suave barriguilla, que le peinase la cabeza como si fuese un gato y recortase sus uñas, tan afiladas como las de un felino. Fruto quizá del manoseo y de pasar por mis mejillas, por sentirla, su delicada piel fue el cariño que me cogió y que demostraba saltando de alegría nada más verme. Me seguía como un perrillo por el parque, pero no entraba en el palacio, pues las doncellas y la gobernanta se lo tenían prohibido. Tan solo penetró las veces que lo tuve en mis brazos al posar para el lienzo que Leonardo pintó poco después y que iba a inmortalizarlo. Todos se admiraban de lo bien avenidos que estábamos el armiño y yo, el primero Da Vinci, que, asomado al balcón de su estudio, en la tercera planta, nos veía simpatizar en el jardín.

Leonardo fue el primer miembro de la corte sforcesca al que saludé al segundo día de mi llegada. Lo busqué en sus aposentos, donde tenía un taller lleno de cachivaches y extraños aparatos, lienzos a medio terminar, paletas con colores violentos, carpetas llenas de manuscritos, códices, maquetas y planos futuristas. Me abrazó en silencio, tan fuerte que noté mis senos constreñidos contra su pecho. Desde luego, si era homosexual como afirmaban las malas lenguas, lo disimulaba muy bien.

—¿Qué dice la mujer más bonita de Italia? —me piropeó.

—Estoy bien y contenta —dije.

—¿Vienes a deleitarnos con tu rima?

—Menos guasa, maestro —respondí humilde—. Vengo para lo que disponga mi señor Ludovico.

—No hace más que hablar de ti desde hace meses, desde que lo cautivaste en aquella entrevista del monasterio Nuevo. ¿Qué le diste? Volvió como hechizado por tu belleza. Conociéndole como le conozco, sé lo que dispondrá.

—¿Qué fue de tu batiscafo? —pregunté haciendo abstracción de sugerencias escabrosas.

—Fue un rotundo fracaso. Por un exceso de agua en la tobera de inmersión, se hundió más de la cuenta. Se atoró la manivela que gobernaba la válvula de escape y no conseguimos sacarlo a flote. Cuando ya se asfixiaba el tripulante hubimos de izarlo manualmente, halando de la cadena de seguridad entre doce hombres.

—Qué lástima... —lamenté.

—Ninguna lástima —replicó—. Fue un simple problema técnico que se resolverá. Estoy fabricando un batiscafo más grande para probarlo en Génova, en el Mediterráneo. De momento avanzamos. He descubierto que a nueve brazas de profundidad, hondura a la que descendió la nave, la luz del sol apenas llega, siendo la oscuridad casi completa.

—Pero el agua es incolora y transparente... —aventuré.

—Además de inodora e insípida —confirmó el científico—. Teóricamente debería ocurrir como en el aire, que sigue siendo diáfano a millas de distancia, pero no ocurre así. En el fondo del mar, que es un calco de la tierra al revés, la oscuridad es total.

Callé. Recordé el extraño submarino y la sensación de ahogo que padecí allí dentro. Como para probar a nueve brazas...

—¿Y en cuanto al hombre volador? —me atreví a preguntar.

—Ahí patiné —reconoció—. He de replantearme de nuevo todo el proceso calculando el peso del aeronauta, la superficie de las alas y el material con que estén contruidos ellas y el armazón. De esa forma, quizá tengamos más suerte la próxima vez.

—¿Debo entender que hubo una primera?

—Fue todo un espectáculo —respondió Da Vinci—. No hace ni siete meses hicimos la prueba o experimento, si te gusta más, en la torre de la iglesia de San Ambrosio. Se había congregado allí mucha gente, más de ochocientas personas con Ludovico el Moro y su sobrino al frente.

—Anteayer pasé por allí. La torre-campanario tiene mucha altura.

—Por eso la elegí. Alcanza los ochenta y siete codos reales.

—¿Qué pasó?

—Ya te lo dije: calculé mal el peso del hombre y la superficie de sustento necesaria para el planeo adecuado y correcto aterrizaje. Elegí un tipo valiente pero grueso en exceso. Se lanzó al vacío con decisión solo discreta y la cosa fue mal.

—¿Decisión solo discreta?

—Al final se negó a saltar y hubo que convencerle con severos lingotazos de grappa de Bassano. Por fin se lanzó al aire animado por la euforia alcohólica. Al principio todo parecía ir bien, pero la cosa se torció cuando se quebró, por exceso de libras, una de las alas. El pobre hombre, sin sustentación, cayó en picado. Menos mal que ordené colocar unas colchonetas de borra a los pies de la torre, si no se mata.

—Entonces sobrevivió. Ya es algo... —dije por animarlo.

—Fue un milagro. Yo no soy muy creyente, pero para mí que intervino la Madonna. Únicamente se partió siete costillas, un brazo y la pierna derecha por tres partes. Todavía está en el hospital.

—Vaya... ¿Y la estatua ecuestre de Francesco Sforza?

—Va despacio. Tengo ya el boceto culminado en arcilla.

Estuve, por curiosidad, fiseando en su escritorio. En una pila de manuscritos que

fui ojeando se veían los artilugios más dispares y fantásticos. Si tenía alguna duda, preguntaba y él me la aclaraba. Admiré un timbal mecánico de redobles con baquetas accionadas mediante manubrio y cilindro rotatorio, con clavijas de uso graduable, que sonaba muy bien; vi una lira u órgano portátil, con correas que permitían colgar el instrumento del intérprete; contemplé el mecanismo para una viola-órgano y una gaita de fuelle continuo que producía un sonido muy agradable.

—¿Ahora te da por la música?

—Estoy estudiando el funcionamiento de tambores, carracas, órganos y violas mediante mecanismos que aumentan sus registros sonoros, facilitan las variaciones de tono durante los conciertos o producen ritmos y melodías más complejas —explicó.

Para mí todo aquello era chino. Yo apenas entendía de laúdes, instrumentos que suenan mejor con arreglo al arte del artesano que los fabrica, pero por supuesto guardé silencio. Seguí viendo dibujos de increíble perfección y belleza que mostraban artilugios y engranajes, ingenios nunca vistos, máquinas que se movían por agua, ascensores de manivela para comunicar distintas plantas de un edificio, un aparato metálico para cazar ranas —pues los batracios pululaban a cientos en las cubas de agua de Porta Giova y pretendía exterminarlos—, puentes, ganchos y polipastos automáticos, un órgano de papel, el boceto de fundición de un caballo gigantesco y, sobre tres baldas de madera alineadas en una pared, hasta ciento dieciséis libros manuscritos y bellísimamente ilustrados que formaban la poliédrica biblioteca de aquel genio, todo un compendio del saber humano en las artes, letras y ciencias.

De la mano de aquel ser prodigioso se produjo mi debut en las deliciosas, increíbles y jamás vistas tertulias de Ludovico Sforza. Tenían lugar en el salón de espejos del palacio de Porta Giova a las ocho de la tarde, tras la cena, salvo domingos o días de fiesta. Allí se leían páginas de libros nuevos o interesantes a juicio de los contertulios, recitábamos poesía, escuchábamos música, merendábamos y se iniciaban las controversias, la parte más atractiva y esperada de la reunión. Hacia las doce de la noche servían un caldo caliente con tropezones y terminaba la *serata*. Se podía hablar de todo excepto de chismes, rumores no probados o acusaciones que no pudiera rebatir el interesado por no estar presente. Eran miembros fijos del salón del Moro el propio Ludovico, sus sobrinas Blanca María y Ana Sforza, de dieciocho y catorce años, Leonardo da Vinci, Donato D'Angelo Bramante, Bernardo Bellincioni y Giovanni Ambrosio di Predis, apareciendo a veces Baldassare Taccone, Bernardo Castiglione y Niccolò da Corregio y, si estaban en la ciudad, Josquin Desprez, Luca Pacioli y Andreas Wessel.

Las intervenciones de Leonardo eran las más celebradas por todos. Le gustaba titularse con su simple nombre de pila, pues abjuraba del Da Vinci al no tener reparos en reconocer su origen bastardo. Con treinta y siete años por entonces, el polifacético artista y hombre de ciencia solo hablaba si se le preguntaba. Aquella primera vez, a instancias de su mecenas, expuso algunos aspectos del acabado de la cúpula del Duomo milanés, obra de ingeniería de gran complejidad en la que trabajaba junto a

ingenieros de renombre como Giovanni Antonio Amadeo y Luca Fancelli. Mostró en diferentes pergaminos los bocetos, que confesó haber dibujado la noche anterior. A cuenta de aquella ejecución, un prodigio por la rapidez y la perfección del acabado, surgió una discusión tensa aunque educada. De Predis, gran pintor, admirador de Leonardo con el que colaboraba, tomó la palabra.

—A pesar de conocerte desde hace algunos años —confesó—, no me puedo creer que en una noche hayas dibujado esas catorce perspectivas de la cúpula catedralicia. Sencillamente, es imposible. Confiesa que has empleado más tiempo, quizá dos o tres días, y aún me parece poco.

—No tengo por qué engañar a nadie —manifestó Leonardo—. No me gusta pintar o dibujar deprisa, pues la urgencia se riñe con el arte y la buena pintura, pero quería tener los bocetos para presentarlos hoy y hube de hacerlos en apenas cinco horas de la pasada madrugada: de doce a cinco y cuarto, cuando ya amanecía.

—No lo creeré aunque me lo jures —insistió su colega de pincel.

—Pues deberás hacerlo, hombre de poca fe. ¿Qué es más complicado para ti, el dibujo lineal o la pintura al óleo? —preguntó el genio.

—Sin duda la pintura —contestó De Predis.

—De acuerdo. Haré aquí y ahora un boceto de tu rostro y figura a tamaño natural, lo trasladaré esta noche al lienzo y mañana te lo entregaré a la hora del desayuno. En la próxima reunión podréis verlo. Si es del agrado general, pagarás una cena para todos en la Hostería del Duque, junto a la plaza del Mercado.

Todos estábamos perplejos, el primero Ambrogio, cuyo silencio era prueba de que aceptaba el reto. Leonardo, tomando un carboncillo y con trazo firme, hizo un rápido bosquejo de sus rasgos que nos fue pasando: el parecido era asombroso. De Predis, un hombre apuesto, tres años más joven que su maestro, relató mientras era retratado la marcha de cierto trabajo que efectuaba para el coro de la iglesia de la Anunciación. Se le veía inquieto, como temeroso de tener que afrontar el gasto que suponía la apuesta. Bramante, el arquitecto natural de Urbino, contemplaba la escena. Era un hombre en la mitad de los cuarenta, gordezuelo, rubianco, de mediana talla, barba rala y mostacho romántico, que gustaba silbar entre dientes y llevaba las manos siempre dentro de los bolsillos de la casaca. Hábil pintor, seguidor de Andrea Mantegna y Piero della Francesca, era todavía mejor constructor, habiendo eclipsado la arquitectura su afición a los pinceles. Se le consideraba arquitecto oficial de Ludovico Sforza desde hacía catorce años. Había levantado algunos templos en un estilo que empezaba a conocerse como *gótico*, pero su fama creció de forma exponencial cuando diseñó y construyó el coro en trampantojo de la iglesia de Santa María presso San Satiro. Disponiendo de un espacio muy limitado, Bramante levantó un ábside muy teatral, en bajorrelieve, y una sacristía octogonal coronada por una cúpula que parecía levitar en el aire. Por entonces trabajaba en los planos de otro templo: Santa María delle Grazie.

Bernardo Bellincioni, el poeta oficial de la corte, se encontraba a mi lado. Era un

hombre de unos cuarenta años, formado en la escuela poética florentina, seguidor de Petrarca. Repentizaba bien y rimaba con gusto, todo muy ecléctico, oficial, sin salirse de los cauces marcados. Por ello aburría su poesía plana, sin brillo, algo que se acentuó a mi llegada. Aquellos defectos eran los que empujaron a Ludovico Sforza a buscar un poeta moderno, cuando alguien le habló de mí. Supe enseguida que el Sforza no pensaba prescindir de sus servicios, pero tenía que andarme con mucho ojo y medir cuidadosamente mis palabras y el metro de mis versos para no provocar su enfado.

Luca Pacioli, un extraordinario matemático, estaba aquella noche. Se trataba de un fraile, profesor tiempo atrás en Perugia, que cambió impresiones con Leonardo y, en medio de mi sorpresa, con Ludovico Sforza sobre el cálculo de probabilidades, tema en el que era un experto o eso me pareció, pues la ciencia de Pitágoras nunca fue mi fuerte. Pacioli conocía la cábala hebrea, igual que Leonardo, y hacía referencia a ella para elucubrar sobre números primos y su relación con los planetas. Llevaba el hábito de la orden dominica, pero por su apostura y costumbres mundanas —bebía y hablaba de mujeres sin escrúpulo— parecía antes un vividor que un clérigo. Discutió con Da Vinci sobre ciertas teorías de Euclides, el matemático y geómetra del Museo de Alejandría, en tales términos que el resto de los cofrades quedó en blanco.

Baldassare Taccone era el canciller de Ludovico, un hombre de unos cincuenta años que al tiempo oficiaba como poeta y músico de la corte. Dotado de un ingenio poco común, tan pronto organizaba la logística de un batallón de soldados como disponía el trazado de un nuevo barrio milanés o aparejaba el decorado de una obra de teatro. Hablaba cinco idiomas y rimaba a la perfección en todos ellos. Había escrito *Júpiter y Dánae*, inspirada en las *Metamorfosis* de Ovidio, una comedia en cinco actos que narra la seducción de Dánae por el dios y que esperaba ver representada en cuanto Leonardo se encargara del montaje.

Bernardo Castiglione y Josquin Desprez coincidieron también en aquella velada. Castiglione, un apuesto joven de unos veinticinco años, era el poeta digamos ocasional de la corte. Alto y delgado, moreno, sus facciones eran tan agraciadas que parecían de fémina. Antes de seguir, debo decir que el bardo me comía con los ojos sin inmutarse ni importarle que los demás se dieran cuenta del fisgoneo impertinente. En realidad estaba en su derecho, pues en aquellos momentos yo no era de nadie y en Italia los hombres, que suelen ser ardientes, tienen a gala mirar a las mujeres de arriba abajo. A mí no me molestaba; al contrario, me halagaba. A las mujeres presumidas como yo nos gusta que nos miren y si es con descaro, mejor. La que lo niegue miente. Bernardo lo hacía sobre todo a mis senos que, a la moda imperante, lucían en escote magnánimo. Ludovico asistía a la escena levemente alterado. De repente intervino solicitando al poeta que declamase algo. Castiglione recitó un poema de su propia factura y varios sonetos de Petrarca y Virgilio. Lo hizo con su bonita voz de bajo, mirándome, como si fuese la señora de sus pensamientos y me los dedicase. Por fin, el Moro pidió que le alegrase la velada con mi estro. Recuerdo que enrojecí hasta la

raíz del cabello. Leonardo ya me escuchó alguna vez, en Florencia, pero nunca había recitado poesía delante de poetas de verdad y un auditorio tan selecto. Desprez, el músico, me observaba con sus ojillos pícaros, de comerciante en sedas o diamantes de su Flandes natal. No me hice de rogar. Declamé, con el pulso y la voz de contratenor que Dios me dio, una de mis mejores poesías, *A la armonía*, y escogidos poemas de las *Rubaiyyat*, de Omar Khayyam, un poeta persa que me apasiona. Mis benévolo oyentes premiaron mi actuación con un aplauso que me hizo llorar y logró que se corriera el kohl azul celeste con el que Soraya había decorado mis párpados. Me libró del sofoco Josquin Desprez, que hizo entrar a los músicos que componían la orquesta de la corte. El músico flamenco —su nombre era el diminutivo de Josken o José— era un hombre de treinta y pocos años, alto, fuerte, tirando a pelirrojo y de ojos claros, un gran maestro de la polifonía. Recorría Italia de sur a norte y pasaba largas temporadas en Nápoles interpretando música para la dinastía aragonesa, en Roma al servicio del papa, en Venecia llamado por la Serenísima, en Ferrara con los Este o en el palacio de Porta Giova para los Sforza. Integraban la orquesta que dirigía docena y media de buenos intérpretes de tiorba, laúd, espineta, lira, flauta y trompeta. Tocaron para nosotros un motete, algunas *chansons* francesas y varias *frottole* venecianas, bailables, aunque nadie bailó, pues las sobrinas de Ludovico eran muy jóvenes, las tías viejas en exceso y la *signorina* recién llegada, amén de ser una niña, no estaba para danzas. Pasadas ya las doce y media Ludovico se retiró a su cámara y lo imitamos los demás.

En la siguiente tertulia quedamos patidifusos cuando Leonardo mostró el retrato de Ambrogio de Predis, perfecta obra de arte, a falta del barniz nada más. De Predis, buen perdedor, lo arregló con el mesonero de la hostería, quien, el primer domingo, preparó para quince comensales cocido lombardo y pecho de jabalí relleno de setas.

* * *

Ludovico Sforza se hallaba prometido *pro verba* con Beatriz d'Este, una preciosa mujercita de catorce años, dos menos que yo. Se trataba de una beldad que lo reunía todo: poder, riqueza, hermosura, honestidad y sabiduría, pues había sido educada en su natal Florencia en el mejor ambiente y con los más sabios preceptores. Era hija del duque Hércules I d'Este, hermana pequeña, por tanto, de Isabel y Alfonso d'Este. En principio la boda estaba fijada para el otoño del 89, pero era el momento en que Ludovico iba difiriéndola en medio de la indignación de su futuro suegro. Por la forma en la que me miraba, desde la primera vez, comprendí que la causa de aquella dilación era yo misma. Desde mi llegada no había dejado de acecharme ni de fisgarme de la quilla al puntal, desnudándome con los ojos y relamiéndose. Sabía que el Moro era mujeriego como buen Sforza y no era tan boba como para pensar que no hubiese tenido líos de faldas. Reyes, príncipes, aristócratas y nobles en general de

toda Europa tenían legiones de amantes y no pasaba nada. Es decir, pasaba que las amantes embarazadas abortaban a manos de comadronas o herboleras siniestras, muriendo muchas veces, o tenían a sus hijos. En este caso, el fruto del clandestino amor se daba en adopción o se endosaba a la lista de los hijos legales del causante del estropicio, hombre o mujer. Era lo más frecuente. Muchas veces lo hablamos en las largas tertulias nocturnas de Porta Giova bebiendo licor de guindas: según la opinión general, un tercio de las descendencias de la aristocracia y alta nobleza italiana era de origen bastardo.

Instalada ya en mis aposentos y a la espera del acoso del Moro, que poseía el condado de Bari, dediqué algunos días a recorrer la ciudad que es grande y ventilada, bien abastecida, mucho más fría que ninguna italiana en los inviernos, sometida a los helados vientos que bajan de los Alpes. Acompañada por Soraya, envuelta en tres enaguas, un traje de gruesa lana y un tabardo de piel que me cubría hasta los ojos, transité por el núcleo del viejo caserío, una maraña de callejones donde se hacinaban los milaneses y gentes de aluvi3n procedentes de los cuatro puntos cardinales. La confusi3n era grande, mezclándose el humo de las hogueras de carb3n o leña, donde se calentaban tipos de aspecto patibulario, con la niebla matinal, una grisalla espesa y pegajosa que a veces no levantaba hasta el mediodía. La algarabía era constante y ensordecedora, pues los vendedores de cualquier cosa la proclamaban a gritos, convirtiendo el barrio viejo en un gigantesco zoco. Los judíos tenían su propio gueto, un sector de pasadizos y retorcidas callejuelas donde vivían los usureros, ropavejeros, picapleitos y alg3n matasanos. Nos aventuramos en él sin peligro, pues la paz era notable en todas partes no siendo pequeñas trifulcas por el peso de un pedazo de carne o el robo de un monedero en un tenducho. Se encargaban de asegurar el orden soldados del ducado patrullando las calles a caballo, y no se andaban con remilgos a la hora de aplicar el largo de sus fustas en la espalda de los revoltosos.

Ya en la parte moderna, un ensanche que centraba el Duomo o *domus Dei*, como llamamos en Italia a las catedrales, nos dedicamos a pasear por la gran plaza admirando el Palazzo della Ragione, que levantara el *podestà* Oldrano de Treceno en 1233, la pintoresca Logia de los Osii, construida hace siglo y medio por Matteo Visconti, y la casa de los Panigarola, donde estaba el Comune o Ayuntamiento. Entramos en la catedral, majestuoso templo de cinco naves, el edificio más grande y alto de la ciudad en el que aún se trabajaba, pues las fachadas estaban incompletas, lo mismo que las cubiertas. Se levantaba como es habitual sobre las ruinas de otro templo, la basílica de San Ambrosio, destruida por el fuego años atrás. Inició su construcción, hizo ya un siglo, Gian Galeazzo Visconti, demoliendo primero diferentes palacios y utilizando como cantera de piedra las de una iglesia, Santa María Maggiore. Para el mármol con el que se tapizaban las fachadas se eligió la cantera de Candoglia, a pocas millas de la urbe, a la que eximió de impuestos. Varios Visconti y Francesco Sforza continuaron las obras, completando naves y pasillos hasta el sexto tramo. Ludovico el Moro había tomado las riendas de las obras con

calor, trabajándose, a mi llegada, para completar la cúpula octogonal, la fachada sur y la decoración interior con varias series de quince estatuas que representaban a santos, profetas, sibilas y distintos personajes del Antiguo Testamento. El sonido del martillo sobre el buril era la música incesante en el templo, un proyecto ambicioso, ya que tendrá cabida para treinta mil almas cuando sea culminado.

A las dos semanas de llegar a Milán, Ludovico Sforza comenzó a rondarme. Era un acoso blando, encantador, el del joven cándido a su primera novia, el del petirrojo a la rosa o la abeja a la flor. Mi adorador me acechaba en lo más umbrío del jardín, me requebraba en voz muy baja, susurrándome, o me acompañaba a la jaula de los pájaros. Se presentaba vestido con ropajes de seda, limpio, perfumado y recién afeitado, como un nuevo Petronio. Encontraba por todas partes billetes de él, lacrados y a mi nombre, en los que me declaraba su amor y aseguraba arder en una pasión como la de Orfeo por Eurídice. Siempre hallaba en mi cámara, a veces sobre la almohada, lirios y azucenas, flor esta que simboliza la virginidad. Aseguraba, posando sus labios en mi oído, que no podía dormir ni sosegar simplemente soñándome, imaginándome desnuda y tendida en el lecho. Yo le escuchaba tan absorta como debe hacerlo el áspid al sonido de la flauta que lo hechiza, sumida en un placer urente, sintiendo el latir de mis pulsos desbocados en las sienes y por abajo un extraño calor, algo inédito. Parecía no tener prisa, pues no me rozó hasta los veinte días, bajo los sauces que orillan el estanque, donde se aventuró a besarme las manos. Cuando quise darme cuenta estaba enamorada: al final fui yo la que suplicaba con los ojos que me hiciese suya.

Más que por su belleza, Ludovico me atraía por su aroma viril y por su historia. Se había iniciado en el amor, como supe después, a los trece años. No había joven y hermosa criada, doncella o esclava de su palacio que no pasara por su lecho. A los catorce amplió su radio de acción a sugestivas cortesanas que le ofrecía el aposentador de Porta Giova o a damas burguesas que conocía en sus correrías, con su cuadrilla de amigos, por toda la ciudad.

—No me irás a decir que todas caían en tus brazos hechizadas por tu apostura — dije una noche, irónica, cuando ya era su amante—. Supongo que más de una haría resistencia y tendrías que forzarla.

—Te equivocas. Nunca he hecho fuerza a una mujer —aseguró—. Violar a una fémica es bajeza indigna de un cristiano decente. Es cierto que muchas resistieron mi asedio, pero la mayoría se rendía de forma misteriosa, influida tal vez por mi apellido o buscando medrar.

Antes de conocerme, la primera amante del Moro fue Bernardina de Corradis, una joven que en 1472 le dio una niña, Blanca, a la que el conde de Bari reconoció y dio su apellido. Después tuvo amores con una desconocida dama milanese que parió una niña, Magdalena, y casi al tiempo se enredó con otra romana que trajo al mundo un niño, Leone, que llegaría a ser abad de un monasterio. Me consta que embarazó a una legión de criadas y doncellas, que eran despedidas tras dar a luz con las alforjas bien

provistas, antes de llegar yo a la corte. Cuando aparecí y me hizo suya, le exigí que terminaran por completo sus correrías, y juraría que sentó la cabeza. Fue año y medio, hasta su boda, el tiempo que lo tuve para mí en exclusiva. Después, un año y medio más, lo compartí con su mujer, Beatriz d'Este, hasta mi propia boda. Ya casada, no consentí que volviera a tocarme.

* * *

Todas las mañanas, puntual como la nieve de diciembre, iba a visitar a Leonardo. Lo encontraba en su estudio enfrascado en sus dibujos, encajando las piezas de algún artefacto, resolviendo jeroglíficos egipcios, construyendo maquetas de increíbles aparatos o redactando notas de forma que no se comprendieran, de derecha a izquierda a pesar de ser diestro, lo que se ha dado en llamar *escritura especular* pues precisa un espejo para ser descifrada. El que fuera mi maestro en Florencia era madrugador. Había diseñado una enorme pantalla de bronce bruñido que reflejaba y aumentaba la luz de una simple bujía, de forma que podía trabajar durante la noche con tanta claridad como en una mañana soleada. Aquella vez terminaba un curioso boceto titulado *Las proporciones del hombre*, en el que, enmarcado en un círculo y un cuadrado superpuesto, se veía la figura de un varón desnudo. La verdad es que el título era apropiado, pues el cuerpo de aquel hombre guardaba unas proporciones y simetrías perfectas. Su cabeza, la melena sobre los hombros, el rostro, los miembros en situación normal o separados, los pies y manos, todo encajaba como en el obelisco de Trajano. Hasta el miembro viril y los testículos, órganos de la sexualidad de los que no tenía referencias directas o las mínimas, de las veces que se los vi a mis hermanos en el baño, me parecieron agradables e incluso hermosos.

—Es bonito y curioso. ¿Qué quiere decir? —pregunté señalando el dibujo.

—Pretendo rebatir o, mejor, discrepar de la proporción del hombre ideal que diseñó Marco Vitruvio Polión.

—El que fuera arquitecto de César Augusto...

—Exacto. Yo corrijo al romano y mantengo que el tamaño ideal del cuerpo del hombre y la mujer corresponde a ocho cabezas o diez caras.

—Me gusta. ¿Lo dibujaste a carboncillo?

—No. Es más trabajoso, pero también da mejores siluetas y colores más bellos el punzón de plata.

—¿Y en cuanto a esto? —pregunté poniendo el dedo índice sobre el pene y los testes.

Fue una pregunta tonta, pues sabía por Soraya lo que hay que saber, pero pretendía ampliar mis conocimientos. Hubo un silencio entre científico y festivo.

—Mira la señorita curiosa e inocente... No te preguntaré si todavía eres doncella. ¿Qué pretendes saber?

—Quiero saberlo todo. Soraya, mi esclava árabe, dice que el falo humano puede alcanzar un tamaño muy grande. ¿Es verdad?

—Es completamente cierto.

—No lo entiendo —dije.

—¿Qué no entiendes?

—Lo del tamaño. No puede ser muy grande.

—¿Por qué?

—Por algo simple: lo nuestro es muy pequeño y no cabría.

—¿Cómo sabes que la vagina de la mujer es pequeña? —preguntó.

—Porque, a raíz de venirme la regla, me contemplé a mí misma con un espejo.

Leonardo rio con risa franca. No había envejecido desde que abandonara la corte de Lorenzo el Magnífico. Si acaso sus sienes comenzaban a platearse.

—Ahora recuerdo tus tejemanajes para ocultar a aquel vejestorio que eras mujer —dijo al fin—. Se trataba de un Visconti, ¿no?

—Olvidé ya su nombre. Solo sé que una mañana, en la soledad de mi aposento y ayudada por un espejo, pude ver el famoso himen que trastorna a los hombres. El mío es muy pequeño, apenas un puntito, y lo mismo ocurre con todo lo demás cuyo nombre ignoro. Dudo que un pene grande pueda caber por ahí...

—De lo que escucho, deduzco que sigues manteniendo el himen íntegro, lo cual me satisface. Esa cosa pequeña, como dices, es la causa de que el mundo gire, de que los hombres maten a sus hermanos, de que los buques naveguen y de que haya guerras. La virginidad es virtud importante en la mujer y debes preservarla contra viento y marea hasta el momento en que aparezca el varón de tus sueños.

—¿Y en el hombre?

—Qué pasa con el hombre...

—¿Él no debe conservar su entereza?

—Es parecido, pero no es lo mismo. El hombre no tiene ningún himen que perder, pues cuando hace el amor no queda huella orgánica. La mujer es distinta: cuando ama físicamente a un hombre pierde, digamos, el precinto de garantía.

—No has resuelto mis dudas —aseguré—. ¿Cómo puede caber un pene cuando es grande en un molde pequeño?

—Elemental, querida —respondió Leonardo—. Las cosas se dilatan, dan de sí lo mismo que el calzado o la goma arábica.

—Tengo curiosidad por saber qué se siente. Tal vez puedas adelantarme algo.

—El placer del amor no puede definirse. Es especial, distinto a los demás, sin ninguna duda el más intenso entre todos los goces. En ese tema en realidad soy un teórico, pues nunca me casé y mis experiencias sexuales no han sido excesivas.

—¿Eres homosexual? —pregunté sin otros circunloquios.

—¿Yo homosexual? Qué disparate.

—Recuerda que fuiste acusado una vez de pederasta, allá en Florencia.

—Nada pudo probarse. Yo me limito a adorar la belleza, pero, para no

defraudarme a mí mismo, son contadas las veces que poseí a una mujer. Sostengo que la naturaleza hace la belleza para ser admirada, no tocada. Al tiempo soy, lo reconozco, perfeccionista. Tras hacer el amor con una hembra cualquiera viene el desencanto, un sentimiento casi trágico que, en mi caso, llega a la melancolía y hasta al llanto. Busco y no hallo la mujer perfecta. Me pasa igual con la belleza, tan rara de encontrar. Es como si pretendieras apresar con las manos el color del aire, la claridad amarilla de un día de verano: asirás humo, vibraciones huecas, el suspiro del céfiro. Prefiero seguir soñando hasta que llegue mi momento.

Callamos. Descubrí, en distintos pergaminos, extraños dibujos de caras humanas, rostros infantiles, caballos, puentes desmontables, una enorme y alta grúa y, sobre todo, un sinfín de aparatos bélicos: una gran catapulta, la ballesta más gigantesca que podáis imaginar, un dardo explosivo y una especie de carro de combate recubierto por una caperuza circular, metálica. Leonardo me los iba explicando uno a uno.

—El gobernante que consiga dominar a los demás se hará con el poder y lo que ello conlleva: oro, tierras sin fin e hímenes bellos, delicados, pertenecientes a las mujeres más hermosas de la tierra, valquirias del Valhalla vikingo, geishas del país de Amatarasu o huríes del paraíso islamita. Para eso vine aquí, no para fundir en bronce Sforzas a caballo. Ludovico el Moro, mi actual mecenas, me quiere para que le construya catapultas para derribar altas murallas, ballestas colosales que lancen a gran distancia dardos explosivos cargados de pólvora y metralla, puentes levadizos que permitan a sus tropas cruzar ríos tan anchos como el Danubio y carros acorazados que avancen por el llano o la montaña sin que los afecten los disparos del arcabuz ni las lombardas.

Yo escuchaba perpleja y sin cansarme el discurso de aquel adelantado, un hombre que vivía ya el futuro o quizá un iluminado, un visionario.

—No sé si creerte... —me atreví a decir—. Yo soy pacífica.

—Y bella como una aurora en la bahía de las Sirenas —me requebró—. Tal vez Ludovico quiera esas armas para conservarte cuando seas suya, que lo serás.

—No seas tonto —dije—. Las querrá para enfrentar el peligro de Carlos VIII, el rey francés, o el del monarca de Aragón y Castilla, Fernando, o el de su homónimo Ferrante de Nápoles, o el del papa.

—También —corroboró.

—Otros reyes y príncipes buscan tales apoyos en la alquimia —añadí.

—La alquimia es la gran estafa del Medievo que aún perdura para escarnio de zafios e ilusos —sentenció Leonardo—. La búsqueda del oro se halla en el conocimiento, que hoy renace tras las cenizas del oscurantismo. La plata está en la sabiduría, meta del hombre inteligente, que solo se consigue con el estudio. Los diamantes se encuentran en el intercambio de saberes entre científicos y en la investigación focalizada en la universidad, nuevo templo del hombre. Tú viste en Florencia las obras de Brunelleschi y conociste a Botticelli y a Marsilio Ficino. ¿Te parecieron hombres que buscaran la piedra filosofal fuera de los textos clásicos

griegos y latinos? En la naturaleza las cosas son lo que son desde que se hizo el mundo: las piedras piedras y los panes panes, cada cosa con su composición orgánica fija e inalterable en condiciones normales. El agua se evapora con el calor, pero cae del cielo con la lluvia para adoptar su forma primigenia. Por mucho que se pinte y engalane una mona, jamás será mujer. Por mil vueltas que le des, frío que añadas o calor que suministres, la malaquita jamás será esmeralda, el latón nunca se convertirá en oro y el plomo de ninguna manera devendrá en plata. Son cosas sencillas, que entiende un aldeano y que comprende todo aquel que tenga medio dedo de frente.

—¿Cómo se entiende, pues, que gentes avisadas, antes y ahora, hayan caído en la burda engañifa de la alquimia?

—Por ambición —prosiguió mi hombre sabio—. Taumaturgos, magos, adivinadores del futuro y gentuza de similar calaña abundaron, abundan y abundarán. Nunca les faltará el crédulo oído de algún príncipe arruinado que les dé cama, comida y un lóbrego lugar donde colocar sus hornos, retortas, redomas y alambiques. Algunos alquimistas lo son de buena fe, pero la mayoría busca medro.

Como siempre que hablaba con Leonardo, me lo pasaba en grande. Aquella vez me miraba muy detenidamente, sopesándome desde el fondo de sus cuencas orbitarias.

—¿Ocurre algo, maestro? —pregunté.

—Admiro la hermosura —dijo—. Hoy te encuentro especialmente guapa y atractiva. Envidio al hombre que enamores y bese tu piel.

Callé. Jamás me ha molestado un requiebro dicho con gracia. Ya me iba cuando vi, en un rincón, la maqueta de un hombre volador. Sin duda el genio no había escarmentado y volvía a las andadas.

—¿Y eso? —dije señalándolo.

—Es mi invento planeador definitivo —dijo muy serio—. Lo denomino *ornitóptero*. El hombre no puede resignarse a ser siempre terráqueo. Esta vez funcionará.

—¿Cómo lo sabes?

—He dado al fin con el busilis.

Me quedé mirando el increíble aparato, un engranaje de madera en tiras finas, que podía sujetarse con correas a las piernas y brazos del hombre volador, y grandes alas de un material extraño.

—¿Cómo funciona?

—Se acciona moviendo alternativamente brazos y piernas y se propulsa batiendo las alas. El navegante debe ser delgado para evitar desastres. Como verás, el soporte es madera de abeto joven, material muy poroso, resistente y ligero; en cuanto a las alas, tras diferentes pruebas con tafetán almidonado, fustán con plumas, caña de bambú y malla de seda, llegué a la conclusión de que el material idóneo es una mezcla de todos ellos. Aquí tienes el resultado —dijo mostrándome orgulloso su último invento.

La boda del duque Gian Galeazzo Sforza e Isabel de Aragón se celebró a poco de mi llegada a Milán. Los contrayentes eran sobrina y tío. Isabel, año y medio más joven que su esposo, era nieta del rey Ferrante —o Fernando— de Nápoles e hija de Alfonso, el heredero de la corona, todos de la dinastía aragonesa. Fue un casamiento celebrado en una de las capillas ya terminadas de la catedral, en medio de cierta indiferencia popular y con asistencia de la nobleza milanese, los príncipes de Nápoles, los duques D'Este —con sus hijos Alfonso y Beatriz, pues Isabel se hallaba enferma—, los marqueses de Mantua, el dogo veneciano Agostino Barbarigo y un envejecido Lorenzo de Medici. Leonardo fue el encargado de la parte mecánica de los juegos festivos y del diseño del traje de la novia. La noche antes de la boda, en el Palazzo Sforzesco, se representó *La fiesta del paraíso*, de Bellincioni, el poeta, según diseño de Leonardo, responsable de la tramoya y los decorados. Fue un alarde de técnica e imaginación que dejó asombrados a los espectadores por lo original de la iluminación, con numerosas lámparas que representaban al cielo estrellado, grúas que permitían volar a los actores suspendidos de sogas invisibles y nubes flotantes. De varias de estas, en un momento dado y por acción de un oculto mecanismo, se desprendían gotas de agua que querían imitar a las de lluvia.

Tras la ceremonia hubo un espléndido banquete para más de cuatrocientos comensales y baile hasta la madrugada. Colocaron dos grandes mesas en el comedor principal y, como no cabían todos, otras más pequeñas en los salones circundantes, comunicados. En una de las mesas principales se sentaban los artistas y científicos de la corte milanese encabezados por Leonardo da Vinci y otros llegados de Florencia, Mantua, Venecia, Ferrara y Siena. En la mesa nupcial estaban los recién casados, los futuros reyes de Nápoles, la familia Sforza excepto Bona de Saboya, que seguía encerrada en Abbiate, la nobleza de las ciudades-estados italianas y, para mi asombro, mi humilde persona. A la derecha del príncipe Alfonso de Nápoles se sentaba el duque Gian Galeazzo y a la izquierda de Hipólita María Sforza, princesa de Nápoles, la novia, Isabel de Aragón, una preciosa joven de diecinueve años convertida de pronto en duquesa de Milán. Beatriz d'Este se ubicaba al lado de su prometido, Ludovico Sforza, casi enfrente de mí. Me costó salir de la sorpresa cuando, al buscar mi lugar por todas partes, lo hallé por fin en la mesa nupcial. No había duda: en floreada letra bastardilla, sobre un corazón de pergamino diseñado por Leonardo, se leía mi nombre. Podría esperarse que, sin cumplir todavía diecisiete años, me hallara alterada o nerviosa, pero no lo estuve en absoluto. Me colocaron al lado de Lorenzo el Magnífico y del hijo del marqués de Mantua, Francesco Gonzaga.

Antes de sentarnos a la mesa, Ludovico me trató de manera exquisita, presentándome a los más notables nobles y aristócratas como la *signorina* Cecilia, poetisa, *figlia del ambasciatore* Gallerani. Fue la primera vez que Soraya me vistió de mujer y no de niña. La sastra de palacio había cosido para mí un bonito traje de fiesta,

largo, en seda verde turquesa bordada de realce, que dejaba los hombros al aire. Las alforzas doradas de los bajos hacían que la tela cayese con el debido vuelo. Un cinturón de brocado verde montaña modelaba mi cintura y levantaba el busto, completando el atuendo unos escaupines de elevado tacón, un regalo de mi madre antes de dejar Lucca. Por toda joya lucía una fina gargantilla de brillantes y esmeraldas, un préstamo materno. Aquel día mi fiel sierva se ganó el sustento: me bañó, untó mi cuerpo con aceite de sésamo y depiló mis piernas como solía, pero con el añadido del pubis. Juro por Dios que tal diablura fue cosa de ella: acabado el masaje, rasuró con cuidado los pelillos díscolos que escapaban de mi monte de Venus hasta conformar un triángulo equilátero. Cuando me vi desnuda delante del espejo noté un fuego interior, como si me excitase la visión de mí misma. Antes de ponerme las bragas y la venda de gasa que sujetaba y al tiempo levantaba mis senos, la esclava me perfumó al modo de su tribu agarena: sendas gotas de jazmín en los pezones y otra en el ombligo. Eso fue todo. Me extrañó que no me embadurnara de esencia los lugares clásicos. Cuando le pregunté la causa de que los obviara se explicó.

—El perfume ha de economizarse —aseguró—. Además, jamás debe impregnar las zonas cuyo diferenciado aroma de por sí estimula y enloquece al varón, léase por este orden sexo, ano y pies. Si una gota de esencia cayera en aquellas partes por error, se arruinarán las expectativas de placer de un varón auténtico, ya sea cristiano, árabe, chino o seguidor de Zaratustra.

Ante tal muestra de sabiduría infusa no dije nada, opción que os aconsejo si no tenéis algo importante que decir. Vestida y perfumada de aquella forma, Soraya pintó mis veinte uñas en tono rojo sangre, dio un toque a mis ojos con negro de humo, otro a mis mejillas con polvo de coral y a la boca con un *rouge* parecido al de las uñas, y me lanzó a la guerra, pues una fiesta donde concurren y compiten bellas mujeres es lo más parecido a un aquelarre. Para afianzar mi ego, antes de partir al combate volví a mirarme en un espejo de cuerpo entero: nunca me había visto más bonita.

Durante el ágape, una sucesión de exquisiteces que no recuerdo y que apenas probé, hablé sin parar con mis vecinos de silla, pero sin dejar de fisgar a la novia y a Beatriz d'Este, que no apartaban de mí sus ojos. Alfonso d'Este y Ana Sforza, la hermana pequeña de Gian Galeazzo a la que estaba prometido, se miraban a los ojos en sus asientos, enfrente y a mi izquierda. Lorenzo de Medici me contó sus achaques, evocó ciertas anécdotas de mi época florentina en su delicioso salón y me piropeó todo el tiempo sin cortarse. Había envejecido de cuerpo, pero no de espíritu. Inclinando cuello y papada levemente y apuntando con su boca en mi oído, entre bocado y bocado, alabó mi belleza con frases como «Te has convertido en una mujer muy atractiva, Cecilia», «Solo verte me devuelve a la vida» o «¿Eres la misma niña que conocí con once años o una bruja hechicera?», piropos que agradecía en silencio admirando a la vez al hombre auténtico, el que al pie de la tumba sucumbe ante el hechizo femenino. Francesco Gonzaga, a quien tenía a mi derecha, habló conmigo de poesía y de aromas, pues no cesó de alabar el que emanaba de mi cuerpo. Era un

hombre de veinticuatro años, rostro cuadrado y árido, enormes ojos negros, perilla de chivo y mostacho a la francesa. Estaba prometido a Isabel d'Este, hermana mayor de Beatriz y Alfonso, que no había venido a Milán al hallarse indispuesta, afecta al parecer de ciertas fiebres.

—Eres muy guapa, Cecilia —aseguró por derecho—, y, si me lo permites —añadió—, utilizas un perfume muy agradable. Tendrás tu perfumista, imagino.

—Pues no, señor —contesté—. Confío el cuidado de mi persona a una doncella.

—Pocos cuidados precisan tu juventud y belleza —sostuvo—. ¿Tienes novio?

—No, señoría. Soy muy joven.

—Seguro que siendo poetisa en esta corte te nacerán a cientos. Si tienes la más pequeña queja de ella, que no la tendrás pues Ludovico Sforza es cortés y amable, sabes que en Mantua estoy a tu disposición. Si vas por allí, te alojaré en el Castello di San Giorgio, te enseñaré las obras de Andrea Mantegna y me contarás los secretos de tu aroma.

—Lo haré desde que pueda, señor —aseguré.

—La ocasión la tienes a la mano —dijo—. El día 12 del próximo febrero me caso en Mantua con mi prometida, Isabel d'Este. Es una pena que Isabel no haya podido venir, pues la hubieras conocido. Estás formalmente invitada.

—Gracias, señor —respondí—. Os consideraré el más afortunado de los hombres si Isabel es la mitad de guapa que su hermana Beatriz.

El banquete se alargó más de tres horas en las que Francesco Gonzaga no paró de comer ni requebrarme. Yo las aproveché, pues fisgoneé a fondo a las mujeres que me interesaban: Isabel de Nápoles y Beatriz d'Este. Isabel, no sé si prima, sobrina o ahijada de Fernando de Aragón, el rey de España, era una belleza deslumbrante. De larga melena castaña que desbordaba por detrás sus hombros, ojos inmensos color de miel silvestre, nariz recta y boca pequeña de sonrisa perenne y misteriosa, imponía por su majestad, heredada sin duda de su antigua dinastía aragonesa, Jaime el Conquistador, quizá, o Pedro el Grande. Colgaba de su cuello una delgada cadena de platino con un dije de oro que llevaba grabadas en esmalte las cuatro barras rojas sobre fondo amarillo de la enseña de Aragón. Ni ella ni nadie lo sabía entonces, pero iba a pasar a la posteridad como todas las retratadas por Leonardo, aquel genio del pincel, en un cuadro que hoy es propiedad del rey de Francia en el que aparece bellísima, con su sonrisa misteriosa, enigmática, la misma que me dedicaba en aquella lejana sobremesa.

En cuanto a Beatriz, la futura esposa de Ludovico, me comía con los ojos lo mismo que yo a ella. La D'Este veía en mí, tal vez, una rival y yo en ella a la mujer que iba a disputarme al hombre que ya amaba. Terminamos sonriéndonos, Beatriz con la inocencia de su edad, quince años recién cumplidos, y yo con naturalidad, sin ninguna malicia y la frente muy alta, pudiendo hacerlo pues solo era amante de Ludovico con la imaginación. Jamás vi un cutis más perfecto que el que exhibió la futura condesa de Bari durante aquella fiesta. Tenía la calidad del ámbar y el tono del

melocotón maduro, completando sus encantos los ojos azules llenos de estrellas, la boquita de piñón que pedía ser mordida y la nariz perfecta, respingona, sembrada de pecas como sopladadas por la varita mágica de un brujo. Recogía su rubia cabellera en una redecilla recamada de perlas y la ceñía una tira de terciopelo negro. Llevaba una diadema de platino cuajada de brillantes, de su madre quizá, pequeña muestra de la riqueza del ducado D'Este, uno de los más poderosos de Italia. Sus senos eran discretos de tamaño, pero su doncella les sacaba partido aupándolos con las mil tretas de que dispone hoy la estética. Emanaba de ellos un delicioso perfume a nomeolvides. Era mil veces más bonita que yo, pero menos atractiva, pues no era tan alta y sus caderas aún no habían madurado. Los casi dos años que le llevaba modelaban mi cuerpo, estilizaban mi cuello y daban morbidez a mis desnudos brazos. Donde no había competencia era en las tetas: las mías deslumbraban en el escote como faros alejandrinos en la noche egipcia.

Al terminar el banquete los invitados pasamos a la gran galería que daba al nevado parque. Como hacía un frío ártico, habían encendido braseros y chimeneas que calentaban el ambiente. Nos sirvieron té de la lejana isla de Ceilán, dulces lombardos, grappas del Véneto y otros licores. Los hombres hicieron varios grupos para hablar de política, de guerra y, *sotto voce*, de féminas, alardeando de sus hazañas. Las mujeres jóvenes formamos varios corros. En el que yo integraba, siete u ocho a cual más bonita e interesante, estaban Isabel de Aragón y Beatriz d'Este. Con las dos cambié impresiones sin llegar a aburrirme, pues ambas eran inquietas y prudentes. Isabel, la recién casada, estaba muy interesada en la cultura, mirándome con admiración y sobrevalorándome, pues, por la forma en que preguntaba, pensaba estar ante una nueva Sapho.

—No pienso perderme ninguna de las reuniones de esta corte —confesó—. Hasta Nápoles llegan los ecos de la altura cultural e ingenio de sus miembros.

—Nos hará un gran honor, señora —contesté—. Confío arrastre a ellas al joven duque, que no suele asistir.

—Ya me han hablado de los modos y maneras de mi esposo. Yo lo corregiré —aseguró—. Y, por favor, tutéame. Somos de edad pareja: solo tengo diecinueve años. ¿Montas a caballo?

—Desde luego, señora —respondí—. Será un honor para mí acompañarte a cabalgar por los bosques vecinos o, si lo deseas, mostrarte la ciudad y sus rincones más pintorescos.

Beatriz, callada, no intervenía en la conversación, pero no perdía coma. Por fin me decidí y la interpele.

—Señora, no os ofendáis si afirmo que no he visto jamás una belleza tan perfecta como la vuestra. Podéis agradecer al cielo los dones con que os favorece y a vuestros padres la exquisita educación que mostráis.

—Gracias, Cecilia —respondió—. Vos también sois bonita y atractiva, además de una excelente poetisa, según dicen. ¿Lleváis mucho en la corte?

—Mi señor Ludovico, tras hablar con mis padres, me trajo hará tres meses. Aquí soy feliz pues está lo que más valoro: la inteligencia y la sabiduría.

—Os pediría que, siendo ambas jóvenes, simplificáramos el tratamiento.

—Por mi parte no hay problema, Beatriz. Además, si pronto vas a ser señora de Milán, aspiro a ser tu amiga y más humilde servidora.

Calló un momento. Dio un mínimo sorbo a su copita de licor. Parecía pensativa.

—¿Tienes novio? —quiso saber al fin—. Vaya pregunta... —añadió—, siendo tan bonita tendrás pretendientes a miles.

—En estos momentos centro mi afán en aprender, estudiar y escribir poesía. Espero tener algún día tu suerte y encontrar un marido adecuado —respondí.

Vencida su inicial timidez, Beatriz me habló de sus estudios, ideas y planes de futuro. De lo que dejó traslucir, su formación era completa, atesorando una cultura infrecuente a su edad y en una mujer. Había recorrido, acompañando a sus padres, toda Italia.

—Sabrás que estoy prometida al conde de Bari desde mi nacimiento —dijo.

—Lo sé —respondí—. Todos lo saben.

—Mis padres querrían casarme mañana —aseguró—, pero yo prefiero conocer mejor a mi prometido y hacerlo en persona, no a través de los grabados que me envía regularmente.

—Te llevarás un buen esposo —afirmé—. No le conozco bien, pues mi relación con Ludovico se limita a las veces que coincidimos en las tertulias culturales o escuchando música, pero es un hombre apuesto, amable, varonil y parece educado.

Callamos otra vez. Beatriz tenía fruncido el ceño.

—En cuanto a nuestra anunciada boda, ya no sé qué pensar... —manifestó—. No comulgo con las prisas de mi padre. Prefiero esperar por lo menos un año. Quiero formarme más, madurar, en una palabra. Quisiera ser tu amiga tras mi boda, es decir, si sigues en Milán para entonces.

—Esa es mi idea —aseguré—. Todos se portan bien conmigo aquí, el primero mi señor Sforza. ¿Hablas francés?

—Domino el francés, el alemán y el español, además del toscano —respondió Beatriz.

Proseguimos en lengua gala por darnos gusto. Aquella niña tenía grandes conocimientos de todo, siendo tan cultivada como Hipatia de Alejandría y más hermosa que Berenice, la reina lágida. Cuando se inició el baile éramos íntimas, habiendo desaparecido el resquemor que surge entre dos féminas que se disputan el mismo hombre. Bailé como nunca danzas alemanas, minués a la francesa, *passacaglias*, *frottole* y pavanas de corte. Ignoro cómo se las arreglaba Ludovico el Moro, pero en las vueltas y revueltas de las contradanzas siempre estaba allí, sonriente, para ceñirme por la cintura y susurrar en mis oídos piropos o frases implicantes como «¿Quién es mi diosa?», «¿Dónde está la dueña de mi corazón?» o «¿A quién voy a adorar mientras viva?». Debí enrojecer tanto como un bogavante en

el caldero, pues sentía un calor que me subía del pecho y me abrasaba el rostro. Está claro que no creía una sola palabra de lo que escuchaba, pero me hacía feliz sentirme deseada, saberme el centro de una pasión prohibida, excitante y pecaminosa.

* * *

Después de una noche tranquila en Porta Giova, los recién casados partieron para el lago de Garda, en cuyas riberas el invierno se tolera mejor. El resto de los invitados retornó a sus hogares. Como si la nostalgia del tálamo rebotara en los artesonados proclamando el triunfo del amor, Ludovico Sforza redobló su acoso. Tenía lugar en cualquier parte: en el jardín, por los largos corredores de palacio, en la biblioteca, cabalgando por el cercano bosque de hayas, hacia Melzo, y hasta en la capilla, donde a veces me refugiaba para pedir a San Ambrosio que bendijese un amor que, al menos por mi parte, era auténtico. Sucedió lo ineluctable, algo escrito en los astros: una noche de finales de enero, congelada como el agua de los estanques del jardín o la luz de la luna reflejada en el hielo de las fuentes, Ludovico el Moro me desveló los secretos del arte de Afrodita, una ciencia que requiere saber, dedicación y tacto. Os contaré cómo ocurrió descendiendo a detalles picantes, pues imagino que os apetecerá.

En plena madrugada —el centinela de la torre había cantado ya las doce— sentí chirriar los goznes de la puerta secreta que comunicaba su estancia con la mía. Añadiré que anhelaba escuchar aquel sonido hacía tiempo, pues suponía que el ataque vendría por allí. Al reluz de las brasas de las chimeneas —desde que el frío lombardo se acentuaba se encendían ambas— pude ver la sombra de mi amante en camisa de dormir y pantuflas. Se alumbraba con una palmatoria en la que vacilaba la llama de un cirio. Podía haberme hecho la dormida, pero me pareció absurdo. Me senté en la cama. Él se aproximó y se sentó a mi lado, muslo con muslo.

—No puedo dormir —dijo.

—¿Por qué? —pregunté risueña.

—Lo sabes muy bien, bribonzuela, pequeña y deliciosa *strega*. Me trastornas con tu sonrisa y con tu cuerpo. Adoro las baldosas que pisas y el aire que respiras. No descanso desde que llegaste a Milán hace ya cuatro meses. No puedo más...

—No comprendo qué cosa pueda hacer para aliviarte —me burlé—. Pensé que la señora de tus pensamientos era Beatriz, la deliciosa niña que tuve la dicha de conocer y que será tu esposa.

—Ella será mi mujer algún día, cierto, pero por quien muero de amor es por ti, mi Cecilia, mi poetisa, la única dama de mis pensamientos.

—Zalamero... —sonreí—. Ven —añadí ahuecando el edredón—. Te enfriarás...

Fue entonces cuando me besó con fundamento. Antes lo había hecho de forma apresurada, tangencial, rozando con sus labios los míos o robándome una caricia

detrás de un roble, en la parte más umbría del parque. Aquello fue distinto. Al sentir en mi boca la suya ansiosa la abrí tanto como pude, como imaginaba podía hacerse, para sentir la delicia de su saliva cálida y su lengua pugnaz en lucha con la mía, batallando, conquistando parcelas, menhires de marfil o explorando rutas desconocidas, la senda de las especias, quizá, pues sabía a jengibre y canela. Sus manos, mientras, trabajaban palpándome los senos, libres, helados y escurridizos bajo el camisón de hilo de holandas. Cuando ya casi me asfixiaba de placer cesó en su acción, se puso en pie y sacó por arriba su ropón de dormir. Yo hice lo propio.

—No tengas miedo —dijo.

—No lo tengo —respondí—. Te creo cuando dices que me amas y sé que no me harías ningún daño.

—Mi único amor... —susurró—. Me mataría antes de lastimarte.

Tras tumbarme en el lecho inició el laboreo por los pies, que lamió y rebañó con la lengua por el haz y el envés. Siguió hacia arriba, muy despacio, hasta llegar al lugar donde para los hombres mora el deleite, ya sabéis, y allí se estacionó más de la cuenta, quizá, para una primeriza. No entendía qué era lo que llamaba tanto su atención, pero no pregunté pues se hallaba absorto contemplando mis cosas, lamiéndolas, saboreándolas. Entonces lo ignoraba, pero enseguida supe que las mujeres poseemos un lugar íntimo y solitario que almacena el manjar que los hombres no aborrecen jamás, lo que es causa de guerras y duelos en el amanecer, lo que mueve la tierra. Cuando pareció hartarse, mientras yo acariciaba su cabeza envuelta en un placer caliente, prosiguió explorando el resto de mi cuerpo poro a poro: besó mi ombligo, acarició ambos senos con la boca, me mordió los pezones despacio y hundió su rostro en las axilas. Tras tomarse un respiro, besó los huecos a ambos lados del cuello que los amantes galos llaman *coin d'amour*, el cuello mismo por delante y detrás, todo lo que es besable en una cara incluidas nariz y orejas y, dándome la vuelta como un asado de cordero poco hecho, la espalda de arriba abajo sin olvidar el ano, algo que no entendí y me dejó perpleja, pero que parecía trastornarlo. Pasada hora y media, pues el reloj de la torre de Santa María in Coro había dado ya el tercer cuarto, se incorporó, me estrechó entre sus brazos y me besó en la boca por enésima vez.

—Ahora tendré que hacerte daño, mi cielo —aseguró.

—Haz lo que debas —respondí deseándolo.

Me hizo mujer despacio, con la sabiduría de un experto y el buen hacer aprendido en buena o mala lid, pues Mallanaga, Ovidio y Harún al-Rashid no bastan por sí solos para desvelar los secretos edénicos. Mi amante rugió como un león del Atlas cuando llegó su gozo, pero el mío no apareció hasta el tercer envite, cuando, fruto del rozamiento o de nuevas caricias, se dignó venir con su cortejo de palpitaciones, sudor ardiente y calambres felices. Cuando noté que un sentimiento nuevo se instalaba en mi cintura, bajaba tan desbocado como un río de montaña y se aferraba al nido del placer, creí morirme. Al sentir los espasmos inéditos, un deleite que debe ser antesala

del que en el paraíso nos reserva el Señor a los buenos cristianos, me deshice en una barahúnda de alaridos, gemidos y hasta llanto de júbilo. Quedamos laxos y machihembrados hasta el amanecer, pues él parecía estar cómodo y yo deseaba empaparme de su semilla.

—Al fin, mi amor —dijo—. ¿Te ha gustado?

—¿Tú qué crees? —respondí.

* * *

Hasta la boda de Francesco Gonzaga e Isabel d'Este, a mediados de febrero de 1490, Ludovico y yo nos amamos con frenesí demente, sin cuidarnos del mundo. Todos en Porta Giova sabían que el señor de Milán andaba enamorado de su poetisa de dieciséis años y la amaba a cualquier hora y en cualquier lugar. También en las tertulias estaban al tanto de aquel amor loco y apasionado. No tardó en difundirse por la ciudad que Ludovico Sforza tenía una nueva amante, pero, si había alguna duda, se dispó cuando el conde de Bari encargó a Leonardo la confección de mi retrato.

—Te plasmaré en un cuadro que será la admiración del mundo —aseguró Da Vinci.

Visitaba al maestro en su estudio, bañado por la nebulosa luz de aquella mañana de febrero, mientras lo veía manejar los pinceles.

—Deseándolo estoy, maestro —declaré—. ¿Cuándo lo harás?

—Déjame terminar la obra en la que trabajo, esta representación de la Virgen y el niño por encargo del emperador Maximiliano, y empezaré contigo. ¿Te gusta? —preguntó señalando la pintura de gran formato.

Admiré el cuadro en silencio. María, con el Niño a sus pies y un par de alados ángeles se hallaban en una especie de gruta rocosa, entre flores, con un paisaje al fondo de lagos y montañas. La actitud de la Virgen, la mano izquierda sobre la cabeza de su hijo, era de protección. Leonardo trabajaba despacio, utilizando mañas novedosas como el *spolvero*, una técnica de estarcido en la que los dibujos son perforados por diminutos agujeros y presionados con bolsas de estopilla llenas de carbón en polvo.

—Es una maravilla —comenté entusiasmada.

—Quiero llamarlo *La Virgen de las rocas*.

—El nombre es apropiado, pues la Madonna parece surgir de ellas.

—Te veo feliz —me dijo al despedirme, pues no quería importunarlo mientras pintaba.

—Soy feliz —respondí.

—Ello es importante para ser retratada —declaró—. La felicidad se refleja en el rostro, igual que la tristeza. Es por ello que nunca acepto encargos de gente contrariada.

Sin echar cuentas de dimes o diretes, Ludovico me llevó a Mantua para aquellas bodas en su misma carroza ducal. Detrás, en varias de respeto, iba la servidumbre con Soraya, aún no repuesta de las sensuales andanzas de su joven ama. No hay que decir que era ella la responsable de preparar mi cuerpo con arreglo a las normas de un arte, entre oriental e islámico, que a mí me fascinaba y enloquecía a mi amante. Me pregunto dónde lo habría aprendido. ¿Ciencia infusa al modo salomónico? Tal vez. Soraya ignoraba el amor de verdad, según me dijo, pues la violación no puede ser tenida como amor. Puede ser que, antes de ser comprada por mi padre, lo contemplara o se relacionara con la mantenida de un tratante de especias, pues anduvo mucho tiempo entre las caravanas que, desde Samarcanda y siguiendo la ruta de la seda, cruzaban el desierto sirio en busca de Antioquía, Alejandría o los puertos del Líbano. Francesco Gonzaga en persona nos esperaba en la puerta occidental de su ciudad. No se inmutó cuando me vio descender de la ducal carroza. Al contrario, besó mi mano antes de saludar a Ludovico mientras decía:

—Agradezco, preciosa niña, que hayas aceptado mi invitación. Tu poesía nos alegrará el alma.

Todos veían en mi amante Sforza al verdadero gobernador y dueño de Lombardía. Sus deseos eran leyes y se atendían sus menores caprichos. Tenía fuerza, riqueza y poder para hacer su santa voluntad, por ejemplo tener una amante de dieciséis años, vestirla como una emperatriz, disfrutarla con las antiguas gemas familiares y exhibirla lo mismo que si fuese una yegua de precio. Los militares acataban sus órdenes y los religiosos de cualquier categoría besaban su mano. No es de extrañar, por tanto, que el marqués Federico, el padre de Francesco, dispusiese para Ludovico Sforza el ala más grande del castillo de San Giorgio. Allí nos alojamos, el Moro en el dormitorio principal, yo en otro no lejano y Soraya en mi puerta sobre su esterilla, por si la requería durante la noche. Los demás criados y lacayos durmieron en el sótano.

Cinco días estuvimos en Mantua. La boda se celebró en la capilla del castillo. Fue embarazoso saludar a Beatriz d'Este, que estaba con sus padres, Hércules I y Leonor de Nápoles. Sin duda habían llegado a sus oídos y a los del duque y la duquesa las andanzas premaritales de su futuro esposo. Por ello mi sorpresa y estupor cuando Ludovico, adelantándose a cualquier pesquisa, dijo cuando nos saludamos:

—Cecilia, mi poetisa, me acompaña y lo hará en adelante como secretaria.

Era todo tan burdo y traído por los pelos que, después del banquete nupcial y llevándolo aparte, Hércules I le pidió explicaciones. Ignoro lo que se dirían, pero por el rostro sereno del duque comprendí que había quedado satisfecho. Al día siguiente del enlace, Francesco Gonzaga e Isabel d'Este partieron a Venecia y nosotros recorrimos despacio Mantua, una ciudad con el encanto de su caserío medieval, las altas cúpulas, las rojizas techumbres de teja árabe y la bruma que nace en el río Mincio y que la envuelve en un hechizo mágico. Vimos también la Camera degli Sposi de Andrea Mantegna, algo que nos dejó sin habla, pues no existen pinturas al fresco que puedan compararse. Durante el largo regreso a Milán tuve tiempo de

hablar con Ludovico.

—¿Qué te dijo el duque D'Este, mi amor, en aquella entrevista el día de la boda? —pregunté.

Ludovico tardó unos instantes en responder. Así con su mano una de las mías mientras contemplaba el paisaje, la inmensa llanura a la altura de Cremona. Del cielo se desprendía un aguanieve helada que empañaba los cristales del carruaje.

—Me exigió, en el cumplimiento de la palabra dada, mi inmediata boda con su hija Beatriz —dijo al fin.

—Eso quiere decir que te casarás pronto.

—De momento, aduciendo una apretada agenda de trabajo y varios viajes, he conseguido diferir el enlace. Mi compromiso es firme, pues está en juego la palabra de mi padre y el honor de los Sforza, pero lo retrasaré todo lo que pueda, pues es a ti a quien amo, mi *piccola* hechicera, que me has suministrado un bebedizo.

Tras dormir en una buena posada del camino, llegamos a Milán al día siguiente. Gian Galeazzo e Isabel de Aragón terminaban de regresar de su viaje. El duque de Milán volvía eufórico, exultante de gozo, semejando haber engordado varias libras. Ella, al contrario, se veía cariacontecida, mustia, con ojeras violáceas que no amenguaban su insólita belleza. No quise preguntar, aunque tuve ocasión para ello, pues, buscando compañía femenina, la duquesa me llamaba para desayunar. Preferí ganarme por completo su confianza antes de entrar en temas delicados y esperé un momento más propicio. Su marido desaparecía desde muy temprano, pues su gran pasión era la caza, y la dejaba sola hasta la tarde. Gian Galeazzo era un caso perdido. Mujeriego, cazador, pendenciero, bebedor y jugador, por este orden, se trabucaba a veces al hablar, lo que lo enfurecía. Una noche de tertulia cultural, al terminar, vi la oportunidad de hablar con la joven duquesa. Lo cierto es que se sinceró conmigo. Empecé preguntando por Nápoles para, al poco, entrar en materia.

—Te veo desmejorada y algo pálida, querida Isabel —dije—. ¿Te encuentras mal?

—Del todo bien no estoy...

—¿Qué tienes? ¿Has consultado con el físico? Casualmente llegó ayer desde Pisa Andreas Wessel, un médico preparado.

—A lo mejor no es cuestión médica. En realidad no sé si lo que me sucede es normal o no. Me haría falta una mujer que tuviese experiencia.

—¿En qué sentido?

—Experiencia con hombres.

Debí poner cara de extrañeza, y es que era lo último que esperaba oír.

—Olvídalo —dijo—. Supongo que no eres la persona indicada, pues tienes tres años menos que yo. ¿O me equivoco?

—No en la edad, querida. En cuanto a experiencia, debo tener la misma o parecida que tú. Imagino que sabrás que, desde hace mes y medio, soy amante de Ludovico.

—Lo sé igual que todo el mundo. ¿Se porta bien contigo?

—A qué te refieres...

—En la cama, ya sabes.

Isabel de Aragón me cayó bien desde que la conociera el día de su boda, pero nunca la había visto tan parlanchina. Si me hubiesen jurado que iba a tener con ella una conversación tan curiosa, jamás lo habría creído. Llamé a una camarera y pedí sendas copitas de licor de guindas, una delicia que elaboraban en palacio en alambiques propios. Brindamos. Iba a explicarme, pero se adelantó.

—¿Ludovico te ama a diario? —quiso saber.

—Pues sí —dije orgullosa.

—¿Cuántas veces?

Casi me atraganté con aire. Decidí capear el temporal sin ser muy explícita.

—El Moro recordaba al principio a un huracán, después se fue amansando y hoy la situación supongo que será la normal en cualquier pareja o matrimonio joven: una vez al día. Dos en raras ocasiones.

—Supongo que respetará tu periodo... —dijo Isabel.

—Los primeros días. Suele ponerse nervioso al tercero y lo hace aunque manche un poquito —contesté ruborosa.

—Vaya suerte —sostuvo.

—¿Suerte por qué? —pregunté.

—¿Qué harías si tu amante lo hiciese hasta tres veces diarias? ¿Qué si te persiguiera armado como un sátiro a cualquier hora? Gian Galeazzo no echa cuentas de reglas ni sangreríos, dándole igual. Para él, poseerme es una batalla campal cada vez. Me duele todo el cuerpo, especialmente allí.

—Qué horror... —confraternicé—. Será cosa de la edad, supongo. No olvides que Ludovico tiene treinta y ocho años y mil quebraderos de cabeza y Gian Galeazzo veintiuno y no da un golpe al agua. No estarás embarazada...

—No estoy segura.

—Creo que lo mejor será que te vea el físico.

—Solo lo haré si tú me acompañas. Me da mucha vergüenza.

Al día siguiente hablé con el físico Wessel, quien no tuvo inconveniente en examinar a la singular paciente. La consulta tuvo lugar aquella misma mañana en la cámara de Gian Galeazzo, aprovechando que el zángano cazaba faisanes y jabalíes en un bosque aledaño a la ciudad, coto privado de los Sforza. El galeno la reconoció minuciosamente, haciendo hincapié en sus zonas íntimas pero sin olvidar los senos, en los que se detuvo un buen rato.

—¿Para cuándo esperaba su regla, duquesa? —preguntó el médico.

—Para estos días —aseguró Isabel—. Debería estar ya aquí.

—Mejor será que no la espere pues está embarazada —sostuvo el bueno de Andreas.

—Qué me dice...

—El leve aumento y morbidez de los senos y el atezamiento de las areolas mamarias lo confirman. ¿Tiene vómitos?

—No.

—Suelen aparecer —dijo el flamenco—. El dolor que aqueja a la señora duquesa en su vulva obedece a una actividad sexual muy intensa. ¿Es así?

—Así es. Desde que mi marido regresa de cazar no me da tregua. Lo hace tantas veces que hay días que pierdo la cuenta.

—Con razón presenta la señora escoriaciones y enrojecimiento en los labios mayores y en el resto. Su marido debería contenerse aprovechando la preñez que ahora se inicia.

—Intentaré que lo haga —dijo Isabel, roja como un mar de amapolas—, pero será difícil pues parece no pensar en otra cosa.

Wessel recetó a su paciente ciertos lavajes con un líquido higiénico y dio por terminada la consulta. Yo no sabía dónde meterme. De verdad que hace falta ser cafre para tratar de esa forma a una tierna doncella de apenas veinte años. Nada que ver con Ludovico, quien me poseía con la suavidad del tisú japonés y el tacto de la gasa granadina, despacio, acariciando, besándolo todo antes y después de amarme. No debía ser el caso del animal de Gian Galeazzo quien, además, tenía que estar armado lo mismo que un jenízaro.

Hablé mucho aquellos meses con Isabel de Nápoles. Era una moza guapa de veras, cultivada, con un fino sentido del humor y una cazurrería muy aragonesa. Cabalgar juntas no pudimos, pues lo imposibilitaba su embarazo, pero entre las dos despellejamos a reyes y reinas, príncipes y princesas, a la completa nobleza italiana y al papa de Roma. Leíamos a los clásicos en la biblioteca, los criticábamos y asistíamos puntualmente a las reuniones cortesanas que seguían siendo diarias. Me ayudaba a clasificar legajos y manuscritos. Paseábamos por el jardín, ella arreglando los arriates de flores, mínima actividad que le era permitida, o jugando con Cicerón y Bimbo. El armiño no se dejaba atrapar por ella, huraño, trepando hasta las copas de los árboles si lo intentaba, pues nada más me obedecía a mí. Cuando yo lo llamaba descendía sumiso, daba un cómico salto de saltimbanqui y brincaba a mis brazos para que le rascara la barriga, cosa que amaba. Solo entonces, engañándolo, hacía señas a Isabel, quien se aproximaba y, a hurtadillas, hundía sus dedos en la pelusa blanca, suave como ataujía de Palmira, de su vientre.

Aquella primavera fue complicada para Leonardo. Se lo llevaban los demonios en referencia al cuadro, recién terminado, de *La Virgen de las rocas*. No por el lienzo en sí, que había quedado precioso con el delicado rostro de la Virgen —la modelo fue una bella doncella, hija del panadero de la corte—, el fino *sfumato* aplicado a los niños y sus caras, los resplandecientes cabellos y el aire que parecía circular por la cueva, sino por la polémica que organizaron los zotes de los frailes del milanés convento de San Francisco el Grande, para el que iba destinado. Al parecer, algunos retrógrados monjes de la congregación lo encontraban demasiado sensual, por lo que

ordenaron al maestro, a través de Ludovico, que repitiera la obra. Al principio Da Vinci se opuso, pero merced a mis ruegos y al dinero que le ofreció el Moro, se avino a pintar una versión muy parecida pero sobre tabla. Eso sí: exigió un adelanto en oro como pago, pues, con tanto trabajo como tenía, había pensado en pedir la colaboración de Ambrogio de Predis y su hermano Evangelista, excelentes pintores que estaban mano sobre mano. Yo asistí al tira y afloja entre Ludovico y Leonardo para afrontar el costo, casi un chaloneo entre jayanes de similar ralea. Fue muy curioso. El Moro era tan espléndido mecenas como avaro usurero cuando algo se salía del presupuesto, y Leonardo, sabedor de su valía y de la calidad de su trabajo, no aflojaba a la hora de valorarlo.

—No lo pintaré por menos de trescientos escudos de oro —aseguró.

—¿Estás loco? Eso representa el mantenimiento de mis caballerizas durante más de un año.

—Me ofendes, mi señor, si piensas que valgo menos que un caballo.

—Perdón, Leonardo. No quise decir eso... —balbució Ludovico—. Es solo que mis gastos se multiplican. Piensa que dentro de no mucho tendré que casarme y ello supondrá un tremendo gasto.

—¿Quién lo manda casarse, mi señor? ¿Me ve casado a mí? ¿Piensa que será más feliz encadenado? ¿A quién mejor que a mi señora Cecilia Gallerani va a encontrar?

—Mejor no hablemos de cosas que no entiendes. Dejémoslo en doscientos...

—Doscientos ochenta —respondió como el rayo mi pintor favorito.

—Doscientos treinta.

—Doscientos cincuenta y no se hable más —dijo Da Vinci con voz tronante.

—Sea —cerró el trato mi amante estrechando la mano que le ofrecían.

De aquella forma tan pintoresca y por tan bajo precio nació una obra de arte que hoy, cuarenta y cinco años después, seguro que se disputan las iglesias y hasta las catedrales. La segunda versión de *La Virgen de las rocas* fue la causa de que se retrasara el inicio de mi propio retrato. Llegó el verano y aún trabajaban Leonardo y los hermanos De Bredi en dicha majestuosa obra. Al final la diferencia entre ambas fue pequeña: la pintura destinada al convento era más sublimada, de paleta más nítida, con un distintivo halo de santidad sobre las testas de la Madonna, san Juan Evangelista y el Niño, permaneciendo el fondo del cuadro, el ambiente y el ángel tal cual. Ludovico andaba siempre metido en mil problemas de dinero y gobierno, dando largas a su futuro suegro para diferir la boda con su prometida o tratando de contentar al embajador francés, pues el monarca galo, Carlos VIII, pretendía implicarse en la política italiana. No por ello me descuidaba durante el día, mimándome como a una gata siamesa, ni por la noche, cuando me amaba con la delectación que dicen dedicaba el sultán Al-Rashid a sus favoritas. Soraya era mi guía y mi sostén, pues, también como a las odaliscas, me preparaba para el amor en una ceremonia ritual que duraba una hora. Solía bañarme en agua de fresas, en temporada, o echando a la tina humeante sales de gálbano, que perfuma y al tiempo desparasita la piel, o esencia de

estoraque, bálsamo muy oloroso que tiene la virtud de encandilar al hombre y desquiciarlo. Ya limpia y perfumada, tras calentar la estancia con un fuego de tocones de roble, me tendía desnuda sobre una rejilla de naranjo tibio e iluminaba la escena con fanales de aceite. Decía que la luz es importante para no dejar atrás huella en la piel no deseada o la menor imperfección del cutis. Primero boca arriba y después a la inversa, armada con tijera de uñas, lima de cristal, punzón de oro con los cabos vueltos, cepillo de dientes y navaja barbera, recortaba mis uñas y cutículas, limaba hasta la más mínima dureza de un meñique, limpiaba el pabellón de mis orejas, cepillaba mis dientes y muelas de impurezas —utilizando talco persa— o depilaba el vello indeseable de mi piel sobre todo allí abajo, junto a la vulva, para evitar que algún pelillo díscolo interfiriera en las indagaciones bucales o linguales que mi amante adoraba hacer y jamás perdonaba. El colofón final de aquella obra de arte propia de un genio de la estética era el masaje con aceite de almendra y la decoración de mis veinte uñas en tonos diferentes para cada día de la semana: carmesí, rosa pálido, rubescente, verdemar, malva, azul turquí y rojo sangre de múrice, que reservaba para los domingos. Ultimada la logística, Soraya disponía de mi arsenal una enagua de gasa, echaba por mis hombros un peinador de seda recamada de perlas y me almohazaba la melena hasta que sentía los pasos del señor de Milán. El pobre Ludovico temblaba de ansiedad a la vista de su niña consentida, como solía decirme, para después amarme con la calma y sabiduría que atesoraba ya. Ahíto de placer y desorientado como un barco en la niebla, había amaneceres en que recordaba el día de la semana por el color de mis uñas al besarme los pies.

* * *

En solo mes y medio Leonardo culminó mi retrato. A mediados de agosto, cuando lo inició, ya estaba embarazada. Oculté a mi amante la novedad para no preocuparlo, pero se enteró quizá por el propio Da Vinci que, la segunda vez que posé para el cuadro, vio cómo vomitaba sobre el cuenco que utilizaba para limpiar los pinceles. Fueron cuarenta y cinco días de antojos, de charlas con el genio y de posar para él con la certeza de que iba a immortalizarme. Mis antojos no fueron de alimentos ni sabores, sino de aromas. Meses atrás, en Mantua, en la mesa del banquete nupcial de Francesco Gonzaga e Isabel d'Este, había coincidido con Antonella Gonzaga, una sobrina del marqués Federico, que usaba un perfume que me enamoró. Siendo de una edad parecida hablé con ella de sus aficiones y hasta de sus amores con un gallardo oficial de las tropas del marquesado, quien no estaba invitado, y al final inquirí sobre la deliciosa esencia.

—Se trata de narciso con una pizca de almizcle blanco, que atrae a los hombres, en una proporción que únicamente conoce mi perfumista, un hebreo con negocio abierto en la Piazza Sordello —me informó.

Me quedé con la copla pensando en comprar un frasquito si pasaba por Mantua, pero al quedar embarazada la necesidad se hizo imperiosa. Antes había investigado en la biblioteca sobre el almizcle blanco, para saber que se trataba de una sustancia untuosa que segregan las glándulas genitales de cierto ciervo asiático para atraer a las hembras. Una noche, durmiendo con Ludovico, embarazada ya de cinco semanas, me desperté de pronto y me eché a llorar a lágrima viva.

—¿Qué te ocurre, mi cielo? —preguntó el Moro besándome en las manos y en la boca—. ¿Qué tienes, amor mío?

—Necesito respirar perfume de narciso con almizcle blanco —exigí muy seria.

—Pero... ¿Te has vuelto loca? ¿Sabes qué hora es?

—Lo ignoro, cariño. Debe estar a punto de amanecer. Consígueme aroma de almizcle blanco y narciso, por favor.

Ludovico se restregó los ojos, me miró con ellos extraviados, se levantó y fue a mi tocador. Se volvió loco buscando un perfume que no había, pues por entonces yo usaba aromas de lavanda y jazmín moruno. Volvió con varios pequeños pomos en las manos y me los ofreció.

—Aquí tienes, tesoro —me ofreció—. ¿Quieres que te lo ponga yo?

—No quiero eso... —rechacé con gesto repulsivo—. Quiero narciso y...

—... y almizcle blanco, ya lo he oído —dijo mi amante—. ¿De dónde demonios quieres que saque a las cinco de la mañana ese mejunje?

De nuevo rompí a llorar. Era un llanto convulso, copioso, resuelto en un río de lágrimas que caían por mi cara resbalando cuello abajo hasta los senos.

—Para, para, por Dios... —dijo Ludovico—. ¿Cómo puedes ser tan caprichosa?

—¡Y su señoría tan borrico! —dijo Soraya surgiendo por la puerta, desgreñada, en camisón—. ¿No ve su señoría que es un antojo? ¿Quiere mi señor conde que le nazca un varón tuerto de un ojo o una niña con una mancha negra en pleno rostro?

—Perdón... No caía... —se disculpó el Moro—. De acuerdo. En cuanto amanezca ordenaré que te consigan el aroma en la mejor perfumería de la ciudad.

—No podrá ser —advertí—. En las proporciones adecuadas solo lo fabrica un perfumista de Mantua, el mismo que abastece a Antonella Gonzaga.

—Pero... No lo puedo creer... —dijo mi Sforza con cara de estupor—. ¿Me estás diciendo que he de mandar a buscar un perfume a ciento veinte millas?

Ahora estallé en sollozos. Mi cuerpo se agitaba en un llanto trémulo y espasmódico.

—Está bien, está bien... No llores más, mi vida —dijo secándome las lágrimas con la sábana y acariciándome—. Ahora mismo partirán en busca del perfume. ¿Quién dices que lo tiene?

—Lo vende un perfumista judío en un negocio de la Piazza Sordello, en Mantua —dije hipando—. Que tu enviado especifique que es el mismo que utiliza Antonella Gonzaga.

Un jinete partió a uña de caballo antes de amanecer y, tras cuatro cambios de

posta, derregado, estaba de vuelta en Porta Giova a las seis de la tarde con un pomo del perfume indicado tan grande que muy bien podría durar toda una vida. De hecho lo utilicé a diario muchos años y aún me queda. Al aspirar el aroma sentí alivio. Me serené y, cuando aquella misma noche recibí a mi querido, era ya otra persona. Fue el único pequeño problema que me dio el embarazo, pues, del resto, las náuseas desaparecieron enseguida y engordé lo justo.

Aproveché los ratos que posaba para Leonardo, dos o tres horas durante la mañana, cuando la luz era más viva y diáfana, para conocerlo mejor y saber nuevos detalles de su vida. Había nacido y crecido en una granja en las proximidades de Anchiano, en las colinas de Vinci, un pequeño pago a seis leguas de Florencia.

—En realidad mi verdadera afición es el campo y la agricultura —aseguró en la primera sesión—. Disfrutaba como nunca al lado de mi abuelo Antonio, que poseía buenas tierras cerca de Florencia y las cultivaba con sus manos. Adoro las vacas, los caballos, las yeguas, las ovejas y los cerdos. No me molesta el olor del estiércol. Un tío mío, Francesco, poseía un olivar con su almazara. La elaboración del aceite es todo un mundo.

—¿Se obtiene triturando la oliva? —pregunté.

—Y después mediante presión. Cuando tenía ocho años ideé unas planchas de esparto que sacaban mucho más rendimiento que las clásicas de piedra. Fui también alfarero en un alfar de mi abuela materna, que, cercana a cumplir los noventa, trabajaba la mayólica como nadie. Luego, hasta que entré en el taller del Verrocchio, dibujé las colinas, los arroyos y álamos de mi patria natal. El resto creo que ya lo sabes: fui cocinero, camarero, músico ambulante, ingeniero, arquitecto y hasta médico.

Ser pintada por un gran maestro no es sencillo. Si además es un genio, la cosa se complica. Lo primero es encontrar el lugar adecuado, donde la luz sea plena y no haya sombras. Después viene el vestido, en mi caso y después de muchas probaturas, un traje largo color rojo ladrillo, de mangas acuchilladas, una verde y otra granate, bordadas en los codos y con el cuello a caja. El collar de azabache y el velo que sujeta mi cabello, tan sutil que apenas se vislumbra, fue sugerencia de Soraya, pues aseguró que me favorecía. En cuanto al tono rojo de mi pelo, no es natural. Leonardo insistió en que iba con el color de mis ojos y contrastaba con la piel del armiño, tan blanca, por lo que pidió a Soraya que me lo tiñera. La idea del armiño fue del pintor. Yo hubiera preferido un libro o quizá una lira, instrumento musical que evoca al tiempo mis dos aficiones, la poesía y la música, pero Da Vinci se empeñó en que lo original era el armiño, un animal vivo del que no existían referencias pictóricas.

Un problema en absoluto baladí fue la postura. Ludovico quería que me retratara de frente y sentada en un sillón palaciego, pero Leonardo prefirió hacerlo de discreto perfil, sentada en un taburete alto que da la sensación de estar de pie y mirando algo con interés. Tras algunas dudas se decidió que el objeto de interés fuese Bernardo Bellincioni, el poeta cortesano, que era guapo y hablaba o recitaba poesías mientras

me pintaban. Bernardo se portó de maravilla, contándome ocurrencias que me hacían reír, piropeándome, dedicándome muecas y visajes de pillo, alabando mi belleza en aumento como corresponde a una mujer gestante y aliviando la pequeña tortura que es posar sin poder cambiar de posición con sus bromas y chanzas. El resultado lo tenéis a la vista: parece que escucho a alguien que está fuera del cuadro y le sonrío no con media sonrisa, sino con apenas un esbozo, señal distintiva de Leonardo en todos sus retratos de mujeres, pues el artista prefería sugerir las emociones antes que presentarlas de forma explícita. Semeja ser que plasmaba por primera vez a una modelo en posición tres cuartos de perfil, en espiral piramidal como en muchos de sus retratos, tratando de captarme en movimiento para reflejar la preocupación que siempre tuvo por dominar los mecanismos de la cinética.

Tan cansados como la sesión en sí eran los preparativos, pues Da Vinci era un maniático del orden, debiendo presentarme con idénticos ropajes y adoptar la misma postura que el día anterior. El artista dedicó tres mañanas a pintar la mano que parece acariciar a Bimbo y en realidad lo sujeta, pues no paraba quieto. Si os fijáis, se aprecian sus detalles más nimios: la postura de la muñeca, los dedos extendidos, las uñas y sus contornos, las arrugas en los nudillos de los dedos, las venas, incluso la huella del tendón extensor en el dedo doblado. Referente a las uñas, que Soraya me arreglaba a diario, sugerí pintármelas en tono carmesí, pero Leonardo se opuso, pues no quería que tuviesen más protagonismo.

—Guarda las uñas para mi protector —respondió—. Como arma ofensiva que son, resévalas para las batallas nocturnas.

Por supuesto, no hice el menor comentario a su alusión sensual. Si la discreción es virtud esencial en cualquier relación amorosa, lo es mucho más cuando la protagonista es una niña. Volviendo al cuadro, el armiño me dio más guerra de la prevista. Era yo la que iba a buscarlo a sus guaridas del jardín. Después de la segunda sesión me costó trabajo encontrarlo, pues, sabedor de lo que le esperaba, se escondía. Lo llamaba con susurros, cosa que obraba mejor efecto que la voz fuerte o imperativa, que lo espantaba. Ya en mis brazos, acariciaba su tripita como sabía que le gustaba e iniciábamos las sesiones. Leonardo lo retrató con una pata apoyada en mi manga, estirada, con sus uñitas desplegadas, pues las usaba para asirse a la tela. El pintor plasmó con gran pureza el tono exacto de sus ojos, idénticos a los míos, o sería mimetismo. Bimbo descansaba sobre mi brazo izquierdo, flexionado para que estuviese cómodo, pero ni por esas: se movía inquieto, mordía el tejido de la manga con rabia a veces, lamía la piel que descubría mi escote justo por encima del seno, el muy ladino, o volvía a revolverse. Una mañana, nada más iniciarse la sesión, se me escurrió, saltó de su sitio sobre el antebrazo y corrió en busca de la puerta del jardín que, al estar cerrada, no pudo traspasar. Brincaba para intentar salir por la ventana abierta, pero se hallaba a demasiada altura. Acosado por mí y por Bellincioni, huyó a un salón vecino, se metió debajo de una panzuda cómoda alemana y se acurrucó allí. Aparecieron Soraya y dos o tres criadas y doncellas, algunas armadas con escobas

como si fuesen a espantar a los franceses que ya amagaban con invadir la Lombardía. Cuando se disponían a sacar a escobazos al animalucho de su escondrijo, intervine.

—Dejadme a mí —exigí autoritaria.

Me acuclillé y, mostrándole un pedazo de bizcocho empapado en leche tibia, su comida favorita, lo llamé musitando:

—Ven, chiquitín... No temas... Nadie va a hacerte daño...

Al instante salió con el rabillo entre las piernas, lo mismo que Cicerón cuando hacía diabluras, las orejas gachas. Tomó su premio, se relamió y retornó a su puesto. Tuve que limpiarle del bigote, con mi pañuelo, restos del bizcocho. Los otros días que posamos hasta ultimar el cuadro se portó bien, claro es que esperando siempre su recompensa: pedazos de la golosina que disponía para él en un cestillo a mano. Mi armiño... El pobre no vivió demasiado. Me acompañó cuando partí de Porta Giova y nunca fue lo mismo. Se apagó de repente, como la lamparilla que queda sin aceite. Tenía la piel más suave que pueda ponderarse: con razón se la disputan reyes y emperadores para los mantos distintivos de sus rangos.

La pintura quedó ideal, para muchos la más bonita y perfecta de las que Leonardo hizo para sus modelos, casi todas mujeres que pasaron por la vida o la cama de Ludovico Sforza. Estuvo secándose más de dos meses en el estudio del maestro, en una zona oscura, protegida con una malla de tul para que polvo, moscas y mosquitos no la importunasen, más o menos como el *prosciutto* de San Daniel cuando lo curan. Por fin, usando un barniz especial de fórmula secreta, le dio el toque final. Luego, tras consultar con su mecenas, Leonardo lo colgó en el testero más lucido del salón de música. Mientras se oreaba, ya había comenzado el retrato de Isabel de Nápoles, un cuadro que estaba destinado a ser famoso, tanto o más que el mío. Leonardo eligió para ella un vestido verde oscuro, color de los Sforza, plasmando a la modelo esta vez de frente, llenando todo el cuadro. La causante de la enigmática sonrisa de Isabel fui yo misma, pues me pidió que la entretuviese mientras posaba. Aunque en su gesto pícaro, *giocondo*, un buen entendedor podría ver más cosas.

En efecto, el entendimiento entre la modelo y el pintor era visible desde mucho antes de iniciarse el retrato. Yo los vi muchas veces paseando juntos por el jardín, dialogando en voz baja, perdiéndose a veces en la espesura arbórea por detrás de la cueva donde los jardineros guardaban las herramientas de su oficio. Sucedió siempre por las mañanas, cuando Gian Galeazzo cazaba no sé si moscas o jabalíes por el lejano bosque de Monza. De la prudencia de Isabel y del buen gusto y discreción de Leonardo no saqué nada en limpio, pero para mí que se entendían quizá en aquella gruta, entre troncos de árboles talados, hierba segada o directamente en el suelo de tierra, sobre una manta. No desde luego Francesco, su primer hijo, pero sí Bona, la futura reina de Polonia, o Hipólita María, la triste niña nacida en el 94 y que iba a morir sin cumplir los siete años, podían tener como padre al genio más notable y fulgurante del siglo xv. Entre Da Vinci, hombre educado, de maneras exquisitas y agradable conversación, partidario del amor calmo y sabio como deduje de tantas

charlas en las que salió el tema, y su marido, un patán zafio, pendenciero y borracho, de chuscos ademanes en el lecho, la elección de la duquesa resultaba sencilla. El problema fue que aquella entente no pasó desapercibida para la servidumbre y ello devino en rumores y larvadas acusaciones a la muerte de Gian Galeazzo, años después.

El avanzado estado de gestación de Isabel obligó a Leonardo a interrumpir su retrato, pues la modelo se fatigaba y se hinchaban sus piernas. La duquesa y yo sintonizábamos mejor que si fuésemos hermanas. Tras desayunar juntas pasábamos las jornadas paseando por el parque, leyendo y asistiendo a las reuniones cortesanas. Yo andaba por el segundo mes de gestación cuando Isabel estaba a punto de dar a luz. Mujer culta e inquieta, me ayudaba en la biblioteca en mi función de bibliotecaria, ordenando, catalogando y clasificando libros y manuscritos. Aquel otoño, con Isabel casi fuera de cuentas, tuvo lugar el experimento del hombre volador. La duquesa, su esposo el duque, Ludovico y mi humilde persona lo contemplamos en lugar preferente, en una tribuna que levantaron en un costado de la plaza del Duomo, donde tuvo lugar. La gente se arremolinaba por el amplio recinto, salvo una zona acotada y protegida por soldados a caballo en la que, teóricamente, debería aterrizar el hombre-pájaro. Este iba a saltar desde la ventana ojival de la fachada del templo, ya terminada, a una altura de sesenta codos, donde habían preparado una especie de andamio voladizo sobre el que se veía la armazón del ornitóptero.

La expectación era inusitada. Ni siquiera la ejecución de un forajido y cuatrero perseguido por las leyes de Génova y Milán, juzgado y ahorcado no hacía una semana, había congregado a tanta gente. Antes del espectáculo actuaron saltimbanquis, payasos, volatineros y equilibristas. En puestos ambulantes despachaban vino, cerveza y distintas fritangas, igual que en una feria. Había bajo una gran carpa de lona un teatrillo ambulante donde escenificaban el drama de la Bella, una hermosa doncella semidesnuda, y la Bestia, un hombretón disfrazado de gorila que semejava devorarla. Hubo por fin un redoble de tambor y, desde las almenas del castillo Sforcesco, la fanfarria de sacabuches y trompetas del ducado. Se hizo el silencio, esa mudez decreciente de la multitud cuyos rumores van apagándose. Un hombre muy pequeño y escuálido se hizo ver en las alturas, sobre la plataforma, y fue uncido al artefacto presuntamente volador con correas y cinchas. Antes de lanzarse al vacío se santiguó, agitó las alas del ingenio y, con los pies, accionó una especie de cola timonera que iba a llevar el rumbo. Leonardo presenciaba en nuestra misma tribuna la representación, serio y pálido, pero sin perder la compostura. Observé que hacía una seña al hombrecillo y cómo este, tras una vacilación que se hizo eterna, se lanzaba al vacío igual que un cigüeñato en su vuelo inaugural. Sin poderlo evitar cerré los ojos y, en muda y fugaz jaculatoria, pedí a Nuestra Señora del Amparo que todo fuese bien.

Mis preces y ceguera apenas duraron un segundo, pues una serie de ¡ooh! y ¡aaah! del público interrumpieron mis oraciones y me abrieron los ojos: el ornitóptero

planeaba por medio de la plaza como un gran aguilucho en pos de la calandria. Bajaba más despacio de lo que pensaba el mismo Leonardo, que se veía feliz, mientras los Sforza y sus mujeres observábamos las evoluciones del hombre volador con los ojos muy abiertos. Todo duró lo que el vuelo de un cínife: el aparato, que al principio iba recto, terminó por ladearse, pareciendo que el navegante no era capaz de enderezarlo a pesar del pedaleo frenético; de repente se levantó de proa ligeramente, se inclinó al otro lado y terminó estrellándose contra la multitud con relativa poca fuerza. Una estruendosa ovación premió al inventor de tal prodigio: era la primera vez desde que el mundo es mundo que un ser humano se mantenía en el aire casi medio minuto volando igual que un pájaro. Supe después que la distancia recorrida por el ornitóptero sobrepasó por poco las trescientas varas.

Se habían dispuesto junto al Ayuntamiento barriles de vino y mosto para la multitud, al lado de parrillas donde asaban volátiles de verdad y cuartos de ternero. El flamante piloto del ingenio resultó magullado levemente, pero una cuadrilla de sanitarios con parihuelas recogió a los heridos, nada importante, dos o tres fracturados de cráneo y una mujer que perdió un ojo al ensartarlo la punta de una vara de sauce que componía las alas, todo sea por la ciencia. Mientras seguía la fiesta nosotros regresamos a Porta Giova felicitando a Leonardo que, aunque imperfectamente, había demostrado que el hombre podía volar. Al día siguiente, fruto quizá de la emoción y el ajetreo, Isabel de Aragón, duquesa de Milán, rompió aguas.

Prevenido por Ludovico Sforza, pues su sobrino el duque no valía ni para vestirse solo, Andreas Wessel se encontraba en Milán. El médico flamenco organizó el parto a las mil maravillas. Me había pedido Isabel, días atrás, que permaneciese a su lado durante el alumbramiento y a fe que lo hice con gusto, pues ello suponía saber por experiencia lo que me esperaba. El galeno aguardó a que los dolores se hiciesen subintrantes y entonces ordenó trasladar a la parturienta a una habitación bien caldeada e iluminada, donde dos doncellas la desnudaron siguiendo instrucciones y la tumbaron en una simple mesa cubierta con una manta. Tras flexionar sus rodillas y separarlas de manera que mostrara la vulva, se situaron a ambos lados. Otra doncella de confianza y yo estábamos en la cabecera de Isabel, agarrando sus manos, animándola, secándole el sudor de la frente y acariciándole el cabello. El físico, sentado en un taburete, con sus manos recién lavadas, estaba abajo, frente al orificio genital que comenzaba a abrirse.

—La dilatación ya ha comenzado —sostuvo el físico—. ¿Cómo van los dolores, señora? —preguntó.

—Cada vez son más fuertes y seguidos... —respondió Isabel.

—Ánimo —pidió el galeno—. He preferido no administrar láudano, pues calma el dolor pero entorpece y alarga el parto. Cada vez que llegue un dolor, señora, será el momento de apretar, de contraer la musculatura para favorecer la marcha del feto por el canal del parto —añadió.

—Aquí llega uno —dijo la duquesa, valiente, contrayendo la musculatura de su

abdomen y apretando los dientes.

—Buenas noticias —llegó una voz nasal desde allá abajo—. Se trata de un parto cefálico, lo que lo hará más sencillo.

Hubo una serie de dolores cada vez mayores y continuos, pero la napolitano-aragonesa los soportaba sin soltar una queja, mordiendo ahora un pañuelo empapado en agua de colonia que saqué para ella. Había dispuesto el médico sobre una mesita cierto instrumental: un fórceps con las palas de brillante cobre, tijeras, pinzas y un escalpelo, todo ello hervido previamente, pero solo utilizó, ya al final, el escalpelo. Isabel tuvo un fuerte dolor que la obligó a quejarse y una contracción que se hizo eterna.

—Ya viene, ya viene... —dijo Wessel.

No pude evitar la tentación de contemplar un parto y, dejando a la parturienta con la doncella, me situé detrás del físico. Lo que vi me dejó boquiabierto: aquello no se diferenciaba mucho del alumbramiento de una vaca; la vulva de Isabel, como aplastada por la cabeza del neonato, ya casi fuera, se hallaba tan desfigurada que era irreconocible. El físico maniobraba con sus dedos, con rara habilidad, tirando con delicadeza, y al tiempo firmeza, de la testa. Para facilitar su salida tuvo que dar un corte con el escalpelo en uno de los márgenes vulvares, hacia el periné: la cabeza salió de golpe haciendo ¡glup! y, enseguida, una manita diminuta, después la otra y por fin, ya con facilidad, el resto del cuerpo.

—¡Es un niño! —gritó Andreas levantándolo por los pies, con evidente júbilo.

El médico de Flandes cosió con hilo y aguja, como si se tratase de un siete en un vestido, la piel seccionada y sangrante de la parturienta, quien no emitió ni un mal gemido. Volví a mi puesto justo cuando el bebé rompió a llorar. La madre lo hacía también, de felicidad, apretando mi mano tanto que me hizo daño. El físico cortó el cordón umbilical con la tijera, puso una tosca pinza muy cercana al ombligo y entregó el bebé a una de las doncellas.

—Ponlo encima del pecho de su madre —ordenó.

Lo que vino después fue un portento. Sentir encima el peso viscoso de su hijo y empezar a manar calostro de sus pezones fue todo uno. Hablo de surtidores gruesos de un líquido ambarino, caliente, que empapó su piel, resbaló por el tórax y mojó al niño. Este, apenas una pizca que no pesaba más de cinco libras, orientó sin la ayuda de nadie su boquita de leche y la aplicó al pezón más próximo, lo mismo que atraído por un imán mágico e imaginario. Ya cómodo e instalado, su madre lo sujetó con ambas manos y se hartó de libar lo que quiso. Y aún hay desalmados que no creen en Dios...

—¡Eureka! —exclamó Andreas—: salió la placenta completa con sus cotiledones.

Ni Isabel ni yo sabíamos lo que era una placenta y mucho menos un cotiledón, pero no podía ser malo por la expresión de triunfo del galeno, que exultaba de satisfacción por haber contribuido a traer al mundo un nuevo Sforza. Decidí que sería él quien me atendiera en el temido momento que supone el primer parto para

cualquier mujer.

—El principal peligro después de dar a luz es la hemorragia —previno con voz doctoral Andreas Wessel—. Alguien tendrá que velar por si se produjese en la primera noche —añadió mientras lavaba con agua caliente la zona genital de Isabel y dejaba en su vagina una mecha empapada en vinagre rebajado para, según dijo, prevenir la proliferación de miasmas y demás entes pútridos.

—Yo estaré pendiente de ella —resolví apretando la mano de la joven madre.

Isabel no dijo nada, pero me miró con un gesto parecido al de Cristo en la cruz al buen ladrón. En ese instante nuestra amistad quedó sellada para siempre.

* * *

Conocí a Ascanio Sforza aquel noviembre helado. Recuerdo que nevaba como jamás hubiera visto antes cuando el carruaje que traía de Roma al cardenal se estacionó delante del portón de Porta Giova. Vi entrar al salón de recibo a un hombre obeso, envuelto en pieles, caminando con la dificultad que le prestaban las treinta o cuarenta libras de peso que le sobraban. Ludovico, que leía unos informes frente al fuego, dejó los documentos, se levantó y abrazó al personaje. Después del saludo ritual comentaron cosas familiares, detalles del viaje y del infame tiempo de aquel invierno anticipado, antes de presentarnos.

—Aquí tienes, Cecilia, a mi hermano pequeño, Ascanio María, cardenal de la Iglesia desde hace ya seis años, quien me representa en Roma ante el papa, el inepto Inocencio VIII. Y esta niña preciosa y embarazada, a quien adoro, es Cecilia Gallerani, mi musa y poetisa —añadió.

Nos estrechamos las manos al modo episcopal: el religioso con la suya blanda cual gelatina de pescado y yo con la mía tierna y perfumada, con las uñas pintadas aquel día de color rosa pálido. Los hermanos pasaron a un despacho para parlamentar de sus negocios: vueltas y revueltas sobre poder, mujeres, tierras, dineros, la alianza entre Milán y Florencia para enfrenar la ambición veneciana, la concordia con el rey de Nápoles, el entendimiento entre el papa y los Sforza para oponerse a Francia y la actitud frente a un peligro emergente: España, que, a punto de expulsar a los islamitas nazaríes de Granada, tanteaba entrar en la política europea por la puerta grande, Italia, donde el reino de Aragón ya contaba con antiguas bases. Yo, como todas las mañanas, fui a recoger a Isabel, repuesta ya del parto y abandonada por su marido cazador. Posaba para Leonardo, faltando poco para la culminación de su retrato. Estaba guapa y apetitosa, colorada de tez, con sus grandes senos de lactante levantando el vestido. Cuando entré hablaban en voz baja, contándose quizá confidencias. El pintor, terminada la sesión, recogía sus trebejos. Tras saludar a ambos me llevé a la duquesa a nuestro saloncito acogedor, un lugar de la segunda planta donde solíamos desayunar al amor del fuego de sendas chimeneas. La nieve

cubría ya la plaza y los tejados, todo lo que alcanzaba la vista. Antes de continuar diré que, con mis atenciones a raíz de su parto, me había ganado el corazón de Isabel.

—Termino de conocer a Ascanio Sforza —dije.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó ella.

—Acaba de hacerlo.

—El año pasado estuvo en Nápoles —aseguró la duquesa.

—Será más joven que Ludovico, pero parece su padre —apunté.

—Es el quinto hijo vivo de Francesco Sforza, destinado a la Iglesia como es costumbre para los segundones. Es inofensivo. ¿Ha adelgazado?

—No lo sé muy bien... Con el gabán de piel forrada que llevaba parecía un oso negro.

Reímos las dos, alborozadas. Nada levanta tanto el ánimo por la mañana como despellejar al prójimo. Me fijé que el vestido de Isabel se hallaba mojado a la altura de uno de los pezones.

—Deberías cambiarte —propuse—. Tus senos manan leche.

—Lo sé —reconoció—. No puedo evitarlo. El pequeño Francesco mama a todas horas igual que un lechoncillo. Mis doncellas ponen sobre la venda que sujeta mis tetas tiras de gasa, pero es inútil: si lo veo o simplemente pienso en él, mis pechos se convierten en un manantial.

Callé. Habían cristianado al lechoncillo con el nombre de Francesco, en honor a su bisabuelo Francesco Sforza. Imaginé a Leonardo retratando a tan bella modelo bajo la turbadora visión de aquella mancha láctea.

—¿A qué te refieres con lo de inofensivo cuando hablas de Ascanio? —pregunté.

—¿A qué ha de ser? A su comportamiento con nosotras y con ellos. Por una vez, acertó el hado destinando a la Iglesia a un ser anfibio. No se conocen habladurías sobre amoríos de ningún tipo del cardenal.

—Pero es un religioso... ¿Qué otro comportamiento puede tener?

—¿Estás de broma? —preguntó la duquesa—. La Santa Sede, referente al sexto mandamiento, es un colosal pudridero. No hay miembro de la curia que no mantenga una barragana y a veces dos. La principal clientela de los prostíbulos romanos la forman deanes, ecónomos y beneficiados de iglesias y conventos. No hay fraile que no tenga su apaño de cualquier género, pues la homosexualidad es moneda corriente en los claustros. Los cardenales poderosos, casi sin excepción, tienen queridas y duermen con ellas a veces en las dependencias vaticanas. Della Rovere, Piccolomini, Medici, Caraffa, Costa, Basso, Zeno y a la cabeza de todos Rodrigo Borgia, el vicescanciller del papa, saben de sexo más que Ovidio y el sultán de la Sagrada Puerta juntos.

—No lo puedo creer...

—¿Por qué habría de mentirte? Cuando pasé por Roma la última vez vi por los jardines vaticanos, correteando, a una legión de diablillos de ambos sexos perseguidos por sus niñeras. Eran los bastardos de canónigos, deanes y príncipes de la

Iglesia.

—¿Entonces es cierto que el cardenal Borgia tiene hijos ilegítimos?

—Que yo sepa, seis u ocho. Cuatro con la misma querida y para muchos cortesana, Vannozza Cattanei, una mujer bellísima.

—Me dejas helada —reconocí.

—Los días están para eso y para más, querida, pero la cosa no queda ahí. El actual pontificado y la inmensa mayoría de la curia romana conforman una ciénaga en la que sus miembros solo andan atentos a enriquecerse, medrar en el escalafón, satisfacer sus más bajos instintos y abyectos placeres sin ponerse límites. Uno de los más lucrativos oficios romanos es el de cirujano-barbero, individuos que se enriquecen reconstruyendo con aguja e hilo los virgos de las doncellas desfloradas por los clérigos. El asesinato por encargo está a la orden del día, pudiéndose contratar en cualquier plaza sicarios y matones que acuchillan sin piedad por dos monedas de plata al primer desventurado. Matan a uno por tener una mujer hermosa o envenenan a otro por fijarse en ella. Raro es el día que no amanecen flotando en las turbias aguas del Tíber varios ensangrentados cuerpos. Los venenos y tósigos se compran y venden en los puestos del mercado como canela en rama, pimienta negra o cardamomo. El libro más vendido es el *Clavicula Salomonis*, de autor anónimo, un tomo de magias y conjuros con un grueso apéndice sobre el arte de los venenos y ponzoñas. En la misma plaza de San Pedro, donde se levanta y reforma la antigua basílica, puedes encontrar escribanos que, por calderilla en cobre, falsifican partidas de bautismo, nacimiento y matrimonio, ponen o quitan años, casan, descasan y hasta matan a los vivos sin violencia: eliminándolos del padrón.

Calló Isabel. Yo debía estar boquiabierta y mi acompañante parecía saber de qué hablaba.

—A eso me refería al decir que Ascanio Sforza es inofensivo —concluyó.

—Es horrible —acerté a decir—. Ello significa que ni siquiera el papa se salva de la quema.

—Inocencio VIII es el capitán de la cuadrilla —sostuvo la duquesa—. Para empezar, su elección estuvo viciada de raíz, como tantas, pues los cardenales, a veces influidos por reyes y príncipes, compran o venden votos en el cónclave como si fuesen rosquillas en la feria. Entregado por completo a su canciller, Rodrigo Borgia, todos sabemos quién será el próximo papa.

—Da sentimiento —me lamenté—. Malo está que pequemos los legos, pero los eclesiásticos...

—Pues me temo que la cosa irá a peor —continuó Isabel—. Nada podrá cambiar mientras los poderes temporales constituyan la meta del papado. ¿Qué puede esperarse de un pontífice cuya principal ambición es allegar mejor cuantas más tierras, oro y coimas de lujo? Al final, igual que la gangrena pútrida que afecta a un miembro y solo se resuelve con la amputación, la solución deberá llegar por la espada, por una bíblica lluvia de fuego como en Sodoma o por un cisma entre

cristianos que dejará chico al de Focio. Si no, al tiempo.

La nieve caía mansamente sobre la ciudad tapizándolo todo con su niveo manto. Tuve ganas de saber cosas de ella y de Leonardo, de si había progresos en su relación sentimental o era todo ficticio. Indagué con cuidado, pero no soltó prenda. Sí puedo constatar que su matrimonio funcionaba mal o no funcionaba fuera del lecho. Convivir con un hombre como Gian Galeazzo no debía ser fácil. Casi a mediodía apareció un lacayo con un recado de Ludovico: el cardenal se iba. Bajamos juntas a despedirnos. Ascanio Sforza sin gabán recordaba más a un hipopótamo que a un hombre. Debía haber almorzado, pues regoldaba de lejos a ajos y cebollino. Estuvo cariñoso: envió sus saludos a la corte napolitana a través de Isabel y a mí me dio dos besos de «cuñado», sonoros pero insípidos. Partía para Florencia.

* * *

Aquellas navidades las pasó con nosotros Caterina Sforza, señora de Forli e Imola, famosa en toda Italia por los sucesos acaecidos año y medio atrás, cuando tuvo que acuartelarse en un castillo y defenderse de sus enemigos que habían capturado a sus hijos y amenazaban con asesinarlos. Conocida popularmente como la Vampiresa de la Romaña, Caterina era hija *natural*, término más apropiado que *bastarda*, de Galeazzo María Sforza, el asesinado hermano mayor de Ludovico, padre de Gian Galeazzo. Hermanastra pues del duque de Milán, de veintisiete años cuando la conocí, era mujer de belleza poco común, alta, de cuerpo exuberante, piel clara, pelo castaño, ojos negros, boca roja y dientes agrupados y afines, blancos como espuma de mar. Afortunadamente para ella había salido en lo físico a su madre, que debió ser muy guapa, y en lo intelectual a los Sforza, con cumplida fama de listos y tenaces. Debía ser complicada de carácter, pues tan pronto sonreía, desarmándote, como exhibía sus afiladas púas de puercoespín. Todos los años aparecía por Milán, donde era recibida como una Sforza más, visitando a Leonardo para imponerse en los avances de la tecnología militar al objeto de defenderse de sus adversarios, a la cabeza de los cuales estaba el papa. Ludovico Sforza, su tío, la amaba como a una hija, pues amén de la querencia que cualquier hombre tiene por la belleza, la Vampiresa representaba un bastión contra las pretensiones de Venecia y el papado sobre la Lombardía.

Caterina era dama libre y adelantada a su tiempo, educada con esmero como una Sforza auténtica. Con ella congenié de inmediato pues, al ser de irregular origen, no tenía las reservas mentales de algunas aristócratas, que miran a los demás por encima del hombro olvidando que todos hemos emergido por idéntico y redondo agujero. Además nos unía el hecho de que a ambas nos casaran a los diez años, si bien yo pude soslayar mi destino merced a mi industria. Caterina, cuya divisa era un dragón de tres cabezas, amaba cabalgar, adiestrándose a diario con espada y pica, como un

hombre. Calzaba botas con espuelas e iba armada con daga de hermosa empuñadura. Varias veces la vi batirse a florete con su tío Ludovico, como entrenamiento, maravillándome su fuerza y destreza manejando el acero. Durante las reuniones culturales se sentaba a mi lado y escuchaba embobada las disquisiciones de Bramante y Leonardo, las declamaciones de los poetas cortesanos y las mías o los recitales musicales con que concluían. Delante de mi retrato quedó extasiada, muda de admiración.

—Eres muy guapa, Cecilia —dijo—. ¿Qué edad tienes?

—Pronto cumpliré dieciocho.

—Con razón traes embobado al bueno de Ludovico.

—Yo no me veo bonita, querida, y menos a tu lado. Tú sí que eres preciosa, Caterina. ¿Es verdad que te casaron a los diez años?

—Esa edad tenía cuando concertaron mi matrimonio con Jerónimo Riario, un sobrino del papa Sixto IV o quizá hijo natural, extremo que nunca pude desvelar, pues mi marido, si es que lo sabía, nunca soltó prenda.

Paseábamos por el nevado parque palaciego a pesar del intenso frío reinante. El blanco meteoro crujía al ser hollado y de las ramas de los árboles se desprendían pámpanos de hielo. Bimbo y Cicerón nos flanqueaban, el armiño camuflado en la nieve, jugando y persiguiéndose.

—Tú al menos conocerías al hombre que te habían destinado —dije.

—Es verdad —afirmó Caterina—. Lo vi aquí, en Porta Giova, adonde vino para saludarme. Es un detalle que siempre agradeceré a tío Ludovico. Jerónimo no tenía mal aspecto ni era viejo, claro que a los diez años de una niña un hombre de veinticinco puede parecer Matusalén. Él debió prendarse de mí nada más verme, pues lo arregló para llevarme al tálamo dos años después, desde que se enteró que había menstruado.

—Pronto empezaste.

—Pues sí. Para mi infortunio fui mujer a los doce años. A esa edad me sacrificaron como a una paloma votiva en el altar de piedra de Afrodita.

—Yo estaba destinada a Stefano Visconti —intervine—, pero oculté mi periodo más de un año y luego me negué a matrimoniar con aquel engendro, no sé si abuelo, primo, pariente lejano o tío tuyo.

—El bueno de Stefano... —dijo ella—. Es un alma de Dios. Yo lo hubiera cambiado con los ojos cerrados por Jerónimo, un hombre sin entrañas que me desfloró casi con rabia, como si en vez de ser su esposa, una niña que jugaba con muñecas, fuese una de sus queridas o un despojo de guerra.

—¿Se portó mal contigo?

—¿Mal dices? Era un degenerado. Aún recuerdo cómo me penetró, sin prolegómenos, con la fuerza de un cíclope, dañándome en el alma casi más que en mi sexo de cría. ¿Entiendes que un varón en sus cabales, que además es tu marido, no juguetea contigo en la noche de bodas, no te bese o acaricie y en lugar de ello vaya

directo al grano, como un bosquimano? Pretendía que le hiciese cosas que me da vergüenza publicar, que es hoy y aún me cuesta decirlas, propias de amantes expertas o de rameras que lo hacen por un precio. El animal me dejó encinta a la primera. Cómo sería que, cuando tuve con trece años a mi hijo Octavio, pensé que era un juguete, uno de mis muñecos de porcelana y trapo. Y todo ello sin dejar a la querida que tenía por entonces y de copular como un poseso con criadas y doncellas de nuestra casa, cualquier cosa que tuviese un agujero entre los muslos. Referente al sexo, Jerónimo Riario era un demente.

—Qué espanto... —dije pensando en Gian Galeazzo, que tenía un comportamiento parecido—. Te dio cuatro hijos, ¿no? —pregunté.

—Dos niños y dos niñas que tienen ahora doce, diez, siete y tres años. Entre ellos hubo varios abortos —informó Caterina.

—Nadie diría, viéndote, que hayas tenido tantos embarazos —señalé.

—Cuando tienes hijos antes de los veinte años no se nota —sostuvo.

Miré con disimulo a mi interlocutora. De verdad que semejaba una colegiala en vacaciones, delgada, risueña, con la melena suelta.

—Escuché decir que te mantienes como a los quince años al dominar la alquimia y que conoces la ciencia de las hierbas —me atreví a decir—. Algunos te tienen por bruja —añadí.

—La alquimia es una burda estafa y el elixir de la eterna juventud no existe —sentenció—. Y en cuanto a magias y brujerías, es verdad que sé de plantas y de pócimas, nada que desconozca cualquier herbolera de las que pululan por todas partes. También es cierto que estudié la ciencia de los venenos, pero fue más por defenderme de ellos que por utilizarlos.

—¿Es verdad que luchaste en la guerra? —pregunté.

—Con veintiún años y al morir Sixto IV, no tuve más remedio que enfrentarme a Inocencio VIII, el nuevo papa, quien pretendía despojarme de mi patrimonio y entregar Imola, mi ciudad, a uno de sus sobrinos.

—Dichoso nepotismo... —afirmé.

—Todos los papas son iguales en maldades y cualquiera hace bueno al anterior —sostuvo Caterina—. Estaba embarazada de siete meses cuando tuve que encabezar las tropas de mis feudos en el asalto al castillo de Sant'Angelo, para intimidar al déspota vaticano.

—¿Y tu marido?

—Andaría borracho, de fiesta o follando con una de sus furcias. Cuando el papa se vio acorralado, salió del paso desistiendo de sus pretensiones sobre Imola y añadiendo a mis predios la plaza de Forli —aseguró la aguerrida mujer.

Habíamos llegado al estanque de agua helada. Por debajo de la capa de hielo se veía nadar a las carpas. Hice un agujero en la superficie y eché, tras desmigarlos, los mendrugos de pan que solía llevar para los peces.

—Sé que perdiste a tu marido no hace mucho. ¿Cómo murió? —pregunté.

—Jerónimo Riario fue acuchillado por unos sicarios hace ahora dos años —afirmó Caterina—. Murió en el acto.

Había dejado de nevar y un sol tímido enviaba sus rayos oblicuos esquivando nubes bajas. Planeó por el ambiente el resquemor. El rumor popular señalaba a la condesa de Imola y Forli como la autora intelectual de aquel crimen.

—Pregúntalo... —dijo Caterina deteniéndose, mirándome de hito en hito—. Dilo ya de una vez.

—Está bien, ¿tuviste algo que ver en aquella muerte?

—Juro ante Dios que no. Ganas tenía, pues el facineroso se había ganado a pulso no cuatro, sino mil puñaladas. A pesar de mi inocencia fui hecha prisionera junto con mis hijos. Escapé con la ayuda de uno de mis leales y me enfrenté a los conjurados, para mí hombres del papa, con tal valentía y determinación que logré que mi hijo Octavio fuese reconocido señor de las heredades que dejaba su padre.

—Te creo. ¿Y la famosa escena de la falda, que ya cantan en Italia hasta los trovadores?

—Fue muy poco después. Una noche, sobornando al mayordomo y en golpe audaz, mis enemigos lograron capturar a mis cuatro hijos, que fueron sacados del castillo. Al día siguiente me anunciaron que aquellos desalmados querían parlamentar. Me asomé a las almenas del torreón del homenaje y desde allí escuché a aquella vil canalla. Pretendían que rindiera la fortaleza y entregara la plaza, amenazando en otro caso con asesinar a mis pequeños. Entonces, rubra de furia, me alcé la falda con ambas manos mostrándoles las bragas al tiempo que aullaba: «¡Mirad, hijos de puta, no me asusta lo que hagáis con mis hijos: tengo aquí el instrumento para hacer más!».

Admiré en silencio el valor de aquella hermosa mujer, digno de una matrona del Bajo Imperio. Bimbo saltaba en mi redor en demanda de su pedazo de bizcocho, que le di. Varias migajas cayeron sobre la nieve y fueron picoteadas por un cuervo.

—Dicen que enseñaste los genitales al desnudo, ya me entiendes —intervine.

—Mienten —sostuvo Caterina—. Yo a la guerra de verdad voy con las bragas puestas. Otra cosa es la delicia, que te recomiendo, de ir con el coño al aire cuando la batalla es amorosa. Los hombres enloquecen de pasión al saber que no llevas nada puesto, pruébalo.

Callé, pero, desde que diera a luz, resolví quitarme las bragas para encandilar a Ludovico cuando me apeteciese. Me acuerdo mucho de Caterina Sforza, una mujer de genio y fundamento que le sacaba a la vida todo el jugo. Aquella vez viajaba como una reina, con un séquito de más de diez personas entre lacayos, doncellas, criadas, su propia cocinera y el amante de turno, un hermoso doncel de diecinueve años, Giacomo Feo, alto cual campanario y fuerte como un toro de lidia, de larga cabellera morena resuelta en bucles. De día guardaba las distancias, pero de noche dormía en sus brazos y debía gozar, pues, a pesar de hacerlo en un ala alejada del palacio, sus berreas de placer atronaban Milán. Giacomo fue asesinado pocos años después por un

rival celoso, dejando consternada a Caterina que, al final, encontró el amor de su vida en un guapo florentino, Giovanni de Medici, *dito il Popolano*, con el que se casó en secreto. Fruto de aquella unión fue un niño, Giovanni, que la mantendría viva cuando perdió a su amado víctima de unas fiebres en el 98, el mismo año en que quemaron en la pira a Savonarola.

Caterina Sforza... La pobre quedó sola frente al peligro que representaban las fuerzas del pontífice, ya Alejandro VI, dirigidas por César Borgia, hijo del papa. Abandonada de todos y en inferioridad numérica, aseguran que preparó un veneno que intentó administrar al papa Borgia comprando a uno de sus camareros, pero el plan fue descubierto. Desde aquel día todos en Italia conocerían a la Sforza como la Diabla de Imola. En diciembre de 1499 el ejército pontificio tomó Imola sin oposición y poco después sitió Forlì, donde se hallaba la condesa. La ciudadela de Forlì, con más de mil soldados reforzados por tropas francesas merced a una alianza de Caterina con Luis XII, el rey galo, resistió varios días el asedio, pero al final fue rendida y su generala capturada por un caballero de César Borgia, quien había ofrecido 20 000 ducados por la *contessa* viva.

Con treinta y siete años Caterina se mantenía espléndida, lo cual encendió la lujuria del hijo del papa, César, un apuesto galán de veinticinco por entonces. Llevada a Roma, fue encerrada en el sótano de Luffo Numai, un compañero de juergas del *condottiero* Borgia, donde este la visitaba para violarla a su capricho, tratando de humillarla. Lejos de conseguirlo, fue César quien terminó prendido en el hechizo de la Sforza. Intervino el propio rey de Francia para que la cautiva fuese puesta en libertad y devuelta a sus predios, pero, ya en ellos, comprobó que el papa español se los había cedido a los Orsini. Caterina Sforza se retiró a Florencia con Giovanni, el hijo habido con su último amor, y allí murió en 1509.

Tres semanas estuvo Caterina en Milán, hasta después de la Epifanía de 1491. En ese tiempo hizo vida de hogar con nosotros. Libre de mente, Ludovico permitió que Giacomo, su joven amante, la acompañara en la mesa en las fechas señaladas como Nochebuena, fin de año y la *Befana*, en la víspera de la Epifanía. La benéfica bruja que en la noche de Reyes conduce a los magos de Oriente por la senda correcta hasta el pesebre donde ha nacido el Niño, se portó bien conmigo. Al pie del belén que todos los años preparaban en el salón de baile, junto a los escarpines más viejos que tenía, encontré mis regalos: una muñeca de porcelana con los ojos de cristal veneciano, mi última muñeca, y un dije de oro con un nombre grabado: Ludovico. A la noche, cuando mi amante se presentó en mi alcoba, me esperaba una noticia triste.

* * *

—No tengo más remedio que casarme, mi cielo —dijo el Moro después de amarme con cuidado, pues andaba ya por el cuarto mes de embarazo y me abultaba la

barriga—. No puedo dar más largas a mi futuro suegro: si no accedo de inmediato a cumplir mi promesa, Ferrara y tras ella Florencia romperán las relaciones con Milán. En estos momentos de incertidumbre, cuando los franceses amenazan con invadir Italia, no puedo perder aquellas alianzas.

—Alguna vez tenía que llegar —dije reprimiendo las lágrimas—. ¿Cuándo será la boda?

—He conseguido aplazarla hasta que des a luz. Se ha fijado para el 15 de mayo.

—Y qué haremos... Es decir, ¿qué haré yo?

—Trataré de que permanezcas en Porta Giova como poetisa de la corte. Te quiero. Tras mi boda seguiremos siendo amantes.

—No creo que puedas conseguirlo. Beatriz, además de muy guapa, es lista como un hurón hambriento. Se olerá la tostada antes de que se queme y tendré que irme.

—Eso no pasará —aseguró Ludovico—. Y si ocurre, te instalaré en un palacio no muy lejos. Te necesito a mi lado como el ciego al lazarillo. Llevas dentro de ti semilla de mi estirpe. ¿Eres o no mi amor? —preguntó acariciándome por abajo como le gustaba, despacio, con los dedos o con la boca, antes, en medio o después de poseerme.

Presintiendo que mi felicidad se terminaba, pasaron los cinco últimos meses de gestación. Isabel, la duquesa, estaba rara, distante. Sin duda alguien la predisponía contra mí. Leonardo desde luego no era, pues siempre se mostraba cariñoso, enseñándome los planos de nuevas armas, ingenios civiles y militares, puentes, proyectos de túneles excavados en los Alpes, inmensas canalizaciones que había diseñado para regar los campos de cultivo de *gelso* o árboles del moral, proveedores de alimento para los gusanos de seda, principal fuente de riqueza lombarda. Bajo la dirección de Bramante, se había iniciado la reconstrucción de la iglesia de Santa Maria delle Grazie.

Luca Pacioli, el fraile matemático gran amigo de Leonardo, calculaba que harían falta mil cuatrocientos quintales de bronce para completar la gigantesca escultura ecuestre de Francesco Sforza, incluyendo montura, jinete y pedestal. Ludovico, continuador del proyecto ideado por su hermano Galeazzo Maria, era su gran impulsor. Todas las ciudades importantes tenían como símbolo la estatua ecuestre de algún prócer: el *Condottiero Bartolomeo Colleoni* que el Verrocchio fundió para Venecia, el *Gattamelata* de Donatello en Padua, la de Marco Aurelio en Roma o el *Regisole* de Pavía. Pasaba muchos ratos, sobre todo hasta que el crudo invierno milanés comenzó a remitir y pude reanudar mis paseos, observando a Leonardo y a Bramante fundir pequeñas figuras de bronce partiendo de modelos de arcilla: cocían la figura en un horno, la cubrían de ceniza y volvían a cubrirla con arcilla refractaria, la *cuppa*. Seca esta, la separaban en secciones o *tesserae* que cocían de nuevo para volver a revestirlas de ceniza obteniendo un segundo molde, el *masschio*, que desbastaban hasta conseguir el grosor del bronce que se quería obtener. La última parte era la que más me gustaba e impresionaba: fijaban las *tesserae* al *masschio* y

vertían el bronce fundido y humeante que, tras solidificarse, formaba la escultura.

En enero de 1491 tuvo lugar la ceremonia de pedida de Ana Sforza, la hermana pequeña de Gian Galeazzo, por los duques de Ferrara para su hijo Alfonso d'Este, hermano mayor de Beatriz. Ana, una niña dócil, amable y educada, estaba prometida con Alfonso, heredero de Hércules I d'Este, desde su nacimiento. Ambos tenían quince años. Hubo una recepción oficial seguida de banquete y varias representaciones teatrales organizadas por Leonardo, como un *Orfeo y Euridice*, de Poliziano, con diablos bramantes, voces infernales, las furias del averno y el can Cerbero entre amorcillos voladores desnudos. Yo, embarazada de casi cinco meses y temerosa de mostrar mi estado ante los D'Este, preferí no asistir al banquete. Lo que no me perdí fueron las representaciones teatrales, que contemplé desde un lugar oculto del proscenio.

En el mes de febrero, inopinadamente, Gian Galeazzo Sforza y su mujer se trasladaron a Pavía para establecerse en la cercana ciudad a orillas del río Ticino. El castillo Sforcesco se quedó como huérfano sin las risas y cantos de Isabel de Aragón y sin los llantos de su tierno bebé, Francesco, que yo viera nacer. Lo entendía. El duque de Milán lo era solo en teoría, pues la nobleza y el alto clero le ignoraban. Si había algo que consultar o resolver se dirigían a Ludovico, quien tomaba las determinaciones o soluciones pertinentes sin contar con su sobrino. El caso era tan sangrante que una vez, estando el Moro en Génova, Aldo Bononccini, podestá de la ciudad, se presentó en Porta Giova con un asunto urgente y, en lugar de dirigirse a Gian Galeazzo, parlamentó conmigo. No salía de mi asombro cuando el regidor me expuso sus problemas en el despacho de Ludovico, algo relacionado con el abastecimiento de aguas a la urbe. Conocía a Bononccini de otras veces y lo tenía por hombre cabal, educado y eficiente.

—¿Qué puedo hacer por vos? —inquirí—. No sé nada sobre traída de aguas.

—Seguro que sabéis más de todo, *signorina*, que el inepto de mi señor, el duque, quede ello entre nosotros. ¿Cuándo vuelve el conde de Bari?

—Imagino que pronto.

—No lo dudo si le espera en Milán una belleza como la vuestra —dijo.

Los requiebros, igual que el embarazo, me sentaban bien. Mi rostro, cumplidos ya los dieciocho años, se había afinado, adquiriendo ese lustre que presta la gestación a las mujeres. «No hay preñada fea», dicen en Siena, y es una gran verdad. Mis piernas comenzaron a hincharse a partir del sexto mes. Consulté con Leonardo y con Andreas Wessel, que se hallaba en la ciudad requerido por Ludovico, pues deseaba que fuese él quien me atendiese cuando llegara el parto. Leonardo estaba un poco mustio tras la marcha de Isabel, otro motivo más para sospechar que eran amantes. El florentino y el flamenco coincidieron en que la mejor prevención de la hinchazón de piernas y una eficaz preparación para el parto era el ejercicio físico. En consecuencia, dirigida por el médico, efectuaba una sesión diaria de flexiones del tronco, estiramientos de la columna vertebral colgada por los brazos de una rama y movilización de las

articulaciones. Después daba largos paseos por el parque acompañada por mis mascotas y, por fin, Soraya masajeaba mi cuerpo tras el baño. De esa forma, elástica y sin preocupaciones de futuro, pues decidí que adelantar el sufrimiento no es de cuerdos, el 3 de mayo de 1491 di a luz sin novedad un hermoso niño que pesó ocho libras. En el parto, que atendió Andreas Wessel, hubo cuatro personas: el médico, la partera que hizo de comadrona, Soraya que se ocupó de consolarme y animarme y yo misma. Fue doloroso, es cierto, pero no mucho más que un buen dolor de muelas. Todo lo compensó la cara de felicidad de Ludovico cuando, aquella misma tarde, vino a visitarme cargado de flores y le mostré a su hijo. Dos días después, en ceremonia íntima, fue bautizado con el nombre de Cesare.

Casi sin tiempo para más, se intensificaron los preparativos de la boda de Ludovico y Beatriz d'Este. En realidad fue un doble enlace entre ambas familias, pues se aprovechó para casar a Ana Sforza con Alfonso d'Este. Leonardo organizó el adecuado escenario para la fiesta popular, con tramoyas, graderías y un tablado en la plaza del Duomo. En un lugar algo más alejado prepararon un colosal castillo de fuegos de artificio y una maqueta de escayola que representaba la futura estatua ecuestre de Francesco Sforza. Yo solo estaba para mi pequeño rorro, un precioso bebé que se agarraba con furia a mis pezones por los que manaba leche en abundancia. Era tanta que se derramaba a la simple vista del pequeño lo mismo que el agua cristalina de un venero. Y tan dulce que, una noche, llamó la atención de mi amante. Faltaban pocos días para su boda y yo estaba dentro de la cuarentena, por lo que nuestras efusiones se limitaban a simples caricias. Acababa de dar de mamar al infante y se lo había entregado a la niñera, que dormía con él en otra parte y me lo traía de madrugada, cuando lloraba muerto de hambre. Ludovico, que adoraba besar mis senos, apreció que por uno de ellos brotaba leche que humedecía el camisón de noche.

—¿Me permites? —dijo, y aplicó sus labios al pezón.

Por supuesto que se lo permití. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era una sensación maravillosa y extraña al tiempo: el hombre que amaba libando de mis pechos lo mismo que un bebé.

—Es muy dulce, mi cielo —aseguró—, tanto como la mujer que adoro.

Eran los últimos coletazos de mi primer amor, de un amor que ya no iba a volver, no al menos dedicado a mí sola. La doble boda entre los Sforza y los D'Este fue el 15 de mayo. Ludovico el Moro y Beatriz, y Alfonso y Ana fueron casados en la misma ceremonia por el arzobispo de Milán. Desde tres días antes fueron llegando los invitados de todas partes, hasta de España y Francia, pues Fernando e Isabel, los católicos reyes, y Carlos VIII enviaron a sus delegados. La víspera del enlace Leonardo representó en el teatro del castillo de los Sforza una *Alegoría del arte de gobernar*, obra antigua del genio, pues había sido escenificada siete años antes. En ella, la Justicia y la Prudencia se defienden del ataque de animales dañinos como zorros, lobos, osos, un sátiro y un halcón. Baldassare Taccone, el canciller-poeta de

Ludovico, fue el director de escena. En la *Alegoría* la Justicia apoya a la Prudencia con la espada mientras esta sostiene un gallo —símbolo de los Sforza— en un brazo y en el otro una serpiente y una paloma, simbolizando a Milán y a la paz. Hubo disfraces diseñados por Leonardo, efectos especiales nunca vistos, magas voladoras, truenos y relámpagos que semejaban reales y un carro autopropulsado que cruzó el escenario echando chispas en medio del delirio del público asistente.

Los desposorios fueron celebrados en vistosa ceremonia en una parte de la catedral ya culminada. Beatriz, próxima a cumplir dieciséis años, estaba simplemente divina en su vestido blanco, de larga cola y recatado escote, y menos mal, pues, habiéndose desarrollado sus senos en poco más de un año, no sé qué habría ocurrido de lucirlos a la moda del siglo, que era casi al completo. Llevaba una diadema de brillantes gruesos como garbanzos, antigua joya familiar, la rubia melena recogida en una malla recamada de perlas y una cruz de diamantes sobre el pecho. Exhibía sus ojazos azules como el lapislázuli, la nariz recta y griega y la boca pequeña de labios carnosos. Ana estaba muy guapa, luciendo un traje parecido y joyas de valor, pero con la mala suerte de coincidir al pie del altar con otra novia que la eclipsó en belleza y gracia.

Ya en el palacio Sforza, antes de sentarnos para el banquete, tuve ocasión de hablar con Beatriz. Dudé si hacerlo o no, pero decidí actuar con naturalidad. La ventaja de vivir en el norte de Italia es la bendita libertad de costumbres, el que nadie se escandalice porque un hombre o una mujer tenga un desliz o adopte el hijo de otro.

—Sé que has tenido un bebé precioso —me largó directo—. ¡Enhorabuena!

—Gracias, Beatriz —respondí—. Jamás he visto una novia más bonita que tú —añadí.

Quedamos en silencio, frente a frente, yo pensando que, de estar en Sicilia, andaríamos ya tirándonos del pelo. Igual que ella, quise ser directa y sincera.

—Quiero que sepas que te quiero —dije por fin—. Te quiero y te admiro desde que te conocí. También deseo que sepas que lo pasado, pasado está. Tu marido no volverá a tocarme.

Pensé que se limitaría a agradecer mi gesto, pero, en lugar de ello, se me abrazó conteniendo las lágrimas. Sentí sobre los míos sus senos firmes, de quinceañera, y no pude evitar pensar en Ludovico acariciándolos. Olía a su perfume de siempre: jazmín arábigo que atemperaba su sudor de niña. Vino en mi ayuda el matrimonio Gonzaga, Francesco e Isabel, desplazados a las bodas desde Mantua. Se los veía felices, lo cual resultaba halagador en una época de engaños matrimoniales, separaciones, muertes y adulterios. Por fortuna aquella vez no me sentaron en la mesa importante, la que ocupaban los novios y las personalidades mundanas, sino en la mesa más importante aún, donde estaban los cerebros pensantes, los poetas, escritores, músicos, científicos y arquitectos de la corte de Ludovico Sforza. Quiso el hado o quizá il Moro que me correspondiera un lugar entre Leonardo y Bramante, y a fe que disfruté como nunca en un banquete. Conversamos de lugares comunes, del tiempo, de aquella primavera

especialmente hermosa y de lo guapas que estaban las novias. Fueron tan gentiles que ambos me tuvieron como intermediaria de sus opiniones, haciendo yo de filtro, girando el cuello a un lado y otro si preguntaban, contestaban, negaban o afirmaban algo. Es obvio que mis intervenciones fueron mínimas, limitándome a escuchar a aquellos sabios y tratar de aprender. De repente la conversación se centró en la ciencia y la cultura.

—La ciencia, el arte, la cultura, todo procede de la tierra —sostuvo Bramante.

—Opino igual —subrayó Leonardo—. Una red de lazos visibles o incorpóreos conecta entre sí los elementos, que operan según los principios de semejanza estática y dinámica y producen efectos proporcionales a las causas.

—Exacto —dijo el arquitecto—. La observación es la madre de todo. La naturaleza y el comportamiento de la materia puede explicarse observando el efecto que fuerzas similares producen en el objeto en cuestión.

—Cierto. Es por ello que todo lo que no puede verse o sentirse, que no es perceptible por el alma o la mente, no debe ser objeto de la ciencia —intervino Leonardo—. Hasta aquí el concepto de *scienza* ha hecho referencia a una serie de conocimientos basados en presunciones teóricas. Hoy, estos supuestos parten de una combinación de observaciones, conceptos filosóficos y valores matemáticos bien definidos que constituyen la *quantità* discontinua y, en algunos casos, formas continuas de la geometría, la *quantità* continua.

Yo escuchaba tales disquisiciones sin entender una palabra, pero sin osar preguntar, entre otras cosas porque quizá no hubiese entendido la respuesta.

—Has nombrado la palabra clave: *geometría* —sostuvo Donato D'Angelo—. El mundo se transformó tras la aparición de Euclides.

—Es la pura verdad —corroboró Leonardo—. Quien domine la geometría tendrá mucho ganado para comprender las reglas de la naturaleza y los medios para manipularla y dominarla. La geometría resulta esencial en la perspectiva de mis cuadros, en la confección de máquinas e ingenios a escala y en la determinación del peso necesario para elevar objetos con poleas compuestas o calcular el alcance de proyectiles y dardos cuando son lanzados desde distintos ángulos de elevación.

—Afirmo lo mismo en cuanto a arquitectura —dijo Bramante—. Yo me ayudo en mis cálculos con el compás de puntas que ideó Euclides y que tú mejoraste —añadió.

—Llevo algún tiempo desarrollando soluciones a problemas geométricos, intentando resolver, por ejemplo, el viejo asunto de la cuadratura del círculo, en el que se estrellaron los geómetras alejandrinos y hasta Hipatia, la célebre matemática —aseguró Leonardo.

Yo estaba alucinada, pero no sorda. Casi me atraganté con un pedazo de medallón de langosta, deliciosa, que intentaba deglutir. Incluso a riesgo de meter la pata, pregunté:

—¿Cómo se entiende eso, maestro? ¿Puede un círculo ser al tiempo cuadrado?

—Hay cosas en la vida, deliciosa muñequita, que no pueden definirse ni tienen

solución —contestó Leonardo—. Por ejemplo: nadie puede evitar su propia muerte ni alargar sus días un instante. Todo lo demás es solucionable. Yo baso mi escasa ciencia en los antiguos. En lo que respecta a los sólidos geométricos sigo los consejos de Platón, referente a la cuadratura del círculo acepto las pautas de Arquímedes y para duplicar el tamaño del cubo considero las soluciones de Eudoxo o de Helicón de Cízico. Todo ello lo plasmo en un manuscrito que reviso estos días.

—Entiendo —dije hecha un lío pero sería, probando una pizca de vaca salpresa.

Precisamente unos días antes, visitando al de Vinci, había ojeado tal documento. Era un voluminoso cartapacio titulado *Manuscrito H*, lleno de diseños de engranajes misteriosos, ruedas de movimiento perpetuo, un rompecabezas formado por cubos huecos y un enorme cañón que lanzaba proyectiles a una distancia de seis millas. El resto del banquete, que duró casi tres horas, lo pasaron mis comensales elucubrando sobre las pirámides, debatiendo sobre proporciones geométricas, cálculos para cimentación de edificios, diagonales, rectángulos, formas puras y hasta sobre el sexo de los ángeles. Solo a los postres, una selección de la mejor repostería milanesa, Bramante, que tenía fama de mujeriego, bajó a la tierra para susurrarme, casi al oído:

—Nunca te he visto más bonita que hoy, *piccola* Cecilia, ¿cómo lo haces?

—Me ves con buenos ojos, querido maestro —respondí.

—¿Qué harás ahora que eres libre? —preguntó con un brillo indecente en la mirada.

—No soy libre —aseguré—. Ninguna mujer que tiene un hijo es libre.

—Por supuesto, por supuesto —dijo—. Es solo que...

—¿Solo qué?

Quedó mudo un momento, mirándome, como reuniendo valor para decir lo que pensaba.

—Que vendería mi alma al diablo por una caricia tuya, por tenerte en mis brazos y después morir —dijo por fin.

—Me halagas, querido, pero no morirías: querrías más, y yo, en este momento de mi vida, no podría dártelo.

Terminado el banquete se inició el baile que abrieron Gian Galeazzo y su esposa, que habían llegado de Pavía. Las relaciones entre Ludovico y su sobrino eran tensas, pues a pesar de la presión del rey de Nápoles para que el Moro dejase de interferir en el gobierno y cediese todo el protagonismo al duque, mi examante seguía siendo el mandamás de hecho en Lombardía. Yo bailé lo que quise, pues me moría de ganas tras nueve meses de embarazo. A pesar de haber parido apenas dos semanas atrás, me encontraba en forma, tan elástica como la rama del alerce que recupera su posición al fundirse la nieve que la cubre. Me sorprendieron Isabel de Aragón y Beatriz d'Este, que, aprovechando un descanso de la orquesta, se acercaron para saludarme y pedir que les mostrase a mi pequeño.

—Tal vez duerma —traté de escabullirme.

—Anda... —dijeron las dos al tiempo, mohínas, frunciendo la nariz.

Las llevé a la cámara donde estaba su cuna. Vigilado por una niñera, Cesare dormía plácidamente.

—¡Qué guapo es! —exclamó Isabel—. La boca es de Ludovico, pero el mentón es tuyo —aseguró mirándome.

—No sé cómo puedes distinguirlo —afirmó Beatriz con voz firme—. Yo no paso de asegurar que será un niño guapo salga al padre o a la madre. ¿Qué tal fue el parto?

¡Ah!, dulce Italia del norte. Allí estaba, hablando de mi hijo con la esposa de su padre como si lo hiciésemos sobre el tiempo o la última moda en trajes veraniegos.

—Asistida por Andreas Wessel no hubo el menor problema —expliqué—. Fue un parto eutócico —dije para lucirme con un término que escuché de labios del galeno.

—¿Eutócico...? —se preguntó Isabel.

—Con la cabeza por delante, como el tuyo —contesté.

—Te dolería... —dijo aprensiva la D'Este.

—Un poco, al principio. Luego el mismo dolor va anesthesiándote. Al final no me di cuenta de la episiotomía.

—¿Episioqué? —preguntó Beatriz.

Isabel, que estaba de nuevo embarazada, se dedicaba a mirar al bebé, que había abierto los ojos, y a tocar sus manitas. Me pidió permiso con la vista, se lo di con un gesto, le cogió y lo alzó en sus brazos. Cesare no lloró.

—Es un corte con el escalpelo en la piel perineal que facilita la salida de la cabeza del feto —la informé.

—Te veo muy puesta en las cosas del parto. Espero que me ayudes cuando llegue el momento.

—Será un placer, querida —dije íntimamente satisfecha, pues la petición llevaba implícita mi permanencia en Porta Giova.

—Lo hizo conmigo y resultó una gran ayuda —intervino Isabel—. Ni una hermana es capaz de portarse mejor. ¿Le das el pecho? —preguntó.

—Por supuesto —dije.

—¿Por supuesto por qué? —dijo la napolitana—. Mi marido no quiere que mis senos padezcan, por lo que al segundo mes me buscó un ama de cría.

—Pues yo opino que la lactancia es algo natural y que nada natural puede afectar al organismo —sostuve—. Leonardo da Vinci y Andreas Wessel me lo corroboraron. El físico, además, opina que el niño crece mejor y más sano cuando se alimenta del pecho de su madre.

Callamos. Recordé a Ludovico libando de mis senos igual que un cervatillo y el escozor pudendo debió hacerme temblar. Menos mal que los pensamientos son opacos. Regresamos al salón de baile cuando interpretaban una gallarda muy en boga. Las tres nos integramos en las filas de danzantes. Beatriz e Isabel se situaron frente a sus esposos, y a mí, al estar de non, me correspondió en suerte Blanca María Sforza. Blanca, que había seguido a su hermano Gian Galeazzo a Pavía, era una muchacha callada, un año mayor que yo, no demasiado agraciada y un caso muy curioso. La

habían casado a los dos años con un primo hermano, Filiberto I de Saboya, pero el duque murió en la primavera del 82 y la dejó viuda sin cumplir los diez años. Después el rey Matías Corvino de Hungría la pidió en matrimonio para un hijo ilegítimo, Juan Corvino, al cual había reconocido y dado propiedades y títulos, pues quería que lo sucediera en el trono húngaro. En el 87 Blanca María y Juan se casaron por poderes en Milán, pero era el día en que aún no se conocían. Entre la muerte del rey húngaro y el fracaso de su hijo bastardo por hacerse con el trono pasaba el tiempo y aquella pobre niña era una casada sin marido, una especie de monja exclaustrada, por lo que los Sforza habían iniciado los trámites para la anulación de aquel enlace. Bailé con ella —no era raro que dos mujeres lo hicieran— y comprobé que seguía igual de mustia que siempre, maldiciendo al destino que la privaba de un varón que alegrara sus noches.

La fiesta terminó de madrugada, yo con los pies cuadrados, doloridos de tanta danza. El castillo de los Sforza quedó en silencio, pues los recién casados desaparecieron. Supe que Ludovico y Beatriz se habían refugiado en el Palazzo Verme, posesión familiar en la misma ciudad, antes de partir hacia Roma y Nápoles, y Alfonso y Ana se habían dirigido a Ferrara y Venecia. Fueron tres semanas de tranquilidad plena en las que pude ocuparme del pequeño Cesare. No sé si dije que lo había bautizado en la intimidad de la capilla del castillo, sin alharacas como corresponde a un bastarzuolo, acompañada por Blanca María Sforza, que aquellos días parecía más humana e hizo de madrina, y por Leonardo que accedió a apadrinarlo.

* * *

De señora de la casa, respetada y hasta temida por la servidumbre, pasé a ser una invitada un tanto distinguida, una más, la poetisa de la corte. Sabía que mi tiempo se acababa en Milán, que antes pronto que tarde debería dejar Porta Giova y al que fuera mi amante por dos años. Al regreso de los recién casados organicé mi vida: estudio matinal en la biblioteca, compra y clasificación de nuevos libros, paseo a caballo cuando lo deseaba, comida junto a Leonardo, Bramante o Bellincioni, siempre atareados en sus cometidos, y asistencia al salón cultural donde coincidía con Beatriz y Ludovico, con este menos, inmerso en problemas políticos cada vez más acuciantes. El rey de Nápoles le exigía, amenazando ya con atacarlo, que dejase actuar sin cortapisas al duque Gian Galeazzo. Entre líneas dejaba ver que, de no hacerlo, buscaría el apoyo de España, potencia emergente que, a punto de arrojar de la península ibérica a los islamitas, disponía de un potente ejército. El Moro, acorralado, precisaba la alianza con el Imperio a través de Maximiliano de Habsburgo, rey de romanos y próximo emperador, con la circunstancia favorable de que, habiendo enviudado de su primera mujer, María de Borgoña, Maximiliano

buscaba esposa. Las primeras maquinaciones para ofrecer al Habsburgo carne joven en forma de mujer Sforza datan de entonces. La elegida fue Blanca María, pero al no ser libre por continuar casada con Juan Corvino, el bastardo húngaro, se intensificaron las presiones para obtener del papa la anulación del matrimonio.

De pronto Blanca María se convirtió en mi principal amiga y aliada en Porta Giova, pues permaneció en Milán cuando su hermano Gian Galeazzo volvió a Pavía. Era más dulce de lo que aparentaba su gesto áspero. En realidad era tímida. Durante aquel verano caluroso pasamos largos ratos paseando por el jardín o en mi cámara, viendo cómo gateaba, jugaba, reía o cogía rabetas mi pequeño. Dejaba que estuviese presente cuando le daba el pecho, lo cambiaba o, ayudada por su niñera, mudaba sus pañales y limpiaba el culito. Blanca María era algo mayor que yo, pero pensaba y se comportaba como una niña de once años. Me preguntaba por cosas del amor entre mujer y hombre, casi siempre escabrosas, y yo se las explicaba sin meterme en honduras o me salía por la tangente. Hay cosas que no pueden explicarse a una soltera ni entenderse a los diecinueve años, por ejemplo las caricias bucales que enloquecen al hombre, ya sabéis. Todo llega a su tiempo y puede comprenderse, incluso a menos edad, si el amante es hábil, educado y experto, como ocurrió en mi caso. La aversión de Isabel de Nápoles por Gian Galeazzo Sforza tenía aquella etiología, como ella misma me contó aquella vez. ¿Puede un sucio patán, ebrio, salvaje y mentecato exigir a una virgen de dieciocho años, en la noche de bodas, una *felatio*?

Ya dije que Blanca María no era precisamente bella, pero, teniendo arreglo, un día le hablé de ello.

—Podrías sacarle mayor provecho a tu cara y al cuerpo —aseguré.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿A qué te refieres?

—A algo muy simple: sacas poco partido a tus bonitos ojos y a las uñas, a tus manos y pies, a los senos... El peinado que luces no te va. Lo mismo que tus trajes y vestidos: el color que te favorece no es el rojo, sino el beis. Con unos tacones adecuados ganarías altura y esbeltez. Todo ello junto te daría la seguridad y el aplomo que te falta.

Me agradeció el consejo y se puso en manos de Soraya, que en dos semanas la convirtió en otra mujer. Ludovico no se percató, pero sí Beatriz. Mi relación con mi rival fue mejorando poco a poco. Viendo que pasaban los meses y no ocurría nada, de la duda, desconfianza e inseguridad iniciales pasó a buscar mi compañía y amistad. La primera sorprendida de la inactividad de Ludovico era yo misma, pues esperaba un ataque frontal que no llegó hasta el otoño. Una tarde caliente de agosto Beatriz me siguió cabalgando al hayedo de Melzo. Dos soldados de la guardia nos escoltaban a prudente distancia. Me apeé en mi lugar favorito, un claro del bosque junto a un acebal de bayas rojas, me senté sobre un tronco vencido y esperé. Llegó ella, embridó a su yegua junto a la mía en la rama baja de un haya majestuosa y se sentó a mi lado.

Estaba preciosa en traje de amazona, la cara arrebolada de la cabalgata y el aroma embriagante de siempre. Se lo dije.

—Quisiera ser menos guapa y tener la suerte de otras —aseguró.

—Eso no irá por mí... —respondí.

—¿Por quién si no? Ludovico te dejó embarazada enseguida y ya ves... A mí no consigue preñarme después de tres meses.

—No te preocupes —intenté tranquilizarla—. Andreas Wessel, el físico, asegura que conseguir un embarazo no es tan fácil.

—Me pregunto a veces si aún te ama... —dijo dibujando en el humus centenario, con la punta de una rama, un complicado jeroglífico de rectas y curvas.

—No debes preguntarte esas cosas, Beatriz —dije tomándole una mano—. Si Ludovico me amó una vez, aquello ya pasó, lo dije y lo repito. Con el roce y lo bonita que eres, con ese cuerpo, lo volverás loco si no lo está ya.

—Eres mejor de lo que había pensado, Cecilia —respondió con los ojos brillantes.

—Tú eres la bondadosa, querida. No soy mejor que tú. ¿Tienes quejas de él? Imagino que te amaré a diario. Treinta y nueve años es buena edad para un hombre.

—¿Contigo lo hacía? Cuéntame...

—No pienso contar nada, doña curiosona. Insisto en que aquello es agua pasada. Te juré y te juro que no volveré a tocar a tu marido.

—¿Y si es él quien te busca? Voy conociendo a los hombres. No hay ninguno que pueda resistir la tentación si la tiene muy cerca. Además estos días lo veo raro, distante, como con la cabeza en otra parte.

—Son sus muchos problemas de gobierno.

—No es verdad. Es como si te pensara o evocara. Hace pocas noches me pareció que, entre sueños, musitaba tu nombre. No puedo más, Cecilia. Quizá lo más prudente fuera que abandonases la corte.

Quedamos en silencio. Un leñador, en alguna parte, talaba un árbol. Los secos golpes del hacha reverberaban y sus ecos se perdían en el aire. El silbo de los pájaros y el murmullo de la brisa componían la más hermosa de las músicas.

—Sería para mí un duro golpe —dije al fin—. No tengo dónde ir. A mi casa, soltera y con un niño, el rabo entre las piernas, no quisiera volver. Aquí lo tengo todo: los hombres que pueden enseñarme y la oportunidad de encontrar a uno que me convenga.

—De ello precisamente quería hablarte. No quise hacerlo con Ludovico sin decírtelo antes: voy a buscarte un novio o, mejor, un marido apropiado.

—Casamentera... Termino de cumplir dieciocho años.

—Casándote seguirás siendo mi amiga, lo prometo. De otra forma nunca podré dejar de pensar que...

—... que me acuesto con él, dilo. Y yo pregunto, ¿cuándo?, ¿dónde? Te repito que estoy dispuesta a respetarte.

—Perdóname. Los celos son sentimiento innoble, lo sé, pero difícil de vencer.

—Está bien —dije—. Buscadme marido, pero ¡ojo!, no me conformo con cualquier cosa.

Reímos las dos al tiempo, liberando ella sus miedos y yo con la extraña sensación de que mi tranquilidad se terminaba, de que la mentira se instalaba en mi mente y me iba a convertir en una adúltera. ¡Él soñaba conmigo! Decidí, cumpliendo mi palabra, no dar el primer paso, pero, a la vez, resolví que si me buscaba me encontraría. El verano se fue con una gran tormenta de agua en turbiones, truenos retumbantes resueltos en mil ecos y relámpagos cruzando y partiendo el firmamento en mil pedazos. Cesare, que con casi cinco meses empezaba a gatear, suscitaba la atención de Porta Giova entera con sus ojillos zarcos, el pelo rubio como un tragal de julio y sus gracias. Al menos una vez al día aparecía la pareja a visitarlo mientras jugaba con sus juguetes: varios muñecos y pelotas de trapo y un caballo de madera, con balancín, que su padre encargó para él al ebanista de palacio. Pero lo que más placía al chiquitín era jugar con Cicerón y Bimbo en el jardín, adonde lo sacaba la niñera si el tiempo era bueno como lo fue hasta el 30 de septiembre, cuando aquella tormenta.

Yo temblaba sin poder evitarlo en aquellas visitas. Temblaba sobre todo al pensar que Beatriz pudiera verme temblar. Ludovico me comía con los ojos sin ningún disimulo o el mínimo de desviar la mirada si su mujer estaba atenta. Sabía por una doncella adicta que Beatriz y él habían discutido a cuenta de mi estancia en la corte: ella insistía en que debía irme y Ludovico se negaba aduciendo mi labor de poetisa cortesana y temiendo por el niño, que al final era suyo. Eran muchas las muertes infantiles, sobre todo en los barrios humildes, las pestes y diarreas que se llevaban al limbo a tantos pequeños menores de tres años en un plis-plas. Da Vinci estaba seguro de que las originaban miasmas invisibles que moraban en el agua o pululaban en el ambiente, sobre todo en el cargado y pestilente donde, en las grandes ciudades, se hacinaban los miserables huyendo del hambre. En los campos abiertos y ventilados, donde los humildes *contadini* cultivaban sus propias hortalizas y criaban sus cerdos y gallinas, la mortandad infantil era mucho menor.

Aquel otoño fue un cortejo casi siempre mudo en el que Ludovico me asediaba como el cazador furtivo al lince. Me fisgaba en mis paseos por el jardín, sola o acompañada por Cesare en su cochecito de ruedas fabricado para él y diseñado por Leonardo, me rozaba si nos cruzábamos en un pasillo y me devoraba con la vista en sus visitas al pequeño o durante las tertulias, cuando declamaba mis versos pensando en él. Una tarde de noviembre, terminándose el mes, se presentó solo a ver al niño. El último reluz de un crepúsculo tintado en malvas y carmesíes penetraba por el ventanal, entornado ya, pues se iniciaba el frío. Recuerdo que me quedé tan yerta como la mujer de Lot cuando, olvidando el consejo del ángel, se dio la vuelta para ver cómo ardía Sodoma.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿Y Beatriz?

—Vengo a ver a mi hijo, si se me permite, y a verte a ti. Beatriz está indispuesta.

—No será nada grave, confío...

—No lo es, cariño. Según el físico se trata de una leve *influenza*.

Quedamos en silencio. Ludovico hizo un gesto y la niñera salió volando. Luego se inclinó y acarició los ricitos de Cesare, que dormía ajeno a la maldad del mundo. Por fin se incorporó y me miró a los ojos.

—Ya no resisto más, mi amor —dijo—. Te adoro, te quiero más que a mi vida. Si he de arder en el purgatorio por amarte, lo haré.

—No digas disparates, Ludovico. Habíamos quedado...

—Hicimos planes, pero fue un error. El hombre y la mujer organizan su mundo, pero mandan las pasiones —insistió.

—He jurado a tu esposa que no te tocaré y cumpliré mi palabra —argumenté.

—No faltarás a tu promesa si soy yo quien te busca.

—No lo harás, promételo... —dije sintiendo que fallaban mis fuerzas.

Me rodeó con sus brazos y me besó en la boca hasta casi asfixiarme. Mientras besaba palpaba mis senos, mi sexo, mi trasero... Yo me dejaba hacer, sumisa, inmersa en una excitación creciente. Trató de quitarme la túnica, pero se lo impedí.

—Ahora no —dije cortante.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Le debo a Beatriz un respeto que es de amiga leal. Ya hallaremos la forma.

—No podré esperar mucho. Me consumo de amor, ardo por dentro con un fuego que abrasa, sueño con tocarte desnuda, como antes, con libar de tu sexo que venero, con poseerte hasta la extenuación. De hecho lo hago cada vez que la tomo a ella: pienso que el cuerpo que tengo debajo es el tuyo y que es tu cueva mágica la que penetro y saboreo.

—Loco... Beatriz es adorable.

—Lo es, y la quiero de veras, pero de una forma diferente. Amando, a tu lado es una niña.

—Dale tiempo.

Me pareció escuchar un ligero rumor en la escalera de caracol y, rápida de reflejos, abrí la puerta, ordené que entrara la niñera —estaba allí, agazapada, con la oreja pegada a la jamba— y, sentada frente a la cuna, mecí al niño. Justo entonces se abrió la falsa puerta y, apartando el tapiz, entró Beatriz en la habitación. Venía desgreñada, en camisón de noche, con las ojeras violáceas que produce la fiebre.

—Pasa, querida —dije dominando el sofoco—. Me dice Ludovico que estás indispuesta. Espero que sea algo leve y pasajero.

—Estoy casi bien —afirmó—. Me desperté y quise ver al niño.

—A eso vine yo. Sigue tan guapo como siempre —dijo el Moro—. Me iba ya. Os dejo.

Y el desvergonzado desapareció. Para dar más verosimilitud a la escena me saqué un pecho y se lo ofrecí a Cesare que, goloso, se agarró a él como el náufrago al cabo

que le alargan.

—Tenías razón —dije tras ordenar a la sirvienta que desapareciera por segunda vez en aquella noche loca—. Ludovico está raro: no me gusta nada cómo me mira. No entrará más en mi cámara si no lo hace contigo.

Tuve suerte. Me salvó mi intuición. Beatriz se fue convencida de que en mí tenía una aliada antes que una rival. Pero todo era pura ilusión, fuego fatuo. El resto de aquel año fui objeto de la más encarnizada persecución por parte de mi antiguo amante. No hay nada que enardezca tanto a un hombre como que lo rechace el objeto de sus ansias. Ludovico me acechaba en el parque, por detrás de la jaula de los pájaros, para robarme un beso. Escondido tras un repostero, en cualquier salón, saltaba sobre mí para tratar de abrazarme y levantarme la falda, el muy ladino, o volverme loca con sus disparates y propuestas descabelladas. Yo lo evitaba inmersa en un placer candente, que no hay mujer que no agradezca en sus adentros semejante acoso. Ordené colocar un pestillo en la puerta que daba acceso a la célebre escalera secreta y más de una noche lo escuché llegar, golpear con los nudillos jadeante e incluso musitar súplicas de clemencia pretendiendo que le abriera. Solía tomar el té con Beatriz, entregada a mí por completo cuando vio cómo triunfaba del asedio al que era sometida, pues no era tonta, y juntas asistíamos a las tertulias culturales y musicales que por entonces se enriquecieron con la presencia de nuevos artistas, poetas, pintores y arquitectos como Niccolo da Corregio, que patrocinaba Beatriz, quien lo trajera de Ferrara; Francesco di Giorgio Martini, que vino traído por Ludovico a impartir su doctrina y colaborar en la construcción de la catedral; o Albrecht Dürer, en Italia Alberto Durero, un joven pintor de veinte años que regresaba a Alemania tras recorrer nuestro país —Nápoles, Roma, Florencia y Venecia— buscando la excelencia pictórica. Jamás he visto un hombre más guapo y atractivo que el teutón: alto, fuerte, flexible como vara de fresno, de pelo rubio deshecho en mil tirabuzones, los ojos azules como el mar en las islas y emanando varonía por todos los poros de su cuerpo, era cortejado en plena calle por mujeres de cualquier condición y hasta por hombres, pues los homosexuales eran contemplados en Milán con indiferencia.

Durero estuvo en Porta Giova tres semanas, asistiendo a todas las reuniones. Se pegaba especialmente a Leonardo, cuya fama empezaba ya a traspasar fronteras, escuchando embobado sus discursos, tesis y propuestas. Pasaba las mañanas en el estudio de su ídolo, examinando sus manuscritos o viendo sus pinturas, barnices y pigmentos, observando las mezclas y las preparaciones de los lienzos y tablas. Precisamente aquellos días culminaba —con ayuda de Ambrogio de Predis— el retrato de Beatriz d'Este. Se trataba de un óleo sobre tabla de nogal curado efectuado esta vez de perfil, una obra maestra en la que la modelo tenía mucha parte de culpa por su belleza poco común. Leonardo eligió para ella un vestido largo en raso rojo, casi del color caoba de su lacia melena recogida en una redecilla recamada de perlas y sujeta con una cinta con los cabos sueltos. El rostro de Beatriz, su nariz clásica, la

boca de piñón de labios rubros y el mentón breve eran las gemas principales de las muchas que adornaban su figura por todas partes. Completaba su atuendo un manto de terciopelo negro que dejaba ver las mangas del vestido. Alberto, el joven pintor alemán, contemplaba extasiado a la bella modelo y a su acompañante, mi humilde personita, pues quiso Leonardo que yo la distrajera en las largas sesiones en las que posaba para el retrato. A cuenta de Alberto Durero nos reímos Beatriz y yo una tarde, durante la merienda. Fue al día siguiente de conocerle.

—Ayer, cuando vi a aquel joven, tuve una especie de conmoción —declaré.

—¿Te refieres al pintor alemán? ¡Qué guapo es...! —reconoció Beatriz.

—Es más que guapo: me lo zamparía en dos bocados, como uno de estos mojicones de las monjas clarisas —corroboré.

—Entiendo tu emoción —dijo Beatriz.

—No me emocionó su belleza: me dio por pensar que era el novio que me estáis buscando.

Las dos estallamos en una risa franca y compulsiva, contagiosa. No podíamos parar. Si una aflojaba la otra recaía. Era tanto el bullicio festivo que asomó la cabeza Ludovico, que ordenaba papeles en su despacho.

—¿De qué se ríen mi amor y mi poetisa favorita? —preguntó risueño.

—De nada que te interese —dijo Beatriz—. Desaparece.

Proseguimos la conversación bajando el tono de voz, pues los hombres son mucho más curiosos que las mujeres.

—¿De verdad pensabas que Durero iba a ser tu marido? —me preguntó.

—También una tiene derecho a un hombre que merezca la pena. ¿O no?

—Tienes todo el derecho al mejor de los hombres —aseguró—. Conociendo tus gustos lanzaré mis redes por el norte de Italia. Soy la primera interesada en que seas feliz.

Pasó la navidad con la lentitud que suele. Quiso Ludovico celebrar la Nochebuena con los artistas, poetas y pintores que formaban su corte y cenamos todos juntos en una gran mesa. Yo sabía que era mi última navidad en Porta Giova. Ludovico no dejó de mirarme, de lanzar sobre mí el dardo envenenado de sus ojos negros, de poseerme con la vista. Ignoraba mi destino a medio plazo, pero conocía el inmediato: caer otra vez en los brazos del que fuese mi amante. Fue el caso que la cancillería había programado un viaje a Venecia del señor de Milán y de su esposa al objeto de que la Serenísima legitimara la usurpación del ducado que, ignorando los derechos de Gian Galeazzo Sforza, efectuaba el Moro desde el asesinato de su hermano Galeazzo María. El día antes de partir a la ciudad lacustre, un correo a caballo anunciaba la inmediata llegada a Milán de un enviado del rey de Francia, Carlos VIII, con la intención de negociar el apoyo milanés a las pretensiones galas sobre Nápoles. El momento era el más indicado para, a cambio del favor, conseguir que los franceses justificaran las citadas aspiraciones de Ludovico Sforza. Por ello, el conde de Bari decidió suspender su marcha a Venecia, pero no la de su mujer, pues todo estaba

preparado allí para el más cordial de los recibimientos. El 11 de enero partió la comitiva milanesa integrada por el canciller Baldassare Taccone, Beatriz d'Este y algunos artistas o poetas cortesanos como Bernardo Castiglione y Niccolò da Corregio. La acogida del Dogo, Agostino Barbarigo, fue más que amable los siete días que duró la embajada. Otro tanto puede decirse de la recepción milanesa al embajador de Carlos VIII, un conde o duque cuyo nombre olvidé, si bien fue mucho más corta, pues Ludovico despachó el asunto en dos días. Conmigo, sin embargo, se entretuvo más tiempo: durmió en mi cama todas las noches desde que Beatriz salió de Milán y estaba amándome cuando los heraldos del castillo, con sus sacabuches y trompetas al viento, anunciaron el regreso de su esposa.

No entraré en detalles escabrosos ni en las mil diabluras que me hizo el Moro, solo diré que aproveché el tiempo avaramente adivinando que se terminaba para siempre la bonanza. Fueron días locos y noches de lujuria desbocada, apocalíptica, como si se aproximara el final de los tiempos.

—Estás completamente trastornado —dije una de las últimas madrugadas, saciada de placer, desnuda entre sus brazos—. Todo el castillo sabe que nos hemos amado como lunáticos incontables veces, amén de que Beatriz me olerá en ti desde que aparezca por la puerta.

—Lo sé, mi amor —confesó—, pero no he podido evitarlo. Llevo meses soñando con tu cuerpo.

—Temo la reacción de tu mujer. Yo, puesta en su lugar, exigiría la desaparición de mi rival.

—Lo tengo ya pensado —aseguró Ludovico—. Te instalaré en el palacio Verme, cercano como sabes, e iré a visitarte de vez en cuando sin llamar la atención.

—Me temo que no será tan fácil, cariño —dije—. Beatriz me está buscando novio.

—Estoy al tanto de ello —afirmó el Moro—. Yo me resisto, pues el día que te cases te perderé.

—¿Por qué? —pregunté—. No tienes por qué perderme. Acabo de descubrir que el adulterio es la forma más refinada del placer. Lo arreglaría para que pudieses visitarme sin que mi marido se enterase. Una casada infiel es la mejor garantía para un amor adúltero: el esposo suele estar en la inopia y si hay un embarazo se le endosa. Los hombres son mucho más dóciles y fáciles de engañar que las mujeres.

Se escuchó el lejano gañido de un perro. Me arrebujié en el hueco caliente que dejaba su cuerpo mientras él me besaba con la boca muy abierta. Por una rendija del balcón penetraba la tamizada claridad de la primera aurora junto al perfume de las flores y el silbo de los pájaros.

—Creo que Beatriz ha encontrado ese hombre —dejó caer Ludovico.

—¿De verdad? Espero que sea guapo y rico.

—Tiene dinero, pero es un noble de segunda fila: el conde Ludovico Carminati de Brambilla.

—Lo aceptaré si él me acepta y no es muy mayor.

—Tiene tres años más que yo y es bien parecido.

—¿Le conozco?

—Ignoro si reparaste en él, pues estuvo en mi boda. Él sí se fijó en ti, ignorante de que eras mi amante, enamorándose según parece como un loco.

—¿Cómo lo sabes?

—Beatriz ha hecho gestiones, pues el conde vive en Milán, aunque es de Bérgamo. Es viudo sin hijos. Ella quiere presentaros y casaros cuanto antes, pero yo me resisto, pues no quiero perderte, mi amor.

—Suená bien —dije.

Tal y como pensaba, Beatriz conoció la adúltera aventura de su marido nada más cruzar el zaguán de Porta Giova. Igual que yo con ella, tenía espías entre mis doncellas, aunque no hacía falta excesivo espionaje, pues hasta los ratones de las caballerizas sabían que el señor del castillo no había salido en siete días de la cámara de su poetisa. Al día siguiente de su llegada la encontré seria a la hora del té.

—Esto no puede seguir así, querida. Nada te recrimino por lo ocurrido, pues estoy segura de que fue Ludovico quien te buscó.

—Es cierto —respondí—, pero incluso así me siento culpable. Sabiendo como sabía que me buscaba desde hacía tiempo, debí haberme ido una temporada con mis padres a Siena. No sabes cómo siento que tengas que sufrir por mi culpa. Aceptaré cualquier cosa que propongas.

—Habrá que adelantar tu boda y, mientras, buscarte alojamiento. No puedo sosegar sabiendo que mi rival duerme a diez varas.

—¿Me has encontrado esposo? —pregunté dándomelas de nuevas.

—Sí. Se trata de Ludovico Carminati, un conde viudo y metido en la cuarentena que me consta te ama.

—¿Cómo es?

—Lo sabrás muy pronto, pues esta mañana le envié un mensajero para que se presente cuanto antes en Porta Giova. Os conoceréis. Será una suerte de petición de mano.

—Como dispongas. ¿Cuándo debo partir?

—En cuanto recojas tus cosas. Ludovico pone a tu disposición y la del niño el palacio Verme, aquí, en Milán. Te mandaré noticias del encuentro con el conde Carminati cuando las tenga.

—Gracias por todo, querida amiga —concluí—. ¿Podré asistir a las reuniones culturales? Ellas me dan la vida.

—Por supuesto. Yo estaré a tu lado para que el cafre de mi esposo no haga más estropicios.

Aquella noche ya dormí en el Palazzo Verme, un aristocrático caserón junto a la plaza del Mercado, de dos plantas, con precioso jardín, que los Sforza tenían para sus invitados a los grandes acontecimientos, como bodas o bautizos, cuando no cabían en

Porta Giova. Verme tenía su propio servicio, lacayos, doncellas, ama de llaves y un aposentador, todo dispuesto para recibir a cualquier visitante. Me acompañaron Soraya, Cicerón y al tercer día Bimbo, pues el armiño se negó a comer cuando vio que su ama no estaba, emitiendo extraños sonidos que podían ser tomados por gañidos perrunos. Por ello Ludovico ordenó que me lo enviaran y fue mano de santo, pues nada más llegar y comprobar que su ama —realmente lo era, pues yo le daba de comer y lo mimaba— estaba allí, cesó en sus llantos y comió hasta hartarse.

Mi nueva residencia significó un descanso. Dormía a pierna suelta, sin la eterna incertidumbre de no saber qué iba a pasar. Me despertaba por las mañanas el cercano rumor del mercado de San Marcos: chirriar de ejes de carros que aportaban verduras de las cercanas huertas, voces de vendedores postulando sus géneros, guirigay de gentes, carromatos, gallos, perros, gatos y caballos en confusa bulla, vida, en fin. Llevando más de dos años sin ver a mi familia, invité a mis padres a pasar unos días en Milán. Les había ocultado la existencia de Cesare, por vergüenza, pero se volvieron locos cuando conocieron a su nieto, a punto ya de andar. Trajeron a Sahíz, que estaba como siempre, tan grande como un oso transilvano, la mirada bovina y el labio hendido y rezumante. Ludovico fue tan atento que pasó una tarde a visitarnos, acompañado por Beatriz, comprobando de paso cómo estaba instalada. El Moro y mi padre hablaron mucho rato en un despacho, supongo que de política. Cinco días después papá y mamá se despidieron. A las cinco semanas de residir en Verme, Beatriz me envió un billete con la noticia de que Ludovico Carminati, conde de Brambilla, había regresado de un viaje a la Campania y cenaría en Porta Giova el día siguiente a las ocho de la tarde. La nota terminaba con una curiosa indicación: «Ponte guapa. Te quiere, Beatriz».

El día de mi pedida se inició bien: mi pretendiente me despertó con flores. Una doncella me anunció la llegada de una enorme cesta con artísticos ramos de azucenas, camelias, calas y margaritas, flores blancas, símbolo de pureza, y una carta lacrada con el sello y las armas de los Carminati en la que mi segundo Ludovico me mostraba sus respetos. Hice colocar las flores en jarrones y búcaros y desayuné admirándolas, envuelta en su aroma. Di mi ritual paseo por el parque acompañada de Cicerón y Bimbo, comí pronto y ligero, reposé una hora, leí en la biblioteca prosa de Platón, consejos de Séneca y versos de Marcial, tomé un baño de sales y me puse en manos de Soraya.

Mi fiel sierva me compuso como si en vez de ir a una cena de compromiso fuese a la selección de odaliscas de un sultanato persa. Sobre mi piel desnuda iban las bragas de seda más excitantes de mi colección, una venda de gasa transparente que levantaba y embellecía mis pechos y la crujiente y almidonada enagua. Soraya eligió un traje largo muy escotado en raso carmesí bordado en oro, una capa de piel de marta cibelina, pues la tarde era helada, y esarpines de tacón alto. Llevaba el pelo recogido en una trenza ribeteada de perlas y me había perfumado con esencia de narciso y jazmín al modo sabio. Cuando me miré al espejo me sentí mayor y es que

en realidad casi lo era: tenía un hijo de ocho meses e iba a cumplir diecinueve años. Cuando llegué a Porta Giova, quince minutos tarde como corresponde a una novia que se hace valer, me esperaban ansiosos ambos Ludovicos, no sé cuál de ellos más, y Beatriz d'Este. Nos presentaron. El novio estaba tan nervioso como un crío al que rapan el pelo por primera vez y yo, que era la cría, dominaba la situación con mañas de vieja alcahueta. Besó mi mano de manera fugaz y la soltó enseguida, como si le quemara o no entendiera que iba a ser suya para siempre.

Durante la cena, en la mesa de diario que presidían Ludovico Sforza a la derecha y a la izquierda Beatriz d'Este, nos enfrentaron. Un centro de flores me ocultaba en parte de las ansiosas miradas de Carminati. Desde el principio todo fue distendido y jovial. Se habló de arte y literatura. Supe que mi futuro —si pasaba su examen, y parece que sí pues me comía con los ojos— era un bibliófilo empedernido, conocido en los ambientes cultos de toda Lombardía, cosa que de entrada me predispuso a su favor. No era muy alto pero sí fuerte, de buena encarnadura y pesada osamenta. Tenía cuarenta y dos años, una edad excelente en la que el hombre empieza a superar las veleidades de la juventud y, por lo común, comienza a utilizar la cabeza. Era más afortunado en lo físico de lo que esperaba, sobre todo recordando mi primer compromiso. El color de su piel era agradable, moreno distinguido, respirando salud; su poblado cabello castaño le blanqueaba ya en los aladares; la nariz era curva y larga, grande como debe ser en un varón; tenía los ojos negros, enormes, siendo con las pestañas rizadas e interminables lo más bonito de su rostro; la boca no era chica pero sí inodora y risueña, hallándose habitada por dientes blancos y sanos a primera vista; lo demás: frente ancha y alta, pómulos chatos, orejas de murciélago y mentón pacífico, era anodino. Destacaba en su cuello una nuez descarada y pugnaz que semejaba indómita. Dicen que la nuez, atributo masculino donde los haya, es el reflejo de la virilidad en el varón normal. De ser así se cumplía el aserto solo a medias, pues el conde emanaba un aroma antes tímido que viril. Referente a lo sensual era una garantía, pues, de lo que yo averigüé y supe por Beatriz, fue fiel a su mujer mientras vivió y se le desconocían aventuras galantes. Hizo gala de un humor fino y discreto. Cuando sonreía, y lo hacía sin tasa, se despejaban dudas e incertidumbres: vivir con aquel hombre tenía que ser sencillo y grato incluso sin amor. Con arreglo a la fama de las mesas de Porta Giova la cena fue ligera y exquisita: consumé de ave, *scampi a la griglia* y pecho de corzo de los Dolomitas al horno, relleno de setas. Al tercer vaso de vino siciliano, de la propia bodega de palacio, al conde de Brambilla se le soltó la lengua.

—Apenas te conozco, querida Cecilia —dijo—, pero pareces educada y agradable de trato, además de muy guapa. Si me aceptas, y después de una relación de cierto tiempo que serviría para conocernos mejor, me casaré contigo.

Callé, pues sus palabras parecían la mejor opción. Además preferí escuchar a los casamenteros.

—Me parece una excelente idea —dijo el Moro.

—¿Qué tiempo duraría esa relación? —intervino Beatriz, algo inquieta.

—Realmente lo marcaría Cecilia —terció el conde—. Estoy seguro de que a mí me bastará con pocos días para amarla de veras.

Todos me miraron. Sé que lo correcto hubiera sido que me ruborizara, pero por más esfuerzos que hice no lo logré. Miré al que iba a ser mi esposo. Sabía ya lo suficiente de la vida como para no esperar ningún príncipe azul. Aquel varón de facciones corrientes tenía sentido del humor, era educado, sencillo, culto, suficientemente rico y, tal vez, un buen amante. Con el tiempo, quizá descubriera interesantes facetas de su personalidad más valiosas que la belleza física. Además, un hombre guapo en exceso es tan peligroso como la santabárbara de un navío de guerra a tiro de uno de los cañones de Leonardo da Vinci. Poseía sobre todas una virtud poco corriente en un hombre: la indulgencia necesaria para aceptar como esposa a la que había sido amante de otro, tenía un hijo de él y tal vez seguía amándolo. Le observé de nuevo: sofocado por el vino y la inquietud de un posible rechazo, me sonreía. Le hubiera dado el sí en aquel momento, pero quise alimentar la incertidumbre.

—Me encantará conocerte mejor, querido Ludovico —dije con el oficio que me prestaba ya el lidiar con hombres mayores desde los diez años—. Mi protector hasta aquí permitirá que me visites en el Palazzo Verme, donde, vigilados por mis doncellas, sabremos un poco más de nosotros mismos.

—Cuentas con mi permiso para cortejar a mi protegida —concedió Sforza—, pero antes de seguir, querido amigo, es preciso que garantices por escrito que prohijarás a Cesare, su pequeño hijo.

—Sin duda, sin duda —se apresuró a decir el conde—. Si todo sale como pretendo, lo adoptaré y todo lo mío será de mi mujer y de los hijos que haya con ella.

Es evidente que sabía, como todo Milán, quién era el padre del niño. Sabría también, igual que el último mendigo en la ciudad, que Cecilia Gallerani era hasta allí la amante dilecta del poderoso Sforza, su favorita. La cena terminó en medio de charla insustancial, con miradas a mi futuro buscando inéditos detalles de su fisonomía u ojeadas golosas de él hacia mi escote. Tras los postres nos trasladamos a un saloncito donde, a favor de los vapores de un licor de moras destilado en la casa, Ludovico Carminati de Brambilla, luego de admirar mi figura y una pulgada de tobillo que dispuse para él aviesamente alzándome la falda al sentarme, aseguró estar loco por iniciar el noviazgo cuanto antes. Me habló de su hacienda en Bérgamo, de sus pinares, de sus perros de caza, de un delicioso bosquecillo de hayas y robles de su propiedad, de su pasión por los manuscritos antiguos y de su colección de libros impresos con el invento de Gutenberg. Aseguró que su mejor proveedor de rarezas bibliográficas era un librero de viejo de Florencia, curiosamente el mismo que yo conociera a mi paso por la villa del Arno. Al despedirnos dejé que me besara en las mejillas para permitir que me rozara y aspirara mi aroma. Segura estoy de que, de haber hablado de boda al día siguiente, habría aceptado tras nombrarme su heredera universal. Habló de dejarme en Verme con su carroza, pues le cogía de paso, pero

Ludovico el Moro, muy en su papel de guardián del tesoro del arca de la Alianza, no lo permitió y uno de sus carruajes custodiado por gente armada me llevó al *palazzo*.

Mi noviazgo duró seis meses, pues al final la boda se fijó para el 15 de julio. Ludovico, mi prometido, venía a visitarme todos los días al caer la tarde. Paseábamos por el parque cogidos de la mano si el tiempo era bueno o charlábamos en algún salón. Su charla era agradable, pues era cultivado, sabiendo enseñar y también escuchar. No era pedante, exhibiendo sus conocimientos si se le preguntaba. Nunca quise que nos vigilara nadie y además no hubiera hecho falta, pues, en todo aquel tiempo, mi novio no pasó de tentarme más allá de las manos. La verdad es que no me habría importado que lo hiciera y es que, a medida que iba conociéndolo, me gustaba más incluso físicamente. No sabría definir aquellos sentimientos. No era todavía amor, sino una mezcla de ternura, lástima y cariño casi filial hacia aquel hombre bueno, nada que ver con la pasión que aún me inspiraba el otro Ludovico. El Moro vino a verme varias veces, siempre sin avisar, la última tres días antes de la boda, cuando estuvo a punto de tropezar con mi pretendiente al entrar al palacio, pues él salía. Nos amábamos lo mismo que dementes furiosos, con la complicidad de Soraya. Terminado el amor, obligaba a mi amante a tomar un baño caliente, frotándole yo misma con jabón y estropajo para que Beatriz no detectara en él mi perfume ni los aromáticos efluvios de la batalla incruenta.

Gracias a aquella precaución, mi buena amiga, a la que veía cuando asistía a las tertulias palaciegas sforcescas, permaneció ignorante de las recientes travesuras de su esposo. El tema de conversación aquellos meses fue la caída de Granada en manos cristianas y la expulsión de los judíos de España ordenada por Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, título que les adjudicó el anciano papa Inocencio VIII por su larga lucha contra los infieles. A partir de mayo del 92, muchos de los cien mil hebreos exiliados se establecieron en Italia, sobre todo en Roma y en Milán. La expulsión y el maltrato a los semitas no era algo nuevo. Se daba en Alemania, Italia, Francia, Rusia y, unos años atrás, en Inglaterra, donde fueron perseguidos y muchos ajusticiados en terribles pogromos. También se habló de los judíos en las reuniones culturales. Leonardo y Bramante aseguraban que se trataba de una raza astuta pero inofensiva, siendo su astucia e inteligencia obligado colofón de tantos años de persecuciones y matanzas. Bernardo de Castiglione y Niccolo da Corregio opinaban, al contrario, que era un pueblo estigmatizado, resentido, cuyo único afán era el dinero y el dominio político. El Moro los consideraba más inteligentes de lo normal y más cultivados, siendo uno de sus físicos de aquella raza. Beatriz y yo nos poníamos de parte del pueblo hebreo, sin considerarlo responsable de la muerte de Cristo en la que intervinieran sus antepasados. En cuanto a Blanca María Sforza, no se definía en aquella cuestión. Lo que sí hizo fue congeniar conmigo hasta estar más unidas que nunca.

Con arreglo a los planes previstos, en la capilla del Palazzo Verme y en la fecha indicada, me casé con el hombre que me iba a hacer suficientemente feliz durante

más de veinte años. Mi intención fue vestir de manera discreta, pero el conde de Bambrilla se empeñó en que la novia debía ir de blanco. Añadiré que no fui desnuda al matrimonio: mi padre me dotó con cuatro mil ducados milaneses de oro y mi madre aportó para mí un ajuar principesco.

San Giovanni in Croce, a 5 días de agosto de 1536

Ha pasado tres días en el castillo de San Giovanni mi vieja amiga Isabel d'Este, la hermana mayor de la infortunada Beatriz, la breve duquesa de Milán que me disputara a Ludovico Sforza. Parece que haya trascurrido un siglo desde su boda con Francesco, a la que asistí de la mano de mi amante il Moro. Recuerdo como si fuese ahora la luz de Mantua en los atardeceres y la brumosa claridad de sus mañanas, cuando la niebla que nacía del río bañaba sus torres rojas y desdibujaba las cúpulas de sus iglesias y palacios. Una tarde visité el templo redondo de San Lorenzo, aquella joya en ladrillo rojizo de cuatrocientos años, y me sentí pequeña. Isabel, que tiene nueve años más que yo, no los aparenta en absoluto. A sus setenta y dos años camina erguida, es capaz de correr y saltar, duerme de maravilla y come de todo. Yo, con sesenta y tres, me arrastro igual que un caracol, no suelo pegar ojo y me cae todo mal si me da por sentarme a la mesa. Según opinaba Leonardo, llegar a la vejez es función de la herencia y de una vida ordenada, sin excesos, sobre todo a la hora de comer y beber. Andreas Wessel sostenía que, en contra de lo que pudiera suponerse, los comilones, los que se regalan el cuerpo a diario con manjares en grandes cantidades, viven menos que los austeros que ignoran la carne, pasan necesidad o se alimentan frugalmente.

—Te encuentro muy bien, querida —dije delante de una taza de caldo de gallina, mi alimento preferido pues apenas me quedan dientes.

—Gracias a Dios, no puedo quejarme —aseguró Isabel.

—Te envidio. Como ves, estoy hecha una ruina.

—En cuanto a mí, no es oro todo lo que reluce —reconoció ella—. Me fatigo cuando camino un cuarto de legua, doliéndome todas las coyunturas si cambia el tiempo.

Cambié de tema, pues era triste evocar mis miserias.

—Me encanta tu perfume. Es el mismo que usaba Antonella Gonzaga.

—Narciso y almizcle blanco —corroboró—. Ya no puedo cautivar a ningún hombre, pero me complace recordar que lo amaba Francesco, mi marido. Sé también que, estando embarazada de Cesare, se te antojó y tuviste que enviar a un mensajero a buscarlo a nuestro perfumero, allá en Mantua.

—En la Piazza Sordello —confirmé—. Fue cosa de Ludovico Sforza, que por entonces me mimaba como a la más bonita de sus yeguas. Yo, desde que se murió mi otro Ludovico, apenas lo uso. Ahora, sin nadie que conquistar, me lavo con jabones normales y utilizo el agua de la fuente. ¿Fue tu único hombre, verdad?

—¿Te refieres a Francesco?

—Sí, aquella gran persona.

—Es la pura verdad. Te confieso que solo él me tocó y fue el padre de mis ocho hijos. Y añadiré que nunca eché en falta a otro varón a pesar de que, cuando murió, todavía estaba de buen ver.

Enmudecimos. Apareció Soraya con un servicio de té y pastas de las monjas, nuestra cena.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Isabel cuando la esclava desapareció, haciendo un gesto con la cabeza.

—Lo ignoro. Ella tampoco lo sabe con certeza. Afirma que mi abuelo la compró cuando tenía catorce años. Yo aún no había nacido. Supongo que estará en torno a los ochenta.

—¿Nunca tuvo hijos?

—No, que yo sepa. Antes de ser vendida tuvo un aborto.

—Resulta extraño que en tu casa, siendo moza y guapa, no la dejara embarazada alguien —dijo la marquesa de Mantua—. Son raros los casos de esclavas jóvenes y bonitas que no sean preñadas por sus amos. En la mía, mis hermanos y primos desfloraban a todas las siervas recién compradas salvo que fueran feas de solemnidad.

—No en mi hogar —afirmé—. Soraya no era mal parecida, pero mi madre prohibió a mi padre y hermanos que se acercaran a ella.

Hubo un nuevo silencio. Del jardín penetraban por el balcón abierto el aroma del dondiego de noche y el canto de los grillos. Hacía mucho calor.

—Tenemos varias cosas en común —aseguró Isabel—: gustamos de idénticos perfumes y a ambas nos retrató el gran Leonardo.

—No sabía que te hubiese pintado —contesté.

—Fue tras dejar Milán, durante la temporada que pasó en Mantua.

—¿Conservas el retrato?

—Como un tesoro.

—¿Es un óleo?

—No. Se trata de un dibujo sobre cartón a plumilla y punzón de plata. Está en mi habitación del castillo de San Giorgio, junto a un *Cristo en la cruz* de Andrea Mantegna. A pesar de estar inacabado, lo valoro más que el que me hizo Vecellio Tiziano. Pero no es nada comparado con el tuyo, aquella joya. ¿Lo conservas?

—Por supuesto. Costó trabajo convencer a Ludovico el Moro de que me lo dejara cuando, tras mi boda, abandoné Milán. ¿Quieres verlo?

—Me gustaría.

La llevé renqueando al testero del salón principal donde *La dama con l'ermellino* evocaba a una Cecilia Gallerani con diecisiete años. La luz crepuscular aumentaba la irreal belleza de la pintura, para muchos la mejor obra salida del pincel de Leonardo da Vinci. Las dos admiramos la tabla en silencio.

—No me extraña que mi cuñado no quisiera cedértelo. Es precioso, tanto como lo eras tú cuando te retrataron.

—Me harás llorar...

—Lo digo como lo siento. No he visto una mujer de esa edad con la luz que tenías en los ojos, el brillo de la piel y el atractivo de tu cuerpo. Los hombres se volvían locos por ti, por hacerte suya.

—No digas eso.

—Sabes que no exagero. Supongo que Ludovico sería ya tu amante.

—No me gusta hablar de cosas íntimas.

—Enamoraste a Francesco...

—¿A tu marido?

—No te hagas de nuevas. Fue en aquella boda a la que yo falté, la de Gian Galeazzo e Isabel de Nápoles. Sé que os sentaron juntos.

—Ahora recuerdo... —dije—. Estaba también Lorenzo de Medici. Pero no hubo nada especial entre el que entonces era tu prometido y yo. Hasta lo trataba de usted. Francesco se limitó a alabar mi belleza y a invitarme a sus cercanas bodas.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Pues volvió a Mantua loco por ti. No paró de nombrarte y fue a esperarte a la puerta de la ciudad por la que entraste con mi cuñado Sforza.

—Dramatizas —me defendí—. Si es verdad lo que dices, fue con mi absoluta ignorancia. Además, tu marido, que en paz descanse, no era mi tipo. Ni siquiera sabía que fuese mujeriego.

—Lo era. Todos los hombres casados lo son y a la cabeza de todos están los Sforza. Desgraciada familia...

—¿Desgraciada por qué? —pregunté.

—Se creían los amos del mundo, señores de vidas y haciendas. Se mataban el uno al otro, tomaban a las mujeres que deseaban, casadas o solteras, miraban a los demás por encima del hombro, despreciaban a los D'Este y Visconti, a los Gonzaga y Medici...

—Ludovico el Moro no era así.

—Sería la excepción que confirma la regla. Tanto orgullo y tanta infamia los perdió. Mira hoy la situación: el duque de Milán es el emperador Carlos y la Lombardía pertenece a España. La pobre y chica Mantua, en cambio, se mantiene independiente y mi hijo es duque.

Miré a la anciana y rencorosa dama. Desde luego tenía mucha razón. Quizá desahogara en mí, amante de un Sforza, el odio soterrado durante muchos años hacia la otrora poderosa familia. Hablamos de las mil lascivias, engaños, asesinatos, adulterios, muertes, abortos e iniquidades que rodearon a aquella extirpe milanese desde Francesco I Sforza hasta Francesco Sforza II, sobrino de Isabel, el hijo de Beatriz que yo viera nacer, último duque italiano de Milán, muerto el año anterior. Isabel partió a los tres días rumbo a Turín, donde dos hijas suyas, Hipólita María y Paola Gonzaga, eran monjas en un convento de clausura.

Mi boda fue sencilla. Después de una ceremonia que ofició el cura de Santo Stefano, una iglesia aledaña al Palazzo Verme, nos reunimos en un banquete íntimo Ludovico el Moro, su mujer Beatriz y su sobrina Blanca María como delegación de los Sforza; por parte de los Gallerani estaban mis padres, mis abuelas Teresa y Leonor, mis hermanos Fazio, Antonio, Nicolo y Paola y, representando a nuestra servidumbre, Soraya y Sahíz; Leonardo, Bramante, Bellincioni y Luca Facioli asistieron en nombre de la corte de Porta Giova y testificaron por mi parte. Por los Carminati estuvieron los ancianos padres de Ludovico y sus hermanas Silvia y Constanza, ambas solteras y para vestir santos, pues las dos habían cumplido ya los treinta y cinco años.

No merece la pena hablar de las viandas, pero sí mencionar que corrió un vino que nos alegró a todos. A los postres, una muestra de los mejores quesos de la región que encabezaban Parma y Gorgonzola, hubo música, cánticos y baile. Quiso mi marido que participara la servidumbre y terminamos cantando y danzando todos juntos. Mi madre hizo sonar la cítara, mi hermana Paola sopló la flauta y yo tañí la lira y canté hasta enronquecer. Beatriz d'Este se veía feliz, la inocente, al pensar que ganaba un marido para ella sola; Ludovico Sforza bailaba con las hermanas feas de Carminati sin dejar de mirarme, Sahíz lo hacía con Soraya, mis hermanos entre ellos, y yo, la señora condesa de Brambilla, danzaba con mi flamante marido *frottole* venecianas y *passacaglias*.

De mi noche de bodas diré que nada tuvo que ver con aquella en la que fui mujer. Mi primer Ludovico era intrépido amando, apasionado e innovador, siempre en pos de la caricia más arriesgada e impensable, al cabo que el segundo tiraba hacia lo clásico, siendo partidario del orden establecido y de no salirse de los cauces. Envueltos en las tinieblas de la cámara —pues fue noche sin luna y sin estrellas— e inmersa en la vorágine del sexo no fue difícil confundirlos e imaginar que era el Moro quien penetraba en mí como daga en manteca caliente. Solo ocurrió una vez, pues mi marido había bebido demasiado y el amor y el vino son tan opuestos como el fuego y el agua, por lo que no hubo lugar para el placer. La sorpresa vino al amanecer: mi nuevo dueño me despertó besándome los pies, me acarició por todas partes y me cubrió con tanto arte que logró que, ahora sí, me evadiera del mundo.

Nuestro viaje de bodas fue largo e interesante, mucho más de lo que había supuesto. Fuimos primero al castillo de Carmagnola, un pequeño pago turinés casi al pie de los Alpes. Se trataba de una fortaleza, antigua propiedad de los Sforza, que Ludovico puso a mi disposición y a la de su hijo Cesare. Era espaciosa, cómoda, y contaba con un pequeño parque asilvestrado. Nos esperaban en el portón, al lado de un puente levadizo, el mayordomo, una robusta ama de llaves, dos lacayos y las doncellas, criadas y cocineras. Tras pasar en la mansión cuatro noches, instalarnos, conocer a la servidumbre, pasear por el pueblo para mostrarnos a los pocos vecinos y

dejar al pequeño Cesare —que ya caminaba— bajo el cuidado de Soraya y una niñera, partimos hacia el sur.

Una diligencia condal nos llevó a Génova, que vimos muy despacio, y, siguiendo la costa y con calma, a Rapallo, La Spezia, Pisa, Livorno, Grosseto, Civitavecchia y Roma. Fue una delicia. Dormíamos en posadas a la orilla del mar en lugares como Santa Margherita Ligure, Viareggio o San Vincenzo. En muchas partes nos tenían por pareja desigual y en las demás por padre e hija, hasta el punto de que, en Marina de Castagneto, Ludovico tuvo que darse a conocer como conde de Brambilla y mostrar los papeles que acreditaban nuestro matrimonio. Pero ni él ni yo nos molestábamos: resulta edificante que las gentes humildes velen aún por las buenas costumbres. En cuanto al comportamiento marital de mi esposo, fue más que amable: siempre pendiente de mí, dándome todos los caprichos, regalándome flores a diario y, referente al lecho, amándome con el mismo tacto, delicadeza y *savoir faire* que un orfebre emplea para engastar brillantes.

Estuvimos en Roma dos semanas. No se habían apagado los ecos de la muerte de Inocencio VIII, el 25 de julio de 1492, y cientos de crespones negros adornaban la urbe en señal de condolencia por aquel papa corrupto y anodino pero italiano, el primer pontífice que reconoció públicamente a sus hijos ilegítimos. La lucha por sentarse en el solio pontificio se presentaba feroz, habiéndose anunciado un inminente cónclave. De los veintitrés miembros del Colegio Cardenalicio sonaban los nombres de Ascanio Sforza, mi obeso amigo y «cuñado» milanés, el veneciano Cibo, pariente del papa muerto, el napolitano Giuliano Della Rovere y Rodrigo Borgia, canciller vaticano y purpurado por Valencia. Las posibilidades de Borgia, una italianización del español *Borja*, no eran muchas al tratarse de un extranjero, pues, desde el cisma de Avignon, los papas eran italianos con pocas excepciones, una de ellas la de Calixto III, Alfonso Borja, tío de Rodrigo.

Ascanio Sforza no consintió otra cosa que no fuera alojarnos en su casa, una espléndida mansión en Monte Mario, el exclusivo distrito romano. Hasta que se inició el cónclave, el 3 de agosto, cuando nos dejó para trasladarse al Colegio Cardenalicio y enclaustrarse con los demás cardenales, hablamos mucho. Mi marido, un hombre muy de iglesia y cumplidor de sus preceptos, estaba interesado en todo lo relacionado con la elección del papa. Tanteó al cardenal sobre la cuestión candente: quién sería el elegido, pero Ascanio no soltó prenda. Solo dejó entrever sus preferencias de modo tangencial cuando afirmó:

—Tal vez los Borgia y los Sforza emparenten dentro de poco.

Callamos. Sabía que Rodrigo Borgia tenía un hijo casadero, pues César, el otro, era religioso. Tal vez pensaban casarlo con Blanca María Sforza tras anular su matrimonio con el bastardo húngaro.

—Blanca María es una gran muchacha... —dije.

—Ella no es la novia —aseguró Ascanio—. Hablo de un novio: Giovanni Sforza, señor de Pésaro.

—Ignoraba que el canciller Borgia tuviera hijas —intervino Ludovico.

—Cuenta con una, Lucrecia, que ha cumplido ya doce años.

—No conozco a Giovanni, ¿quién es? —pregunté.

—Es primo mío —aseguró el cardenal—. Pertenece a la rama de los Sforza que descende de Alessandro, hermano pequeño de Francesco, hijo como él de Muzio Attendolo Sforza, el condotiero, fundador de nuestra estirpe.

—¿Qué edad tiene? —quise saber.

—Debe andar por los veinticinco —me informó el religioso.

Fue todo lo que pudimos sacar, en cuanto al cónclave, del bueno y discreto Ascanio Sforza. Sin duda —pensamos— él y Rodrigo Borgia habían llegado a algún entendimiento para apoyarse mutuamente en la elección del papa. Gastamos los días romanos que nos quedaban en recorrer la urbe con las huellas de su pasado imperial, disfrutamos de los figones del Trastevere y partimos a Nápoles. Nos alojamos allí en el palacio real, junto al puerto, con preciosas vistas a la bahía de las Sirenas y al Vesubio humeante. El inquilino del palacio era Ferrante o Fernando, hijo bastardo de Alfonso V de Aragón, el Magnánimo. En dos años, desde que lo conociera en Milán con motivo de la boda de su nieta Isabel con Gian Galeazzo Sforza, había envejecido tanto que apenas se tenía en pie. Alfonso, el príncipe heredero, padre de la duquesa de Milán, era quien llevaba las riendas del gobierno. El tema de conversación en aquella depravada corte, pues Ferrante tenía concubina y Alfonso engañaba a su mujer con la primera que se pusiese a tiro, era el peligro de invasión francesa, empeñado Carlos VIII en reclamar Sicilia y el sur de Italia como viejo legado de los Anjou. Se habían visto galeras y otras naos de la armada gala patrullando el Tirreno y hubo amagos de desembarco en Tierra de Labor, al sur de Salerno. Era por ello que Alfonso reclamaba la ayuda de sus parientes españoles, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, para el caso de un ataque francés.

El amor de mi esposo, en el ambiente cálido y sensual de la hermosa Nápoles, se sublimó. Me tomaba a diario, lo mismo que si tuviese veinte años, desviviéndose en atenciones propias de un galán enamorado. Compró al mejor joyero napolitano un collar de coral de cinco vueltas que no era para el cuello, como pensé, sino para rodear mi desnuda cintura y amarme con él puesto. Tomó la costumbre, una vez en semana, de arreglarme las uñas de los pies y pintármelas. Yo le dejaba hacer envuelta en un gozo que iba a más y me hacía olvidar, poco a poco, las mañas de Ludovico Sforza. Recorrimos la antigua ciudad desde los barrios humildes y el Posillipo a la playa de la Mergellina, sin olvidar el templo donde veneraban la sangre de San Genaro, patrón de la urbe del que Ludovico era devoto. Una tarde nos cruzaron en barca al vecino islote donde se halla el Castel dell'Ovo, la anciana fortaleza donde, según Virgilio, la estructura es mantenida por un simple huevo oculto en los cimientos. Visitamos la costa hasta Amalfi, subimos en burro al Vesubio y recorrimos Capri e Ischia. Terminando agosto, un barco de la flota real nos dejó en Palermo.

La isla, que era de dominio aragonés, me volvió loca por su rara belleza.

Visitamos Palermo, Monreale, Trapani, Marsala, Agrigento, Siracusa, Catania y Mesina, casi siempre por mar, siempre rodeados de atenciones por parte de las autoridades españolas, alcaldes sicilianos y barones locales que, recordando quizá la época angevina y las Vísperas sicilianas de hacía dos siglos, se acomodaban mejor al dominio español que al francés. La luz meridional era tan intensa que producía una especie de cegador deslumbramiento que, paradójicamente, impedía ver las cosas. Las flores olían de forma diferente que en el norte, y sus aromas, puros y penetrantes, embalsamaban el aire sobre todo en las noches, noches tibias y calmas de Siracusa, Trapani, Catania o Taormina. El calor del verano excitaba los sentidos, favorecía la desnudez y preludiaba un amor lento e ilustrado. La alegría de los sicilianos y el bullicio estimulaban la vigilia, al contrario que el fragor de grillos y cigarras, que adormecían alma y cuerpo. El cielo siciliano nada tiene que ver con el lombardo, brillando las estrellas y luceros con la misma intensidad que, dicen, lo hacen en el desierto. Lo mismo que la luna, grande, blanca, arrugada, iluminando los campos con su luz de plata. Hasta el vino sabía distinto y era fuerte, provocando embriaguez mucho antes que en Milán. Al regresar a Roma, a mediados de septiembre, empecé a vomitar.

La noticia de mi embarazo pasó a un segundo plano ante el acontecimiento del año: la elección del papa Borgia, el pontífice español que había tomado el nombre de Alejandro VI, y la designación de Ascanio Sforza como su canciller. Supimos los pormenores de lo acontecido y los entresijos del cónclave por Ascanio, que de nuevo nos alojó en su mansión de Monte Mario. Esta vez estuvo más locuaz. Tal vez contribuyese a ello el vino de Caltanisseta —un tonel con treinta azumbres que le llevamos de Sicilia— con que nos regalábamos en las cenas.

—Se comenta que hubo varias fumatas negras antes de la elección del cardenal español —dijo Ludovico.

—Once exactamente —aseguró Sforza—. Precisándose para ser elegido los dos tercios del cónclave y siendo veintitrés los cardenales, hacían falta dieciséis votos. La lucha por ellos fue tenaz desde el principio. Pero, antes de seguir, os ruego discreción —añadió mirando a todas partes.

—Cuentas con ella —dijimos a la vez.

—En la primera votación el más votado fue Della Rovere, que consiguió siete votos, seguido por Cibò, que obtuvo seis, y quien os habla, que logró cinco. Borgia ganó solo cuatro y el voto que faltaba fue para Piccolomini. Esto era el 6 de agosto. En días sucesivos y votación a votación, a veces dos al día, Rodrigo Borgia fue ganando posiciones hasta que en la mañana del 11 de agosto se produjo la fumata blanca al conseguir las dieciséis papeletas necesarias.

—Sabes como nosotros —dijo Ludovico— que el rumor en la calle es de simonía de más de un cardenal, y de sobornos. Se habla también de compra de votos a cargo de Borgia, que habría ganado de esa forma la voluntad de muchos.

—No es toda la verdad —sostuvo Sforza—. Simonía y sobornos ha habido

siempre. El nuevo papa ha sido canciller durante muchos años y conoce mejor que nadie la problemática vaticana. Cuenta además con la amistad de España, país que muy pronto será árbitro en la escena europea. Es cierto que a sus conocimientos y relaciones une el ser buen diplomático y haberse ganado la amistad de casi todo el Colegio Cardenalicio.

—Y también el odio de los recalitrantes —dijo mi marido.

—Cierto —certificó Ascanio—. De hecho los ocho cardenales más poderosos, léase Della Rovere, Piccolomini, Medici, Caraffa, Costa, Basso, Zeno y Cibò se mantuvieron firmes contra el valenciano.

—Un momento —intervine—. No me salen las cuentas. Dijiste que hacían falta dos tercios de los votos para ser elegido. Con ocho en contra, jamás se pueden obtener los dieciséis necesarios.

—Además de preciosa, querida Cecilia, eres inteligente —dijo el canciller.

—Tampoco es para tanto —respondí—. Sé sumar.

—La única explicación es que uno de aquellos ocho cambiara de intención en la última votación —dijo Ascanio.

—O lo que es lo mismo: fue comprado por Borgia —apuntó Carminati.

—No es tan sencillo. El actual papa es muy querido en Roma, ciudad que ama. Si fuese problema de dinero, habría ganado Della Rovere, mil veces más rico que Borgia. Está claro que yo lo apoyé desde el principio, pues creo en él. No niego que a cambio del favor he sido nombrado canciller.

Quedamos en silencio. Lo mismo que la niebla a mediodía, todo iba aclarándose: también la boda entre una Borgia y un Sforza para sellar la amistad entre aquellas familias.

—¿Y no ha pesado la vida amorosa del nuevo papa? ¿El hecho de que viva amancebado y tenga un escuadrón de hijos ilegítimos? —preguntó Ludovico.

—En la actual Italia, dar muestras de virilidad es un mérito incluso para un religioso —aseguró el flamante canciller—. Por otra parte, casi todos los cardenales tienen coimas o mantienen queridas.

—Por lo que se ve, tú eres la excepción —aventuré.

—El mérito no es mío, querida. Las mujeres no me quieren y, además, en este momento de mi vida me interesan otras cosas antes que el sexo.

—¿Por ejemplo?

—Acabar con la inmoralidad que sin duda representa un religioso amancebado y dar un vuelco a esta ciudad sumida en la criminalidad y el caos —dijo Ascanio Sforza—. El papa quiere limpiar la urbe de ladrones y sicarios, ajusticiando a los reos convictos y reorganizando la ciudad en distritos a cargo de un plenipotenciario que imponga el orden. Queremos perseguir el latrocinio, la usura y la corrupción a todos los niveles. Los martes, desde hace un mes, Alejandro VI dedica varias horas a escuchar a cualquiera que pretenda exponerle sus quejas. Estamos acogiendo a muchos judíos expulsados de España a cambio de un impuesto de permanencia, lo

que redundará en sanear nuestras vacías arcas.

—Y en cuanto a la boda entre Lucrecia Borgia y Giovanni Sforza, ¿se concreta por fin? —pregunté harta de escuchar buenos propósitos.

—En ello estamos. Os diré una primicia: Lucrecia y Giovanni se verán en esta casa el sábado que viene, dentro de cuatro días. Conocer a su futuro es una condición que pone la novia.

—La comprendo —dije pensando en mí misma.

—Vendrá acompañada por su madre y hermanos y quizá asista el papa. Cuento con vosotros.

* * *

Lucrecia Borgia era una muchachita que aún no había reglado cuando la conocí. Andaba metida en los doce años, pero no los aparentaba. Parecía una muñeca de porcelana japonesa: carita perfecta, ojos grandes y azules, boca roja demasiado pintada, senos de corza que apenas apuntaban en el traje y cabellera rubia que era lo más bonito de su cuerpo. De todas formas allí había materia, pues era más alta de lo normal para su edad y las caderas comenzaban a modelarse conformando ese óvalo sensual que enloquece a los hombres. Por lo demás era callada, incluso taciturna, como si quisiera revelarse contra su destino o tuviera un secreto, quizá un oculto amor de juventud o, mejor, de infancia. Giovanni Sforza, que había viajado a Roma desde Pésaro, era un típico miembro del clan milanés: alto, delgado, moreno agitanado, de ojos grandes y negros y pestañas inmensas. Se armaba con daga veneciana y, en conjunto, no tenía mal aspecto. Un rictus de desencanto le afeaba el rostro. Daba la sensación de haber dejado atrás un negocio de altura o una mujer ya hecha, nada que ver con aquel esbozo femenino que le deparaba la fortuna, una hembra en agraz que precisaba para madurar tres buenas cosechas de Valpolicella, el célebre vino del Véneto.

No vinieron el papa Borgia ni Jofre, el más pequeño de sus hijos, pero sí Vannozza Cattanei, la madre, con sus otros vástagos Juan y César. Juan, el mayor, era un mocetón de dieciocho años, alto y delgado, de pelo castaño azafranado resuelto en rizos. Iba armado con espada, algo raro de ver en Milán, pero que en Roma era corriente. Siendo verano vestía calzones cortos, acuchillados, calzas altas con espuelas de estrella y jubón de seda desabrochado que dejaba ver en su velludo pecho una cruz de oro. Juan, como primogénito, había sido destinado a la milicia, y era capitán general de los ejércitos pontificios. Confirmó la fama que traía de mujeriego mirándome con descaro a los pechos desde que cruzó el umbral del salón donde nos encontrábamos, incluso antes de las presentaciones.

César, el segundón, era a sus diecisiete años obispo de Pamplona, en Navarra, simoniaco cargo propuesto por su padre que le proporcionaba pingües congruas.

Vestía la roja sotana episcopal y llevaba la cabeza descubierta, quizá para presumir de su cabellera pelirroja. Sus ojos eran castaños, su nariz larga y recta, la boca jugosa y el bigote más rojo que el cabello. Lucía una perilla que era más una agresiva línea de pelo rucio bordeando la mandíbula. Era fuerte, atlético; practicaba la esgrima, la tiente de vacas bravas —maña de raíz hispana que amaba— y otros deportes. César se sabía guapo, rumoreándose que a su tierna edad tenía varias amantes. Espejo en el que mirarse, desde luego, había. Según nos contó Ascanio, ambicionaba la suerte y el destino de su hermano, pues su gran pasión era el ejército. No apartó su vista de mis caderas desde que me vio. La indiscreción era tan ostentosa que logró hacerme enrojecer, notándolo mi marido, quien se molestó aunque calló prudentemente. Por media mirada como aquella brillan los aceros en Sicilia y, según dicen, corre en España la sangre.

He dejado para el final a la madre del clan de los Borgia, Vannozza Cattanei, una mujer de la que poseía información sesgada que Ascanio Sforza me aclaró. Tendría cincuenta años, once menos que su amante el pontífice. Seguía siendo bella, aunque las arrugas depreciaban sus rasgos clásicos y proporcionados: nariz recta, boca delicada, pómulos chinescos y ojos claros. Algo fondona ya, nuestro informador aclaró que no se trataba de una vulgar lagarta, como se afirmaba en Milán, sino de la hija de un patricio romano, Jacopo de Candia, conde de Cattanei, de noble casa. Al parecer su estrella comenzó a declinar poco antes de ser elegido papa su amante, quien, todo esto *sotto voce*, se entendía con una nueva querida, Giulia Farnese, una jovencísima mujer casada con Orsino Orsini. El escándalo en Roma era mayúsculo, pues el pontífice había instalado a su nueva conquista, a la suegra de Giulia y a su hija Lucrecia en un palacio aledaño al Vaticano donde poder visitarla sin peligro. En cuanto a Orsini, se trataba de un bizco complaciente que medraba en la corte papal a cambio de cerrar el ojo sano.

Ludovico y yo quedamos con las ganas de conocer a Alejandro VI, un hombre que debía estar dotado de un encanto especial que atraía a las mujeres, pues de otra forma no se entiende que una joven belleza de dieciocho años, como Giulia, abandonase a un poderoso Orsini por un viejo sesentón por muy papa que fuese. Tras las presentaciones, que efectuó con mucha ceremonia el canciller Sforza, dialogamos en grupo mientras nos servían una taza de té. Lucrecia y Giovanni —los prometidos— se fisgaron sin disimulo hasta que, por iniciativa del joven Sforza, fueron a pasear por el jardín. Yo hablé con César, un mozo petulante y engreído, muy pagado de sí, que se encontraba incómodo dentro de sus ropajes eclesiásticos y seguía devorándome con los ojos. Charlé después con Juan y con su madre, una mujer que se veía cansada, mortificada por las veleidades de aquel Rodrigo Borgia al que entregó su vida y que ahora la abandonaba por una jovencita. Por fin, casi al final, cuando ya se iniciaba el crepúsculo, cogí del brazo a Lucrecia y la llevé a la galería posterior de la mansión, desde la que se contemplaba una hermosa panorámica de Roma.

—Eres muy guapa, muchachita —dije.

—Gracias, señora —respondió.

—Será mejor que me tutees —le pedí—. Solo tengo diecinueve años. ¿Qué te parece tu prometido?

—Mi opinión no cuenta —dijo arisca—. He de obedecer a mi padre.

—No veo por qué. A mí también quisieron casarme cuando tenía tu edad y me opuse.

Me miró de hito en hito. Era de verdad guapa y pronto se convertiría en una deseable mujer.

—No conozco esa historia —dijo ladeando la testa.

—Se parece a la tuya, pero es diferente: mi futuro era un hombre mayor, feo y sin dientes, y Giovanni es un hombre apuesto y yo diría que guapo.

—¿Eras ya amante de Ludovico Sforza? —preguntó con descaro.

—Aún no le conocía.

—¿Sigues siéndolo?

Me molestó tanta desenvoltura en una mocosa que aún no tenía el periodo, pero me contuve. Siempre es mejor, en cualquier discusión, tener la cabeza fría y contar hasta diez antes de hablar.

—Mi relación con Ludovico Sforza fue de amor mutuo —contesté al cabo—. Ahora soy una mujer casada y aquello terminó. Es por ello que debes pensarlo antes de dar un paso en falso. El matrimonio es para siempre.

Debí decepcionarla, pues, en infantil mohín de disgusto, como la niña que era, arrugó la nariz y quedó allí, de pie, mirando al infinito.

—Después de todo un Sforza no es mal partido —continué—. Si te casas con Giovanni, emparentarás con una familia poderosa y serás señora de Pésaro.

No dijo nada. Seguía enfurruñada, con el ceño fruncido.

—¿Lo dejaste o te dejó él? —preguntó al fin.

—Ludovico Sforza estaba casado —expliqué.

—Es verdad, con Beatriz d'Este —siguió con voz cansina—. Lo había olvidado. Viéndote, no entendía que un hombre en sus cabales pudiera dejarte. Si es que te ha dejado...

—Esa es otra historia y no viene al caso. No tenía ningún futuro como mantenida de un hombre casado. Si algo he aprendido en mis pocos años es a ser prudente y aceptar la realidad.

Hubo un nuevo silencio. Al fondo del salón, desde una puerta abierta, se veía a mi marido hablando con César Borgia y a Ascanio Sforza dialogando con Vannozza.

—Gracias por tus consejos, Cecilia, y perdona mis indiscreciones. Creo que me casaré con el Sforza que me tocó en suerte —dijo Lucrecia—. Que sea lo que Dios quiera.

Regresamos a Carmagnola a mediados de octubre, tras pasar por Milán. Cuatro noches dormimos en el palacio Verme, aunque hicimos la vida prácticamente en Porta

Giova, con Ludovico el Moro y Beatriz, al fin embarazada. Nos comunicamos la una a la otra nuestros estados de buena esperanza en la primera noche, tras la cena de bienvenida con la que nos obsequiaron. Yo lo hice en voz muy alta, para que mi antiguo amante se enterara y en previsión de ataques no deseados. En los siguientes días no falté a ninguna de las reuniones culturales, que seguían celebrándose. Leonardo me recibió con gran cariño.

—¿Cómo le va de casada a mi amor platónico? —preguntó.

—Tengo un marido bueno, leal hasta el momento y que me ama. Además estoy embarazada. ¿Puede pedirse más?

—¿Tienes algún antojo? —se interesó—. Aún recuerdo el último y los apuros del conde de Bari para satisfacerlo.

—Solo tengo la pena de no poder gozar de tus enseñanzas. ¿Qué haces ahora?

—Trabajo en proyectos de ingeniería civil, ya sabes: diseño de ciudades ideales, castillos inexpugnables, carros de fuego, iglesias, catedrales, túneles que perforan montañas y canales de navegación que conecten entre sí grandes urbes.

Me enseñó un manuscrito que titulaba *B* donde se veían tales construcciones en esbozo, un prodigio de perfección en dibujo lineal, y un códice con el número 1 en el que, de manera asombrosa, aparecían mecanismos de precisión, grúas, poleas y relojes, esas enigmáticas máquinas medidoras del tiempo, que le obsesionaban.

—¿Y en cuanto a pintura? —pregunté.

—Los padres dominicos me han encargado una «última cena» para el refectorio del convento de Santa María delle Grazie, que levanta Bramante. ¿Quieres ver el boceto?

Me mostró el diseño de la que sería una de sus obras maestras. Antes de dejar Milán hablé con Beatriz, que se veía contenta, y solo un instante, pues procuré evitarlo, con Ludovico Sforza, quien me abordó en el jardín una mañana.

—¿Eres feliz? —me preguntó.

—Me conformo con lo que tengo. ¿Lo eres tú?

—Yo soy inconformista.

—Los hombres poderosos pueden serlo —afirmé—. Las mujeres normales debemos ser realistas.

—¿Cómo está Cesare, nuestro pequeño?

—Supongo que bien. Hace dos meses que no le veo y tengo ganas ya de abrazarlo.

—¿Me recibirías en Carmagnola si fuese a visitar a nuestro hijo?

—Lo haría encantada, pero siempre que vinieras con Beatriz. Te temo...

—Eres mala, Cecilia, mala y deliciosa. Nunca te vi tan hermosa como estos días.

—Será el embarazo.

—Quiero que sepas que ninguna mujer me ha hecho tan feliz como lo hiciste tú. Y que, de verdad, te deseo la mayor felicidad del mundo. ¿Se porta bien contigo tu marido?

—Es un encanto. Debo felicitaros por una elección tan acertada.

Ya no hubo más. Temía que apareciera la alargada sombra de Beatriz, siempre al acecho, pero por fortuna no surgió. Al día siguiente muy de mañana viajamos a Carmagnola. Estando ansiosos por volver al hogar, cumplimos viaje en una jornada, parando para comer en una venta en Casale Monferrato, a la orilla del Po.

* * *

Con algunos viajes a Roma, Milán, Austria, Venecia o Ferrara, pasé en Carmagnola veintiún años, hasta la muerte de mi marido en 1515. Mi vida de casada fue muy larga, tranquila, sin sobresaltos, mucho menos interesante e intensa que la de soltera, pero más feliz. Fue una época de paz para mi espíritu, de estudio, de ejercitar mis pasiones favoritas como la poesía, música y equitación, o de criar y educar a mis cinco hijos, sumando el que me diera Ludovico Sforza. El primer Carminati, engendrado en Sicilia, vino en la primavera de 1493, en un mayo luminoso y florido de los del Piamonte, con las brisas alpinas refrescando el ambiente. Fue bautizado en la iglesia del pueblo con el nombre de Ludovico, como el padre, celebrándose con una fiesta que congregó a todos los habitantes del lugar, trescientos noventa y siete entre *contadini*, operarios, el cura, el sacristán, el maestro, el cirujano-barbero, el boticario y los criados de mi casa. Antes, desde nuestra llegada, me ocupé de preparar el mejor salón del castillo para las tertulias que pensaba celebrar todos los jueves, a imitación pobre y lejana de las reuniones culturales de Porta Giova. Coloqué mi retrato con el armiño en el mejor lugar del salón principal de forma que lo iluminara la luz del sol poniente, situé una mesa frente a la chimenea más capaz, ordené poner flores en todos los jarrones, afiné mis instrumentos musicales, tiorba, laúd, espineta, flautas dulce y travesera, el arpa y una lira, y organicé mi primera tertulia.

Enumeraré a mis invitados, gente llana, todos de punta en blanco, ufanos por asistir a la tertulia literaria de una joven condesa, algo jamás visto en aquella parte de los Alpes. Favio Colao era dueño de la serrería local y de la fragua. Todo el negocio del hierro y la madera en muchas leguas pasaba por sus manos. Contaba con media docena de operarios que tan pronto herraban un caballo como hacían llaves o forjaban rejas. Favio era bachiller y había estudiado leyes en Siena, hasta que lo dejó cuando se le atravesó Justiniano el segundo año. Su mujer, Lorenza, era del pueblo. Sabía leer y escribir y toda su pasión era aprender. Antonio Monti ejercía como cirujano-barbero. Si bien su formación era autodidacta, había asistido en Padua a la Facultad de Medicina en la que no llegó a graduarse. Dotado de sentido común, sacaba muelas, drenaba abscesos purulentos con rara habilidad y atendía partos de cualquier clase, léase mujeres, vacas o yeguas. Su esposa, Paola, era herbolera y comadrona, complementándose con su marido cuando asistían a un parto. En los míos nunca tuvieron problemas, pues, ancha de caderas, siempre fui fácil a la hora de parir. Paola

no faltaba jamás a mi salón, besándome las manos y dándome las gracias por permitirle asistir a lo que para ella era el Parnaso, el culmen de la sabiduría, la pobre. Mario Frattini era maestro en la escuela del lugar, el responsable de la educación de treinta y nueve niños y tres o cuatro adultos. Siendo bachiller, había estudiado magisterio en la escuela normal de Turín. Sabía de todo y lo explicaba bien, tratándose quizá del personaje más respetado en Carmagnola. Su mujer, Francèsa, tenía mi edad y, lo mismo que yo, un embarazo por año. Era una mujer sin formación alguna fuera de la escuela primaria, pero dotada de inteligencia natural y gran curiosidad. Lo mismo que Paola, asistía a mis reuniones aunque tuviera fiebre. Severino Carduccio, el señor cura, proseguía culturalmente inquieto a sus cuarenta años, siendo el responsable de la enseñanza del latín y religión en la escuela. De vida austera excepto en el comer, llevaba la parroquia sin problemas y era muy querido, escuchándose de él solo alabanzas. Nunca faltaba a mi salón y era el primero a la hora de la merienda. De gran cultura clásica, buen sacerdote en la línea ortodoxa, se horrorizaba cuando hablábamos de la podredumbre vaticana. Si tenía que comentarme algo fuera de orden, lo hacía en latín y yo le respondía en la lengua del Lazio en medio del asombro de los tertulianos. Por último, Andrea Volta era boticario y al tiempo agricultor, amante de la apicultura y la botánica, cultivando él mismo las plantas y hierbas que empleaba en sus fórmulas magistrales. Su pasatiempo favorito era cazar mariposas para coleccionarlas clavadas sobre un panel de corcho. Había estudiado botánica en Florencia y era un tertuliano puntual junto con su mujer, Antonella, una bonita campesina de Saluzzo, un pago no lejano donde sus padres tenían tierras. Antonella era la más espabilada de mis invitadas, y la más guapa, absorbía todo lo que escuchaba como el agua de lluvia un arrenal desértico.

Mis tertulias se iniciaban a las cinco de la tarde de los jueves, fueran o no festivos. Se hablaba sobre temas de actualidad, de literatura, arte y poesía, merendábamos y después se iniciaba la música. Paola tocaba la cítara, Andrea el arpa, don Severino la espineta, Mario la flauta dulce y yo la lira o el laúd. Todos cantábamos, actividad que aclara la garganta y levanta los ánimos. Alguna vez danzábamos aires del Piamonte o venecianos y, hacia la medianoche, concluía la velada. A partir de mayo de aquel año el tema estrella en Carmagnola, el Piamonte, Italia e imagino que Europa entera fue el descubrimiento de un nuevo mundo por navíos españoles siguiendo una derrota hacia occidente, buscando una ruta más corta hacia la India y Cipango en pos de las especias, importante comercio que monopolizaban portugueses y venecianos. Mi esposo, que acababa de llegar de un viaje a Nápoles y Roma, donde recopiló la información, nos impuso en la increíble noticia el segundo jueves de mayo.

—Al parecer fueron tres carabelas las que partieron en septiembre del pasado año de un puerto de Huelva, al sur de España, en pos de la aventura —dijo Ludovico—. Iban al mando de un navegante llamado Cristóbal Colón.

—¿Eran naves civiles? —preguntó Mario, el maestro.

—Sí, pues la expedición no era de conquista, sino exploratoria. Varios armadores locales, ciertos prestamistas y otros socios pusieron sus dineros para armar las carabelas. Entre ellos estaba la Corona española y especialmente la reina, doña Isabel, que según parece arriesgó su peculio. Colón, el artífice intelectual del descubrimiento, Colombo en realidad pues dicen que es un genovés al servicio de los Reyes Católicos, había buscado ayuda en Portugal y, al no encontrarla, se dirigió a Granada donde los monarcas se aprestaban a conquistar la ciudad a Boabdil, el último reyezuelo nazarí. Después de varios meses de arduas negociaciones, estas dieron fruto y zarpó la expedición rumbo primero a las islas Canarias, posesión castellana en el Atlántico. Desde allí, tras aprovisionarse y hacer aguada, se dirigieron hacia occidente en busca de Cipango y las islas de las especias. Iban con suministros para tres meses, tiempo que Colón calculaba para una travesía que recorría un tercio del paralelo terráqueo, pero, para sorpresa general, el 12 de octubre del pasado año de 1492, al mes y poco de travesía, tropezaron con una isla habitada por seres de piel cobriza, desnudos, que los recibieron antes con sorpresa que de forma agresiva. Supo por ellos, ignoro de qué forma, que había muchas más islas e incluso tierra firme no muy lejos. Colón o Colombo tomó posesión de aquella tierra en nombre de los monarcas españoles, dejó algunos hombres en un fuerte hecho con las tablas de una de sus naves, que encalló, y regresó a España llevando consigo a tres de aquellos indígenas, algunas perlas y objetos de oro y plata con que le obsequiaron los hombres de piel roja.

El silencio podía tocarse, estando el que más y el que menos con la boca abierta.

—¿Y no puede ser que lo descubierto sea una parte desconocida de Asia? —preguntó Favio Colao.

—Según parece es lo que piensa el propio Colón, que insiste en llamar Indias Occidentales a su descubrimiento, pero es difícil, pues los asiáticos son de ojos rasgados y piel amarilla —respondió Ludovico—. Además, todo lo que relatan los navegantes concuerda con un mundo desconocido y diferente: seres humanos de otra raza, pájaros nunca vistos que en miríadas nublan el firmamento, plantas inmensas, descomunales árboles, animales que no existen en otras latitudes y un clima paradisíaco que hace inútiles e innecesarios los ropajes.

Hubo un nuevo silencio. La admiración era patente.

—Entonces regresaron de su aventura solo dos naves —dijo Severino Carducci, el cura párroco.

—Exacto —respondió mi marido—. Desde Sevilla o Cádiz, Colón se dirigió a Barcelona, donde estaban los reyes. Allí notificó los hechos, entregó los regalos y exhibió sus indígenas a los asombrados monarcas. Los indios, dos hombres y una mujer que increíblemente y en tan solo dos meses se entendían en español, fallecieron poco después víctimas de unas extrañas fiebres.

—¿Y Colombo? —preguntó Lorenza Colao.

—Ha sido nombrado almirante de la Mar Océana y, con nuevos hombres y más

carabelas, ha regresado a las Indias en un segundo viaje que será preludio de un tercero, un cuarto y muchos más, pues la intención de la monarquía católica es conquistar para España y la cristiandad aquellos territorios que se presumen enormes y muy ricos en perlas, oro, plata y cultivos desconocidos en Europa.

* * *

Lo que restaba de año siguieron circulando por el norte de Italia noticias sobre el Nuevo Mundo. Se hablaba de la feracidad de las tierras del trópico, de la riqueza en oro y plata de sus minas, del poco valor que allí se daba al metal amarillo dada su abundancia y, sobre todo, de la belleza y ligereza de las mujeres indias, talismán que, para un italiano, resultaba tan atractivo o más que la riqueza. Cientos de aventureros partieron para Sevilla, la mágica Hispalis romana sucesora de Itálica, patria de Trajano y Adriano, para intentar embarcar en una de aquellas naves buscando la gloria. En diciembre recibimos la visita de mis padres, Fazio y Margherita, que querían conocer a sus nietos y pasar las navidades con nosotros.

Aquel invierno nevó mucho, tanto que costaba trabajo circular en diligencia y los caballos enterraban las patas hasta la corva en la blanda nieve. Pasamos la Nochebuena ambas familias juntas, pues también se presentó en Carmagnola el matrimonio Carminati, mis suegros, los ancianos padres de Ludovico. Fueron semanas muy agradables en torno al belén, antigua tradición en toda Italia que nunca faltó en mi hogar. La conmoción en el pueblo era grande, pues ambas familias, los condes de Brambilla y los embajadores Gallerani, ocupaban en la pequeña iglesia un lugar destacado, especial, al lado de la Epístola. Ocurrió algo con lo que no contaba: fruto del roce y convivencia, del afecto constante y de sus atenciones, empecé a encariñarme con mi esposo; de ahí al amor verdadero faltaba un paso. Me encantaba, en las largas noches invernales, sentarme a su lado frente al hogar junto a una jarra de vino, en silencio, sintiéndome segura, sin nada que temer. Yo cosía, bordaba o leía y él ordenaba sus libros y documentos. Me mostraba sus rarezas bibliográficas mientras hablaba de geoestrategia, pues, estando relacionado con las altas instancias milanesas y romanas por sus frecuentes viajes, conocía al detalle la política europea.

El año de 1494 amaneció con aires bélicos en toda Italia. En Nápoles moría el rey Fernando I, pariente del rey de España de igual nombre, sucediéndole en el trono su hijo Alfonso.

—Muerto el rey Fernando, que era muy respetado, se avecina una guerra por Nápoles y el sur de Italia —aseguró Ludovico una noche helada de primeros de febrero.

Con Bimbo arrebujado sobre mi falda, escuchaba con interés a mi marido, que no solía equivocarse hablando de política.

—He sabido por el embajador de España en el Vaticano —añadió— que el rey de

Francia y su señor han firmado una alianza contra el turco previa a una nueva cruzada para recuperar Tierra Santa.

—Llevo toda la vida oyendo hablar de cruzada y nunca se produce.

—Cierto, mi cielo. Y esta vez tampoco se producirá, pues el dominio otomano se acentúa y es cada día mayor. Hoy por hoy, no hay potencia europea que pueda hacerles frente. Carlos VIII quiere recuperar Nápoles aduciendo que una vez fue angevina y por ello pretende contar con la neutralidad de España en sus guerras. Te diré lo que va a pasar: cuando Fernando el Católico y su esposa Isabel se den cuenta del verdadero propósito galo acudirán en ayuda de Alfonso, al fin y al cabo parte de su familia como miembro de la casa de Aragón.

—Pero el ejército francés es mucho más potente que el español —objeté.

—No lo sé —dijo Ludovico—. Los españoles son una incógnita, pues nunca se han batido fuera de sus fronteras. Ahora mismo, expulsados los árabes, una ingente cantidad de fieros luchadores hispanos se halla mano sobre mano. Me temo que, tras años de batallar contra los islamitas, puedan dar la sorpresa. Por otra parte está el papa Borgia, sediento de oro y tierras para contentar a su vasta prole. Tal vez la ambición papal prenda la mecha de las guerras que se avecinan. Queda por fin el problema del norte.

—¿Qué ocurre por aquí? —pregunté.

—Gian Galeazzo, el duque teórico de Milán, lleva años pidiendo ayuda a Nápoles para que aleje del poder a Ludovico Sforza. Ludovico, por su parte, trata de conseguir estos días la alianza con el Imperio a través de Maximiliano I, rey de romanos e inmediato emperador, para que lo nombre duque efectivo de Milán. Supe no hace mucho, hablando con el canciller milanés, que se ha pagado a Maximiliano una ingente suma de dinero para legitimar aquella usurpación, pues no es otra cosa. A cambio, han comprometido a Blanca María Sforza con el Habsburgo.

—¿Consiguió Blanca María anular al fin su matrimonio con el bastardo húngaro?

—Alejandro VI firmó la anulación el mes pasado. La pareja ya ha anunciado el enlace, al que estamos invitados oficialmente. Me entregó el parte de boda Baldassare Taccone, el canciller, cuando estuve en Milán.

—¡Qué ilusión! —chillé—. ¿Por qué no lo dijiste?

—Quería darte una sorpresa. Y hay algo más: la novia quiere que seas una de sus damas de honor.

—No habrás aceptado... Soy poca cosa para ir de dama de honor en la boda de una emperatriz.

—Eres condesa de Brambilla, el ser que adoro, y, según Blanca María, su amiga más fiel.

—Eso es cierto. ¿Cuándo y dónde será el enlace?

—El próximo 16 de marzo en Hall, un pueblo del Tirol cercano a Innsbruck. Asegurándose la alianza del Imperio, el astuto Ludovico Sforza matará dos pájaros de un tiro: de un lado se coronará duque de Milán y del otro alejará la posibilidad de un

ataque francés, cuyos amagos no dejan de producirse en los últimos años.

* * *

Fue un viaje inolvidable. Nos detuvimos en Milán dos días. Dormimos en el Palazzo Verme, que alojaba también a Blanca María Sforza en sus últimos días de soltera. Como si el anuncio de su matrimonio obrase en su organismo tal que un revulsivo, el cuerpo y las facciones de la novia se habían transformado, madurando el primero y embelleciéndose las segundas de forma misteriosa, mágica. Próxima a cumplir veintidós años, curvas por todas partes bendecían su figura habiéndose afinado las aristas que endurecían su rostro. Gian Galeazzo e Isabel de Aragón, a la que dimos el pésame por la muerte de su abuelo, se habían instalado desde primeros de año en Porta Giova en claro desafío a Ludovico Sforza, a quien pretendían desalojar de allí. Al parecer las discusiones y broncas entre tío y sobrino atronaban el castillo, estando más de una vez a punto de llegar a las manos. Todo esto me contó Leonardo da Vinci cuando hablé con él.

—Es muy desagradable —relató—. Son como perro y gato. Si al menos te tuviera a ti, aunque solo fuese para mirarte... ¿Eres feliz?

—Soy todo lo feliz que se pueda ser en esta cochina vida.

—Cochina vida... Qué sabrás tú.

—¿En qué trabajas ahora?

—Ultimo los preparativos de la estatua ecuestre de Francesco Sforza. He reunido ya el bronce necesario, cerca de mil quinientos quintales, que trabajaré en una fundición creada al efecto por el ducado. Al tiempo inicié el fresco de la *Última cena*, en Santa Maria delle Grazie, un encargo de los monjes pero que financiará también Ludovico Sforza. Ambas cosas y un retrato al fresco de Beatriz d'Este consumen mi tiempo. ¿Sabías que una conspiración ha derribado a los Medici?

—Lo ignoraba. Menos mal que nuestro amigo y mecenas, Lorenzo el Magnífico, se fue antes y no lo padeció —expresé.

—A veces es bueno morir —sentenció Da Vinci—. ¿Te imaginas? ¡Lorenzo de Medici expulsado de su ciudad!

—No te veo con demasiado buen humor —lamenté.

—Presiento que Milán se acaba para mí, pequeña. El ambiente está enrareciéndose. Me temo que los tiros llegarán a la vez de Roma y Francia.

Me despedí con pena del gran hombre, pendiente siempre de los caprichos del mecenas de turno. Ni tiempo tuve de asistir a las tertulias culturales, que seguían celebrándose, y a mi primer Ludovico lo vi de refilón, por lo que no tuvo tiempo de cortejarme ni siquiera con la vista. Todo giraba en torno a Blanca María Sforza: una esteticista florentina se ocupaba de su cuerpo y un ejército de sastras, de equiparla como a la emperatriz que muy pronto iba a ser. Al tercer día proseguimos viaje.

Íbamos en la misma comitiva de la novia, aunque en carruajes separados. Blanca María llevaba dos galeras abarrotadas de equipaje y otras dos con los lacayos y el resto de la servidumbre, hasta una docena de doncellas, criadas y una cocinera, pues amaba la cocina italiana y desconfiaba de los fogones más allá de los Alpes. Hicimos noche en Bérgamo, Brescia y Riva de Garda antes de encarar los Dolomitas. Ludovico y yo comíamos y cenábamos con mi antigua amiga, que estaba en el momento más dulce de su existencia pues había cambiado hasta de humor. Animaba su rostro una sonrisa que era nueva y que la embellecía mucho más que un cosmético. Cuando estábamos solas aprovechaba para preguntarme cosas sobre los hombres, esos detalles íntimos y escabrosos que mantienen en vilo a la mujer en vísperas nupciales, pues, según me aseguró, era virgen. Como es corriente en matrimonios de estado, no conocía a su futuro esposo, Maximiliano de Habsburgo, todo un rey de romanos, un hombre de treinta y cinco años del que solo se sabía que era viudo y casado una segunda vez con Ana de Bretaña, si bien el matrimonio fue anulado.

El camino hacia Trento y después a Bolzano, siguiendo las virginales aguas del río Adige, fue una delicia. La primavera se anticipaba aquel año para nuestra suerte, estallando la naturaleza en mil tonos de verdes. Los bosques de pinos y abetos, en agradable confusión con hayas y robles, solo dejaban hueco a jugosas e inclinadas praderas donde pastaban vacas y caballos. Vimos miles de ciervos, gamos, rebecos, corzos y antas, toda la variedad de antílopes que pueda imaginarse, al lado de inmensas manadas de jabalíes. Recuerdo que, pensando en Bimbo, acechaba la aparición de algún armiño, pero no lo vi. Lo que sí vi fueron ardillas, a cientos, saltando entre los árboles o planeando desde las ramas altas con sus colas desplegadas para hacer realidad el sueño de Da Vinci. Los pájaros nos alegraban el día con sus silbos y eran la diana que nos alzaba de nuestros lechos en la diligencia, pues más de una noche dormimos en los carruajes al no hallar posada. Las crestas dolomíticas se iniciaron al dejar atrás Merano, serpenteando la carretera entre bloques de nieve que en algunas zonas había que despejar para poder seguir. Montañas las de Italia y, de entre ellas, las más bellas de la tierra: los Alpes Dolomitas. Los picos nevados se sucedían a ambos lados de la calzada que se empinaba cada vez más. El panorama era de belleza fantástica. Hicimos noche en Vipiteno, un pueblecillo donde la nieve lo señoreaba todo, en un albergue de montaña donde, alrededor del fuego de las chimeneas, nos agrupamos señores y criados sin distinción de clases. Jamás he disfrutado tanto de una sopa como la que tomé, humeante, en sencillo cuenco de barro antes de encarar un pecho de buey dorado sobre las brasas del hogar, jugoso y de grasilla crepitante, que hizo que me reconciliara con la vida.

Afrontamos por fin la última etapa, las rampas del paso del Brennero, que se hallaba expedito a Dios gracias, antes de bajar con el alma encogida hasta Innsbruck por una ruta del diablo, tan cuesta abajo que llegué a pensar que rodaríamos como las piedras que, de vez en vez, se desprendían de las cumbres. Las bestias sudaban al bajar tanto o más que al subir, espumajeando lastimosamente por los belfos y

emitiendo densas vaharadas blancas. ¿Habéis visto humear la tina antes del baño? Pues las ancas de los caballos lo hacían más. El aspecto de las casas era diferente, cambiándose la piedra italiana por la madera austriaca. En la puerta de la muralla de Innsbruck, capital del Tirol, esperaba a su novia Maximiliano de Austria. Hacía mucho frío. Después de las presentaciones y un corto besamanos ¡que me incluyó a mí!, Blanca María siguió a su prometido y a nosotros nos alojaron en un bello palacio a orillas del río Inn, un afluente del Danubio, majestuoso en aquella parte.

Era el 14 de marzo. Tuve por fin tiempo y lugar para asearme como Dios manda después de siete días de viaje desde nuestra salida de Milán. Me pareció mentira meterme en la bañera de cinc, llena de agua caliente con sales de sándalo que Soraya me había preparado. Luego me sumergí en el placer de sentir sus manos sobre mi piel caliente y, por primera vez, de notar con agrado la mirada de mi marido sobre mi cuerpo desnudo de veintiún años. Es verdad. Antes aquello ocurría en medio de mi indiferencia, pero en Innsbruck fue distinto. Noté que me envolvía el calor, aprecié el conocido picorcillo sensual y me sentí tan mujer como cuando me poseía el Moro. Cuando mi esposo hizo salir a Soraya de la estancia y me tomó despacio y a conciencia, con el arte que ya prodigaba, disfruté como en aquellas noches locas y prohibidas de Porta Giova y, al llegar el deleite, fue la primera vez que no soñé con el cuerpo desnudo de Ludovico Sforza. Me costó dos años, pero lo logré. Ya podía mirar a mi antiguo amante cara a cara y sostener su mirada sin avergonzarme. Y ocurrió aquella misma noche, pues cenamos en una gran mesa con las familias de los Sforza y D'Este casi al completo, que habían ido llegando a lo largo del día.

Estaban allí Ludovico Sforza y su mujer Beatriz d'Este, casi recién parida. Ludovico era un caso perdido y patológico: enamorado de su mujer como me consta estaba, se rumoreaba que coqueteaba con una de las damas de su esposa, Lucrecia Crivelli, una hermosa joven. Durante aquella cena no dejó de fisgarme, sin importarle lo más mínimo que lo apreciaran Beatriz y los demás, en medio de mi indiferencia. Procuré que mi desdén fuese ostensible para mortificarlo y dejar claro, sobre todo ante Beatriz y mi esposo, que ya nada representaba para mí e incluso me estragaba su presencia. Mi vieja amiga, sin embargo, me miraba con la desconfianza tatuada en sus pupilas.

Gian Galeazzo se sentaba al lado de su esposa, Isabel de Aragón. Él semejaba un viejo saurio a sus veinticinco años, la piel seca, escamosa, y los ojos rojizos del vicio que lo corroía: el fornicio que practicaba con su mujer, con distintas amantes y con hábiles ramerías que le suministraban sus ojeadores en Pavía o Milán. Se decía que le supuraba el caño de la orina y que padecía mal napolitano o de mujer, un morbo que hacía estragos entre los hombres de vida desordenada y licenciosa. Igual que existen adictos al hachís o a los vapores de la adormidera, hay hombres y mujeres poseídos por el afán del sexo, que deben practicar a diario y varias veces. Gian Galeazzo era uno de ellos. Su mujer recordaba a un ser anfibio, con la mirada inexpresiva y el rostro brillante de pomadas, ajado ya del sufrimiento. La pobrecilla. Agradecí al

Señor *in mente* que me hubieran destinado como esposo a Carminati, aquel santo varón que no tenía queridas, lo afirmo, y besaba el lugar que yo pisaba con mis pies descalzos. ¿Que cómo puedo asegurar que mi marido me era fiel? Nada más fácil: los hombres tienen el pecho de cristal y se lee en sus ojos mejor que en uno de los modernos libros de letra impresa. Además, el perfume los delata. Puede saberse por el aroma que impregna su piel el nombre y apellidos de su amante y su condición: si es mujer noble o burguesa, discreta o deslenguada, labradora, panadera, pescadora o prostituta.

Anna Sforza y su marido Alfonso d'Este eran los benjamines en la mesa, pues los herederos del ducado de Ferrara tenían edad pareja: dieciocho años. Supe que Anna no estaba embarazada cuando, tras la cena, hablé con ella. Se veía más bonita que otras veces pero triste, pues anhelaba un hijo. Me pareció cansada, como si le hubiera decepcionado algo en su marido, un guapo pipiolo sin base ni fundamento. En tal sentido, soy partidaria de que la mujer sea más joven que su marido un trecho y que este la haya corrido ya, como decía mi abuela, antes del casorio. Los hombres, con pocas excepciones, son mujeriegos e inconstantes, placer de casa ajena, gustándoles un coño más que la ambrosía celeste a los dioses del Olimpo, por lo que es preferible que se desfoguen cuanto antes. Alfonso d'Este tenía la mirada abismada en el artesonado o en la alquibla tal vez, que es el punto del horizonte en el que fijan la vista los islamitas cuando rezan. Era tal su ensimismamiento que su esposa hubo de darle un codazo, en plena sobremesa, para traerlo al mundo.

Giovanni Sforza, bastardo de Constanzo I Sforza y nieto de Alessandro, era señor de Pésaro. Ya hablé algo de él. Se había casado finalmente con Lucrecia Borgia, aquella muchachita de trece años que describí algo más arriba, hija del papa, en una boda que fue un escándalo en Roma, ciudad donde era difícil que un escándalo llamase la atención. Fue todo muy confuso. Mi informador —mi propio esposo— tenía noticias de que la novia dejó plantado al novio no al pie del altar, lo que hubiera sido llevadero, sino en el lecho, pues desapareció tras el banquete y el flamante recién casado durmió solo. Vaya papelón... ¿Os imagináis? Te das la vuelta un segundo para toser, hacer un pis urgente o morder una tajada de cordero y tu mujer ha volado. Unos decían que Lucrecia se había fugado con su amante, un apuesto mancebo de la guardia papal, otros que César, su hermano, se la había llevado a una finca cercana a la ciudad, pues no estaba de acuerdo con el enlace, y el resto que una copiosa regla había estropeado la función. Los más maledicentes aseguraban que César Borgia y hasta su padre, el sumo pontífice, tenían amores incestuosos con la pobre pero bellísima niña. Qué pena... En cualquier caso, al ambicioso Alejandro VI dejó de convenirle la alianza con los Sforza. Buscando otras más valiosas, Giovanni se convirtió en un estorbo y un sicario intentó asesinarlo. El comentario en los mentideros romanos era que el propio papa armó la mano asesina y que fue Lucrecia la que, compadecida, avisó a su esposo, que huyó de la ciudad.

Y allí estaba Giovanni con cara de amargado, ni soltero, ni casado, ni monje, ni

viudo. Todos lo mirábamos con lástima aunque el personaje no la inspiraba, pues se sabía que era áspero de carácter, mujeriego como buen Sforza, pendenciero, déspota, jugador de ventaja, bebedor, una especie de peste negra para la humanidad. Según mi oráculo, poco después de la espantada, el papa trató de persuadir a Giovanni a través del cardenal Ascanio Sforza para que se anulara el matrimonio. El señor de Pésaro no solo se negó, sino que acusó a Lucrecia de incesto con su padre y con su hermano César. Eché de menos al canciller papal, que no asistía a la boda por motivos inherentes a su trabajo en la cancillería. Seguro que Ascanio Sforza me habría contado con lenguaje claro y con su chispa mil sabrosos chismes sobre el caso. A los postres tuve ocasión de hablar con Giovanni y de tirarle de la lengua sobre detalles de su matrimonio, por ejemplo si lo había consumado, pero el imbécil me miraba de tal forma a los senos que hube de sonrojarme y rehusé.

Por último cenaban con nosotros Isabel d'Este y Francesco Gonzaga, marqueses de Mantua, la única gente respetable de ambas familias. Isabel, que estaba embarazada de dos meses según me confesó, era la más feliz de los hijos de Hércules de Ferrara allí presentes. A pesar de sus treinta años se veía lozana, risueña, haciendo carantoñas a su marido dos años más joven que ella, pequeño, renegrado, feo sin paliativos. Era un matrimonio que rompía todos los esquemas y que sin embargo funcionaba. Enseguida descubrí el secreto: aquel hombre poco afortunado en lo físico tenía gracia y conseguía hacer reír a su mujer. Así de simple. Varias veces, delante de todos, se obró el milagro: Francesco dijo algo original que provocó la hilaridad general y la risa contagiosa de su esposa, que se desternillaba. No sé qué le diría en la intimidad de su cámara, a un lado de la nuestra, pero las carcajadas de Isabel resonaban hasta la madrugada. No soy amiga de moralejas, pero tengo que reconocer que la risa y el buen humor alimentan mucho más que un asado de corzo.

El día 15, que era viernes, hubo una recepción palaciega donde coincidimos los invitados a la boda, más de quinientas personas. Estaban allí los siete príncipes electores alemanes, pues sabréis algo que yo ignoraba por entonces: que el trono del imperio es electivo y no hereditario, pues lo sanciona el papa. Nos presentaron a los príncipes de Sajonia, Brandenburgo y del Palatinado. Había también electores eclesiásticos, normalmente arzobispos, pero yo al menos no coincidí con ellos. Me interesaba sobre todo la figura del próximo emperador y la de sus hijos, y tuve la fortuna de conocerlos cuando se aproximaron al grupo donde estaban los Sforza. Maximiliano I de Habsburgo era un hombre alto, bonachón y de aspecto macizo, tanto como pueda serlo un oso negro de los Urales. De nariz ganchuda y mentón prominente, era muy rubio, de enormes y risueños ojos zarcos. Impresionaban sus manos, grandes como batanes de enfurtir paño, y la intensidad de su mirada azul. El todavía rey de romanos, hijo del emperador Federico III y de Leonor de Portugal y Aragón, no había sido especialmente feliz hasta allí en el plano sentimental. Se había casado a los dieciocho años con María de Borgoña, hija única de Carlos el Temerario, duque de Borgoña. La novia, que contaba en su boda dos años más que su marido, era

de una belleza fascinante, delicada, una auténtica princesa de cuento de hadas. Todo iba bien hasta que, cinco años después, la infortunada María murió en Brujas, en su Flandes querido, al caer de un caballo. La desesperación de Maximiliano no es para ser contada. Quizá las ojeras violáceas que tenía cuando lo conocí traían aquella etiología. Dicen que ordenó que arrojaran el pobre equino al mar desde un acantilado y se encerró en su cámara para llorar ante el desfigurado cadáver de la mujer amada. Lo hizo durante nueve días y sus noches, sin consuelo posible, hasta que se agotó el caudal de sus lágrimas. Solo sus hijos, un pequeño de cuatro años y una niña de dos, frutos de aquel amor, lograban atenuar su sufrimiento.

La diplomacia exigía que el archiduque de Austria se casara otra vez, pero él y el recuerdo de su primer amor se resistían. Tras oponerse durante trece años, matrimonió de nuevo con Ana de Bretaña buscando la alianza francesa, pero tras una serie de maquinaciones en las que intervinieron Francia, España e Inglaterra, el matrimonio fue anulado al ser considerado rato o no consumado. Y de nuevo razones de Estado lo habían llevado a Innsbruck, un rincón del Imperio donde al día siguiente iba a llevar al altar a Blanca María Sforza. Un mozo y una moza, las semillas de María de Borgoña, flanqueaban al futuro emperador. Entonces no lo sabía, pero ambos iban a ser decisivos en la historia europea.

Felipe de Habsburgo, archiduque de Austria, contaba dieciséis años cuando le conocí. Era un príncipe espigado, de atlética apariencia, pelo largo y rubio quebrado en rizos y unas facciones tan perfectas que parecían de mujer. Ello era su única ligazón con la feminidad, pues respiraba hombría por todos los intersticios de su cuerpo. Un bozo rubio le sombreaba el labio y en quijada y carrillos negreaba ya la barba, preludiando todo un varón arquetípico. Recuerdo que miraba a las mujeres con avidez y a mí, en particular, con desfachatez y relamiéndose. Se sabía por encima de la generalidad de los mortales, con patente de corso para hacer, deshacer, mirar, remirar y conseguir, en fin, lo que se le antojara. Vestía jubón de hilo de holandas bordado en encaje de Malinas, calzones de terciopelo azul acuchillados, medias de seda y esarpines a tono, armándose con una espada de bella empuñadura. La carajera, o receptáculo de cuero que contenía su órgano viril, bajo el empeine, era más grande de lo normal y ello suscitaba la atención femenina lo mismo que la perfección de sus rasgos.

En cuanto a Margarita de Austria, archiduquesa a sus catorce años, era el proyecto de mujer más perfecto que jamás viera. Tan alta casi como su hermano, de pelo largo y rubio concluido en bucles, con un cuerpo que podrían envidiar las míticas náyades, poseía un rostro que era la perfección. Imposible ponderar con justicia la belleza de sus grandes ojos claros habitados de estrellas, o su boca pequeña de labios carnosos y muy rojos, o la diadema de sus dientes blancos como nata montada, o la nariz de proporciones justas, o todo lo demás propio de diosas antes que de un mortal. Si su infortunada madre fue bella, Margarita había roto el molde. A sus virtudes físicas añadía la archiduquesa un carácter graciable, nada altanero,

teniendo para cualquiera una sonrisa. Descendió a hablar conmigo en francés, idioma que dominaba, pues había sido prometida desde su nacimiento a un príncipe galo, no sé si el delfín mismo, pero la fallida boda de su padre con Ana de Bretaña había dado al traste con el proyecto. Alabó mi belleza, pobre de mí, mientras aseguraba ser una entusiasta conocedora de la poesía ítalá. Después de aquella recepción y esperándonos a todos un día largo, el que más y el que menos se recogió en su cámara. Mi marido y yo cambiamos impresiones antes de entregarnos al sueño.

—El rey de romanos y próximo emperador me ha causado una grata impresión —dijo Ludovico—. Creo que el Imperio se halla en buenas manos. Si Blanca María le hace feliz, Italia entera se verá beneficiada.

—Yo sigo asombrada de la belleza de sus hijos. Bonita tuvo que ser María de Borgoña...

—Margarita es muy guapa, cierto, pero si quieres mi opinión te la daré: no ambicionaría para mí algo tan perfecto. Si he de andar con mil ojos contigo para celarte, cuidarte, protegerte de tantos como sin duda te desean, imagina lo que sería tener a una mujer como esa. Además, no te cambio por ella ni por nadie.

Ante requiebro tan bonito me abracé con fuerza a mi marido.

—¿Entonces, me amas de verdad?

—Amarte es poco —dijo—. Eres mi único amor. Siento que tengo la mejor mujer del mundo.

—¿No te importa que una vez fuera de otro?

—Entiendo que una mujer tiene el mismo derecho que un hombre a tener un pasado.

Era lo que más me gustaba de mi esposo: la ausencia de referencias a mi vida anterior. Nunca me preguntó por mis amores con el Moro ni quiso saber lo que sentía hacia él. Era espléndido amando, mirando siempre por mi placer, algo raro en un hombre. Envuelta en la emoción que procuraban sus palabras nos amamos con una sensación de paz que no era inédita. Al terminar hizo una interesante reflexión.

—Sé que Maximiliano de Habsburgo busca mujer y marido para sus hijos. Descartada Francia por el actual antagonismo con el Imperio e Inglaterra al ser reino menor, presiento que buscará una alianza con España, reino emergente que, si no me equivoco, va a convertirse en árbitro de la escena europea.

Todo el día 16 se dedicó a la boda. Desde muy temprano, en carruajes y carrozas imperiales, los invitados fuimos trasladados a Hall, pueblecito a una legua donde, en la iglesia de Nuestra Señora, un capricho del rey de romanos, tuvo lugar la ceremonia que presidió el arzobispo de Maguncia escoltado por varios obispos. Blanca María fue una bonita novia, desplegando todo el encanto y la fascinación de sus veintidós años. No tendría la belleza de Margarita de Austria, pero su sonrisa y hechizo italianos desquiciaron a aquel hombretón que, tras el largo banquete y el baile que impaciente abrevió, desapareció con su mujer para gozar de las mieles del tálamo. Dicen que fui una de las damas de honor más bellas y elegantes. Bailé lo que quise,

entre otras cosas para lucir un vestido de fiesta, a la última, que Carminati me había comprado al pasar por Milán. Todo el tiempo sentía sobre mi cuerpo la mirada ansiosa de Ludovico Sforza. Me abordó al final de una *allemande*, plomiza danza teutona, para susurrar en mi oído sus picardías habituales. Pero todo era distinto ya.

—Estás preciosa, Cecilia, ¿cómo lo haces? —preguntó.

—Yo me veo igual que siempre. Con cuatro años más...

—¿Eres dichosa?

—Tú y Beatriz sois los culpables de mi felicidad al buscarme un hombre como Ludovico, al que no me merezco.

—Te lo mereces todo, querida. Te añoro tanto...

Le miré a los ojos. Había envejecido, pero en lo mundano seguía igual: cortés, adulator, conquistador omnipotente siempre a la búsqueda de nuevas presas. Quise ser agradable: al fin y al cabo, todo lo que era se lo debía a él.

—Yo también te recuerdo con cariño, querido, pero aquello ya pasó. Sabes que tengo un hijo de mi marido y otro que viene en marcha —mentí.

Fue como si le nombrara la peste negra. Plegó velas e inició una danza al lado de su mujer. La pobre Beatriz... Antes de su trágico final le quedaba sufrir bajo su mismo techo a una amante de su esposo, más o menos mi caso. No volví a hablar con Ludovico el Moro. Pensaba que, como los demás, regresaríamos a casa por donde habíamos venido, pero, para mi sorpresa, mi marido me dijo la mañana siguiente que pensaba llevarme a Viena.

—¿Estás loco? Creía que regresábamos a Carmagnola desandando el camino.

—¿Volver a Italia con mi mujercita a la que adoro sin ver juntos el mundo?

La verdad es que se trataba de una oportunidad irrepitible. Estuvimos tres días más en Innsbruck, solos, recorriendo tabernas como un matrimonio burgués de vacaciones, igual que una segunda luna de miel. Me encantaba provocarle al despertar, saltar desnuda sobre la cama como hacía en mi casa de Siena cuando era niña, para ver su cara de sorpresa y cómo reaccionaba. Mi hombre continuaba siéndolo a pesar de su edad. Me tomaba en sus brazos y hacía con mi cuerpo mil piruetas hasta lograr que no añorara a nadie. El 20 de marzo nos dirigimos a Viena vía Munich, Salzburgo y Linz. Fueron cinco semanas de placer elitista, viendo paisajes nuevos, siempre en buenas posadas, con un tiempo primaveral que iba caldeándose despacio. En Viena presentamos en una banca la carta de pago de nuestro banquero milanés y nos llovieron a centenares chelines de oro. La capital del imperio austriaco nos volvió locos, especialmente el barrio aristocrático y la catedral de San Esteban, en la que aún se trabajaba. Por no hablar del Danubio, un verdadero mar al lado de nuestro humilde Po. Todos hablaban allí alemán, un complicado idioma que es casi una enfermedad de la garganta. La vuelta la hicimos por Gratz y de nuevo Innsbruck, para traspasar el paso del Brennero y regresar a casa.

* * *

El escándalo que conmocionó a Italia y media Europa el 22 de octubre de 1494 fue el asesinato de Gian Galeazzo Sforza. Un mes antes, Carlos VIII, el monarca galo, había llegado a Asti, en la llanura piemontesa, donde fue recibido por Ludovico Sforza con grandes fastos. Ya en Milán hubo un banquete en honor del Valois en el que Leonardo da Vinci exhibió sus dotes de organizador y tramoyista: a los postres un león mecánico cruzó delante de los comensales boquiabiertos, se paró ante el rey, rugió y lanzó sobre él una lluvia de azucenas y flores de lirio, la divisa de la monarquía gala. En las conversaciones que siguieron se sabe que el francés exigió del Moro su completa sumisión, o al menos neutralidad, en el asalto que proyectaba a Nápoles. Pero el problema no era Ludovico, sino su sobrino Gian Galeazzo, casado con una princesa napolitana, y ahí, quizá, llegó la sentencia de muerte del triste y anodino duque de Milán. En la tarde del 21 una criada lo encontró agonizante en su cámara de Porta Giova y corrió a avisar a la duquesa. Se llamó también a los médicos de la corte, Andreas Wessel entre ellos. El duque, inconsciente, vomitaba sangre y bilis de forma incoercible, estando su piel sembrada de manchas violáceas que configuraban un mapa trágico. Al amanecer del día 22 Gian Galeazzo expiró.

Todo hablaba sin palabras de envenenamiento, pero, a pesar de ello, dos galenos aseguraron que la muerte había sido provocada por un uso inmoderado del coito, actividad que, cuando es profusa y desordenada, podía según ellos causar un reblandecimiento de la médula espinal y ulceraciones en el estómago, origen de los vómitos. Wessel escuchó atónito la infantil versión de sus colegas y, para evitar problemas y quizá poner en peligro su propio pellejo, desapareció de Milán sin dejar rastro. Nadie dudó en toda Italia que Ludovico Sforza, por su mano o contratando a un sicario, era el responsable de aquella muerte. Para mayor escarnio, el cadáver de un oficial de panadero que suministraba harina y levadura a Porta Giova apareció flotando en las turbias aguas del Lambro, el riachuelo de Milán, tres días después. Corría por las tabernas milanesas otra fantástica versión: Leonardo da Vinci, supuesto amante de Isabel de Aragón, la duquesa, y en connivencia con ella, habría sido quien preparó la copa con el polvo mortífero. Sin dilación, nos pusimos en camino para asistir a las exequias.

Llegamos a Milán el 27, dos días antes de la inhumación del desgraciado duque. Hubo distintas misas *corpore insepulto* en la catedral, cuya construcción iba ya muy avanzada, a las que asistieron representantes de todas las ciudades-estado italianas, Nápoles y el Imperio. Carlos VIII, tal vez instigador en la distancia de aquel crimen, tuvo la decencia de no enviar a nadie. Isabel de Aragón, la duquesa viuda, presidió el funeral de Estado con Francesco, el mayor de sus hijos, de cuatro años, pues Bona e Hipólita María eran demasiado pequeñas. La brava napolitana ordenó una investigación, pero el fiscal no pudo probar nada: nadie en la servidumbre había observado anomalías ni visto a extraños en palacio, presentando los restos de la comida del duque de aquel día —cocido lombardo, salchichón toscano, faisán relleno, pan candeal y truchas frescas— un aspecto normal. Nadie hizo constar que la

copa de plata en la que solía beber Gian Galeazzo había desaparecido.

Para Ludovico, mi esposo, la causa de la muerte estaba clara: envenenamiento con acónito, un poderoso tósigo que se extrae de la maceración de las florecillas azules de esa planta que crece en las orillas de los ríos, muy frecuente en el norte de Italia, y del que basta un óbolo disuelto en vino o agua para causar la muerte. En cualquier caso el crimen quedó impune, divulgándose por toda Italia la versión oficial, aquella estupidez del abuso del coito. Mi experiencia con hombres se reduce a dos, mis dos Ludovicos. El primero era más ardiente que el segundo, pero ambos se encontraban felices, elásticos, de un humor excelente, con un apetito feroz y sin muestras de reblandecimiento medular o dolor de estómago tras hacer el amor, mejor cuantas más veces.

Antes de abandonar Milán saludé a Beatriz d'Este, al fin duquesa, y conocí a su hijo Maximiliano, un precioso muñeco de año y medio. Beatriz, corrida y sofocada del papelón que hacía su marido en todo aquel embrollo, estaba embarazada del segundo, fruto, según me aseguró, de aquel viaje a Innsbruck. Al Moro no lo vimos, pues no asistió al funeral por su sobrino y no estaba en Porta Giova a nuestro paso. Según su mujer andaba en intensas negociaciones con Venecia para tratar de contrarrestar el poderío francés, pero para mí que se escondía en alguna parte para no ser visto hasta que escampara. Al que sí vi fue a Leonardo, como siempre que pasaba por Milán. Por supuesto no hice el menor comentario sobre su presunta implicación en la muerte de Gian Galeazzo, aquella habladuría de sus amores con Isabel de Aragón. Da Vinci no estaba de excesivo buen humor.

—Esto se acaba, mi pequeña damita del armiño —me saludó abrazándome fuerte, como hacía siempre.

—¿Y eso?

—Ya nada es lo que era. Nuestro mecenas está raro, como si le hubieran dado un bebedizo. De buena te libraste.

—Di la verdad, maestro, ¿crees que tuvo algo que ver en la muerte del duque?

Hubo un silencio tenso. El genio trabajaba en un manuscrito que era un galimatías sobre proporciones matemáticas y geométricas, cosas que no entendí sobre triángulos, rectángulos, diagonales, conos, hipotenusas y proporciones áureas.

—Lo que es evidente no necesita ser probado, y las paredes oyen —dijo al fin.

No insistí. Me despedí del gran hombre con pena, sin tocar aquel tema por no comprometerle. Sobre un caballete esbozaba el retrato, ya muy avanzado, de una bella mujer pintada oblicua, con el pelo color caoba recogido en un moño, una cinta en la frente, la mirada abismada en un objeto a su izquierda y el gesto serio o, si acaso, una mínima sonrisa enigmática, todo muy leonardiano. Llevaba un traje de terciopelo rojo.

—Es muy guapa —dije—. ¿Quién es?

—Lucrecia Crivelli, dama de compañía de Beatriz d'Este.

Inquirí con la vista, abriendo levemente los ojos, y Leonardo asintió. Entre

nosotros no hacían falta palabras. Supe que la Crivelli era la nueva amante del Moro por aquel gesto y porque Ludovico siempre ordenaba retratar a sus mujeres.

* * *

Todo el año de 1495 fue una locura bélica entre Francia y España por Nápoles y entre Milán y Francia por la Lombardía. Mi marido, que seguía yendo a Roma con frecuencia, me informaba y yo transmitía la información a mis tertulianos, ávidos de noticias. Empezaré por Nápoles, ocupado por los franceses sin apenas resistencia tras una ofensiva por tierra y mar. Carlos VIII irrumpió en Milán a finales de 1494, siendo acogido como salvador en Florencia, una ciudad abandonada por Piero de Medici —hijo de Lorenzo el Magnífico— y enardecida por las soflamas del monje Savonarola. El rey gallo aplastó con facilidad la resistencia que le opuso Lucca y entró en Roma el 31 de diciembre. La expectación era grande en la ciudad, pues el francés había manifestado su intención de deponer a Alejandro VI, el papa corrupto y simoníaco que se comportaba indignamente. Rodrigo Borgia, cauteloso, se refugió en el castillo de Sant'Angelo. No ocurrió nada. En una reunión en dicha fortaleza el papa se mostró cordial y adulador, ganándose al conquistador, que acabó conquistado y reconociéndolo como pontífice legítimo. Tranquilizados los ánimos, el ejército francés siguió su marcha a Nápoles donde entró en febrero sin disparar un tiro de arcabuz.

A la llamada de socorro del rey Alfonso a sus primos aragoneses, respondió de forma fulminante Fernando el Católico. Las naves castellanas, gallegas y aragonesas, al mando de Galcerán de Requesens, general de las galeras de Sicilia, en las que embarcaban cerca de siete mil soldados entre infantes y jinetes, se concentraron en Mesina bajo la autoridad de Gonzalo Fernández de Córdoba, un bravo militar que había contribuido a la batalla final por Granada contra los islamitas. La flota pasó a Calabria, ocupando Reggio y sus proximidades, justo cuando el rey Alfonso de Nápoles era derrotado en Seminara. La reacción de Fernández de Córdoba fue determinante: avanzó con sus tropas derrotando a los franceses una y otra vez, sobre todo en Atella, donde los puso en fuga.

—Según parece, la forma de combatir del guerrero español, al que los propios galos han bautizado como Gran Capitán, es algo nuevo en la milicia —dijo el conde de Brambilla a su auditorio, mis asombrados contertulios en uno de mis cenáculos.

—¿En qué sentido? —preguntó Favio Colao.

—Como los romanos, Gonzalo de Córdoba da preferencia a la infantería, pero la dota de gran movilidad, dividiéndola en coronelías con ochocientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros y veintidós cañones.

—Tal vez era la forma de combatir contra los árabes —dijo Frattini, el maestro.

—No lo creo —rebatíó mi marido—. Dicen que el español admira a Alejandro

Magno y lo imita en ciertos aspectos. Ha creado un selecto cuerpo de infantes de marina, algo inédito en la historia de la guerra: marineros entrenados especialmente para el desembarco en playas y ensenadas. Sus fuerzas maniobran en todo tipo de terrenos, hechas a los abruptos de las serranías hispanas. El Gran Capitán dobla la proporción de arcabuceros, uno por cada cinco infantes, y arma con espadas cortas, como en las legiones, a sus hombres de a pie. Dos de cada cinco llevan armas arrojadas, como lanzas y ballestas, o explosivas como pólvora envuelta en trapos embreados; sus soldados han ganado fama de valientes, siendo tan hábiles que pueden deslizarse entre las largas picas de los batallones franceses, lo mismo que diablos, para herir a sus adversarios en el vientre, zona vital que inutiliza a un hombre de inmediato. Combatiendo de esa forma se presentaron ante las murallas de Nápoles mientras Requesens situaba sus galeras frente a la ciudad, bombardeándola. El duque de Montpensier, general de Carlos VIII, salió de la población para evitar el desembarco, momento que aprovecharon los napolitanos para acuchillar a todo galo que pillaban dentro de sus muros, tal sería el odio a los franceses por su despótica manera de gobernar en los pocos meses que lo han hecho.

—Entonces, Nápoles ha caído en manos españolas... —dijo Andrea Volta, el boticario—. Ello será cambiar un amo despótico por otro.

—El caso es diferente —discrepó mi marido—. Los españoles apoyan a una dinastía aragonesa, hispana al fin, y, según su embajador en Roma, se retirarán una vez repuesto en el trono el legítimo rey de Nápoles.

Al tiempo que en el sur las cosas no le iban bien al galo, en el norte franceses e italianos se las tuvieron tiesas en Fornovo, el 6 de julio, quedando la batalla en tablas. Las fuerzas invasoras, al mando de su rey y con el apoyo de Hércules de Ferrara, se enfrentaron a los venecianos reforzados por mantuanos y milaneses bajo el mando de Francesco Gonzaga, marqués de Mantua, mi querido amigo que se reveló como un gran y valeroso estratega. Las fuerzas eran parejas, en torno a los seis mil combatientes por bando, si bien los nuestros tenían la posibilidad de conseguir refuerzos. Ludovico Sforza envió, amén de hombres, bombas y cañones contruidos con el bronce que Leonardo preparaba para levantar la estatua ecuestre de Francesco Sforza. Las bajas galas fueron algo menores que las italianas, pero la oficialidad francesa sufrió importantes pérdidas. La situación estratégica de Carlos VIII, alejado de sus bases, era muy delicada. Había perdido todo el botín robado en Nápoles y su ejército no tenía posibilidad de avituallamiento ni refuerzos, al cabo que el nuestro, enardecido por el comportamiento de sus bravos soldados y de su capitán, Francesco Gonzaga, se hallaba bien articulado. Por ello los franceses traspasaron los Alpes y regresaron a París humillados y con las orejas gachas.

* * *

El año de 1497 estuvo marcado para mí por dos tragedias: el 2 de enero, después de un festejo que celebraba el alumbramiento de un hijo varón, murió de fiebres puerperales Beatriz d'Este, duquesa de Milán, por la que sentía un gran cariño. Beatriz fue una auténtica señora además de muy hermosa. Sabiendo que le disputaba a su marido, pocas veces me demostró recelo o resquemor, protegió a sus artistas y científicos con un mecenazgo a la altura de Lorenzo el Magnífico y me buscó un esposo que colmó mi ambición. Qué triste vida... Al menos murió sin ver cómo el recién nacido que alumbró la siguió al sepulcro dos semanas más tarde. Su funeral fue patético, que lo son siempre los de hermosas mujeres cuando mueren en la flor de la edad: veintidós años. El Duomo, enlutado de crespones y cendales negros, perfumado con decenas de pebeteros de sándalo y jazmín para disimular el hedor a cadáver descompuesto tras nueve días insepulto, se encontraba abarrotado, lo mismo que la gran plaza. El pueblo de Milán lloraba a la mejor y más hermosa de sus duquesas.

En el banquete fúnebre que tuvo lugar en Porta Giova, Ludovico el Moro tuvo el valor de sentar a la mesa, no muy lejos, a Lucrecia Crivelli, su amante, cuando el cuerpo de su esposa aún vibraba en la tumba. A mí tuvo la desvergüenza de mirarme con la avidez descarada y lasciva que tan bien conocía, pero lo ignoré de forma olímpica. La estrella del Sforza declinaba ya y era solo un remedo del hombre que conquistara mi corazón ocho años antes: grueso, prematuramente envejecido, medio calvo y agobiado por mil problemas políticos y económicos. Los ropajes de luto le sentaban mal, pues lo hacían viejo y olían a polilla. En cuanto pude busqué a Leonardo.

—Cada día estás más guapa, Cecilia —me piropeó como solía hacer—. Si rechazas a tu marido por cualquier causa, sabes que eres la dueña de mi corazón.

—Mentiroso —dije—. Seguro que a todas las halagas con el mismo requiebro. ¿Qué pasó con la estatua de Francesco Sforza? —pregunté.

—Se la llevó la guerra. Habrá que reunir los cañones que se construyeron con el bronce que tanto me costó conseguir y buscar una fragua donde fundirlos. Ven —añadió tomándome una mano—. Quiero enseñarte algo.

Me llevó por callejas nevadas al cercano convento de Santa Maria delle Grazie y, en su refectorio, me mostró la *Última cena* ya culminada a expensas de los retoques. Siendo un día oscuro, ordenó que abrieran las ventanas y encendieran las lámparas. La obra ocupaba todo el ancho del testero del fondo, iluminado a ambos lados por vidrieras diáfanas, dando la sensación de que prolongaba y agrandaba la estancia. Estaba pintada al óleo sobre yeso, en lugar de utilizar la técnica clásica de pintura al fresco. Contemplé en silencio el trabajo, lo más perfecto que había visto hasta allí en pintura de cualquier clase, superior quizá a la Camera picta de Mantegna, en Mantua. La cabeza de Cristo era el centro del mural, más exactamente su sien derecha. De ella, como del cerebro del Señor, irradiaba de manera armónica el resto de la obra: los tapices laterales, los apóstoles, la geometría del artesonado, la amplia gama de

colores y los bellos contrastes de sus tonos.

—Es una maravilla... —acerté a decir, suspensa, tras admirar despacio la pintura desde distintos ángulos.

—Gracias —contestó Leonardo—. Nada en este trabajo ha quedado al azar. A pesar de su apariencia desordenada, he formado cuatro grupos de tres apóstoles, procurando plasmar en ellos las emociones en forma de movimiento, como la ola circular que una piedra origina al caer en un estanque. La ola que se desplaza a la derecha —prosiguió— encuentra resistencia en el grupo que forman Tomás, Santiago el Mayor y Felipe. El rostro de Tomás muestra incredulidad ante el hecho de la Resurrección, el de Santiago el Mayor sorpresa y enojo al sentirse preterido por Cristo, y el de Felipe dolor por la duda respecto a su fidelidad al Maestro.

Yo asentía en silencio a las explicaciones de aquel genio. Era todo tan real que creí hallarme por un momento en el cenáculo, en la Palestina de la pasión de Cristo.

—La ola de la izquierda —continuó Da Vinci— forma una pirámide de fuerzas contrapuestas: el apesadumbrado Juan es acosado por Pedro, que sostiene un cuchillo detrás de Judas mientras le pide que descubra al traidor. En el extremo derecho del mural Mateo y Tadeo piden consejo a Simón, quien, con su cuerpo, forma una onda contraria que nos dirige al centro de la mesa: al Salvador. Bartolomé, Santiago el Menor y Andrés, a la izquierda de la escena, discuten sobre quién de los doce traicionará a Cristo.

—Es fantástico. Los colores, el mantel, los tapices...

—Todo es un juego de puntos clave, de diagonales, líneas radiales y cordones transversales que, partiendo de Cristo, conectan entre sí los personajes —aseguró el maestro.

—Estoy impresionada... ¿Por qué has representado a Juan con el pelo tan largo y unas facciones tan bellas que parecen de mujer?

—Juan era el discípulo amado, el más joven. Los evangelios dejan traslucir su belleza. No busques connotaciones sensuales porque no las hay: simplemente me apetecía idealizar su figura.

Había en uno de los muros cercanos a la *Última cena* un retrato de Beatriz d'Este pintado al fresco, obra también de Leonardo. Mucho debía apreciarla para pintarla dos veces. Se lo hice saber.

—Es mi homenaje póstumo —sostuvo—. Ella lo merecía. Beatriz fue la verdadera impulsora de este convento donde está enterrada. La plasmé tomando como modelo un camafeo que me regaló poco antes de morir. No imaginas cómo animaba las reuniones culturales que presidía a pesar de su juventud, ni los nuevos personajes que introdujo o su interés perenne por aprender y superarse.

De regreso a Porta Giova entramos a una taberna para matar el frío con un vaso de mosto.

—La estrella de Ludovico Sforza se apagará muy pronto —aseguró Da Vinci—. Siena, Pisa, Florencia y Venecia lo abandonarán a su suerte. A no mucho tardar

Carlos VIII, el rey de Francia, caerá sobre Lombardía y la conquistará.

La segunda tragedia a que hice referencia fue la muerte de Anna Sforza, aquella deliciosa muchachita de trece años cuando la conocí al llegar a Milán. Primero la espantosa muerte de su hermano Gian Galeazzo y ahora ella, como si la desgracia se cebara sobre aquella poderosa familia. Tras su boda con Alfonso d'Este, Anna buscaba un heredero para el ducado de Ferrara y no lo conseguía. Dos veces quedó embarazada y en ambas abortó de pocos meses. Por fin logró que la tercera gestación llegara a término, pero, el 2 de diciembre de 1497, falleció al dar a luz un varoncito que vivió lo justo para ser bautizado con el nombre de Alfonso. La noticia llegó a Carmagnola el día 4 e inmediatamente me puse en camino, pues quería dar el pésame a su viudo, el hermano pequeño de la infortunada Beatriz. Mi marido estaba en Roma, por lo que hice el viaje acompañada por Soraya y una doncella, quedando los niños al cuidado de sus niñeras. Jamás me arrepentí de aquel largo viaje en pleno invierno, muerta de frío, sin la compañía de un hombre, por caminos bacheados y cubiertos de hielo. Al llegar a Ferrara tuve tiempo de asistir a la última de las misas de cuerpo presente. Todo lo compensó el abrazo en el que me fundí con Alfonso d'Este: nunca he visto ni volví a ver a un hombre llorar desconsolado la pérdida de la mujer amada como él.

Quise acompañar al triste duque y lo hice nueve días, pues dispuso para mí y la servidumbre un cómodo apartamento en su palacio de Ferrara, ciudad que no conocía. Mi amistad con él se profundizó entonces. Tres años más joven que yo, Alfonso d'Este era un enamorado del arte y de la música, un mecenas de artistas con justa fama de pródigo. Era al tiempo un militar de prestigio en auge, valiente y combativo en las filas imperiales, años más tarde, en la ocasión de Pavía. Guapo y muy apuesto, se convirtió en el viudo más solicitado de Italia, tanto que los Borgia le echaron el ojo y, cuatro años después, lo casaron con Lucrecia, aquella bella niña hija del papa que conociera en Roma.

* * *

La quema en la hoguera del fraile dominico Girolamo Savonarola el 23 de mayo de 1498 marcó una época. El sentir del pueblo florentino y en general de toda Italia estaba con el monje, pero no el de la aristocracia, la iglesia oficial encabezada por el papa o las clases dirigentes, que lo tachaban de hereje y poseído por el demonio. Mis tertulianos de Carmagnola, incluyendo a Severino Carduccio, el cura párroco, mostraban sus simpatías por aquel fraile sin duda iluminado y fanático, pero que decía verdades como puños. Savonarola, que había nacido en Ferrara en el 52, era el tercero de los hijos de un comerciante ferrariense y de Elena Bonacolsi, de noble familia mantuana. Había sido educado con esmero y, al ser segundón, entregado a la Iglesia siguiendo la ancestral costumbre entre las clases acomodadas. Después de

alcanzar el título de maestro inició en Padua los estudios de medicina, que abandonó con dieciocho años para dedicarse a la teología, ingresando en un convento agustino y por fin en el de San Domingo de Bolonia.

—Coincidí con Girolamo en Faenza, nada más salir del seminario, pues era un año más joven que yo —explicó Carduccio.

Era un luminoso y cálido jueves de finales de junio. Los tertulianos debatíamos sobre Savonarola, pues no se hablaba de otra cosa en todas partes.

—Recién consagrado era todo bondad, no creyendo el infeliz en la maldad humana —continuó el sacerdote—. Por entonces ya arremetía contra Roma en su *De ruina Ecclesiae*, comparando el papado con la antigua y corrupta Babilonia. Un poco fanático sí era —sostuvo el párroco—, pues achacaba a la Iglesia todos los males de la tierra.

—Debió ser un hombre dotado de un atractivo especial para la gente —comenté.

—Lo tenía —asintió don Severino—. Echaba fuego por los ojos en sus homilías contra la depravación de las costumbres, exhortando a sus fieles a una vida sencilla. Llegó a juntar a quince mil personas para oírle. La maldad del mundo se debía según él a la falta de fe. En sus ataques no dejaba títere con cabeza: a los poderosos porque estaban dominados por la gula y la lujuria, a la gente de a pie al pretender imitarlos, y a los sacerdotes y monjas por hacerlo todo al revés, despreocupados por las almas de su grey y pendientes solo de obtener beneficio.

—Pues tenía mucha razón —opinó Lorenza Colao.

—Mucha, pero no toda —sostuvo el cura—. Ni los papas son todos malos ni la Iglesia es nociva en su totalidad. Hay poderosos sanos y competentes y la gente normal no está viciada de raíz.

—Convendrás conmigo en que, por la mayor parte, los papas de este siglo son impresentables —dijo Mario Frattini, el profesor.

—No lo niego —convino Carduccio—, pero nadie que ejerza la caridad cristiana puede decir desde el púlpito que Inocencio VIII era la reencarnación del diablo, ni Alejandro VI un hijo de la gran ramera, como llegó a asegurar el fraile dominico. Uno y otro tendrán, seguro, cosas buenas y malas. Un sacerdote debe luchar contra el vicio y la depravación predicando con la oración y el ejemplo.

—Pues Savonarola lo hacía —intervino Volta, el boticario—. Se sabe que ayunaba y hacía penitencia, que usaba el cilicio para expiar sus culpas y era frugal, comiendo y bebiendo muy poco.

—Es verdad —corroboró el religioso—. Yo estoy de acuerdo en general con la doctrina de Savonarola, pero no con sus métodos. Cuando fue párroco en San Marcos de Florencia, sus excesos verbales se hicieron célebres. A Lorenzo el Magnífico, que tendría sus defectos como todo mortal, pero que lo acogió benevolente y lo hizo su confesor, lo maldijo en su lecho de muerte. Él y su hijo Piero se convirtieron en el blanco de sus insultos y predicaciones ominosas. No creo que sea muy cristiano escupir en la mano que te alimenta... Y luego su ciego fanatismo y el dárseles de

profeta, viendo la llegada del Anticristo cada vez que tronaba o el fin de los tiempos si soplaban el viento de los Alpes o el bora veneciano.

—No sabía que Savonarola profetizase —dijo Volta.

—Pues lo hacía. Había predicho que un nuevo rey Ciro vendría para arrojar al papa de su solio y pensaba que se encarnaba en la figura de Carlos VIII, el rey francés. Por ello, cuando el monarca galo invadió Florencia en noviembre del 94, aprovechó para liderar la rebelión en la ciudad, acusar a los Medici de indignidad y expulsarlos. Conozco bien la historia, pues me la relató no hace mucho un compañero de seminario que era coadjutor en la iglesia florentina de Santa María.

Todos callamos. La tarde se iba ya. Hacía mucho calor, entrando por la ventana abierta el reluz de un crepúsculo tintado en gualdas y ocres y el canto de los grillos. De alguna parte llegó el gañido de un perro.

—Savonarola acogió a Carlos de Valois como a un enviado del cielo para poner orden en el clero y en la curia romana —siguió fray Severino—, viniendo en su ayuda, además, una terrible epidemia de «mal de mujer» que asoló la ciudad.

—Es injusto —intervine— que se llame de esa forma a la lúes, una enfermedad que propagan los hombres con su lujuria desatada. Eso al menos opinaba Andreas Wessel, un médico de la corte milanesa.

—Tal vez tengáis razón, señora —concedió el clérigo—. En todo caso, a la llegada del monarca galo a Florencia el 8 de noviembre de aquel año, estalló la rebelión que capitaneó el fraile dominico. La República Democrática de Florencia que fundó, de carácter teocrático a imitación de las del monte Athos, se basaba en el Antiguo Testamento, pero con matices ideados por el propio monje. Se inició la persecución de los homosexuales y lesbianas, se prohibieron las bebidas alcohólicas, el juego, las apuestas, la ropa indecente y los cosméticos. Las bellas florentinas iban tan cubiertas como las islamitas en Bagdad. Savonarola ordenó a la policía que buscara por la ciudad cualquier cosa que fomentara la vanidad o el pecado, como juegos callejeros o de dados en tabernas y mesones, libros que trataran sobre sexo, labios o uñas pintadas, peinetas, espejos y vestidos indecentes que transparentasen intimidades femeninas. Organizó una inmensa hoguera en el centro de la plaza de la Señoría donde arrojó cuadros, esculturas y obras de arte, entre ellas varias pinturas de Botticelli y el Correggio, junto a libros y manuscritos griegos y latinos de incalculable valor que consideraba inmorales. Los vecinos, idiotizados, desfilaban ante la pira con sus objetos pecaminosos para arrojarlos a aquella hoguera de las vanidades, como la bautizó, mientras juraban ante el fanático clérigo retomar las costumbres sencillas.

—Savonarola midió mal el alcance de su revolución, justa y bienintencionada, sin duda —sostuvo Antonio Monti, el cirujano-barbero—. A ningún italiano puedes privarlo de admirar la belleza en la mujer o beber un *bicchiere* de vino en la taberna.

—Exacto —dijo Carduccio—. Pronto surgieron los *arrabiati*, un grupo opuesto al monje y harto de que le limitaran sus pequeños o grandes desahogos.

—O en otras palabras, la sagrada libertad de pecar, que es el aliciente que mueve la tierra —sostuve.

—Triste pero cierto, señora condesa —reconoció el cura—. Hubo luchas callejeras que curiosamente fomentaban los franciscanos, que veían sus iglesias vacías mientras el templo de los dominicos henchía de fieles. El principal crítico de Savonarola fue Francesco de la Curia, un monje seguidor de Francisco de Asís. Los problemas para el reformador, pues sin duda lo era, se iniciaron cuando atacó al recién investido papa Alejandro VI: lo llamó desde el púlpito pecador, hijo de Satanás, incestuoso y prevaricador. Rodrigo Borgia, a través de emisarios, pidió primero que cambiara de actitud y después intentó sobornarlo ofreciéndole el puesto de cardenal, que rehusó el fraile. Los insultos llegaron al paroxismo cuando tachó al pontífice de simoníaco y amante de su propia hija, cuestionando la legalidad de su elección y por tanto su autoridad.

—Aunque el actual papa deje mucho que desear, el monje se pasó de la raya —sostuvo Antonella Volta, la mujer del boticario.

—Opino igual —dijo el cura—. La razón se pierde si se pierden la educación y las buenas maneras. El papa, irritado ante tantas críticas, amenazó a los florentinos con la pena de entredicho, lo que provocó el terror en la ciudad.

—¿Qué es la pena de entredicho? —preguntó Paola Monti—. Confieso mi ignorancia...

—Significa la prohibición de los sacramentos para los ciudadanos e impedir que los muertos se entierren en sagrado —contestó Carduccio—. El monje, lejos de arredrarse, aumentó sus diatribas desde el púlpito de la catedral, lo que provocó que Alejandro VI ordenara su arresto. El 8 del pasado abril murió Carlos VIII, principal defensor de Savonarola, momento que aprovechó el papa Borgia para invadir Florencia con su ejército y prender al rebelde. Este se escondió con sus seguidores en el convento de San Marcos, pero acabó entregándose después de una refriega en la que murieron algunos de sus fieles. Savonarola fue conducido a la prisión de la ciudad. Allí fue torturado en presencia de los inquisidores hasta que, después de cuarenta y dos días de suplicio, reconoció sus faltas: herejía, rebelión y diversos errores religiosos. Firmó su arrepentimiento con la mano derecha, que le habían dejado sana a tal efecto, el día 8 de mayo. Suplicó ser muerto por la espada, es decir, decapitado, pero no lo consintió el rencoroso Borgia. El 23 del mismo mes fue llevado al quemadero, en el centro de la plaza Grande, en el mismo lugar donde humeaban los rescoldos de su hoguera de las vanidades. Ardieron con él fray Doménico Volpi y fray Silvestro da Pescia, sus más fieles discípulos. Mi conocido, que lo presencié, afirma que, al consumirse muy despacio, los restos de aquellos infelices eran devueltos a la pira a fin de que se redujeran a cenizas, de forma que sus partidarios no los conservaran como reliquias. Al final, todo lo que quedó de la hoguera fue metido en sacos y arrojado al Arno junto al Ponte Vecchio.

—Amén de injusto, debió resultar espeluznante —dijo Favio Colao.

—Lo que resulta espeluznante es obtener la confesión de un inocente, e incluso de un culpable, sometiéndolo a tortura en el potro —defendió Antonio Monti—. Nadie debiera morir por sus ideas —añadió.

—Estoy de acuerdo, querido —dijo el religioso—, pero así funciona en este perro mundo. Dios escribe la historia con renglones torcidos. Savonarola no es el primer reformador de la Iglesia, pero sí el más audaz. Bernardo de Claraval y Raimundo Lulio también tuvieron que lidiar con papas corruptos y prevaricadores, pero supieron hasta dónde podían llegar.

—El fraile dominico tampoco será el último protestante —auguró Mario Frattini—. Mientras no cambie el panorama, la Iglesia esté gobernada por gentuza lujuriosa y siga apegada a los bienes terrenos, surgirán muchos más. No quisiera ser agorero, pero se avecina una rebelión que dejará chico a Savonarola y a Focio juntos.

* * *

La profecía de Leonardo da Vinci se cumplió: los franceses invadieron la Lombardía y la ocuparon sin apenas resistencia. No fue Carlos VIII, sino su sucesor Luis XII el encargado de despojar de la corona ducal a Ludovico Sforza. Siendo sobrino de Valentina Visconti, el monarca galo adujo sus derechos sobre el Milanesado mientras cruzaba los Alpes por diferentes puntos. Tropas francesas pasaron por Carmagnola una fría mañana de enero de 1499, siendo contempladas con indiferencia, pues parecían ir en son de paz. El Moro, visto que los pisanos preferían estar bajo la tutela de Venecia, retiró sus tropas de Pisa al perder toda esperanza de señorear la ciudad toscana. Mal aconsejado, prefirió la amistad florentina a la veneciana para tratar de frenar a los franceses, pero fue un fiasco del que nunca pudo recuperarse. Luis XII se alió con Venecia justo cuando el descontento en Milán era grande por el aumento del precio del pan y del aceite en los mercados. En septiembre toda la Lombardía era francesa. Ludovico Sforza huyó a Innsbruck buscando la protección del emperador Maximiliano y convenciéndolo de que le ayudase a recuperar sus estados. Al fin y al cabo, adujo, los galos habían sometido a un ducado imperial, fiel a su emperador. Tras no pocos esfuerzos y dineros —que el Habsburgo gastaba con la tacañería de un usurero escocés— se pudo armar un ejército de tres mil hombres, casi todos mercenarios suizos que, con Ludovico al frente, se dirigieron a Novara, al norte del Piamonte. Ni siquiera hubo lucha: a la vista de un enemigo superior en número, los suizos arrojaron las armas y el Sforza fue capturado el 10 de abril, siendo encerrado en Loches, un castillo francés.

Ludovico Sforza desapareció de la escena política aquel infausto día del final del siglo. De mi vida lo había hecho mucho antes. Todos hicieron leña del árbol caído, exagerando sus muchos vicios y minimizando sus buenas obras, también muchas. Yo me quedo con lo positivo: el hombre que me amó y al que amé, el mecenas que

regaló al arte las figuras más excelsas de su siglo y el mejor podestá que ha tenido Milán. La corte milanese se fundió como la cera virgen: Bramante estaba ya en Roma y Leonardo se dirigió a Florencia. Supe tiempo después, cuando pasé a visitarlo en 1502, que Da Vinci hizo el viaje acompañado por Luca Pacioli, ambos caballeros sobre sendas mulas en una reata cargada con los aparatos, artilugios y mecanismos de aquel ser prodigioso, tardando dos semanas en cumplirlo.

Mi existencia trascurrió en Carmagnola, amable y todo lo tranquila que me permitían los frecuentes embarazos, hasta 1515, cuando murió mi esposo. Debo decir que tuve mucha suerte: logré tener con él cuatro hijos vivos de un total de ocho preñeces. Sin contar que, como tantas, pude haber muerto al dar a luz o como resultado de las fiebres que llaman *puerperales*. Para mí, todo el sustrato de un parto y un puerperio feliz consiste en algo tan sencillo como hervir los instrumentos que se utilizan y lavarse las manos a conciencia, como hacía Andreas Wessel. Tomé adecuada nota y, desde mi primer parto, ordené que los intervinientes en mis alumbramientos obrasen de aquella forma. Sin duda existen miasmas pestíferas que se transmiten con la suciedad e inficionan a la parturienta, ocasionando su muerte o la del recién nacido en medio de calentura febril y terribles dolores.

El futuro de Cesare, el pequeño que me dio Ludovico Sforza, estuvo trazado desde su nacimiento. Igual que en todas partes, los hijos naturales de las clases altas, considerados hijos del pecado, se destinaban y destinan a la Iglesia, algo que siempre consideré un error estúpido. En primer lugar, Cesare fue fruto del amor, de un amor limpio, y en segundo, se trata de un concepto equivocado: los hijos bastardos, tantas veces originados mediante el engaño, la fuerza o la falsía, debieran dedicarse al gobierno o la diplomacia, actividades en las que priman la astucia y la mentira. Al servicio de Dios habría que dedicar a los hijos legítimos, incluso primogénitos, pensados por sus padres y traídos al mundo a conciencia. En el caso de mi hijo, Ludovico el Moro contando con la aquiescencia del conde de Brambilla, su padre adoptivo, lo nombró abad de la iglesia de San Nazario Mayor, en Milán, en vistosa ceremonia celebrada en noviembre de 1498, cuando el niño contaba siete años. Después, al cumplir catorce, fue investido canónigo de la catedral milanese. Ya me diréis si no es absurdo que un zagal, al que se le iban los ojos detrás de las mozuelas de su edad, gastara sotana. Pasa lo que pasa por torcer la voluntad de las personas, dedicando a la milicia al que pretende ser agricultor y embarcando en un navío de pesca al que quiere ser monje.

Desde que ocupó su canonjía en Milán, la vida de mi pobre hijo trascurrió allí, viendo cómo progresaban los trabajos catedralicios, entre curas y frailes, cánticos y plegarias, misas, bodas y funerales, envuelto en el aroma del incienso. Las veces que fui a verle o vino a Carmagnola, parecía resignado a su suerte más que contento. Cuando cantó misa, con diecinueve años, era un hombre fornido, con los rasgos viriles de su padre dulcificados por gotas de mi sangre. Nunca supe de aventuras galantes, viviendo alejada de él, pero sin duda debió tenerlas. Pocos eran los abades,

deanes, canónigos o beneficiados catedralicios anteriores a la Reforma que no tenían queridas o vivían en abierto concubinato. En el caso de Cesare lo justificaría plenamente, pues nunca fue un sacerdote vocacional y llevaba grabada a fuego su herencia Sforza. Si tuvo hijos o amores, fue un secreto que se llevó a la tumba: aquejado de un brote de cólera que hizo estragos por entonces en Milán, Cesare Sforza murió en abril de 1512, sin cumplir veintiún años, pues había nacido un 3 de mayo. Yo enjuagué mis lágrimas en el cariño del resto de mis hijos y de mi esposo, súbitamente envejecido.

El año 1500 amaneció entre la histeria desatada de los agoreros que vaticinaban el fin de los tiempos y los aprovechados que apuraban hasta las heces los placeres del mundo. Mientras unos creían oír los clarines de gloria del paraíso, otros se hundían en la profunda sima donde resuenan las siniestras risotadas de Averroes. Las iglesias, conventos, monasterios y abadías se poblaron de miles de penitentes que elevaban sus plegarias al Altísimo mientras, de rodillas, se flagelaban con cilicios de púas para expiar sus faltas. En las tabernas, colmados, prostíbulos y casas de lenocinio algunos miles más se entregaron al deleite de los sentidos sin dejar uno: bebieron hasta hartarse aguardiente, se drogaron con opio o con hachís y contemplaron mil aberraciones o las escenificaron ellos mismos fornicando todos contra todos hasta el agotamiento. Al final no pasó nada: el frío helador seguía siendo el mismo, el hambre señoreaba las casas de los pobres, los ricos continuaban con sus banquetes y lujurias y la peste negra o blanca rondaba de la misma manera a unos y otros.

En febrero del siglo que se iniciaba nació un niño que iba a cambiar la historia europea. Vio la luz en Gante, la laboriosa villa flamenca que, por entonces, formaba parte del Imperio. Su padre era el archiduque Felipe de Austria, aquel hermoso príncipe alemán que, junto con su hermana Margarita, conociera en la boda de Blanca María Sforza. Cumpliendo el vaticinio de mi marido, el emperador decidió casar a sus hijos con los hijos mayores de los Reyes Católicos, la monarquía española que se imponía con fuerza en las Indias, en el norte de África y también en Italia. Margarita, aquella beldad de mágica apariencia, casó con el príncipe Juan y, casi al tiempo, Felipe lo hizo con la princesa Juana. Margarita no tuvo suerte, pues su esposo murió de tisis poco después de la boda, pero el matrimonio entre Felipe y Juana dio sus frutos en forma de numerosa prole.

Yo seguía mi rutinaria vida de casada en mi escondido refugio del Piamonte que gobernaban los franceses. Es verdad que los galos apenas molestaban. Proseguían mis tertulias, mis embarazos, mis lecturas y cabalgadas muchas veces acompañada por Ludovico, pues mi esposo pasaba largas temporadas en Carmagnola. Para él eran mis poesías, pues rimaba cada día con más fuerza. Sin cumplir los treinta años seguía siendo una bella mujer, admirada por los hombres cuando acompañaba a mi marido a Milán, Torino o en el pueblo mismo si bajaba con Soraya para pequeñas compras o al mercado de los sábados, pero mi interés por los varones se limitaba a escuchar a los que podían enseñarme, complaciéndome en ser fiel a mi esposo. Decidí que el

hombre que me amaba, me había hecho condesa y me trataba igual que a la dama de sus sueños Amadís de Gaula, un héroe caballeresco cuyas andanzas circulaban escritas por el norte de Italia, no merecía semejante desdén.

Una carta a principios de enero de 1502 vino a romper la monotonía y rutina diarias. Era de Alfonso d'Este. Viudo de la pobre Anna Sforza como ya dije, el heredero de los ducados de Ferrara, Módena y Reggio me anunciaba su boda con Lucrecia Borgia, la hija del papa, y nos invitaba al acontecimiento, a celebrar en la catedral de Ferrara el 22 de febrero. Nos pusimos en camino con suficiente antelación, pues Ludovico quería enseñarme con calma Padua y Venecia. En Padua visitamos la universidad, de las más antiguas de Italia, y la iglesia de San Antonio, que conserva en precioso mausoleo los restos del santo entre los santos para los italianos que, curiosamente, nació en Lisboa.

A sus cincuenta y dos años mi marido había envejecido, pero mantenía un buen hacer viril. En la capital de la Serenísima, ciudad lacustre donde mora la magia, hechizado quizá por el ambiente, supo amarme con la destreza y la fuerza del león de San Marcos, preñándome otra vez. Visitamos el Duomo con todas sus riquezas y el palacio ducal, donde el recién elegido dogo, Leonardo Loredano, nos recibió en audiencia. Pietro Navajero, un embajador veneciano amigo de mi padre, nos invitó a un baile de máscaras en su Palazzo del Canal Grande, pues nuestra estancia coincidió con las carnestolendas. Ludovico se disfrazó de fraile y yo de cortesana. Envuelta en el anonimato que presta el antifaz, solicitada por unos y por otros, bailé hasta hartarme más por necesidad que por placer, pues mi vestido era tan sutil que me moría de frío. No imagináis el que pudo hacer en Venecia aquel invierno, tanto que convirtió la ciudad en un nevero alpino. Lo combatíamos con tabardos de gruesa piel si recorríamos la ciudad a pie o en góndola y con el fuego de chimeneas que se cebaban día y noche en nuestro alojamiento, un *palazzo* en la Riva degli Schiavoni propiedad de un pariente lejano de Ludovico.

Mi esposo deseaba hacerme un retrato desde hacía tiempo y la ocasión venía cogida por el copete, pues me habían hablado del taller de Giovanni Bellini, un consagrado pintor veneciano, y a él nos dirigimos. Tanto el maestro, ya mayor, como sus discípulos, un grupo de jóvenes artistas entre los que destacaban Vecellio Tiziano, Lorenzo Lotto, Giorgione o Palma, nos causaron una grata impresión. Al día siguiente posé para Bellini la primera de las cinco sesiones que precisó para retratarme. No pude evitar mencionar que antes había posado para Leonardo da Vinci. El maestro, un hombre de unos setenta años, se me quedó mirando de hito en hito.

—Cecilia Gallerani... —dijo al fin—. Ahora recuerdo. El año pasado estuvo por aquí Da Vinci y, hablando de sus trabajos, refirió haber retratado a una dama de ese nombre con un armiño en los brazos.

—Soy yo —dije.

—Antes, por viajeros que habían visitado la corte de Milán, ya había oído hablar

del lienzo, al parecer de gran belleza y maestría. ¿Podría verlo? —preguntó el pintor.

—En Carmagnola está y a vuestra disposición, maestro —dije.

—Me faltan fuerzas para llegar tan lejos, señora condesa, pero tal vez encomiende la misión a uno de mis discípulos.

Fueron varias deliciosas jornadas en la Ciudad de los Canales, que recorrimos desde la Giudecca, uno de los barrios hebreos, hasta la isla de San Giorgio Maggiore. En una *trattoria* del Cannaregio, el viejo distrito de los pescadores, disfrutamos de la especialidad culinaria veneciana: un arroz negro con sepia casi tan bueno como el que hacía mi madre. Esbozado el retrato —que Bellini quedó en enviarnos junto con la minuta—, pasamos a Ferrara el 20 de febrero en medio de una ventisca y un frío tal que congelaba las márgenes del Po. Nos recibió Alfonso d'Este en su palacio, acondicionando para nosotros la mejor cámara. Pero, antes de seguir, diré cuatro palabras sobre los avatares de Lucrecia Borgia, que dejamos si recordáis recién casada con Giovanni Sforza.

Tras la boda, como ya dije, los Sforza dejaron de interesar al papa. Alegando no haber sido consumado, Rodrigo Borgia dictaminó que se trataba de un matrimonio sin efecto y pretendió devolver la dote de Lucrecia, cosa que rehusó Giovanni hasta que, amenazado por su propia familia, firmó una confesión ante testigos en la que admitía ser impotente, lo que equivalía de hecho a la anulación del vínculo. Durante el tejemaneje de dicha anulación, Lucrecia fue llevada a un monasterio lejos de Roma donde la única relación con el exterior, concretamente con su padre, era mediante mensajes escritos que le enviaba aquel por medio de un tal Perotto. Con una cadencia casi diaria, Perotto, un apuesto joven de veinticinco años, visitaba a la moza, le entregaba el mensaje, esperaba la respuesta escrita y salía del monasterio rumbo al Vaticano.

Cuando Lucrecia regresó con su madre y hermanos, tras el encierro, estaba visiblemente embarazada. Se ocultó la preñez, pues se trabajaba en una nueva boda de Lucrecia con Alfonso de Aragón, pariente del rey de Nápoles, alianza importante para los Borgia. La gestante dio a luz sin novedad un rollizo varón. ¿Quién fue el padre del *infante romano*, como llamaba el pueblo al recién nacido? Había opiniones para todos los gustos. En 1501 Alejandro VI emitió una bula en la que reconocía que el niño era de César Borgia; al año siguiente aseguró en otra —que se mantuvo secreta algunos años— que el padre era él; en ambas había una importante y retorcida salvedad: ninguna mencionaba a Lucrecia como madre de la criatura; Perotto, por su parte, juraba que el pequeño era suyo y de la joven tras una duradera relación mantenida en el monasterio y fuera de él; por fin, había quien aseguraba que el crío era obra del Espíritu Santo.

En cualquier caso Lucrecia y Alfonso de Aragón se casaron en el 97 y, poco después, se produjo la invasión francesa de Nápoles, con lo que el valor estratégico del novio volvió a devaluarse para los Borgia. Alfonso, un hombre apuesto y de finos modales, se convirtió en un estorbo para César Borgia, todavía cardenal. Quizá no

soportaba que su hermana, con la que aparentaba tener relaciones incestuosas, se hubiese enamorado de aquel galán fatuo y pagado de sí. Tal vez influyó que un rebrote del mal napolitano, que arrastraba, desfigurara su rostro hasta el extremo de obligarlo a usar máscara. Fuera cualquiera la causa, sicarios contratados por el cardenal Borgia trataron de asesinar al de Aragón una noche de julio del año 1500, dejándolo malherido. En venganza, guardianes al servicio de Alfonso asaetearon a César con sus dardos cuando paseaba por el jardín de la villa, escapando con vida de milagro. La contrarréplica del rencoroso César fue amenazar de muerte a su cuñado en presencia de Lucrecia, de modo que esta, horrorizada, no se separaba del lecho de su esposo. Dos días después, mediante engaños, consiguió que Lucrecia saliera de la cámara, momento que aprovechó un matón para coserlo a puñaladas en el lecho. El crimen, achacado a un ladrón que nunca apareció, quedó impune. Trascurrió un año en el que la joven viuda guardó luto a su marido, demostrando ingenio y agudeza como administradora, por lo que su padre la llamó a su lado para que le ayudase en la gerencia de la Iglesia y el Vaticano, hecho que provocó críticas en la curia, dada su bisoñez —tenía solo veintiún años— y las sospechas de amores incestuosos entre padre e hija. Fue cuando los Borgia pensaron en casarla con Alfonso d'Este. Tras la negativa inicial del duque Hércules, la poderosa familia de Ferrara accedió al matrimonio. Me confesó el propio Alfonso que, al principio, él se opuso también, pero que cambió de opinión al ver a Lucrecia en una reunión habida en Roma.

Y en verdad que la belleza de Lucrecia Borgia era notable vestida de novia en aquella brumosa mañana de febrero. Los invitados tuvimos que caminar sobre la nieve un trecho, pues los carruajes patinaban sobre el hielo casi a las puertas de la catedral. El frío húmedo que ascendía del Po era tan grande que helaba las márgenes del río, ancho en aquella parte. Habían iluminado el templo con antorchas, pues estaba nublado y parecía de noche. A pesar de tratarse de su tercera boda y de tener más conchas que una tortuga laúd, la novia iba de blanco. Había crecido al menos medio palmo desde que la viera en Roma y se había hecho mujer, una bella mujer de rasgos delicados, larga melena rubia deshecha en rizos sobre los hombros, ojos muy azules, boca pequeña, nariz helena y pómulos salientes, a lo tártaro. Las caderas eran sugestivas en el ceñido traje de esponsales, pero sus senos semejaban breves, igual que los de una cervatilla recién parida. El cambio más notable no radicaba en su fisonomía: lo alteraba de pleno su sonrisa, una sonrisa bruja que ganaba de inmediato a cualquiera que la contemplase, desarmándolo.

Hubo un banquete en el palacio de los D'Este, muy cercano al templo, en el que nos situaron al lado de los marqueses de Mantua, Francesco Gonzaga e Isabel d'Este, hermana del novio. Desde Venecia había venido el dogo con su esposa. Vimos a Piero de Medici, hijo de Lorenzo, y a los hermanos de la novia, César y Jofré, pues Juan Borgia, el mayor, había sido asesinado hacía cuatro años en Roma en un crimen que nunca pudo esclarecerse, ya que junto a Juan murieron los servidores que lo acompañaban. Se trató sin duda de una venganza, pues en su bolsa se hallaron treinta

escudos de oro. Jofré, o Godofredo, era un muchacho tímido de apenas veinte años, en nada parecido a César, que por aquellos días contaba veintiséis y era alto, guapo y extrovertido. El costurón que le cruzaba el rostro, muestra al parecer del mal napolitano que padecía, lejos de afearle le daba un aspecto interesante, de mítico luchador troyano. Había abandonado la púrpura cardenalicia para convertirse en adalid del ejército del papa, siendo ennoblecido por el rey francés, Luis XII, a raíz de su matrimonio con Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra, con el título de duque de Valentinois.

Felicité a Francesco por su valiente comportamiento militar en la pasada contienda contra los galos. Isabel y yo no paramos de contarnos confidencias. Hablamos de nosotras, de nuestros hijos, de partos y acabamos haciéndolo de trapos, que es el término natural de cualquier conversación entre mujeres. Isabel d'Este era una experta en moda, pues la imponía en el norte de Italia. Surgió el tema de la capa, que ella llevaba corta, de los zapatos, cuyas puntas romas y anchas preconizaba, de la gorguera, que la marquesa lucía rizada y almidonada, y por fin del corpiño, que ella prefería algo menos ceñido de lo habitual entre las elegantes. Si el rey de Francia imponía el orden político desde Roma a los Alpes Dolomitas, Isabel d'Este dictaba lo que vestía o calzaba la aristocracia femenina en toda Italia. Tenía pendientes de ella a un ejército de sastras y costureras, un sombrerero que le confeccionaba a medida pelucas, cofias y caperuzas y un zapatero que, previa confección de un molde de escayola, le hacía a medida botines, escaarpines, zapatos y borceguíes.

Al final dimos un leve repaso al tema hombres. Nombramos primero a nuestros propios maridos, después a César Borgia, alabando su atractivo viril y preguntándonos el porqué de la ausencia de Carlota de Albret, su joven esposa, y concluimos dialogando sobre Leonardo da Vinci, que había pasado en Mantua, en la corte de los Gonzaga, casi un año. No pude sustraerme a la belleza de un medallón de oro, rubíes y brillantes que, con su efigie y la leyenda «Isabella d'Este marquesa de Mantua», colgaba del cuello de Isabel.

—Qué maravilla... —dije señalándolo—. ¿Es obra de Leonardo?

—No —respondió—. ¿Te gusta? Es un encargo que hice a Gian Cristoforo Romano, un artista discípulo de Rafael Sanzio que trabaja en nuestra corte y decora el Palacio del Té, un nuevo edificio de los Gonzaga a las puertas de Mantua. Da Vinci me ha retratado dos veces.

—¿Cómo está?

—Trabajando como siempre en mil cosas apasionantes. Cuando estuvo en Mantua me pasaba el día admirándolas.

—A mí me ocurría lo mismo en Milán. ¿Qué hacía?

—Hablaba mucho con el viejo Andrea Mantegna, nuestro pintor de cámara, pues ambos se admiran mutuamente. Además de mis retratos diseñó un canal navegable que atravesará la ciudad a modo de río veneciano, terminó la maqueta de un molino de viento de ochenta codos de altura y culminó el proyecto de una villa de recreo para

los Gonzaga. Poco antes de partir para Venecia perfilaba la construcción, por encargo del sultán Bajacet, de un majestuoso puente sobre el Bósforo, otro levadizo para unir Mestre y Venecia y diversas máquinas hidráulicas.

Un puente levadizo cruzando la laguna véneta... Vinieron a mi memoria los buenos ratos pasados junto a Da Vinci. Pensé, no sé por qué, en aquel batiscafo en el que me introduje a los doce años.

—Leonardo es un genio —afirmé.

—De los que aparecen cada mil años —corroboró Isabel—. Sentí mucho su marcha, cuando, tras dejar Mantua, pasó a Venecia.

—Sé que estuvo con el pintor Bellini, colaborando en su taller.

—El dogo lo llamó para encargarle diversos proyectos de ingeniería para defender la región de Friuli de un más que posible ataque turco. Dicen que quedó asombrado al ver sus planes que incluían equipos de inmersión submarina, máquinas voladoras, modificaciones en el casco de los barcos, catapultas, ballestas gigantes y cañones de largo alcance.

Hubo un nuevo silencio mientras disfrutábamos de una de las exquisiteces del ágape: medallones templados de langosta de Chioggia rellenos de su propio coral. Recordé al hombre volador de Milán y su increíble planeo, mágica manifestación de la febril imaginación de aquel ser prodigioso.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—A la espera de pasar a Florencia, anda en Bolonia invitado por Gerolamo Casio, un viejo compañero de andanzas juveniles que es poeta, comerciante en sedas y trovador —aseguró Isabel.

En el baile que siguió al banquete no paré de danzar, algo que me entusiasmó desde mi infancia. Lo hice con mi marido, con Hércules d'Este y también con el novio. Pude observar a Lucrecia a mi antojo y apreciar su hermosura sin tacha. Hablé con ella al final de la velada y la encontré cambiada con respecto a la niña tonta y consentida que conociera en Roma. Me habló de su proyecto de convertir Ferrara en un faro de luz cultural y científico en el norte de Italia. Parecía ilusionada y, si no enamorada, sí predispuesta al amor, más o menos como yo cuando me desposé con Carminati. No volví a ver a Lucrecia Borgia. Sí supe de su vida hasta su triste muerte a los treinta y nueve años, de fiebre puerperal. Cumplió su palabra de dar lustre a la corte de Ferrara, que convirtió en la sucesora de Florencia con poetas como Pietro Bembo, literatos de la talla de Ludovico Ariosto, pintores como Tiziano o músicos de la categoría del flamenco Jacobs Obrecht, el rival de Josquin Desprez que muriera de la peste que asoló Ferrara años después. Duquesa de Ferrara desde la muerte de su suegro Hércules d'Este, en 1505, se hicieron famosas sus fiestas por el lujo y libertad de costumbres, pero nunca bacanales y orgías sin freno como se ha dicho. Quiso llevar a la corte al hijo habido con Alfonso de Aragón, pero no lo consintió su esposo. Al final el crío fue adoptado por Isabel de Aragón, mi buena amiga viuda de Gian Galeazzo. Niño y tutora murieron en 1512, lo que sumió a Lucrecia en una gran

melancolía que la llevó a un convento durante más de un año.

En cuanto al rumor que corrió por el Véneto sobre un romance entre la duquesa y Pietro Bembo, el excelente poeta, latinista, filólogo, escritor, traductor y cardenal de la Iglesia, que residió unos años en la corte de Ferrara, hay poco que decir. Pietro tenía treinta años y Lucrecia veinte cuando se conocieron, edades propensas al amor. En contra de que se consumase están los tres *Diálogos* que el cura poeta dedicó a su musa, pues en ellos habla de castidad, continencia y desarrolla la teoría del amor platónico.

* * *

Me interesaban la poesía, la música, el cultivo de las flores y, cada vez más, la política. Carminati, mi esposo —lo llamaba así las pocas veces que lograba alterar mi buen humor—, me imponía en los avatares del acontecer italiano y europeo. El comienzo del nuevo siglo marcaba el declive de Francia y el ascenso imparable de España en Italia. Las dos naciones se habían repartido el reino de Nápoles en un tratado firmado en el castillo de Chambord. Para Francia fue la ciudad de Nápoles con las provincias de Labor y los Abruzos, adjudicándose Luis XII el título de rey de Nápoles y de Jerusalén, y a España le correspondió el resto con el título de duque de Abulia y de Calabria para Fernando el Católico. No hay tratado que dure y aquel tampoco lo hizo: el constante roce entre galos e hispanos desembocó en la rotura de hostilidades. Los franceses eran muchos más, pero los españoles estaban bajo el mando de Fernández de Córdoba, aquel genial militar destapado años antes, quien derrotó en Seminara y Ceriñola al duque de Namours —que murió en el combate— y, aquel mismo año de 1503, en el mes de diciembre, a orillas del río Garellano, a un nuevo ejército enviado por el monarca galo. Los franceses sufrieron un último descalabro al rendir la plaza fuerte de Gaeta y dejaron el campo libre a los españoles.

El comportamiento de los Borgia en aquella confrontación fue ambiguo o, en el caso de César, claramente progalo. Olvidando sus raíces españolas, el duque de Valentinois se apuntó al carro del que presumía vencedor en la lid, un aguerrido ejército francés curtido ya en distintos combates. Fue un error del que no tuvo tiempo de arrepentirse. Su padre, más astuto, prometió su ayuda a Fernando de España cuando cayera Gaeta, pero no pudo verlo, pues murió en agosto de aquel año. La muerte del papa Borgia ocurrió tras un banquete celebrado en la villa del cardenal Adriano da Corneto, cuando comía en compañía de distintos comensales religiosos y seglares. Dicen que le acompañaba también su última querida, aquella Giulia Farnese. Todos enfermaron de distinta gravedad, aunque solo el pontífice falleció doce días más tarde. En toda Italia se habló de envenenamiento, nombrándose incluso a su hijo César como su inductor, pero es raro, pues quien murió fue un hombre viejo ya, trabajado por años de fatigas y vida disipada. Mucho tiempo después, Andrés

Vesalio, a quien pregunté, me habló de las fiebres tercianas que hacen estragos en Italia los veranos, lo mismo que cierto tipo de diarrea incoercible que nunca falta en el estío y que es causa de muerte sobre todo en ancianos y niños.

El papa Borgia fue un personaje singular e irrepetible: perverso, lascivo y simoniaco desde el punto de vista religioso, y un espléndido mecenas y protector del arte. Son muchos los palacios, templos y edificios magníficos que ordenó construir. Siempre apoyó las ciencias, reconstruyendo la universidad de Roma y contribuyendo al mantenimiento del profesorado. Se rodeó de personas muy cultas, sintiendo una especial predilección por los juristas. Amante del teatro y de la música, fomentó el desarrollo del drama y la comedia, disfrutando de la parafernalia que conllevan las ceremonias del rito católico, a las que añadía dignidad con su figura majestuosa. Los que pensaban que con su desaparición se ventilaría la cloaca vaticana se equivocaban. Giuliano de la Rovere, su sucesor con el nombre de Julio II —al breve Pío III no lo cuento—, iba a seguir la habitual línea de simonía, desfachatez, nepotismo e hijos bastardos, y León X iba a hacer buenos a ambos.

La muerte en 1508 de Ludovico Sforza me supuso un duro golpe anímico: él fue quien me hizo mujer y me introdujo en el mundo del arte y la cultura. Ocurrió en la prisión del castillo de Loches, donde el rey de Francia lo mantenía encerrado. Dicen que amaneció muerto sobre la cama, sin signos de violencia. Tenía cincuenta y seis años. Mi marido y yo organizamos en Carmagnola un funeral por su alma al que asistió Cesare, su hijo, que acudió al efecto desde Milán. Mi pobre Cesare... Ignoraba que cuatro años después iba a seguir a su padre al sepulcro. Nunca supe los pormenores de la muerte de mi hijo primogénito. Un correo llegado de Milán me avisó de su grave enfermedad y corrí a su lado, pero cuando llegué ya había muerto. Su cuerpo yerto y frío, aún sin amortajar, se hallaba en la sacristía de San Nazario, iglesia de la que había sido abad. Besé su helada boca y recé por su alma a la luz de los cirios de la capilla ardiente. Sufrí lo que se sufre por la muerte de un hijo, mejor que nunca lo sepáis, y lloré hasta que se secó la fuente de mis lágrimas. Nadie supo darme una explicación coherente de su fallecimiento. No había cumplido aún veintiún años, pues era el 6 de abril y había nacido el 3 de mayo de 1491. Tras la inhumación regresamos a Carmagnola atravesando las líneas del ejército de la Santa Liga, que se preparaba para entrar en Milán poniendo fin a catorce años de dominio francés en Lombardía.

Componían la Santa Liga tropas mercenarias del papa Julio II, de algunos estados italianos y de España, Inglaterra, Suiza y el Imperio, que luchaban para arrojar de Italia a los franceses y reponer en el trono ducal milanés a su legítimo propietario, Ercole Maximiliano, hijo mayor del Moro y de Beatriz d'Este, lo que ocurrió poco después. Mi temor era que, muerto mi hijo Cesare, se me reclamara el castillo de Carmagnola, nuestra residencia, pues se trataba de un préstamo de Ludovico Sforza a mi persona, pero vinculado al bastardo mientras viviese. En el otoño de 1512 fuimos a la coronación del octavo duque de Milán, un mozo de veinte años que compartía la

belleza de su madre y la gallardía de su progenitor. No recordaba al joven duque, pues tenía dos años cuando dejé Porta Giova, ni él podría recordarme, pero nos recibió con cortesía y sin nombrar para nada a Carmagnola o su castillo, lo cual me tranquilizó.

Pregunté por Leonardo, como hacía siempre que pasaba por Milán, pero supe que había sido forzado a abandonar la ciudad refugiándose en Vaprio D'Adda, un pueblecillo cercano donde lo acogían los Melzi, ricos propietarios rurales. Pedí a mi marido que me permitiera visitarle y accedió, pues conocía mi devoción hacia el gran hombre. Pasamos varios días en Vaprio, huéspedes de Girolamo Melzi. La villa Melzi era un enorme caserón sobre un terraplén a la orilla del río Adda rodeado de huertos de hortalizas, frutales y moreras, donde reinaba toda la paz del mundo. La primera ocupación de Da Vinci en aquel olvidado rincón lombardo era la pintura, formando en dicho arte a Francesco, el mayor de los Melzi, un mocetón de diecinueve años guapo como un dios griego. La juventud del discípulo y su apostura dieron pábulo otra vez a la maledicencia, pues gentes del lugar aseguraban que él y su maestro eran amantes. Siempre odié las hablillas: Da Vinci nunca fue homosexual y el joven Melzi casó poco después con una dama de Milán con quien tuvo ocho hijos.

Excusado es decir que paseé, hablé y disfruté de Leonardo, a quien hacía tiempo que no veía. El que fuese mi maestro celebró nuestra visita con alegría.

—No pasa por ti el tiempo, Cecilia —aseguró tras darme el pésame por la muerte de mi hijo—. Estás más guapa que cuando te conocí con doce años —me piropeó cual fuera su costumbre—. Cuéntame tu secreto.

—Te quiero, viejo amigo —respondí—. Soy una anciana metida en la treintena larga. ¿Qué fue de ti estos años?

—Cuando Ludovico el Moro dejó Milán, estuve relamiéndome como los bueyes sueltos cierto tiempo. Luego me llamó César Borgia para que trabajase para él como ingeniero y arquitecto. Viajé por las ciudades de Las Marcas, Umbría, Toscana y Romaña que César había conquistado para el papa, para cartografiarlas, levantar mapas y fortificaciones y hacer obras hidráulicas. Fueron dos años muy movidos, ricos en experiencia y productivos, pues el duque de Valentino me pagaba con generosidad.

—¿Cómo era César Borgia en realidad? —pregunté.

—Un personaje turbio, ambicioso, deshonesto, peligroso y más mujeriego que lo fuera su padre, dotado al tiempo de singular carisma y diestro en el arte de la guerra. Desde el punto de vista humano y lúdico, era el tipo ideal para una buena juerga hasta la madrugada con mujeres, vino y danza.

—Entiendo. Ya sabes que al final lo ordenó arrestar el rey de España.

—Era el fin que merecían sus intrigas y fechorías.

—Por lo que oí, escapó de la blanda prisión en la que estaba.

—No tan blanda —matizó Da Vinci—. Se hallaba en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, un lugar de Castilla. Con la ayuda de su carcelero, al que

compró, se descolgó por la ventana de su celda con la mala fortuna de romperse la cuerda que lo mantenía. Herido y magullado de la caída, tuvo fuerzas para cabalgar hasta Navarra, donde lo acogieron en la corte del rey Albret. Allí murió poco después como quería: luchando en el campo de batalla.

La frente de Da Vinci, de sesenta años por entonces, estaba surcada de profundas arrugas y su pelo había encanecido. La papada le colgaba como un cuarto de cordero de un gancho. Los ojos sin embargo eran los de siempre, vivos, grises, reflejando sabiduría e inteligencia.

—¿Qué hiciste tras dejar a César Borgia? —pregunté.

—A mediados de 1503 pasé a Florencia, contratado para colaborar en el asedio a Pisa. Más tarde estuve en Mantua y Venecia antes de regresar de nuevo a Florencia.

—¿Es verdad que propusiste desviar el río Arno para matar de sed a los pisanos?

—No seas perversa. De aquella forma, privándolos de agua, la rendición de Pisa se habría producido sin derramamiento de sangre, algo más valioso que el líquido elemento. De todas formas el proyecto se desechó al ser demasiado caro. Como muestra ha quedado un primer tramo del canal y mis ideas sobre la construcción de futuros canales de riego en toda Italia.

—Cuando estuve en Ferrara, en la boda de Alfonso d'Este con Lucrecia Borgia, me dijeron que pintabas un bonito retrato de mujer.

—Sabes que solo retrato hermosas mujeres.

—Dicen que es una maravilla. ¿Es más bello que el mío?

—Cuando te pinté se rompió el molde. Fuiste mi modelo más guapa y la más simpática. Aún te recuerdo posando para mí, paciente, con aquella sonrisa que me enloquecía y aquel armiño.

—Bimbo murió en Carmagnola no hace tanto, poco tiempo después de Cicerón. Ambos están enterrados en un rincón del jardín, a la sombra de un sauce. ¿Quién es ella?

—Lisa Gherardini, mujer de un acaudalado comerciante, Francesco del Giocondo.

—Imagino que, conociéndote, buscarías quien la distrajera mientras posaba.

—Encargué esa misión al marido, un hombre muy celoso, y con motivo, pues Lisa era y supongo que seguirá siendo muy bonita. Del Giocondo rodeó a su mujer de músicos, cantores y bufones para que la mantuviesen alegre.

—¿Estuviste mucho tiempo en Florencia?

—Hasta 1507, cuando la señoría florentina y el rey de Francia permitieron mi regreso a Milán.

—Supongo que harías algo más que retratar a aquella bella dama.

—Desde luego. Recibí el encargo de pintar la *Batalla de Anghiari*. Plasmé la pintura, un fresco, en el mural norte de la sala del Gran Consejo.

—¿Batalla de Anghiari?

—Nosotros no habíamos nacido. Fue una ocasión victoriosa de los florentinos

sobre los milaneses, en el año 40 del pasado siglo. Dicen que es una de mis mejores obras. Me gustaría que la vieras si pasas por Florencia.

Llegó un nuevo silencio. Estábamos al lado de un estanque, viendo a los peces hacer ondas concéntricas en el agua al rozar con las bocas su superficie.

—¿Qué fue de la famosa figura ecuestre de Francesco Sforza? —pregunté.

—No quiero recordarlo —respondió—. Una mañana, poco después de entrar las tropas de Luis XII en la ciudad, me encontré con que la soldadesca utilizaba mi maqueta de arcilla a escala real para hacer prácticas de tiro, los muy salvajes. Quedó completamente destruida. El rey francés tuvo al menos el detalle de pedirme disculpas. Pero lo peor no fue eso: aquel ladrón y astuto monarca quiso llevarse mi *Última cena* a Francia.

—¿Y cómo pretendía hacerlo?

—Cortando el muro del refectorio de Santa Marià delle Grazie con escoplo, como el queso de Parma.

—¿Sería factible?

—Todo es factible, pero lo convencí de que se arruinaría la pintura para siempre y desistió.

—Demonio de hombre... —murmuré.

—Y cerril donde los haya, pero ha encontrado la horma de su zapato en Fernando de España. Le tiene verdadero pánico.

—¿Cuándo te refugiaste en Vaprio D'Adda?

—Hace un año. Tras culminar la *Batalla de Anghiari* organicé la fortificación de Piombino, pinté *La Virgen y el niño con santa Ana* y estuve un año en Pavía con Marco Antonio della Torre, profesor de anatomía humana, perfeccionándome en dibujo anatómico. ¿Quieres ver mis dibujos?

Me apasionaba contemplar cualquier cosa salida de sus manos. Seguí a Leonardo hasta su estudio, un lugar luminoso del caserón que le habían cedido los Melzi. Allí, en un grueso cartapacio que titulaba *Cosmografía humana*, pude ver la más alucinante y bella muestra de los órganos y aparatos que componen la anatomía del hombre y la mujer: un cuello visto por detrás que semejava una pirámide, un feto de seis meses dentro del útero materno, una serie de corazones abiertos con sus septos y válvulas, brazos, piernas, abdómenes, pies y la figura de un hombre despellejado que mostraba los nervios y vasos sanguíneos. Sentí un escalofrío.

—Como ves —dijo señalando el grabado—, las arterias, venas y nervios adoptan la forma de un árbol, tal y como Ptolomeo representó al universo en su *Cosmografía*. Si te fijas, verás que los ventrículos del cerebro y los senos espermáticos se encuentran a igual distancia de los ventrículos del corazón.

—¿Qué significa? —pregunté asombrada ante tal agudeza.

—Lo investigo estos días. Lo ignoramos todo sobre el sustrato íntimo de la circulación sanguínea, el porqué del distinto color de la sangre en las venas y arterias. Solo afirmo que aquellas porciones equidistantes del cuerpo humano desempeñan

funciones vitales para la preservación de la vida, su mantenimiento y regeneración.

Volvimos a Carmagnola vía Torino, donde hicimos noche. Cenando en la posada un asado de cerdo, delicioso, con su corteza crujiente y crepitante, no podía dejar de pensar en los dibujos de Da Vinci ni en el misterio de la vida.

—¿Por qué será distinto el color de la sangre? —pregunté al viento.

Mi marido dejó levitar en el aire el punzón de dos púas y el cuchillo y me miró. Pensaría tal vez que me había vuelto loca.

—¿A qué sangre te refieres, mi amor?

—La sangre que mana de la arteria es más roja que la que brota de la vena abierta... —susurré.

—Es un misterio —respondió—. El mismo que muda en azul la sangre de los reyes y te convierte en la mejor y más bonita de las hembras.

* * *

Fueron años de duelos y de muertes. En 1510 murió en Innsbruck Blanca María Sforza, una de las mejores amigas que he tenido y desde luego la que voló más alto, pues llegó a emperatriz. Nos carteábamos con frecuencia, al menos cada dos o tres meses. Blanca María era feliz al lado de su esposo, un hombre muy casero que la mimaba, pero echaba de menos la luz meridional, la alegría de la corte milanesa y a los grandes artistas como Bramante, Pacioli o Leonardo. En Viena eran raros los bailes, reduciéndose las fiestas a grandes comilonas de ciervos, gansos, faisanes, jabalíes y hasta osos, trasegándose un vino insufrible que cosechaban a la orilla del Rin. Mi pobre amiga nunca tuvo hijos. He dicho pobre y lo repito: los hijos dan tristezas y preocupaciones, pero también alegrías, no existiendo adecuada balanza que pondere unas y otras. La enterraron en Stams, en la abadía del Císter de aquel pueblecillo alpino cercano a Innsbruck. No pude ir a sus exequias fúnebres, como hubiese deseado, pues estaba embarazada.

En 1513 murió el papa Julio II, cuya única obsesión fue borrar de la memoria histórica a los Borgia, sus enemigos mortales. Recuperó todas las ciudades conquistadas por César Borgia, en el caso de Perugia y Bolonia conduciendo personalmente a los ejércitos eclesiásticos. El pontífice guerrero organizó la Santa Liga ya nombrada e intentó desmembrar a Venecia, que se le oponía. Al grito de ¡fuera los bárbaros!, consiguió echar a los franceses del norte de Italia. Agradeciendo la ayuda de Fernando de España en dicha expulsión, colaboró con dinero en la recuperación de Navarra para aquel reino. Buscaba la forma de arrojar de Italia a los españoles, los nuevos amos, cuando le sorprendió la muerte. Giuliano della Rovere tuvo varios hijos con distintas mujeres, y fue un gran mecenas de las artes. Protegió a Rafael Sanzio y a Miguel Ángel Buonarroti, el escultor florentino que dejó chico a Donatello y pintó el techo de una capilla vaticana llamada *Sixtina* en honor del papa

Sixto IV, una obra de arte que, según aseguraba Ludovico, mi esposo, es la cima del arte referente a pinturas al fresco. La construcción de la nueva basílica de San Pedro, encomendada a Bramante, se inició bajo sus auspicios en 1506.

Luis XII, el monarca Valois, murió en enero de 1515, sucediéndolo el delfín Francisco. Francisco I, un joven educado, amante de las artes y gran mecenas, se apresuró a invadir el Piamonte y Lombardía, venciendo con un ejército de cuarenta mil soldados a los suizos y lombardos en Marignano, el 13 y 14 de septiembre del mismo año. El 2 de octubre murió mi marido, el conde Ludovico Carminati, quien no pudo ver cómo, un mes más tarde, éramos desalojados del castillo que me prestara el Moro. Cumpliendo órdenes del rey de Francia, nuevo duque de Milán, un emisario me conminó a dejar la fortaleza en el plazo de un mes. Con el cuerpo todavía caliente del conde de Brambilla, el 26 de octubre me trasladé con mis hijos al castillo de San Giovanni in Croce que, previsoramente, había comprado Ludovico a sus antiguos dueños, un arruinado matrimonio de comerciantes. Mi buen esposo murió como había vivido: sin dar un ruido ni un pesar a nadie. Antonio Monti, el cirujano-barbero y compañero de tertulia que lo asistió, aseguró que había muerto de plétora. Supongo que tendría razón. Ludovico había engordado en los últimos años al menos cuarenta libras, contándose a docenas los rodetes de grasa en sus costados y en la papada, gruesa y brillante como la de un obispo anterior a la Reforma. Le daba por la cocina desde que, años atrás, topara con la edición toscana de un *Llibre de coch*, un tratado de guisos, manjares y potajes obra de Ruperto de Nola, un hijo de catalanes afincados en Nola, que fuera cocinero mayor del rey Fernando I de Nápoles. Rara era la semana que no nos regalaba con lo último salido del libro de aquel *cuoco* genial: pecho de jabalí relleno de setas de temporada, *fagiolini* con salchichón de Siena cocido al modo calabrés, *cecì* estofados al queso de Parma o *lenticchi* rellenas de jamón dulce de San Daniel. Experimentaba con fiambres, ensaladas, diferentes especias que conseguía en Nápoles y ensayaba nuevos postres.

El resultado de todo aquello no podía ser otro que la plétora. ¿Qué hacer? Nada. Yo no participaba en absoluto en aquellas exhibiciones culinarias, pues soy sobria en la mesa y jamás me dio por la gastronomía, aunque debo reconocer que todo estaba delicioso. Mientras él y nuestros hijos se cebaban, yo probaba un poquito del marrano silvestre quitándole la grasa, tres alubias blancas y cremosas, una pizca de garbanzos estofados y las lentejas apartando el tocino del *prosciutto*. Era feliz. Lo veía engordar impotente, pero me consolaba pensando que había cosas peores. Por ejemplo, embarazar a todas las criadas de la casa como hacían otros nobles, mantener una cohorte de queridas y amantes o morir de peste blanca o *morbus gallicus* en lugar de hacerlo harto de comer exquisiteces. Había que haberlo visto actuar delante de los fogones, dichoso, con aquel delantal que le cubría todo el cuerpo, armado con punzón, cuchillo, trinchador, cucharón y espumadera, calculando por el aroma si se hallaba listo un asado de corzo. Cuando actuó el bueno de Monti ya era tarde. A raíz de un desvanecimiento tras una cena opípara, lo sangró sacando de sus venas medio

azumbre de sangre negra e impura, colocó en su espalda docena y media de repugnantes sanguijuelas y lo puso a dieta de agua de acelgas. Tal martirio solo sirvió para alargar su vida dos días. El pobre podía haber tardado en morir tres semanas, pero fue sensato: a la siguiente noche, en mi turno de vela, abrió mucho los ojos, me llamó con un hilo de voz, aseguró que me amaba más que al Señor que esperaba ver pronto y, levantando la cabeza de la almohada igual que la cola del agua un ballenato, lanzó un fuerte gemido y expiró.

Sentí dolor, pues no en vano fueron más de veinte años de convivencia, pero no el desgarró que se siente cuando se pierde un hijo. Nada que ver. Lo enterré en el cementerio de Carmagnola después de un funeral al que asistió todo el pueblo. No faltó nadie: sabedores los vecinos de que el banquete fúnebre había sido diseñado por el propio difunto, su último capricho, la localidad en peso despachó las nueve ollas podridas, una canal de vaca a la parrilla, media docena de cabritos al horno y la barrica grande de vino viejo de nuestras bodegas, que contenía más de seiscientos azumbres. ¿Habéis visto un pueblo donde «todos» sus habitantes sean felices? Ese era Carmagnola después del ágape. Mis suegros habían muerto, pero vinieron mis padres con Sahíz. Encontré a mi padre muy avejentado y protestón, quejándose de todo: del frío de aquel invierno anticipado, del estado de las carreteras y caminos, de los impuestos, de los franceses y de un dolor de riñones que lo aquejó justo en aquellos días. Mi madre, buena y santa como siempre, atemperaba el mal genio del gruñón de su esposo con sus cuidados y mimos. También había envejecido, pero a sus sesenta y un años conservaba mucha de su belleza. Por complacerlos me puse de luto riguroso. Fueron cinco días dichosos, los últimos que iba a pasar con ellos. Después les dije adiós, me despedí de mis buenos amigos y tertulianos, embalé mi *Dama del armiño*, la metí en la diligencia con mis hijos y el resto del equipaje y partí hacia mi definitiva residencia en San Giovanni in Croce. Detrás, en dos carruajes, iban Soraya, las doncellas y mis pertenencias más queridas.

Dediqué un mes a acondicionar y calentar mi nueva casa, un palacete con precioso jardín en las afueras de San Giovanni. He dicho calentar y sé bien lo que digo. Las casas se hielan si no se habitan, precisando del calor humano de sus dueños lo mismo que las plantas la luz del sol o el perro la voz de su amo. Damos tibieza a las paredes de nuestras viviendas y les prestamos nuestra impronta especial y única, nuestro olor, sabor y hasta naturaleza. Hube de contratar algunos operarios y albañiles, pues amplié el salón grande y lo entelé en tonos claros, cálidos. En cuanto al jardín, lo llené de las flores que amo: calas, camelias, iris, margaritas, pensamientos y guisantes de olor. Ordené podar los árboles, sanear los olivos y plantar un nogal, pues el que había era ya viejo, y amo las nueces verdes. Buscando un animal de compañía encontré dos: una pareja de cachorros de pura raza afgana, macho y hembra, que me regaló el barón de Bontempi, un vecino agradable cuya perra había parido nueve.

Pensaba aliviarme de lutos enseguida, pero no lo hice, pues comprobé que el

negro me iba bien, estilizando mi figura y dando a mis redondeces el último arreón. Todos en San Giovanni, un *piccolo paese* de seiscientos vecinos, recibieron a la condesa viuda de Brambilla con alborozo, que en el caso del podestá y otros señalados varones solteros o casados fue franca expectación. Cuando volvía de mis incursiones por el pueblo de compras o del mercado, sola o en compañía de Soraya, me miraba al espejo preguntando la causa de tanto murmullo y alboroto. El bruñido cristal me daba la respuesta: mis cuarenta y dos años habían cuajado en una mujer cuidada, alta, todavía guapa, de carnes asentadas pero de fundamento y un rostro con las arrugas justas.

Convertí mi salón en algo codiciado, pues asistía a él —las tardes de los jueves no festivos— lo más selecto de Bózzolo, Marcaria, Canneto, Ásola y hasta Cremona. Coloqué mis cuadros en lugares preferentes junto a los tapices de Bruselas, algunas selectas esculturas y los relojes de mi colección. *La dama del armiño* causaba sensación, lo mismo que el retrato que me hiciera Bellini y el que me pintaría Lorenzo Lotto poco después. Había colocado mis libros en una estantería que centraba la estancia, frente a una mesa redonda donde había flores frescas desde la primavera. Ver brillar los lomos de piel de tafilete y sus suaves colores era reconfortante. Al lado de la gran chimenea que se encendía en septiembre y se apagaba en mayo, situé el estrado donde nos colocábamos los músicos. Usando un facistol para apoyar el texto, leíamos buena literatura y se declamaba poesía. Nunca invité a más de doce al tiempo, pues mucha gente diluye la conversación, origina barullo y causa tedio. Daba mi amistad a hombres mayores y mujeres de mi edad por no perder protagonismo, pues una jovencita cuando es guapa produce más estragos en el ambiente que el pulgón del trigo. Siempre fui una coqueta patológica, como me decía Leonardo. Aunque no hiciese nada, Soraya me perfumaba, me hacía las uñas, las pintaba en mis manos y pies, me arreglaba, maquillaba y sugería mi ropa íntima como si de verdad fuese a la guerra. Las pocas veces que llegué a algo serio —no pienso decirlos dónde ni con quién— fue sin proponérmelo. Solo os contaré que pude casarme con tres o cuatro que me lo pidieron y que la última vez que dormí con un hombre terminaba de cumplir cincuenta y cuatro años.

El año de 1516 murió en Madrigalejo, un lugar perdido en lo más profundo de Extremadura, la provincia hispana, Fernando el Católico. El animoso rey de España, que enviudó de su esposa Isabel hacía doce años, había vuelto a casarse con Germana de Foix, una joven pariente del rey de Francia. Se trataba de limar asperezas, pues en el campo de batalla ambos monarcas se las tenían tiesas. Dije lo de animoso pues Fernando cumplía cincuenta y cuatro años cuando matrimonió de nuevo. Os preguntaréis, igual que yo, qué demonios hacía el poderoso rey católico en Madrigalejo, que debe ser como en Italia Fivizzano, una villa perdida en los Apeninos que no viene en los mapas. Pues es muy simple: según Alberto Fiossole, un diplomático mantuano muy amigo de mi difunto esposo que me visitaba con frecuencia, el rey de España, que fue siempre un gran amante y tenía más hijos

bastardos que un sultán, padecía problemas de erección y apenas podía complacer a su tierna esposa a los sesenta y tres años, edad que celebraba cuando murió. El problema fue que Germana contaba por entonces veinticinco, momento en el que a las mujeres les gusta la batalla. Ello era la verdadera causa de haber recalado en Madrigalejo, donde una popular bruja herbolera elaboraba un filtro que levantaba viejos y cansados cipotes y encandilaba hasta la verga de Matusalén. Al parecer la maga dobló la dosis de polvo de cantáridas que integraba la pócima y, junto a una erección esplendorosa, provocó el envenenamiento del monarca, que pasó a mejor vida. De ser cierta la historia, el polvillo resultado de triturar escarabajos verdes africanos sería el responsable de la llegada al trono de España de Carlos, aquel niño nacido con el siglo del que os hablé, hijo de Felipe de Austria y Juana de Castilla.

Para que ciñera la corona española el nieto de los Reyes Católicos tuvieron que morir varios aspirantes al trono que lo antecedían en derecho: Isabel —la hija mayor de Isabel y Fernando— y su hijo Miguel; Juan, el segundogénito, el casado con la preciosa Margarita de Austria; y por fin su padre, Felipe, que muchos conocen como el Hermoso, rey de Castilla hasta su temprana muerte en 1506. Ahora, con la muerte de su abuelo, Carlos de Austria se convertía en el monarca más poderoso del orbe, pues a España y sus archipiélagos se sumaban las posesiones africanas e italianas y las inmensas Indias, unos territorios de los que todos hablaban, pero cuya verdadera dimensión nadie conocía.

* * *

Una mañana de primavera de 1516 me anunciaron visita. La doncella, como única explicación, aseguró que el forastero era un hombre mayor. Soraya entró en mi dormitorio y me aclaró las cosas.

—Se trata de don Leonardo, señora —dijo.

—¿Qué hora es? —pregunté, pues terminaba de despertarme y aún no había desayunado.

—Las nueve y cuarto, señora —respondió la esclava.

Confusa y admirada por lo intempestivo de la hora, pero inmersa en la emoción de saludar al personaje, me eché sobre el camisón de noche una bata, calcé babuchas venecianas, me perfumé someramente y bajé al salón de recibo. Leonardo da Vinci ojeaba un libro con poemas de Petrarca. Sin palabras, me acerqué y le alargué la mano. Él la cogió, la besó y luego me abrazó con la fuerza de siempre.

—Vengo a despedirme, querida Cecilia —dijo.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Invitado por Francisco I, el rey de Francia, paso al país vecino. Tal vez no vuelva a Italia.

—Pensé que te hallabas a gusto en Milán...

—Milán no es lo que era, querida. En realidad dejó de serlo cuando te fuiste de la corte.

—Me abrumas...

—Es la pura verdad. Siempre pusiste la nota de color y la alegría. Tus risas y poesía animaban aquellas inolvidables charlas. Nunca vi más dichoso a Ludovico Sforza que cuando eras su amante. Después os fuisteis tú y aquel armiño y nada fue lo mismo.

—Te burlas de mí. Yo no era nadie.

—Eras la poetisa más inteligente de la corte y la modelo más bella.

—Mentiroso...

La luz del sol y el gorjeo de los pájaros entraban por el abierto ventanal que daba al parque. La brisa de Cuaresma, morada y pálida, esponjaba el polen de las rosas. Evocar el pasado feliz de Porta Giova me hacía daño. Cambié de tema.

—¿Cuándo partes? —pregunté.

—Ahora. Me espera fuera un carruaje. Vengo de Ferrara y Mantua. Quise despedirme de Alfonso e Isabel d'Este.

—Me extraña que no te hayan ofrecido quedarte en esas cortes.

—Ambos lo hicieron, pero prefiero mudar de aires. Es mucho lo que me ofrece el rey francés.

—¿Como qué?

—Un castillo en Amboise, un sueldo principesco, larga mano para hacer lo que quiera y los medios para conseguirlo, sin ningún límite.

—Parece tentador.

—«Es» muy tentador. Poder trabajar en paz y en silencio, no pasar apuros económicos, volver a ser valorado... ¿Tú te hubieras negado?

—No lo sé. Tal vez sí: amo demasiado a Italia.

—Yo seguiré amándola desde allí.

Hubo un nuevo silencio. Leonardo se veía cansado. Sus sesenta y cuatro años de labor incesante le pasaban factura.

—Iba a desayunar, querido amigo —dije—. Acompáñame, te lo ruego.

—Desayuné temprano en la posada, pero te acompañaré —consintió—. Sabes cómo agradezco tu compañía.

—Pues no, no lo sabía —mentí.

Ordené a una doncella que trajese dos servicios de desayuno y lo hicimos juntos. En realidad, él se limitó a mojar la punta de un bizcocho en la leche caliente y a mordisquear una loncha de queso.

—Siempre fuiste mi ojito derecho, Cecilia —dijo de pronto—. Pensé que se me notaba.

Recordé la forma en la que me miraba en Porta Giova, aquellos achuchones que me daba hasta sentir la impronta de mis senos contra su pecho y el manoseo cuando me colocaba en la postura idónea mientras me retrataba. Rememoré también su

coqueteo con Isabel de Aragón, pero no dije nada.

—Mal podías reparar en mi interés estando como estabas enamorada del Moro —añadió.

—Estaba enamorada, es verdad. De otra forma no hubiera consentido que nadie me tocara. ¿Entonces era tu preferida?

—Y lo sigues siendo. Es por ello que te propongo que me sigas a Francia.

—¿Te me estás declarando? Qué ilusión...

—No se trata de amor, Cecilia, sino de algo más hondo. Es verdad que siento por ti un cariño especial, más paterno quizá que otra cosa, pero ya soy mayor y siempre fui realista. Sería un sueño tenerte cerca para contemplarte como hacía en Porta Giova y verte sonreír. Cualquier otra cosa quedaría al albur del destino.

—No sabes lo que agradezco tu propuesta, querido —dije—, pero son muchas las cosas que me atan a esta tierra. Para empezar no soy la niña que era: muy pronto cumpliré cuarenta y tres años. Aquí están los amigos, mi casa... No podría pasar sin ver a mis hijos y enseguida a mis nietos, pues Ludovico, el mayor, va a ser padre. En cuanto a la sonrisa que te cautivaba, ya no existe. No descarto ir a visitarte algún día. Lo que sí prometo es escribirte.

Los dos callamos. Mi reflexión pareció conformarlo. El genio estaba inquieto: nunca lo había visto así, dudando, jugando con sus dedos. La edad, quizá.

—Hay una última cosa —dijo Leonardo.

—Tú dirás...

—El rey galo, que es muy amante del arte, ha comprado pinturas en Florencia y Milán y se las lleva a Francia. Vio alguno de mis óleos como *La Virgen, el niño Jesús y santa Ana, Leda y el cisne* y *San Juan Bautista* y se enamoró de ellos. Contempló el retrato de Lucrezia Crivelli y ordenó requisarlo. Cuando le hablaron de la perfección de mi retrato de Lisa Gherardini quiso ver la pintura. Tal sería su admiración que se la compró a Francesco del Giocondo por ¡doce mil francos de oro!

—No me puedo creer que un hombre en sus cabales venda el retrato de su esposa, sobre todo si la ama.

—Se trató realmente de una exacción: de haberse opuesto a la venta se habría quedado sin pintura y tal vez sin vida —aseguró Leonardo—. ¿Quién puede oponerse a los deseos de un monarca caprichoso? Además no hubo problemas, pues se hicieron dos copias del cuadro.

—¿Retrataste a aquella mujer dos veces? —pregunté admirada.

—Fue otro antojo de Francesco del Giocondo. Teniendo como tiene dos casas, quería ver a su mujer en ambas. Pero el autor del segundo retrato no fui yo: bajo mi dirección, y al mismo tiempo, lo realizó Francesco Melzi, mi mejor discípulo, aquel que conociste en Vaprio, quien por cierto me acompaña a Francia.

—No quedaría tan perfecto. Eres inimitable.

—Te equivocas. Melzi ha asimilado muy bien mis enseñanzas. Su versión de Lisa Gherardini es muy parecida a la mía: el mismo soporte en madera de nogal curado,

casi el mismo tamaño, semejante sonrisa enigmática, similar fondo e idénticos pigmentos. Mi retrato, más *sfumato*, presta al rostro de la modelo un aura de misterio. El resto es similar.

—Lo que no entiendo es por qué el monarca francés no compró los dos cuadros —interrogué.

—Naturalmente porque le ocultamos su existencia. Del Giocondo me pidió por favor que no le hablara al rey de dicha copia, sobre todo cuando supo que pretende coleccionar todos mis retratos.

—Un momento, un momento... —reclamé—: ¿estás insinuando que Francisco I anda interesado en mi pintura?

—Interesado es poco: ha sabido de su existencia y la desea.

—No le habrás dicho...

—Tranquila. No sabe dónde está ni lo sabrá, al menos por mí. Solo quiero que sepas que, si quisieras desprenderte de *La dama del armiño*, el monarca Valois pagaría por el óleo lo que pidieses.

—No lo cambiaría por todo el oro del mundo. Me lo dedicó el hombre que amaba y lo pintó el mejor artista que ha existido.

—Gracias. ¿Podría verlo por última vez?

Lo llevé al salón donde estaba. La luz de la mañana iluminaba el cuadro dándole una claridad transparente y vibrante, de cristal de cuarzo. Me contemplé a mí misma asombrada del brillo que el pincel de aquel genio dio a mi piel, del fulgor de mis ojos y de aquella sonrisa desquiciante para todo el que la contemplara. El armiño pareció cobrar vida para saltar del óleo y correr a esconderse otra vez. Leonardo admiraba su impar obra en silencio, temblando levemente. De repente me asió por una mano. Como si su contacto transmitiera el deseo, me vi envuelta en su abrazo y le ofrecí mis labios. Fue un beso de verdadero amor, la recompensa por tantas enseñanzas, consejos y preceptos del gran hombre. No volví a verlo más.

San Giovanni in Croce, a 17 días de agosto del año de Cristo Redentor de 1536

Qué agradable sorpresa. Ha pasado por San Giovanni Francesco Melzi, el joven pintor que conociera en Vaprio d’Dadda cuando aprendía de la mano de Leonardo da Vinci, hace ya tantos años. Francesco es hoy un artista reconocido y valorado, casado y lleno de hijos, lleno también de encargos, pues su fama es grande en toda la Toscana y el Véneto. Acompañó a Francia a su maestro y lo vio morir, siendo encargado por Leonardo de cuidar su legado y ordenarlo, ingente tarea, pues eran varias centenas los manuscritos, dibujos y legajos que lo componían. A sus cuarenta y pocos años Francesco seguía tan guapo como a los diecinueve, pero más atractivo, que esa suerte tienen los hombres al envejecer. Quise saber el motivo de que un varón seductor desviase su camino para visitar a una vieja cansada y valetudinaria.

—Leonardo me dejó para usted este sobre —aseguró sacando uno mediano, lacrado, de una cartera de mano.

—Mucho tiempo has dejado pasar —dije.

—La familia, ciertos viajes y mil ocupaciones me impidieron venir antes.

Inspeccioné lo que parecía una pesada carta. A punto estuve de abrirla, pero lo pensé mejor y la dejé sobre la mesa.

—¿Cómo le fue a tu mentor en Francia? —pregunté.

—Nos radicamos en Amboise, una localidad cercana a Tours, en la orilla del Loira. Francisco I dispuso para nosotros el castillo que preside aquella antigua villa. El monarca organizó una pequeña corte de pintores, músicos, escultores y científicos donde la estrella fulgurante era Da Vinci. Pero no duró mucho: en el otoño de 1517 la apoplejía visitó a Leonardo, que quedó paralizado del lado izquierdo, afectándose también el habla.

—Vaya... *Povero*. Nunca supe de ello. El que trajo noticias de su muerte no se refirió al caso.

—Desde entonces me convertí en sus manos y en su boca. Me dictaba por señas lo que se le ocurría y yo lo trasladaba al papel. Cuando nos visitó el cardenal Luis de Aragón, que fue a Amboise para ver *La Virgen y el niño con santa Ana*, el precioso lienzo, yo hablé por él. Impedido como estaba, no dejó por ello de trabajar. Diseñó con mi ayuda y para el rey una majestuosa fuente con muchos caños de agua y organizó las fiestas para la boda de Lorenzo de Medici, hijo de Piero, con Madeleine de la Tour d’Auvergue, una sobrina de Francisco I. El monarca amaba a Leonardo tan entrañablemente que lo visitaba todos los meses trasladándose desde Fontainebleau, que estaba a muchas leguas.

—¿Cómo fue su muerte?

—Apacible. Se apagó como una candelilla falta de grasa. Al final estaba

consumido, habiendo adelgazado tanto que se contaban sus costillas. Lo que nunca perdió fue la cabeza: el día antes de morir, tras dictarme ciertas disposiciones testamentarias, ordenó a su criado que lo asease y vistiese como de fiesta, pues oyó el rumor de que llegaba el rey.

—Siempre fue presumido —recordé—. Me alegro de que falleciese como él pretendía ser, tan delgado y apolíneo como aquellos aparatos voladores que ideaba.

Por un instante evoqué los buenos ratos pasados junto al personaje, su buen humor perenne y la forma de enseñar clara y sencilla.

—Murió el 2 de mayo de 1519 en el castillo de Cloux, adonde nos habían trasladado —prosiguió Melzi—. ¿Sabe, señora, quién lo atendió en su final?

—No, si no me lo dices...

—Andreas Wessel, un físico que estuvo en la corte de Ludovico Sforza. Al parecer conocía a la señora condesa, pues él y Leonardo la nombraron varias veces.

—Me conocía, en efecto, incluso íntimamente, pues me atendió en mi primer parto. Qué gran persona...

Enmudecimos. Ahora pensaba en el bueno de Andreas, en su hijo médico y en lo pequeño que es el mundo.

—Además del físico Wessel lo acompañamos en sus últimos instantes el notario real y yo —indicó Melzi.

—Siempre escuché decir que el rey de Francia se hallaba a la cabecera de su lecho cuando murió.

—No es cierto. Francisco I cazaba por aquellas fechas en los bosques de Fontainebleau.

Francesco se removió en su asiento. Daba la sensación de tener prisa. Le ofrecí una taza de té y me aceptó un vaso de agua que trajo para él una doncella.

—¿Qué fue de las pinturas que el rey francés sacó de Italia? —pregunté.

—Pasaron a formar parte de la colección real, en Fontainebleau. Una de ellas, *La Gioconda*, es muy apreciada.

—*La Gioconda*... ¿Se trata del retrato de Lisa Gherardini?

—En efecto. En Francia lo conocen por tal nombre.

—¿Qué ocurrió con la copia de aquella pintura?

—Cómo sabe...

—Leonardo me habló de ella antes de partir para Francia, alabándome su perfección y la maestría de su autor.

—Pobre de mí... —dijo Melzi—. Lo poco que sé se lo debo a aquel hombre irrepitible. Supongo que mi *Gioconda* seguirá en posesión de su dueño, el marido de Lisa Gherardini. Pero el retrato favorito del rey, que ha colocado en su dormitorio, no es *La Gioconda*, sino *La belle ferronière*, obra también de Da Vinci.

—¿*La belle ferronière*?

—Es el retrato de Lucrecia Crivelli, amante que fuera del duque de Milán. Ahora lo conocen por tal nombre.

—¿Por qué?

—Es largo de contar.

—No tengo otra cosa que hacer y un chisme me puede volver loca. Adelante.

—De acuerdo —dijo Melzi—. Parece que la semejanza entre la Lucrecia del retrato y una burguesa parisina amante del rey galo era muy notable —aseguró Francesco—. Se ignora su verdadero nombre, pero era conocida como la *Belle Ferronière* por la profesión de su esposo, que era ferretero. El cornudo fingió tolerar la conducta de su mujer, pero, secretamente, ideó una odiosa pero efectiva forma de deshacerse de la adúltera y, de camino, de su regio amante.

—¿Ordenó asesinarla?

—Fue mucho más sutil y endemoniado: contrajo el mal napolitano acostándose con varias prostitutas y transmitió la horrible e incurable enfermedad a su esposa, que falleció muy pronto. El rey se contagió también y, como muestra, arrastra el morbo desde hace siete años, que es cuando ocurrieron los hechos. Aquella mujer dio su apodo, Ferronière, a una joya similar a la que luce Lucrecia Crivelli en el retrato, un camafeo prendido en una cinta que rodea el cabello para sujetarlo y que se cierra sobre la frente. Se trata de un adorno muy de moda en París, donde las mujeres de vida ligera lo utilizan para ocultar sus chancros sifilíticos.

—Qué horror... —manifesté.

—París, en lo sensual, es una pura pústula —aseguró Francesco.

Hubo un nuevo silencio. Melzi seguía inquieto. No era prisa, como pensé al principio, sino otra cosa. Jugaba con sus dedos o tamborileaba con ellos sobre la mesa. Me decidí.

—Dime la verdadera causa de tu visita, Francesco.

—Está bien, señora: se trata del cuadro. Leonardo me habló de *La dama del armiño* y del interés del rey de Francia por el lienzo. ¿Sería mucho pedir que me dejara admirarlo?

—Será un placer, siempre que me jures que el monarca galo nunca sabrá de su existencia.

—¿Por quién me toma, señora condesa? Hace muchos años que salí de Francia y no pienso volver —aseguró.

Lo llevé ante el óleo, que admiró en silencio desde todos los ángulos.

—Las dos *Giocondas* son muy bellas, señora, pero para mí este es el retrato más perfecto de todos los que pintó Leonardo —dijo antes de despedirse.

Ya en soledad, cuando se perdió el eco de los cascos del caballo de Melzi, con cuidado para no partir el lacre, abrí el sobre que me enviara Leonardo da Vinci. Estaba fechado en Amboise el 2 de marzo de 1519, dos meses antes de su muerte. Contenía un manuscrito doblado en cuatro con la figura dibujada a punzón de una de sus máquinas voladoras: las alas articuladas en torno al armazón de madera al que podía asirse un hombre pájaro. La dedicatoria, escrita al pie con su letra nerviosa y menuda, al revés para que solo pudiera descifrarse leyéndola frente al espejo, decía:

«Para Cecilia Gallerani, mi amor oculto y tan inalcanzable como un pájaro».

* * *

El año de 1519 se llevó a una persona muy querida: Francesco Gonzaga, el marqués de Mantua casado con Isabel d'Este. Asistí a su funeral evocando el día de su boda, siendo yo una niña de dieciséis años, amante por entonces de Ludovico el Moro. *Tempus fugit...* Sobre el catafalco del héroe de Fornovo, al lado de su mujer llorosa, estaban su yelmo de batalla, su espada y sus insignias. Por una vez se trataba de una espada de combate de verdad, no de esas de adorno con las que se arman tantos guerreros de salón que ignoran el olor de la pólvora. Curiosamente la muerte había embellecido el rostro del finado, dulcificando sus duros rasgos y afilando su nariz opulenta. El 24 de junio del mismo año murió en Ferrara Lucrecia Borgia, dejando a Alfonso d'Este sumido en la tristeza. Ello habla mejor que con palabras de su probidad, yo diría que ejemplar, durante los diecisiete años que duró su matrimonio. Poco tiempo tuvo para juergas aquella redimida mujer teniendo ocho embarazos, pues si no estaba preñada se encontraba de luto. Fruto de aquellas gestaciones fueron varios hijos nacidos muertos, otros que se malograron antes o después y cuatro que la sobrevivieron: tres varones y una hembra. La principal dedicación de Lucrecia, desde que se vio libre de la perniciosa influencia del clan Borgia, fue el arte y la cultura, dejando atrás, muy poco a poco, su fama de mujer fatal, libidinosa, devoradora de hombres. Su salón fue digno competidor de los de Florencia, Mantua o Venecia, reuniendo a los más selectos artistas, músicos y poetas de su tiempo. No hay que decir que me desplazé a Ferrara para estar presente en sus exequias. Después de la misa de réquiem en la catedral, asistí al banquete funerario en compañía de Isabel d'Este.

—Solo nos vemos en bodas y entierros, querida Cecilia —dijo la marquesa de Mantua.

—Eso tiene remedio —propuse—. Viviendo tan cerca, si te parece podríamos visitarnos de cuando en cuando.

En ello quedamos. Isabel, a pesar de ser nueve años mayor que yo, estaba espléndida. Hablamos de tiempos mejores, de nuestros maridos muertos y de los hijos. Yo acababa de ser abuela, pero ella tenía varios nietos.

—No pasan por ti los años —aseguró a los postres—. Estás tan guapa como siempre. Seguro que te ha surgido ya algún pretendiente.

—No tengo humor ni ganas de volver a tentar la suerte. A cierta edad es preferible mantenerse alejada de los hombres.

Apareció el viudo, a quien había presentado ya mis condolencias, y, cogiéndome de un brazo, me llevó a la galería donde estaban los retratos de la fallecida. Vi a Lucrecia en una preciosa pintura de Tiziano, en otra muy sensual de Pinturicchio y en

un cuadro de su época moza y libertina, el de Bartolomeo Veneto, donde se la ve con un seno al descubierto.

—Voy a echarla de menos —dijo señalándolos.

Me lo quedé mirando. Alfonso era tan mujeriego como lo fue su padre, como lo son la inmensa mayoría de los hombres casados. De hecho, se rumoreaba que mantenía a una amante e, incluso, se daba su nombre: Laura Dianti, una bellísima joven de quince años hija de un cortesano de relieve.

—Fue una gran mujer —dije por decir algo.

—Tú vas teniendo ya experiencia como viuda, querida Cecilia. Sabes que serás bienvenida a Ferrara cuando quieras. Charlaremos, hablaremos de arte y tal vez podamos consolarnos mutuamente.

Callé, ejercitando la prudencia. De regreso a San Giovanni iba pensando en los consuelos mutuos, en la mala fama de las mujeres y en el libertinaje de los hombres. La esposa que engaña a su marido es, la mitad de las veces, puesta en el disparadero por su propio esposo, que la engalana, perfuma, enjoya y viste de manera indecente para mostrar su poderío y afirmar su ego, sin reparar en los problemas que puede suscitarle una situación provocada por él mismo. El caso de los hombres es distinto: una fiebre lasciva les hace ambicionar las mujeres ajenas, siendo excepción la fidelidad conyugal.

El mismo año que murió Lucrecia Borgia lo hizo Maximiliano de Habsburgo, el emperador del Sacro Imperio Romano, desatándose una lucha de apoyos e influencias ante los electores imperiales por parte de los aspirantes a ocupar su puesto. Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia y Carlos I de España iniciaron la ofensiva diplomática, y sobre todo dineraria, para ganar la voluntad de aquellos príncipes alemanes. El más astuto, el que más prometió y el que contaba con las mejores garantías —las rentas de Castilla y el oro y plata que comenzaban a llegar de las Indias españolas— fue Carlos, por lo demás un rey ya poderoso cuya mitad de sangre era alemana, importante aval para su candidatura. Mercurino Gattinara, su canciller, se movió bien y rápido, pero, para mejor garantizar su elección, tropas adictas al nieto del emperador muerto se estacionaron en las proximidades del castillo teutón donde se reunían los siete electores. Una epidemia de peste negra asolaba la zona, por lo que, en la primera votación y a la carrera, hubo unanimidad en elegir rey de romanos a Carlos de Austria. Un jovenzuelo de diecinueve años se convirtió de golpe en el hombre más poderoso de la tierra, dueño de un imperio donde siempre brillaba el sol, pues sus dominios se hallaban en los dos hemisferios.

* * *

Martín Lutero es un fraile, al parecer obeso, grande y mal encarado, que pasó algún tiempo en la Roma del papa Julio II y pudo ver y padecer la infecta ciénaga que

por entonces era la capital de la cristiandad. Imagino su pasmo al comprobar el estado de putrefacción de la curia, las barraganas de los clérigos pululando en las plazas, sus hijos espurios correteando por los jardines vaticanos, monjes y frailes bebiendo en las tabernas, las fiestas y bacanales patrocinadas por el propio papa y al pontífice guerreando para recuperar las tierras y ciudades robadas a la Santa Sede por César Borgia. Cuando volvió a Alemania, en 1512, aún dudaba el bueno de Martín si rebelarse como Savonarola o dar un voto de confianza a Roma, esperando que un milagro volviese la Iglesia a mejores tiempos. Pero el asunto empeoró al morir Julio II y sucederle en 1513 León X, un hijo de Lorenzo el Magnífico. Y es que las cosas en el Vaticano iban de mal en peor, pues, desde Sixto IV, a un papa malo le sucedía otro pésimo. León X —su verdadero nombre era Giovanni Lorenzo de Medici— fue un hombre educado en la corte renacentista de su padre, un diletante de las artes, amante de la música, literatura, pintura y otros placeres más pedestres como la buena mesa, los vinos viejos y las mujeres jóvenes. Sé bien lo que digo, pues lo vi con mis ojos cuando pasé por la corte de Lorenzo el Magnífico, siendo una niña. Giovanni Pico della Mirandola, mi buen amigo, me comentó una vez que el papa Medici había escrito al cardenal Pietro Bembo la siguiente cita: «Desde tiempos inmemoriales es sabido cuán provechosa nos ha resultado esta fábula de Jesucristo»; o esta otra perla: «Disfrutemos del papado puesto que Dios nos lo ha dado». ¿Qué puede esperarse de un hombre así?

La construcción de la basílica de San Pedro demandaba fuertes sumas de dinero a unas arcas vacías tras decenios de corrupciones, guerras, coimas caras, lujos, joyas y banquetes de quince platos. La única forma de allegar oro y plata era vía tributos o recaudaciones extraordinarias, por lo que el papa recurrió al manido procedimiento de la venta de indulgencias, algo que desde luego no era nuevo: bajo la promesa evangélica de obtener el ciento por uno en la otra vida, León X publicó en marzo de 1515 una bula en la que solicitaba a los fieles cristianos donativos para la citada obra. La escandalosa e impresentable transacción de indulgencias y salvaciones futuras por dinero contante fue la chispa que encendió la ira de Lutero, le impulsó a levantarse contra el papado y lo indujo a iniciar su reforma eclesiástica. Cuando Johann Tetzel, un monje alemán comisionado por el sumo pontífice, pretendió recolectar el metal amarillo en Sajonia y Magdeburgo a cambio de indulgencias con arreglo a un baremo (tanta plata, tantos años menos de Purgatorio), el rebelde agustino fijó en la puerta de su templo de Wittenberg las noventa y cinco tesis que iban a suponer la escisión de la Iglesia en dos mitades irreconciliables. De nada sirvió la amenaza de excomunión ni la condena de aquellas tesis mediante la bula *Exsurge Domine*, que Lutero quemó delante de sus fieles y estudiantes, siempre contestatarios en todas partes. Lo que se veía venir desde hacía siglos llegó al fin. El remedio quirúrgico usado otras veces, la pira o el hacha del verdugo, no valía esta vez, pues el levantisco era arropado por miles de seguidores hartos de corrupción y nepotismo y se hallaba a mil leguas. Además las cosas eran distintas: un fiel y devoto cristiano podía perdonar a un papa

sumido en la lujuria, el desenfreno y los goces terrenos, pero nunca permitir que le metiesen la mano en el bolsillo y menos siendo alemán.

Lutero, sin ninguna duda un hombre de buena fe, quiso arreglar los problemas de la Iglesia sin darse cuenta de que, más que de la institución en sí creada por Cristo, lo eran de los hombres que la malgovernaban. Por ello, armado de un verbo embaucador, entró en el dogma como un jenízaro en el dormitorio de una virgen. En mi tertulia nos hacíamos cruces de los disparates que, tejidos por el magín calenturiento de aquel fraile, iban llegando de Alemania, aquello de la predestinación, la justificación por la sangre de Cristo o la ineficacia de las buenas obras, bastando la fe para salvarse.

Discutiendo las tesis de Lutero y sus secuaces, que, sobre todo en Alemania, iban apareciendo como los hongos tras las lluvias de otoño, pasábamos la mayor parte de las reuniones. De buenas intenciones se logran las mayores catástrofes. Iban llegando noticias de nuevas aberraciones de aquel endemoniado hereje que no cree en los santos ni en la oración, las buenas obras o el papa como legado de Cristo, pretende cerrar seminarios y conventos y solo admite dos sacramentos: el bautismo y la eucaristía. Curiosamente, Lutero afirma que María fue virgen en cuanto a la concepción, reconociendo a Jesucristo como obra del Espíritu Santo, pero afirma también que dio a luz por la vagina, como cualquier mujer. Son ganas de enredar o de rizar el rizo del hereje de Eisleben: esto lo creo porque me conviene y esto otro no.

El recién investido rey de romanos, Carlos I de España y V de Alemania, citó a Lutero a la Dieta de Worms, en 1521, para tratar de convencer al rebelde de sus errores teológicos. Lutero se presentó en la ciudad alemana con un salvoconducto que exigió y la protección del elector de Sajonia, Federico el Sabio, pero lejos de retractarse mareó a la concurrencia con sus dislates. Harto de oírle y padecerle —malas lenguas afirman que olía a sudor ácido y regoldaba a cebollinos—, el joven Carlos lo cortó para asegurar que Alemania era católica desde hacía muchos siglos, que podía reformarse lo reformable de la Iglesia, que era mucho, que se debía expulsar a los hombres que la malgovernaban, como entraba en sus planes, pero que era imposible que una institución creada por Jesucristo hacía mil quinientos años, que había dado al mundo cientos de santos, mártires, pensadores y filósofos, hubiera estado equivocada todo ese tiempo para que un fraile descarado y maloliente estuviera en posesión de la verdad. Lutero escuchó la admonición como el que oye llover, tomó su capa y desapareció. Me consta que el emperador se arrepintió de no haberlo prendido y aherrojado, pero pudo más el respeto a la palabra dada. Muchas vidas y haciendas se habrían conservado de haber encerrado al agustino en una húmeda celda. Hoy día Martín Lutero se halla casado con Catalina Bora, una monja exclaustrada, y continúa haciendo de las suyas rodeado de secuaces como Felipe Melancton, Zuinglio, Martín Bucero o Capitón, tan peligrosos o más que él, habiendo extendido la herejía a todo el norte de Alemania, Holanda, países escandinavos e Inglaterra.

En 1522, con el intervalo de dos semanas, murieron mis padres. Primero se fue ella y, como el tallo de rosa al que le falta agua, su compañero de cincuenta años se secó, dobló la cerviz y le siguió a la tumba. La última vez que nos reunimos todos los hermanos fue en su funeral. Mi sorpresa fue grande cuando, en el reparto de los bienes y por expreso deseo de mi padre, me correspondió en suerte Sahíz, el esclavo negro. Quise renunciar a mi legado, pero no hubo manera: mi hermana Paola me lo entregó limpio, recién aseado, con un lío envuelto en lona donde llevaba sus pocas pertenencias. Regresé a San Giovanni con Sahíz sentado en el pescante del carruaje, al lado del cochero. De forma milagrosa apenas había envejecido, notándose su edad en el pelo muy blanco y en las arrugas de la cara, profundas, como talladas a buril o con lezna de zapatero. El labio leporino seguía igual, hendido y llovedizo, pero sin causar repulsión, como el belfo de un caballo de raza que espumajea con el esfuerzo. Debía llevar con mi familia más de setenta años, demasiados para estar privado de libertad. Al día siguiente de llegar a casa quise dársela, pero la rehusó alegando que todavía era útil.

—Eres muy mayor para trabajar, Sahíz. Te has ganado un descanso. Puedo darte dinero y embarcarte en Venecia rumbo a Alejandría.

—No lo haga, ama, por favor —suplicó con los ojos arrasados de lágrimas—. Permítame servirla como hacía cuando era niña.

Comprendí que darle a la fuerza una libertad que no quería sería matarlo. Por otra parte, en su tierra no tendría quizá a nadie, padres, parientes o amigos, pues todos habrían muerto. Se encargó de vigilar la propiedad como el más fiero de los perros guardianes, del cuidado del jardín y de los pájaros. También me acompañaba si iba a Cremona o Mantua, pues no eran raros los asaltos a diligencias solitarias. Su mastodóntica presencia en el pescante, su negrura y el labio hendido disuadían al más recalcitrante bandolero. Cuando murió, no hace tanto, le lloramos todos, pues todos le apreciábamos. Una mañana apareció muerto en su camastro, en la casita a la entrada de la finca donde vivía. Los perros, sus mejores amigos, que dormían con él, vinieron a buscarme y, con sus ladridos, me llevaron ante su cuerpo todavía caliente. Parecía dormido, seña de que su agonía, si la tuvo, fue mínima. El labio partido que lo avergonzara en vida apenas se apreciaba. Soraya se ocupó de lavar el cadáver, perfumarlo y amortajarlo con tela nueva del mejor hilo egipcio, que ordené comprar. Un problema con el que no contaba fue el entierro, pues el cura se negaba a permitir su inhumación en sagrado al no ser cristiano. En realidad Sahíz era islamita, pues siempre nombraba a Alá, pero nunca lo vi rezar ni tenía esterilla donde reclinarsse para orar como sus correligionarios. Por ello cometí un pecado venial al asegurar al sacerdote que mi madre le había enseñado el catecismo y que el negro sabía rezar el padrenuestro, con lo que conseguí para él una fosa nueva en el cementerio, no sé si orientada hacia La Meca, debajo de un ciprés habitado de pájaros pequeños. Más de

una vez, acompañada por Soraya, voy a llevarle flores y a rezar por su alma ante su tumba. Seguro que el bueno de Sahíz me habrá perdonado desde la otra vida el hecho de descansar debajo de una cruz.

* * *

Alfonso d'Este me rondó muchas veces. Se las arreglaba para coincidir conmigo en Mantua cuando iba allí invitada por su hermana Isabel. Sabiendo que solía visitar la biblioteca, aparecía por allí silbando entre dientes, ojeando libros, simulando que leía. Se hacía el encontradizo en la Piazza Sordello, lugar que me gustaba recorrer, paseando a mi lado entre los puestos, viendo tiendas, probándose pelucas o invitándome a un vasito de vino en cualquier taberna. Amante del arte de santa Cecilia, se sentaba a mi lado en el salón de música para escuchar las melodías de Marchetto Cara o Bartolomeo Tromboncino, músicos de aquella corte, al frente de la orquesta ducal. Alfonso era un hombre agradable, tres años más joven que yo aunque no lo aparentaba, pues se veía avejentado a sus cuarenta y seis años. Era muy alto, rubio como todos los D'Este, de facciones correctas y ojos claros.

La intimidad del viudo duque D'Este me daba miedo: una, su fama de mujeriego, de picar aquí y allá como la abeja en unos tiempos en que el mal napolitano corría como la pólvora, otra el saber que tenía varios hijos con la amante que nombré y la tercera mi propia condición de viuda respetable con varios hijos casados y tres nietos. Solo coincidimos bajo el mismo techo en Mantua, en el castillo de San Giorgio, pues si lo visitaba en Ferrara dormía en la posada y él hacía lo propio si pasaba por San Giovanni. Venía a verme con la excusa de admirar mi cuadro, pero se notaba a distancia que no le hubiese importado llegar más lejos. Anunciaba su visita regalándome flores desde dos días antes. Hablábamos de arte, de Lucrecia Borgia, de Lutero y del despotismo ilustrado de Francisco I, el rey francés, que dominaba el Piamonte y la Lombardía como si fuesen patrimonio heredado en vez de conquistado.

Por ello mi alegría cuando, en febrero de 1525, las tropas hispano-imperiales de Carlos de España machacaron al ejército francés en Pavía y capturaron a Francisco de Orleans, que peleaba en la batalla. Conozco los pormenores del encuentro por el propio Alfonso, que participó en el bando imperial donde se batió al frente de una compañía de fusileros. El rey galo fue encerrado en un castillo español y Francesco Sforza, el otro hijo del Moro y Beatriz d'Este, investido duque de Milán. Asistí a la coronación de Francesco, que cumplía aquellos días treinta años. Daba lástima contemplar la capital lombarda empobrecida tras veinticinco años de guerra. La construcción del Duomo apenas había avanzado y todo estaba manga por hombro. Estuve una mañana, absorta, contemplando la *Última cena* de Leonardo, recordando el día en que el autor me la explicó. Carlos V tuteló el restaurado ducado milanés y promovió la boda de Francesco Sforza con su sobrina Cristina de Dinamarca, hija de

Isabel de Austria, su hermana favorita muerta muy joven, y del rey danés Christian II. Cristina, de nueve años, hubo de esperar hasta reglar para consumar el matrimonio.

La Iglesia católica, obligada por la reforma luterana y aunque tarde, inició el saneamiento y la desinfección del lodazal vaticano. A la muerte de León X, en el 21, llegó Adriano VI, un papa flamenco —había nacido en Utrecht— que terminó con la corrupción y cuyo único defecto fue su brevedad, pues murió dos años más tarde. Adriano de Utrecht, que había sido preceptor y más tarde canciller del emperador Carlos, era de tendencias proespañolas. Se decía que Adriano VI había hecho emperador a Carlos V y que este, en justa correspondencia, lo había nombrado papa. Con Clemente VII, quien sucedió a Adriano, ocurría lo contrario: sus veleidades profrancesas le costaron el saco de Roma del 27, un episodio triste en el que tropas hispanoimperiales asaltaron la Ciudad Eterna, causaron mil desmanes y encerraron al papa en el castillo de Sant'Angelo. Dicen que el ejército mercenario causó tal tropelía al no recibir a tiempo las pagas atrasadas, pero para mí que el rey de España cerró los ojos y se encogió de hombros para dar su merecido a Clemente VII. Leo estos días un libro de reciente aparición, los *Diálogos de Lactancio*, en el que Alfonso de Valdés —secretario que fuera del emperador— cuenta de forma amena e interesante lo que ocurrió en el saqueo de Roma. Todo volvió a la normalidad en 1530, cuando, pacificada Italia y hechas las paces entre Clemente y Carlos, el papa coronó emperador del Sacro Imperio Romano al nieto de los Reyes Católicos y de Maximiliano de Austria.

La ceremonia de la coronación fue en Bolonia, adonde acudí en el cortejo del duque de Mantua. He dicho duque y no es ningún error: Federico II, hijo de Francesco Gonzaga e Isabel d'Este, fue investido duque por Carlos de Austria poco antes de coronarse emperador. Federico Gonzaga y Carlos de Habsburgo tenían la misma edad, parecidas aficiones y eran grandes amigos. Bolonia se engalanó aquellos días de febrero en homenaje al hombre que había llevado la paz por fin a Italia. En la plaza de San Petronio, frente a la catedral de ladrillo rojizo, habían levantado varias carpas de lona, pues el día era frío y amenazaba nieve. Después de una emotiva misa y de la imposición a Carlos de la corona imperial por el papa Clemente, hubo para el pueblo un gran banquete de bueyes, vacas, carneros y aves de corral que asaban en parrillas. El espectáculo de las decenas de canales humeantes y aromáticas dorándose sobre las brasas era de ver y oler. Habían dispuesto en la colosal plaza y alrededores grandes pellejos de vino y cerveza para la multitud llegada de mil partes. Tras el besamanos, en el palacio del Podestá, frente a la catedral, tuve ocasión de ver despacio a Carlos. Era un hombre menudo de tamaño, pero bien proporcionado de cuerpo, brazo y pierna. Su rostro —frente alta, ojos azules de mar escandinavo, boca mediana y riente, pómulos chatos, nariz larga y mentón pronunciado— no cumplía ningún canon, pero emitía una extraña radiación que era casi magnética. Su pelo largo y lacio tenía el tono de las panochas de maíz que, llegadas de las Indias, se plantaban ya a la orilla del Po. Ocultaba su mentón prognático, seña de identidad de

los Habsburgo, detrás de una barba poblada y redonda también de color rojo. Para todos —los más de seiscientos ciudadanos que desfilaron frente a su trono en una interminable ceremonia— tuvo palabras corteses, finas sonrisas o un gesto amable.

Para los invitados distinguidos hubo un banquete principesco en el salón de plenos del palacio. Sentada no muy lejos del emperador, enfrente a la derecha, pude verlo comer y despacharse a gusto, pues los placeres del mantel eran, después de las mujeres, la gran pasión del hijo de Felipe el Hermoso y Juana de Castilla, que pasa para algunos por loca. Sin dejar de hablar con el papa y con Francesco Sforza, por él repuesto duque de Milán, quienes lo flanqueaban a derecha e izquierda, aquel hombre pequeño y subyugante engulló para mi pasmo una cola de langosta con salsa vinagreta, medio faisán trufado, un buen pedazo de cordero asado y un chuletón de buey que no pesaría menos de tres libras. Pensé que, lo mismo que un lagarto tras zamparse una rata de agua, no podría moverse hasta el crepúsculo, pero me equivoqué. Al iniciarse el baile, serían las siete de la tarde y era noche cerrada, no dejó de danzar así fuesen pавanas, *allemandes*, *passacaglias*, *frottole* o gallardas. Se las arreglaba siempre para situarse enfrente de la dama o jovencita más hermosa. Dicen que Isabel de Portugal, su prima y esposa, la emperatriz, es de una belleza deslumbrante, pero puedo jurar que en la ocasión no la echaba de menos.

Volví a ver al emperador en 1535, cinco años después, cuando regresó a Italia triunfador en Túnez de Solimán el Magnífico y de su almirante Jayr al-Din, el temido Barbarroja. Fue en Mantua, cuando pasó algunos días en el castillo de los Gonzaga. Tuve la dicha de conocerle en persona, de apreciar su raro y admirable don de gentes y de verlo posar para Vezellio Tiziano, que se había trasladado desde Venecia atento a su llamada. Abrió mucho los ojos cuando le referí que, el día de la boda de su abuelo Maximiliano con Blanca María Sforza, en Halls, había conocido al que después sería su padre y a Margarita, su tía y madrina de bautismo, aquella encantadora mujer, muerta hacía pocos años. El duque Federico organizó para Carlos un baile de máscaras en el Salón de Psique del Palazzo del Te, aquel sensual lugar que os describí, y el de Austria no paró de danzar con una de las jóvenes Gonzagas sobrinas del duque. En los tres días que estuve en Mantua no volví a tropezarme con él. Viperinas lenguas afirmaban que pasó aquellas fechas en un pabellón de caza de los nobles mantuanos en compañía de Catherina, una de aquellas ninfas.

Estuve en Milán por última vez para la boda de Francesco Sforza con Cristina de Dinamarca, la sobrina del emperador, un matrimonio de estado entre un hombre de treinta y nueve años y una niña de trece recién cumplidos, lo habitual en mi época. Fue en la catedral ya casi terminada, el 4 de mayo de 1534. Cristina era una princesa que había heredado la belleza de su madre, Isabel de Austria, hermana pequeña y muy querida del emperador. La trágica historia de Isabel había conmocionado a toda la realeza europea hacía no mucho tiempo. Casada a los trece años con Christian II de Dinamarca, hubo de superar con su belleza e inteligencia el áspero carácter de su marido atrayéndolo a su lado, pues, amén de su mal genio, tenía una amante.

Christian, lo recordaréis todos, es el mismo cruel monarca consentidor de la matanza de parte de la nobleza sueca en 1520, lo que se conoce como el *baño de sangre* de Estocolmo. Pues bien, cuando Isabel había domado a su marido y todo se encaminaba al mejor fin, una revuelta originada por Federico, tío de Christian, logró derribar al monarca que tuvo que exiliarse a Flandes, patria de su esposa. Buscando apoyos para su causa, el depuesto rey anduvo por Alemania del norte donde tropezó con Lutero, cuyas doctrinas habían calado ya en toda Escandinavia. Quizá con el propósito de recuperar el trono, escuchó los cantos de sirena del hereje y se adhirió a la doctrina del libre examen junto con su mujer. Poco después de abrazar la Reforma, de cruel enfermedad murió Isabel de Austria a la tierna edad de veinticuatro años. Su muerte, descontado el dolor, pues el emperador la amaba entrañablemente, supuso una liberación para la casa de Austria. Y no era para menos: el campeón de la Contrarreforma con una hermana luterana.

Las posibilidades que tenía Cristina de recuperar el trono de sus padres eran mínimas, pues Christian II, prisionero, purgaba sus pecados en el castillo de Sonderborg, una isla danesa. Tampoco aportaba dote al matrimonio, por lo que solo contaba con su belleza y la magia de su edad para cautivar a su marido Sforza, un hombre que, en lo físico, no recordaba en absoluto a Beatriz d'Este y Ludovico el Moro. Fue una boda sin gracia, desangelada. No estuvo el emperador, que guerreaba contra los franceses en alguna parte, pero apadrinó a su sobrina en la distancia. El banquete fue espléndido, aunque yo me limité a olerlo, pues por entonces se iniciaban mis molestias gástricas. Hablé mucho con Isabel d'Este, mi única amiga entre la aristocracia. Viendo bailar a los recién casados, aquella delicada y guapa muchachita y el torpe y libidinoso de su esposo, ambas nos preguntábamos cuánto duraría aquella farsa, pues todos sabían en la corte milanese que el joven duque mantenía varias queridas. Gracias a Dios las cosas no ocurrieron como siempre: la esposa muerta de parto y el marido refocilándose con cualquier barragana. Al año y medio de casados, de muerte natural al parecer, falleció Francesco II Sforza dejando viuda a Cristina y con la tripa lisa. No habiendo descendencia ni herederos directos del ducado, el emperador y el rey de Francia, ambos parientes del muerto, pretendieron adjudicarse la corona milanese, encendiéndose otra vez la chispa de la guerra. Y en ella andamos. ¿Cuándo gobernarán el mundo las mujeres? ¿Tan difícil es sentarse a negociar, esto para ti y aquello para mí? Todo antes que hacer brillar los aceros, escuchar retumbar lombardas y cañones y recoger del campo de batalla, con las tripas al aire, centenas de cadáveres de inocentes soldados. Por demás que el resultado de la contienda se adivina: Carlos de Habsburgo ya venció en Pavía a Francisco de Valois y volverá a hacerlo aunque yo no lo vea. Si habéis leído el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, recordaréis su augurio al principio del poema: «Más allá de los Alpes, todos los ejércitos que estén bajo la lis de Francia serán destruidos por la espada, el hambre o las plagas. Por obra de sus aguerridos capitanes, Carlos de España y Alemania será el único que medrará en Italia».

Fue la última vez que me aventuré en diligencia por esos mundos de Dios. Deseando estaba retornar al calor y la paz del hogar, lejos del bullicio, las prisas, la locura que parece afectar al ciudadano de una gran urbe. A los sesenta y un años me dolían todas las coyunturas sin dejar una y hasta respirar si lo hacía profundo, por lo que me encerré en San Giovanni con mis perros, flores, pinturas y tertulias. En cuanto a la familia, recibo a mis hijos cada vez de peor talante. Los hijos buscan su propio acomodo y es normal, pues no son ya tus hijos, sino los maridos de sus esposas o las mujeres de sus maridos. Ellos y ellas hacen preguntas sobre mi patrimonio o miran con ansia los cuadros y tapices, las alfombras, las joyas que luzco y los muebles antiguos, preguntándose, quizá, el tiempo que falta para que me entierren y todo sea suyo. Referente a los nietos, reconozco que me falta paciencia para soportar sus mil enfados, rabietas, cacas, pises, peleas, lloros y estupideces. Para un ratito bueno que te dan, te ocasionan catorce dolores de cabeza. Nunca supe fingir: desde que puedo, sin faltar al decoro, carraspeo, abro las ventanas si es de día o apago las velas si oscurece, en clara muestra de desaprobación, y no paro hasta que se largan unos y otros.

Al final de mi vida se ha apoderado de mí un cierto misticismo. Siempre fui mala cumplidora de cualquier precepto religioso. Por ejemplo: iba a misa cuando me apetecía y pocas veces ayuné o guardé abstinencia, pero al cumplir los sesenta comencé a visitar la iglesia. Me agrada ir a la casa de Dios no para confesarme, pues nunca tuve conciencia de haber pecado, sino para gozar de la quietud del templo y rezarle a la Virgen. Ni siquiera cuando tenía un amante me pareció obrar mal. Malo será quitarle el hombre a otra o ser adúltera, pero Ludovico el Moro y yo éramos libres cuando nos amábamos, un amor que al menos en mi caso era verdadero y sin malicia. Malo será matar de hambre al prójimo o asesinarlo, pero no gozar de sus caricias. Me consuela sentarme en los últimos bancos, donde el rumor de las plegarias de las viejas beatas llega apagado y el silencio es mayor, para ver los cirios consumirse y meditar sobre el pasado, pues futuro no tengo. Huele a cera quemada y a humedad antigua, medieval, lo que me recuerda que he prometido a Tomaso Bontempi, el cura párroco, mi ayuda para terminar con las goteras reparando las cubiertas del crucero y el ábside. La claridad se filtra por el rosetón del coro e ilumina el sagrario al ritmo de mis jaculatorias. El polvo arcaico danza en el haz de luz como insuflado por el sopro de algún espíritu celeste y mi alma se halla en paz.

Ha venido a visitarme Andrés Vesalio, Dios lo bendiga. De paso hacia Siena, mi patria, donde se reúne con varios anatomistas, ha tenido la gentileza de traerme un poco de raíz de China, su mágico remedio contra el reuma, pues mi provisión se terminaba ya. Las infusiones de la curiosa planta son lo único que calma mis dolores. Me dice que terminó el tratado anatómico en el que trabajaba. Piensa titularlo *De humanis corpore fabrica* y publicarlo en la imprenta de Oporinus, un editor de

Basilea, dedicándolo al emperador Carlos. El médico de Flandes escuchó paciente la retahíla de mis padeceres y tanteó con mano experta mis articulaciones, para terminar pontificando con la voz doctoral que tanto odio:

—El proceso reumático que padece, señora condesa, se ha agravado. Siento decirlo, pero considero que el enfermo debe estar informado de la evolución de su padecimiento. Dentro de poco no podrá caminar y tal vez se afecte el corazón.

—¿Me queda mucho? —pregunté con un hilo de voz.

—Odio hacer pronósticos, señora —aseguró—, pues en medicina casi siempre se marra. Lo que sí le prometo es que mi medicación la aliviará.

Se fue Vesalio y quedé sola con mis pensamientos. Hasta cierto punto es bueno saber que te vas a morir a corto plazo. Por otra parte, vivir demasiado es un latazo, sobre todo si no quedan amigos de tu generación con los que compartir recuerdos, penas y también alegrías. Yo no puedo quejarme: viví lo suficiente, mucho más que la mayoría de las mujeres de mi tiempo; tuve la suerte de tener un buen amante, el mejor de los maridos y un amigo leal, el más inteligente de los hombres, Leonardo da Vinci, que me inmortalizó con diecisiete años en un lienzo que no envejecerá: *La dama del armiño*.

Nota

Leonardo da Vinci, el polifacético artista y hombre de ciencia, sin duda la figura más trascendente del Renacimiento, únicamente retrató mujeres. Se ignora exactamente cuántas, pero han llegado hasta nosotros seis retratos. El de Ginevra da Benzi, una joven florentina, casada, que seguramente fue su amante, puede verse en la Galería Nacional de Arte de Washington. Hay certeza absoluta de que pintó en Milán a Isabel de Aragón, la princesa napolitana esposa de Gian Galeazzo Sforza, pero el retrato no aparece. Cierta investigadora alemana del arte, como expondré enseguida, asegura que la Gioconda es en realidad Isabel de Aragón, duquesa de Milán. A Beatriz d'Este la retrató dos veces: al óleo sobre tabla, que puede verse en la Pinacoteca Ambrosiana de Milán, y al fresco, en el refectorio de Santa Maria delle Grazie, muy cerca de la *Última cena*. La pintura de Lucrecia Crivelli, amante de Ludovico Sforza, conocida como *La belle ferronière*, también un óleo sobre tabla, se halla en el Louvre. En la afamada pinacoteca parisina puede verse también el delicioso cartón inacabado de Isabel d'Este, marquesa de Mantua y hermana mayor de Beatriz. Los dos retratos más notables de Leonardo, *La dama del armiño* y *La Gioconda* o *Mona Lisa*, merecen algo más que dos palabras.

Cecilia Gallerani, la protagonista de este relato, nació en Siena en 1473 y murió en San Giovanni in Croce, Cremona, en fecha incierta durante el otoño de 1536. *La dama del armiño*, el célebre retrato con el que la inmortalizó Leonardo da Vinci, es una de las cumbres pictóricas del Renacimiento. Se trata de un óleo sobre tabla de nogal curado que mide 54,8 centímetros de alto por 40,3 de ancho, fechado en 1490, cuando la modelo contaba apenas diecisiete años. Puede admirarse en el Museo Czartoryski de Cracovia, en Polonia, donde se exhibe con el título *Dama z gronostajem*. El cuadro, tras periclitar la dinastía Sforza y su dominio milanés, anduvo de mano en mano por el norte de Italia, pues, al no estar firmado, se ignoraba que su autor fuera Leonardo. Adquirido en 1798 a un marchante italiano por Adam Jerzy Czartoryski, fue integrado en la pinacoteca de aquella aristocrática familia polaca. Después de una profusa revisión crítica, el retrato es hoy atribuido sin la menor duda a Da Vinci, el genio florentino. La inscripción sobre la esquina superior izquierda de la pintura, «La Bele Ferioniere. Leonard D'Awinci», fue añadida por un desaprensivo restaurador poco después de su llegada a Cracovia, pero obviamente se refiere a otro cuadro.

Poco antes de la invasión alemana de Polonia en la última contienda mundial, *La dama del armiño* fue escondida en los subterráneos del castillo de Malbork, donde, en noviembre de 1939, fue encontrada y requisada por los soldados nazis que la trasladaron a Berlín, al museo Kaiser Friedrich. Un año después, Hans Frank, el gobernador general alemán de Polonia, ordenó restituir el cuadro a Cracovia para poder gozarlo en soledad, cosa que hizo en su residencia hasta el fin de la guerra. Poco antes de la rendición de Alemania, Frank, enamorado del retrato, lo llevó

consigo a su mansión de Baviera donde, en 1945, tropas aliadas descubrieron el óleo y lo devolvieron a sus legítimos propietarios. La pintura tenía en uno de los ángulos la huella del talón de una bota.

En cuanto a *Mona Lisa*, contracción de *madonna* Lisa, más conocida como *La Gioconda*, o «alegre» en italiano, la celeberrima obra de Leonardo da Vinci varias veces citada en el relato, persiste la polémica sobre la identidad de la modelo. La mayoría de los investigadores, antes y ahora, coincide en que se trata de Lisa Gherardini (1479-1542), esposa del rico comerciante Francesco Bartolomeo del Giocondo, pero hay diferentes hipótesis. Para Antonio de Beatis, que visitó a Da Vinci en el castillo de Cloux y vio allí sus pinturas, la sonriente dama es una amante de Juliano II de Medici, uno de los tres hijos de Lorenzo el Magnífico. Una teoría que cobra fuerza y no ha sido desmentida es la que sustenta Maike Vogt-Lüerssen, quien afirma que la mujer que se esconde tras la enigmática sonrisa es Isabel de Aragón (1470-1524), princesa de Nápoles y duquesa de Milán tras su boda con Gian Galeazzo Sforza. Apoya su tesis en el tono verde oscuro del traje de *Mona Lisa*, color de los Sforza, y en el gran parecido de Isabel —en el retrato que le hiciera Rafael Sanzio que puede verse en la Galería Doria Pamphili— con la *Gioconda*. Para Vogt-Lüerssen, la historiadora alemana autora de muchos e interesantes trabajos sobre el Renacimiento italiano, *La Gioconda* fue el primer retrato oficial de la duquesa, pintado por Leonardo en el verano de 1489 y no en 1503, fecha en que se data la famosa, polémica y enigmática pintura. Sería por tanto el cuadro que, en mi ficción de *La dama del armiño*, Cecilia Gallerani vio pintar a Da Vinci.

Otras teorías indican que la *Gioconda* pudiera ser Constanza d'Avalos, duquesa de Francaville, mencionada en un poema de la época donde se lee que Leonardo la pintó «bajo un hermoso velo negro», o una amante del propio Da Vinci, un adolescente vestido de mujer, un autorretrato del autor en versión femenina o incluso una mujer imaginaria. Hasta Sigmund Freud opinó sobre el tema, sugiriendo que la pintura reflejaba una cierta masculinidad. Estudiosos que apoyan la identidad masculina de la modelo lo identifican con Gian Giacomo Caprotti, conocido como *il Salai*.

Recientemente los conservadores del Museo del Prado, en Madrid, han descubierto lo que tal vez sea el hallazgo más importante de la historia del arte: una réplica en perfecto estado de *La Gioconda*. La pintura se hallaba en las bodegas del museo, arrumbada entre tantas, pues se pensaba que era una copia de origen flamenco del célebre retrato, una más. Tras varios meses empleados en estudiar, limpiar, quitar la oscura pátina que cubría parte de la tabla y comprobar que el soporte no era roble sino nogal curado, la madera que utilizaba Da Vinci en sus retratos, los expertos del Prado han llegado a la conclusión de que se trata de una versión de la *Mona Lisa* realizada al mismo tiempo que la original por Andrea Salai o, más probablemente, por Francesco Melzi, el discípulo aventajado de Leonardo. En *La dama del armiño* se novela esta teoría suponiendo que Bartolomeo del Giocondo pidiera a Da Vinci dos

copias del retrato de su mujer para prevenir la rapacidad de Francisco I, el monarca galo.

¿Cómo llegó *La Gioconda* de Melzi a Madrid? Lo más razonable es pensar que lo hiciera bajo el reinado de Felipe IV. Sabida es la afición del nieto de Felipe II por la pintura. Conocemos los viajes de Velázquez —su pintor de cámara— a Italia, comisionado por el rey para perfeccionar su aprendizaje y comprar cuadros para la colección real. Por la fecha de la llegada de la tabla a España, hacia 1625, no es descabellado imaginar que la enviara don Gomes Suárez de Figueroa, duque de Feria, gobernador del Milanesado en aquella época. Al final ha sido una suerte que la tabla haya permanecido tantos años oculta. Al limpiar el oscuro y envejecido barniz han aparecido la luz y el color de los campos lombardos, el paisaje lacustre del norte de Italia y la magia de su campiña. Si el estado de conservación de *La Gioconda* del Louvre deja que desear por el paso del tiempo, *La Gioconda* del Prado nos muestra a la modelo como realmente fue: bella, sugestiva y eternamente joven.

Las Palmas de Gran Canaria, marzo de 2013

Agradecimientos

No puedo dejar de nombrar y agradecer a Enrico Rende, ilustre medievalista y experto en el Renacimiento italiano, su valiosa ayuda en todo lo referente a la vida y obra de Leonardo da Vinci, ni olvidar los buenos ratos que pasamos juntos en Florencia estudiando al genio europeo más grande de todos los tiempos. Un recuerdo también a Francesca, su bella compañera, y a sus delicadezas culinarias.